



EL

SACERDOCIO



BX1912

S2

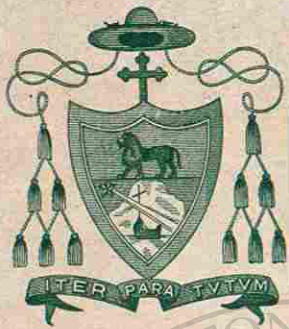
V.3

C.1

09439

INCLUIDO

NUMERO



1080021481

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

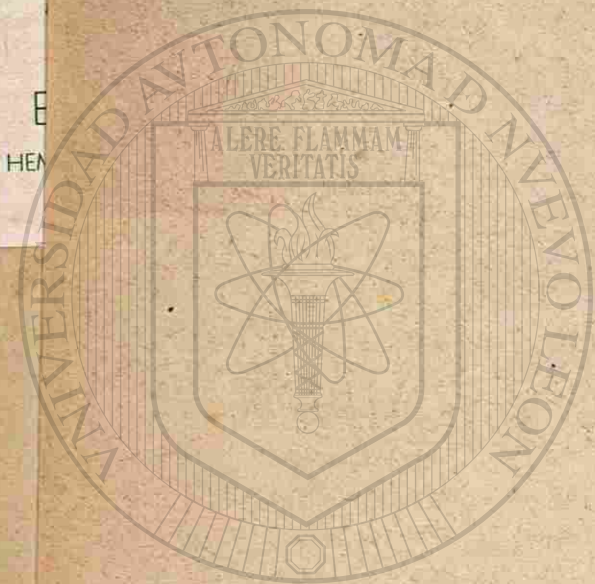
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



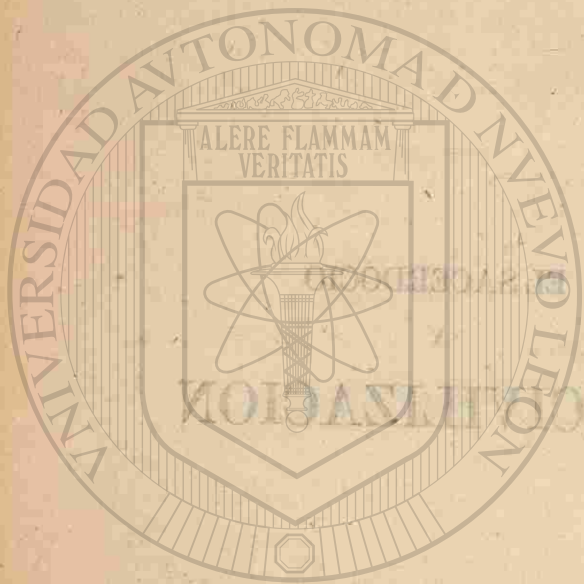
EL SACERDOCIO

y

LA CIVILIZACION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL SACERDOCIO

Y LA

CIVILIZACION

Ó SEA

VINDICACION DEL CLERO CATOLICO

OBRA ORIGINAL

COMPUESTA POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS

REVISADA, CORREGIDA Y CENSURADA

Por Don Atilano Melguizo

VICARIO GENERAL APOSTOLICO DEL ORDEN DE S. BERNARDO EN LA
CONGREGACION DE CASTILLA Y LEON



TOMO TERCERO

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria
Biblioteca de la Universidad y Tellez

MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena número 13

1859

45943

B x 1912

52

U. 3

EL SACERDOCIO

CIVILIZACIÓN



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO I.

CUADRO SOCIAL: INTERESANTE PAPEL QUE EN ÉL
REPRESENTÓ EL CLERO.

Las tribus errantes del Norte no se dejan ver sobre sus carros, ni se precipitan de una en otra comarca, han dejado su movimiento asolador, y sus hachas cansadas de destruir y sus armas de esterminar, han tomado distinto rumbo; aquellos pueblos nómadas y guerreros no destruyen ya, sino edifican ciudades, ya han cambiado la espada por la azada, y han convertido sus lanzas en arado; pero tan hermosa transformación se debe al clero. Ya hemos visto cuánto trabajó para amansar sus corazones feroces, ya hemos visto cuánto ha hecho por civilizar sus incultas costumbres; ya hemos visto cómo introdujo entre sus masas tur-

009439

bulentas la religion del crucificado, y ninguna duda nos queda de que al regenerarlos en las aguas bautismales los hizo suyos, los atrajo á la caridad, y poniéndolos por este medio bajo su direccion, con la autoridad del hombre que habla en nombre de Dios, ya fulminando sus castigos, ya patentizando sus promesas, tronando contra el vicio, y ensalzando la hermosura de la virtud, dulcificó sus costumbres, humanizó sus corazones, y de los hombres de la selva hizo los hombres de la sociedad, y apegándolos á los lazos de familia y nacionalidad creó y robusteció en ellos el amor á la patria. Sin embargo, cuanto tenían se lo debían al derecho de la fuerza, á la conquista; sus propiedades acusaban el despojo del pueblo vencido, que esperanzado en la religion, se resignaba á todo. Eran todavía los hombres de las armas.

Un movimiento de temor en los conquistadores los hace almenar y fortificar sus casas, y en medio de inmensos terrenos se levanta una casa fuerte, un almenado castillo, que es la residencia del señor de aquella comarca. Este hombre elevado por el acero, solo en el acero fia su seguridad, los despojos del pueblo vencido le han hecho un opulento señor, y con las tierras ha adquirido esclavos que las cultiven, y sobre ellos estiende su poder, y á ellos hace sufrir los caprichos de su voluntad, que impone como ley al hombre que subyuga, y de cuya vida puede disponer: bien

pronto el clero fijó su consideracion en tan doloroso y triste cuadro, y se propuso aliviarle; para conseguir su objeto llamó en su apoyo la religion, y muy luego la fuerza moral y la fisica se encontraron frente á frente; desde este momento el sacerdote es el hombre del pueblo; colocado á su frente, pone todos sus esfuerzos para llevarle al puesto que á su dignidad corresponde, y así fué cómo pudo honrarle llevándole desde esclavo á liberto, y de aquí á colono libre sacándole de su opresion. Mucho habia hecho ya sin duda alguna el clero, pero le faltaba más que hacer para llevar su mision.

La Iglesia se habia hecho propietaria, y necesitaba de hombres armados que la protegieran contra las invasiones y usurpaciones de los poderosos; lo cual, unido á la índole de las fundaciones, puso al clero bajo la tutela de los señores feudales, y de aquí tuvo origen el derecho de las investiduras, derecho que poco á poco fué estendiéndose hasta que llegó al último grado de intrusion. Curas, obispos y hasta el mismo pontífice, eran elegidos con la punta de la lanza. En la Iglesia se habian conocido dos clases de elecciones para el desempeño de los cargos: una de superior á inferior, cuales eran los nombramientos de curas, beneficiados, capellanes; y otra de inferior á superior, que es la que con más propiedad puede llamarse eleccion, y era cuando el clero reunido

nombraba sus abades, sus obispos, su pontífice; tan sanos y justos principios se vieron conculcados desde el momento en que los poderosos se arrogaron el derecho de nombrar los destinos eclesiásticos; así fué que estos puestos, patrimonio del mérito y de la virtud, pasaron á conferirse á la intriga, al vicio, á la simonía, y todo se trastornó: hombres celosos de almas puras, ven la corrupcion, y huyendo de ella se retiran á los bosques; y allí, en la soledad, robustecen sus almas con la penitencia y la oracion, y de allí salen para hacer frente al huracan del vicio, que asolaba la viña del Señor; para oponer con su virtud un dique al torrente desbordado que todo lo confundia, luchan, y unas veces despreciados, otras atendidos, ganan algun terreno; sin embargo, en medio de tal fermentacion, ¿era posible evitar los disturbios, la inmoralidad, las usurpaciones y los actos vergonzosos? Seguramente que de un solo golpe no los cortará el clero, mas sí poco á poco y no cansándose de luchar; porque tarde ó temprano la victoria es de las ideas, y tanto más segura, cuanto que debia tener de su parte al pueblo en el combate que se iba á empeñar: veámoslo.

A principios del siglo XI tenemos un vasto imperio, compuesto de naciones diferentes, pero que se divide poco despues en veinte reinos diferentes. El que mira este acontecimiento sin pararse á analizarle, solo ve en él capricho de los reyes ó la in-

quieta turbulencia de los pueblos; pero es menester confesar, que estas divisiones tienen su causa natural y legítima; el origen de las razas, que se abren camino á su reorganizacion al traves de estas vicisitudes; así es, que si la fuerza puede absorberlas, nunca será mas que momentáneamente, pero ellas sobrevivirán á todos los azares, á todas las opresiones; porque su fuerza, su tendencia natural, las atrae á constituirse, las liga más y más con un lazo, y con unos vínculos naturales que pueden aflojarse, nunca destruirse; así es, que cada nacion piensa en civilizarse á su modo, y adopta un idioma diferente que, bien trae su origen del Teuton, bien del latin; y así, aunque parece que señala dos diferentes civilizaciones, no tiene más que un punto de partida, que es la religion, porque es la única que, por medio de sus ministros, ha civilizado aquellas hordas.

Sin embargo, esta civilizacion es muy imperfecta, mientras el hombre de armas sea el distinguido y prevalezca en las juntas y asambleas; por eso el clero pensó en oponérsele en estos santuarios de las leyes. Como era ya poderoso, como á la cualidad de sacerdote añadia la de rico propietario, y tenia señoríos y esclavos, con este doble carácter de ministro de la religion y señor feudal, tuvo ingreso en los comicios, donde á más de la superioridad que le daban su carácter y sus intereses, llevó la que le daba la ciencia, y dominó en

las asambleas, y pudo introducir el espíritu del Evangelio, la caridad de Jesucristo en la legislación, y así normalizar el gobierno de los pueblos y suavizar sus costumbres.

Ocupadas aquellas hordas en defenderse entre sí y en formarse una existencia propia, se hallan constituidos los pueblos en esta época, de modo que se hace imposible la renovación de las grandes invasiones. ¿Y por qué? ¿De dónde vino á la Europa este bien? ¿Le aseguró Carlo Magno, como quieren los franceses y sus apasionados? De ninguna manera: su edificio se desmorona naturalmente, y nada de lo que se propuso al levantarle consiguió. Quiso este grande hombre la unidad imperial, y esta se rompe: quiso la armonía de los poderes espiritual y temporal, y lejos de conseguirla están en pugna: organizó la jurisdicción de los condados y se arruina, porque allí vino el espíritu de rebelión: por último, otorgó por privilegios inmunidades á ciertos beneficiados legos y eclesiásticos, y se hicieron generales. No vio mas que eclesiásticos y soldados en sus dominios; y así consolidado el poder de los primeros, y por la trasmisión de los feudos que poseían los otros, produjo el feudalismo. Al clero, pues, se debe esa barrera á las invasiones, que no es otra que la civilización, que en aquellos países introdujo, cuando convirtió las hordas del Norte por medio de las misiones; ese espíritu humanitario que allí di-

vulgaron con el Evangelio, hizo que las incursiones de algunas hordas fuesen un torbellino pasajero, que así como las olas del Océano que baten las costas de la Carolina llevan á las playas opuestas de la Groenlandia é Islandia troncos enormes de árboles, llevaron consigo algunos gérmenes de la civilización europea, que en sus países aclimataron y con los cuales fecundizaron su patria, y amansaron sus costumbres.

No fueron las armas de Carlo Magno las que contuvieron la agresión, sino la predicación del clero; no fué el hombre de las espadas, sino el hombre del altar que, con el báculo en una mano y el Evangelio en la otra, se atrevió á pisar las nieves seculares de la Escandinavia, y sin otras armas que su caridad, á llevar la luz de la verdad entre sus incultos moradores, que muy pronto de tribus errantes quedaron constituidos en tres reinos. El mismo monje inerme es el que fija los normandos en el corazón de Europa, sujetándolos á leyes humanitarias: el sacerdote es el que organiza los rusos y por esto ellos piden ejemplos y maestros al clero para civilizarse; el sacerdote es, en fin, el que estableciendo á los húngaros y eslavos en los límites de Europa, levanta una barrera insuperable contra el Asia, barrera que hemos visto en tiempos posteriores asaltada, pero no vencida, merced á lo cual la Europa se vió libre de las armas musulmanas, hecho que por sí solo

bastaría para granjearse el aprecio de los europeos, y merecer el título de que hoy se quiere despojar al clero de *humanitario* y *amigo* de la sociedad y de la civilización.

El reino anglo-sajon lucha en Inglaterra con la civilización religiosa, pero será vencido, y sobre sus ruinas se levantará, impulsado por la fé, el que ha de constituir su futura grandeza. La península Ibera, nuestra patria misma, se encuentra empeñada en lucha terrible, y aquí más que en parte alguna brilla el poder de la religión, los desvelos del clero por la humanidad, por la patria, por la civilización; la lucha está empeñada entre la cruz y la media luna, el Evangelio y el Corán. Rotos los ejércitos godos en el Guadalete, tomadas nuestras ciudades por los mahometanos, convertidos nuestros templos en mezquitas, bajo sus bóvedas resonando los ecos de las Ulemas, en lugar de los salmos de David, y llamando á la oración el Muecin, en vez de las campanas; nada parecía que debía arrancarles su presa; pero la religión y el clero se proponen esta empresa; en Covadonga, bajo las bóvedas del templo, á la presencia de María se pronuncia el terrible juramento, que justificaron setecientos años de combates y de gloria que llevaron la cruz á las murallas del Alhambra.

Minucioso sería haber de encontrar uno por uno todos los hechos memorables que en tan dilatada lucha se combinaron, prolijo sería narrar los epi-

sodios de esta magnífica epopeya, en que tan interesante papel representó el clero; basta leer las historias, y en ellas están consignados los nombres de obispos ilustres, prelados eminentes, abades y cruzados heroicos que al frente de las huestes eternizaron sus nombres en las Navas, Salado, Calatañazor, Clavijo, sobre los muros de Córdoba y Sevilla y otras mil ciudades; con su sangre están tintos los campos de Uclés, y las Ajarquias, y mientras combaten y mueren en los campos de batalla, su voz se hace oír en las cortes en favor de la humanidad y sus tesoros sirven para levantar suntuosos monumentos, templos de las artes y milagros del talento; así premiando el trabajo del artista le estimulan y dan protección á todos los elementos civilizadores.

Si de las artes pasamos á las ciencias, asombra ver los monumentos erigidos al saber y legados por ellos á la posteridad, en los cuales resplandece la mejor erudición europea; ellos son los que hicieron de España el emporio de las ciencias, la nueva Atenas donde venían á instruirse cuantos ansiaban saber; y los españoles, y españoles sacerdotes fueron los que salieron á fundar universidades en el extranjero; y españoles sacerdotes fueron los que ilustraron el mundo y elevaron nuestro pueblo al rango del mas ilustrado de Europa: ellos son los que entusiasmaban los pueblos y los llamaban al combate contra la media luna,

ellos son los que opusieron un valladar, que salvó á la Europa de la invasion sarracena, haciendo eminente nuestro pueblo en la guerra, las artes y las ciencias. Sin embargo, la política no habia adelantado mucho ni podia, atendida la poderosa influencia de los señores de vasallos, en los asuntos del reino, en la administracion y en la guerra; mientras durase la lucha eran necesarios y no se podia poner coto á sus desmanes, y así es que turbando el reino entorpecieron más de una vez los planes de los soberanos, y retardaron el triunfo; pero tal era el curso de las cosas en toda Europa, y las mismas agitaciones, hijas de una misma causa, turbaban todos los reinos, siendo de notar que, merced al influjo del clero, España fuese la en donde menos tropelías cometió el feudalismo, donde fué mas humanitario, menos cruel y mas civilizador.

Veamos á qué estaba reducida la política en el mundo; en lo exterior se limitaba á defender las fronteras, venciendo y convirtiendo á los bárbaros, dentro estaba reducida á luchar contra el espíritu de dominacion de los feudatarios, contra su altanería y orgullo que los hacia creerse superiores al monarca. En unos países vencen los vasallos y conquistan la independendencia; en otros consolidan los reyes su monarquía; aquí los señores feudales adquieren preponderancia; allí los comunes y el poder real en uno y otro punto vienen á

quedar como en tutela, sucumbe la dignidad real en Italia, y su corona pasa á las sienes de los emperadores de Alemania. La posicion de Italia obligó á los papas á tomar una parte activa en los negocios políticos, y desde entonces se les ve figurar al frente del pueblo; cuya causa abrazaron; porque la causa del pobre siempre es la causa del sacerdote, á quien se le dijo por el sumo sacerdote Jesucristo: "Mi padre, mi madre y mis hermanos son los pobres;" así, pues, no se debe estrañar que en aquellos tiempos turbulentos y de desórden, la Iglesia se interpusiese para corregir el mal, y esta mediacion tan criminal en boca de algunos y de la cual se inculpa al clero, contra la que tanto se grita, fué entonces necesaria, útil á la sociedad, y un elemento salvador de la civilizacion y de la humanidad, tan combatidas y atacadas por el poder desenfrenado de la fuerza bruta, que hubiera concluido por arrollarlo y confundirlo todo, y lanzar el mundo en el caos de la barbarie, sin el dique del poder moral que le opuso el clero que contuvo sus demasías, y luchando incesantemente salvó el mundo de tantas desgracias, abyeccion y miseria.

Tenemos, pues, la Germania en lucha con la Italia, y á sus emperadores con los papas; aquellos representan la fuerza fisica, éstos la moral; aquellos cuentan con sus condes, éstos con el pueblo; allí está representada la tiranía, aquí los de-

rechos de la humanidad; aquellos esgrimen las espadas y éstos la palabra; y por decirlo de una vez, las armas apoyan aquella despótica usurpacion, y la filosofía, la moral, la justicia y la religion esta justa resistencia. ¿De quién será el triunfo? ¿Del imperio? ¿Del sacerdocio? De éste sin duda; y si fuese derrotado, no por esto hubiera sido menos justa y legítima su bandera, y lo mas que podria decirse de él que fué poco afortunado; pero jamas que faltó á su vocacion ni que en el dia del peligro abandonó su puesto. No, el clero acudió al combate, porque la causa de la humanidad y de la civilizacion es su causa; las vió en peligro y vino en su auxilio: avergüéncense los que le acusan imputando como delito el cumplimiento de un deber, sin el cual no sabemos qué hubiera sido de la sociedad; mediten despacio lo que dejamos anotado y lo que vamos á referir, y creemos que harán justicia al clero y alabarán que se introdujese en los negocios políticos siquiera porque así salvó la humanidad, las artes y las letras.

Cuando contemplamos la Germania grande y organizada en tiempo de Oton, asombra que desde el rincon de Italia se levantase una voz para retar su orgullo y contener su poder; pero asombra más que no haya quedado como nacion preponderante en Europa, y como centro de civilizacion y de orden; sin embargo, cesa este asombro en el momento que se la vé atacando las franquicias

de la Iglesia, oprimiendo al pueblo y en pugna con el sacerdocio; desde entonces nadie duda de su ruina, porque todos conocen que no hay fuerza capaz de contrarrestar al poder de las ideas; de aquí sucedió que como su poder no tuvo por centro el espíritu, se fraccionó, y los elementos disolventes prevalecieron en aquel coloso que, bajo su dominio y por su accion destructora, vino á debilitarse bajo el peso de tres causas diferentes: la imitacion de la civilizacion extranjera; las expediciones á Italia y la lucha con los pontífices. Al revés en Francia, donde la monarquía aparece sin fuerza en el momento en que se apoya en el sacerdocio; aquel árbol débil, robustecido con tan hermosa y vivificante savia, toma cuerpo poco á poco, se consolida á cada revolucion, y así como Catania se levanta sin cesar sobre las lavas vomitadas por setenta erupciones que han amenazado arruinarla, ella aparece cada dia más pujante y fuerte cobrando nuevos elementos de vida.

Para humillar á los señores que han atraído á sus familias hereditariamente la jurisdiccion de los condes, los nuevos reyes elevan á los beneficiados legos y eclesiásticos, al mismo tiempo que dispensan latamente las inmunidades. De la elevacion de los primeros nace el feudalismo, que fracciona el pais en tantos señoríos como propiedades, hace tantos señores como propietarios, y tantos despotas como señores, poseyendo todos leyes parti-

culares y una independencia real, sujetos solamente á una subordinacion de nombre más depresiva de la dignidad del monarca que la misma independencia; y que daba por resultado necesario las guerras civiles, la insurreccion y la anarquía. La elevacion de los eclesiásticos á señores temporales, trajo tambien infinitos males, desde el momento en que despertó la ambicion de los poderosos y se propusieron estraviar la Iglesia de su senda verdadera, pues en sus beneficios vieron el patrimonio de los segundones de casas ilustres, que se los apropiaban, llegando al escándalo de presentar un pontífice de nueve años. Esta fué la proteccion de los grandes; estas las consecuencias de mezclarse en los asuntos eclesiásticos los seglares; la simonía, los desórdenes, los crímenes, que fué necesario repeler con la fuerza, y que el clero verdaderamente católico para salvar la Iglesia y en ella la sociedad y la civilizacion, tuvo que oponerse al poder, y de aquí, más que de otra alguna causa, surgió la guerra entre el sacerdocio y el imperio, que tantos años trastornó los Estados, y que concluyó con el triunfo de aquel; si bien en medio de este conflicto no dejó de ganar la humanidad, puesto que las ciudades se emanciparon del poder señorial, y la moderna Roma volvió la libertad por medio del sacerdocio déspota á tantas ciudades como esclavizó la Roma gentil con el acero de esos cónsules y dictadores republicanos, que aso-

laron el mundo, y que sin embargo se encomian por nuestros ilustrados enemigos del clero, y se nos presentan como modelo de filantropía y los mejores amigos de la humanidad. ¡Filantropía! ¡Desgraciada humanidad, si hubieras de acogerte á semejantes patronos!

Este movimiento de independencia habia sido promovido por el clero para salvar los derechos del hombre escarnecidos y arrollados, y las reliquias de la civilizacion que tocaba á su fin; como era natural se produjo primero en aquellos países donde las instituciones feudales fueron menos rígidas y las antiguas municipalidades menos trabajadas y más veneradas á causa del sistema militar de los conquistadores; y fué la causa que éstos, hasta cierto punto civilizados por el clero y dominados por él, se hicieron más humanitarios, menos destructores; dejaron muchas de las antiguas leyes, abrazaron muchas de las costumbres antiguas; y por decirlo de una vez, si con las armas conquistan los invasores, por la civilizacion son conquistados, y los vencidos aparecen dominantes é inoculando en ellos hasta su idioma, merced á los trabajos del sacerdote, del monje y del obispo. Las ciudades de Italia empezaban á respirar, y el estado llano que el clero habia formado sacándole de las filas de los esclavos, enseñaba á los reyes y á los grandes barones á respetarle, preludiando aquellos marinos que muy pronto ve-

remos conquistar á su patria glorias inmarcesibles. De aquí toman el ejemplo otras ciudades, y todo anuncia que el siglo marcha en pos de una esperanza generosa que al fin alcanzará.

Al mirar los esfuerzos del clero para salvar la humanidad y la civilizaci6n, y al considerar la ingrati- tud de los hombres por calumniarle y perseguirle, no puede menos el sacerdote de adorar al Señor y acatar humildemente sus profecías venerando aquellas palabras: "Os envio como corde- ros entre lobos," con que anunció á sus apóstoles, y en ellos al sacerdocio las persecuciones. Pero mirando y reflexionando la historia, es altamente consolador ver que los proyectos del malvado se convierten en humo, y sus planes mejor combi- nados, en nada ante los designios de la Providen- cia, que hace surgir el bien del mal, y el triunfo de la libertad de los maquiavélicos esfuerzos de la tiranía. Así sucedió en la época á que nos re- ferimos, y de este modo la justicia y sabiduría in- finita hizo triunfar los esfuerzos de los buenos, y coronó los trabajos del clero por salvar la huma- nidad y la civilizaci6n.

A fin de asegurar los germanos su tumultuosa independencia exterior eligiendo gefes, estos se convierten en tiranos; y para esclavizar y domi- nar á los hombres libres, reúnen en torno suyo fie- les prontos á ejecutar todas sus voluntades, mise- rables parásitos que doblan su frente en presen-

cia de sus caprichos, aduladores de los grandes, que casi siempre contribuyen á sus vicios y á es- traviar sus almas del camino de la virtud y de la justicia. Estos fieles se hacen obstáculos de su om- nipotencia. Para conservar y mantener la prero- gativa real, y á fin de proteger el pueblo contra los abusos de los condes, son delegados los *missi dominici* á todas las provincias que, tan soberbios como bajos, y tan ambiciosos como corrompidos, cuando ven una ocasion usurpan los despojos de la soberanía, se sublevan contra la autoridad real y se hacen hereditarios é independientes. El feu- dalismo que fraccionaba la dominacion, entonces no era mas que la lucha eternamente empeñada entre los hombres que quieren aprovecharse del sudor ajeno, y los que quieren vivir de su propio trabajo. Si exige dinero de los artesanos no pue- de tomarlo á la fuerza, porque el clero ha intro- ducido en ellos el espíritu de corporacion, los ha reunido en gremios; y así los ha puesto á cubier- to de tropelías, uniéndolos para repelerlas: de es- te modo hizo conocer á los unos las ventajas de la union, y á los otros la necesidad del empréstito y los demas expedientes de la ciencia económica: aquellos con la agregacion de capitales, su tra- bajo y una prudente economía, tuvieron sobran- te con que atender á los despilfarros de los gran- des, que de este modo vinieron á estar sujetos á la clase obrera, que así se fué formando un patri-

monio y elevándose mientras los señores descendían; por manera, que así las cosas son al ascenso de unos y el descenso de otros necesariamente; si en una generacion no, en otra habia de llegarse al equilibrio en lo posible, de donde resultó positivamente el estado medio.

En medio de tamaños desastres, en donde la sociedad adelanta pero sufre, y en donde la humanidad conquista derechos á fuerza de padecer, se ven hechos que admiran; los hombres, para dispensarse del servicio de las armas, inventan un expediente particular que les suministró el cuidado y solicitud del clero; éste, compadecido de los esclavos, los habia elevado y enriquecido con privilegios y derechos, mudando hasta su odioso nombre en el de vasallos; así es que el hombre libre se sujeta á la manumision que le pone bajo la tutela de un señor, con lo cual se liberta de un servicio militar que odia, y de comparecer en las asambleas, teniendo ademas una seguridad en sus bienes y personas que defiende el señor, bajo cuya clientela se ha colocado; de este modo se ven envueltos, es verdad, en todas las querellas privadas de su señor, llamados á su corte y á sus pleitos. Esto parece un mal, sin embargo era un bien; puesto que por este medio se facilitaron un camino y una carrera de donde más tarde salieron los escuderos que, con el tiempo, pasaron á la clase de nobles y caballeros; así fué cómo el clero

proporcionó á los pobres los medios de encumbrarse y abrió al mérito una senda por donde el hombre saliendo de su esfera ascendiese á los primeros puestos en la gerarquía social, y no hay que decir que son suposiciones, puesto que el mismo clero habia dado el ejemplo llamando á los primeros destinos de la Iglesia los hombres eminentes de su seno sin consideracion á cosa alguna, ni á patria, ni á nacimiento, mas que á la virtud y al mérito. Constituido en vasallo el hombre libre, adquiere los derechos de tal; mas en los juicios sucede que los señores, para declinar la responsabilidad, dejan á los pares del acusado el derecho de fallar, y estos vienen á ser un contrapeso á su poderío. Aquellos señores rehusan someterse al soberano cuando no es asistido por los altos barones: esta pretension produce las apelaciones que disminuyen la influencia de la administracion de justicia, y aquí tenemos otra reforma contra los abusos del poder introducida en la sociedad por el clero. Él fué el primero que enseñó que se puede apelar del fallo de un superior á otro por medio de las apelaciones al metropolitano, al concilio, al pontífice, estableciendo así un escudo á la inocencia y un contrapeso á la tiranía, á la arbitrariedad, al despotismo; contrapeso que hasta él nadie habia conocido.

El clero estiende los tribunales permanentes; favorece el saber y la discusion de los derechos,

y el saber y la discusion son un valladar de la autoridad abusiva que la reducen á sus justos límites cuando cesa de estar en armonía con las necesidades sociales: no contento con esto, impone como un deber la convocacion de los consejos, y de este modo introduce en la política un tercer estado que teniendo que intervenir en las grandes cuestiones de los reinos, en la formacion de los presupuestos, en las disposiciones financieras, en la administracion de justicia, modera el cetro en manos de los reyes y organiza las monarquías de modo que el despotismo se hace imposible. De esta suerte el clero supo regenerar la sociedad y hacer brotar el bien del trono enfermo de la raiz corrompida, que al parecer solo podia producir frutos amargos de miseria, de desgracias y de horrores; de esta suerte una mano diestra, una cabeza bien organizada, una corporacion ansiosa del bien, sabe aprovechar en beneficio de la sociedad los padecimientos del individuo, y en pro de la humanidad sus mas crueles adversarios.

Grandes fueron los padecimientos con que el campo de los tiempos marca su estancia en este siglo: incursiones, guerra civil, opresiones en detal y horribles plagas naturales. El hambre devoró la Europa. En pos vienen epidemias terribles: España devastada, la Meca desierta, la Kaaba cerrada, el Egipto desolado por la carestía, y llega

á tanto el mal, y toma tantas y tan grandes proporciones, que los prelados reunidos en concilio deliberan que se alimenten las personas mas robustas para salvar la especie humana. En medio de estas miserias, en medio de tantas agitaciones sociales, cuando ni los pueblos ni los individuos podian prever que saldria algun dia el bien y que el sol de la felicidad alumbraria sus horizontes, ¿qué pensar? ¿qué hacer? ¿qué otro recurso les quedaba que la muerte? Así fué que admitió de buen grado el rumor esparcido de que se acercaba el fin del mundo y abrazó con entera fé la opinion errónea de los milenarios. Sucdieron tales desastres el año 1.000, y la desgracia vino en apoyo del error: la imaginacion acobardada ve fantasmas en todos lados y vivifica las ilusiones hasta el extremo de creer realidades los mismos sueños, por inconexos y monstruosos que sean. Y sucedió que parecian ya tocarse los preludios del terrible dia, y atravesar las escenas del Apocalipsis que le han de preceder: y así, se creia ver el desquiciamiento de la tierra, la caida de los astros, y en una palabra, el anuncio exacto de aquella catástrofe.

Por todas partes luto y desolacion, tristeza y llanto; las gentes vivian sin porvenir y el desaliento ocupaba todas las almas, el temor los corazones y solo en los templos hallaban consuelo; así es que se agrupaban á los santuarios de mas fama,

hacian procesiones, se suplicaba á Dios que levantara el brazo de su justicia, se imploraba su clemencia, se pedia su misericordia para que desviara aquellas plagas y tuviera compasion de su pueblo, que muy en breve debia comparecer en su presencia. Las gentes acudian en tropel á los monasterios en solicitud del santo hábito, y nada bastaba á moderar esta devocion. Otros legaban sus bienes á las iglesias á fin de proporcionarse tesoros de misericordia en cambio de aquellas riquezas miserables que iban á perder.

Se ha culpado por esto al clero tambien, se le ha hecho el autor de esta novedad, y al hacerlo se le ha acusado y es preciso desvanecer la acusacion: el clero, ni fué el autor de esta noticia, ni pudo serlo: condenada por la Iglesia y anatematizada, el que la hubiera sostenido hubiera sido herido con la excomunion y declarado hereje, lo mismo que á cuantos la hubieran sostenido y hubieran contribuido á esparcirla, y es bien seguro que no se me designará uno solo que lo haya hecho; más digo, que no haya impugnado: no hay, pues, que culparle, no fué esto lo que hizo, pero sí sacar partido de ello y del estado en que puso las almas el temor en beneficio de la sociedad y de los hombres. ¡Qué diferencia de la realidad á la suposición! Pero me dirá alguno, ¿qué partido sacó? ¿Cómo? Se lo vamos á decir. Inculcó la piedad en las almas, apartó los corazones de las ven-

ganzas, aniquiló los rencores, destruyó los odios, hizo renacer en los hombres la fraternidad y el amor, el respeto á las iglesias, á la virtud y á la inocencia; así fué cómo convirtió en bien tanto mal, y en un bien religioso, merced al cual se hicieron inmensas reconciliaciones, recibieron su libertad muchos esclavos, los bandidos arrojaron el puñal y abandonaron los bosques para ir al pié de los altares á pedir perdon vestidos del cilicio y cubiertos de ceniza. Su siglo apreció estos hechos en su justo valor, y fueron venerados los sacerdotes como humanitarios, civilizadores, sociales, como los hombres de su época, como los mejores amigos del hombre, como los protectores de la humanidad, como los hombres de la civilizacion; y mírese como se quiera, su siglo tuvo razon, los hombres de entonces los juzgaron mejor que el siglo presente, y lo dicho justifica su juicio exacto; mas si queda alguna duda, poco trabajo costaria desvanecerla, no haciéndolo ahora, aunque sí comprometiéndonos á ello, porque no queremos creer haya tanta estupidez.

Tanto fué el bien que hizo el clero á su siglo, que su historia es la de la época, y así se ve reducida á hablar de las iglesias, de los monjes, de los sacerdotes, de los obispos, y esto nos demuestra una verdad, y es, que no serian tan inútiles como se han considerado despues, ni tan dignos de censura y desprecio como se propala, ni tan

enemigos de la sociedad como se quiere, ni, en una palabra, tan crueles, déspotas é inhumanos como se anuncia, cuando el pueblo, que nunca se engaña, los apreció, cuando todas las clases de la sociedad se confiaron á ellos, desde el pobre hasta el monarca, y desde el sabio hasta el ignorante. Esto no lo pueden decir los embaucadores de nuestro siglo, todo su prestigio concluye en un corto número interesados como ellos en el error, en el monopolio ó en la maldad; pero que nunca pasan de muy pocos, que están dedicados á escatimar los pueblos, y bajo el nombre mágico de libertad, oprimirlos, degradarlos y esclavizarlos: estos nuevos apóstoles jamas podrán formar una reputacion que merezca en la historia un puesto honorífico; sus nombres, ó mueren con ellos, ó pasan á la posteridad maldecidos; no así el del clero, que ha llegado hasta nosotros en medio de las bendiciones de su siglo y de la admiracion de los siguientes, y por lo mismo seria imposible comprender el siglo de que hablamos, sin estudiar la historia de su clero y ocuparse de él en primer término. Vanamente se buscaria en cualquiera otra parte de la sociedad la unidad tan necesaria para su sostén y prosperidad: en medio de tantos movimientos desordenados, de tantas divisiones caprichosas, solo hay un brazo que las une, el cristianismo; solo un vínculo que las liga, el cristianismo; solo una cualidad que las hermana, la de cristianas.

La unidad ficticia de la Roma de Carlo Magno nada habia producido duradero y comun para los pueblos avasallados, y nada podia producir, porque la verdadera unidad no está ligada, no puede proceder de la fuerza bruta sino de las ideas; no procede de la materia sino del espíritu. Los emperadores, los reyes de la tierra no pueden dar cima á tan alto pensamiento, á tan grandiosa idea; otro poder, otra institucion, otra fuerza es la llamada á realizar esta sublime concepcion, y este poder es el pontífice, esta institucion el cristianismo de que es gefe. Veámosle abrirse paso con la supremacía papal, única que, enlazando la sociedad fraccionada en feudos, hace posible las empresas intentadas de concierto por la Europa entera, unificada en sentimientos con la Iglesia, única que en medio de aquel caos que todo lo confundia, tremola una bandera humanitaria, única que entre los atropellos de la tiranía levanta su voz para condenarla, única que en medio de la confusion de ideas que nos llevan al embrutecimiento, se puso al frente de la civilizacion para salvarla, y en una palabra, la única que divulga las máximas de libertad bien entendida, de esa libertad basada en la religion que enfrena al despotismo y al libertinaje, los excesos del poder y los excesos del pueblo, manteniendo el justo medio, la libertad racional, garantía de las propiedades y personas, escudo del orden y base de esa

justicia que da á cada uno su derecho y protege los de todos.

La ley de perfeccion del cristianismo, influye y pasa de la Iglesia á la sociedad, y en toda Europa solo se oye una sola voz, la del púlpito; un solo eco, el de la religion; una sola palabra, la del sacerdote. Suprimidla y la Europa será lo que fueron los países donde se redujo al silencio ó á un lenguaje oficial. Suprimidla y entonces veréis qué es de la sociedad, qué de los pueblos, qué de las naciones, qué, por fin, de la civilizacion y de la humanidad. Entonces echaréis de menos ese púlpito tan maldecido, ese sacerdote tan injuriado, y veréis lo que valen para el bien de la sociedad. Suprimidlos y veréis triunfantes la opresion y el despotismo, y la Europa retrogradará al feudalismo ó caerá en la anarquía de que es única barrera. Pero aquí el dolor piadoso, las amenazas proféticas, la caridad recomendada, los castigos designados al malo, el premio de la virtud oprimida y la remuneracion anunciadas, son protestas contra el vicio, contra el error y contra la tiranía; es el único baluarte que defiende la ley moral, el único depósito que perpetúa las doctrinas que han de servir de base al derecho público.

Padeciendo y peleando la Iglesia, no padece y lucha para sí como los egoistas filósofos que hoy la insultan; no levanta el edificio social para explotarle sola como ellos; lucha y padece por to-

dos, y cuanto hace lo encamina al beneficio de la humanidad: teniendo por base el amor, propende sin levantar mano á asimilar cuanto la rodea y á conquistar á los conquistadores: solo ella tenia nociones bien determinadas sobre los gobiernos, sobre la moralidad y sobre la justicia: no consideraba las naciones, sino los hombres; apaga el espíritu de raza para ocuparse de la humanidad; proclamaba la igualdad de todos, porque todos somos hijos de Dios; y llama libres á los hombres como servidores de un mismo Señor, muy superior á los de la tierra, y á quien todos debemos servir, venerando y acatando las autoridades de la tierra, viendo en ellas los representantes del que dijo: "Obedeced á los príncipes. . . el que resiste á la autoridad resiste á la ordenacion de Dios." Así, con estas doctrinas, rechazó y sujetó la tiranía de unos y la anarquía de otros, é hizo triunfar la causa del orden, estableciendo sobre esta sólida base la sociedad, y garantizando así la paz interior de los pueblos.

Para asegurar la exterior, hace conocer la Hungría, la Polonia, los tres reinos de la Escandinavia, la Rusia, y los recibe en el seno de la sociedad civilizada, marcándolos con el signo de la cruz. Les envia artes y letras con los misioneros que adelantan sin ambicion, sin más armas que la virtud, los ejemplos y el amor al bien. La Roma católica conoció cuán útil é importante era civili-

zar la Germania; era el único medio de contener la inundación de bárbaros, que hacia tantos siglos se lanzaban del Asia á la llanura septentrional indefensa, y la introdujo en la sociedad, llevando á cabo, por medio de la fuerza de la palabra y la propagación de las ideas, lo que no habia podido conseguir la Roma gentil por medio de las armas, conquistando sus inermes misioneros, lo que fué inconquistable á las temidas legiones y á los celebrados cónsules: haciendo los pontífices lo que fué imposible á los emperadores, fundaron en ellas ciudades, enseñaron la agricultura, promulgaron una ley de moralidad individual y de perfección doméstica. La Roma cristiana, más ambiciosa de conquistar las almas y de poseer las inteligencias, que la gentil de avasallar ciudades y destruir imperios, consigue en el año mil, hacer cristiana la mayor parte de la Europa. La Suecia es la última en someterse al suave yugo de la cruz.

Los nuevos reinos piden para constituirse la bendición de Roma, prestándole voluntariamente un homenaje que legitima su poder, libertándole de pretensiones rivales. De esta manera el sacerdote domina por la doble clientela de la fé y del interés. Si la Iglesia no puede estirpar las guerras inhumanas de entre los cristianos, al menos hizo mucho para conseguirlo, y tuvo el consuelo de ver pueblos feroces y sin freno, someter algunas veces sus gestiones al fallo pacífico de su pon-

tífice: Roma dió fin á las invasiones apegando los bárbaros al terruño donde habia elevado el altar y el episcopado: enseñó á cultivar la tierra, á respetar la vida del hombre, á amar la catedral y el convento, que se convirtieron en patria, en focos de civilización, en modelo de poderes gerárquicos, y en escuelas de instituciones sociales. Obra inmensa de la palabra, poder mágico de la religión, que triunfa de la ignorancia y de la fuerza bruta, resiste el poder tiránico y hace hermanas las naciones. El pueblo, que no se engaña en sus simpatías, se vuelve hácia este soplo bienhechor, que refresca el aire abrasador de sus desgracias, y se instruye de sus derechos cumpliendo con sus deberes. De esta manera, y por tan justos medios, consigue la Iglesia preponderar en el Estado, como el pontífice prepondera en la Iglesia, y así fué como la Roma católica llegó al apogeo de su grandeza. Digan lo que quieran sus enemigos, esta es la verdad histórica; el poder de Roma y su preponderancia, no pueden apoyarse en más legítimos derechos, no es una usurpación como se quiere suponer, y ojalá todos los poderes fueran de igual origen.

Pero al mismo tiempo que Roma conquistaba así la supremacía, el emperador se la disputaba. Así en oposición estos dos poderes, debían necesariamente limitarse y restringirse uno á otro. Poner en armonía la Iglesia con el gobierno este-

rior fué el objeto á que se dedicó el clero; y es notable que el gobierno exterior hizo surgir de aquí graves conflictos que, más de una vez, pusieron en peligro la tranquilidad pública. Las providencias que tomó para dominar, no fueron las más equitativas, ni siempre moderadas, ni menos justas, como lo prueban siglo y medio de luchas para adquirir el derecho de investiduras, que todo lo confundió é introdujo en la administración religiosa graves males, vicios funestos, detestables desórdenes; pero el poder temporal se estralimitó, y tan útil como hubiera sido obrando en consonancia con la Iglesia, tanto fué perjudicial por esta injusta contienda á la sociedad. Sin embargo, bien estudiada la historia, es preciso convenir en que esta lucha fué hija del peso de las circunstancias, y esta guerra era inevitable entre el espíritu y la materia, y supo de ella sacar la Iglesia grandes bienes en pro de la sociedad y de la civilización, haciendo desenvolver ideas que, de otro modo, jamás hubieran llegado á su desarrollo, y hubieran permanecido infructuosas y enteramente inútiles á la humanidad.

Es, pues, un error lamentable llamar á este siglo siglo de hierro; pues si bien es verdad que, tanto los individuos como las naciones, padecieron crueles sufrimientos, no lo es menos que la humanidad avanzó sencillamente al través de estas pruebas que, en medio de tan opuestos ele-

mentos se colocó á una altura muy ventajosa. Así mirada la cuestión no podemos ser del número de los que califican este periodo del más desgraciado de la raza humana; porque los hechos atestiguan que tanto la ciencia como la vida social caminaban en progreso, y esto es una prueba de que iban ganando mucho y colocándose en un terreno digno. Además, en esta época se verificó un grande acontecimiento, cual fué la fusión del mundo romano y del mundo germánico, para formar el mundo cristiano, y este solo acontecimiento basta por sí para enaltecer la época en que se verificó. El antiguo elemento del poder central ha perdido su energía, y no deja subsistir en adelante más que el nombre del emperador; y de aquí tiene origen la sociedad moderna. Al mismo tiempo que todo se fracciona hasta el extremo de que cada comarca se vea cubierta de pueblos diferentes con diversas leyes y distintas administraciones, subsiste un poder que proclama la unidad de las naciones; hay un elemento que las hermana; y este poder no es el de los filósofos, sino el del pontífice; este elemento no es la filosofía sino la Iglesia. Sí, la Iglesia por medio de su jefe es la que marcha al frente del mundo; el único poder que la salva, la única fuerza que la sostiene: á la Iglesia y á sus ministros debe la sociedad sus adelantos, la civilización sus progresos, la humanidad sus derechos. ¡Y aun se la acusa! ¡Y se escarnecen los

sacerdotes! aquellos sacerdotes que tanto la enaltecieron y que la elevaron á su dignidad! Tal es el poder de la ingratitud.

Si un día se hubiera dicho que llegarían tiempos tan calamitosos en que el clero necesitara justificarse, un grito de indignación se hubiera levantado por todas partes, y las maldiciones del mundo hubieran contenido la lengua maldiciente que en él se hubiera cebado. Pero conocemos que los acusadores son en muy reducido número, que no tienen otra cosa en su favor que el cinismo, y por lo tanto los abandonamos á sus remordimientos, sin pretender otra venganza; y si hablamos es para que no se diga que no tenemos razón y porque se nos reta, y así proclamamos nuestras glorias porque las hemos ganado, y decimos que la unidad de gobierno es nuestra; porque solo la unidad espiritual que nos pertenece pudo crearla. Gran prueba de esto es que la unidad de las naciones no consiste en la unidad de gobierno, ni de nombre, sino en la identidad de ideas, de costumbres, de sentimientos, de lenguaje, de cultura intelectual, que son las que forman la unidad moral, que no está sujeta á la política, y que es la única que puede producirla y conservarla. En una palabra, la unidad general tan suspirada, no puede hacerse sino por medio de la religión y de sus ministros; y así aconsejamos á los utopistas no se fatiguen, ni molesten en buscar teorías, y por me-

dio de ellas plantear esa unidad; puesto que el que todo lo puede y todo lo sabe tiene dicho: "todas las naciones vendrán á postrarse á tus piés y te adorarán."

El clero, pues, en la época presente, en medio de las interminables disputas con el imperio, no perdió de vista su objeto principal; luchó, y de esta lucha sacó grandes ventajas en favor de la civilización y de la humanidad, y las referiremos en compendio para humillación de cuantos le insultan. Entre estas son las más notables los inmensos esfuerzos que hizo por todas partes, y los grandes sacrificios que le costó sacar al mundo de la barbarie: para combatir este monstruo que todo lo confundía, hizo que las leyes llegasen á ser estables, y que se redactasen por escrito: introduciendo su espíritu en la legislación política y la moral, hace adoptar las tendencias de hacer cesar cuanto había de movable en las naciones, los individuos y la propiedad. Coloca los idiomas caracterizados, y de aquí surgen las nacionalidades; sembrados están los gérmenes de todas las grandes reformas, y están sembrados por el sacerdocio, y en esta informe materia es preciso buscar las causas de las opiniones, de los sentimientos, de las instituciones y de cuanto existe en el día. Allí es donde la nobleza encontrará sus títulos, y las familias ilustres su origen: allí es donde se encuentra nuestra cuna, la de nuestro pueblo; entre

aquellos siervos que, bajo la proteccion de la Iglesia, por los trabajos del clero, de este clero sanguinario y cruel, se convirtieron en villanos, luego en hombres libres y últimamente en ciudadanos.

El hombre que ha debido combatir para defender, no contra ejércitos, sino contra húngaros y normandos, su campo, su casa, con cuanto esta palabra encierra mas dulce y sagrado, se adhiere con todo su afecto y piensa en crearse un bienestar en lugar de pensar en invadir el bien de otro, y esto lo sabia muy bien el clero, y tal fué la razon que tuvo para hacer los propietarios, y que fué esta obra suya lo dicen los concilios, y escritos están en sus cánones estos monumentos de su gloria antes que en ningun otro código. Constituido el hombre en propietario, cesa aquel vértigo de conquista que agitó la Europa por espacio de tantos siglos; hácele despues imposible el feudalismo fraccionando las naciones y las provincias, y encadenando á la tierra los honores, los nombres y hasta la existencia.

Empéñase despues una lucha entre el papa y el emperador, cada uno esgrime sus armas; el papa las de la razon y las ideas, el emperador sus lanzas y sus espadas; los dos quieren apoyarse en los hombres, y entonces el sacerdote les enseña á formar su opinion, y de este modo á formarse una conciencia de su valor; entonces supo el hombre

que tenia derechos, que podia elegir porque los dos apelaban á su eleccion, y el clero supo hacerle conocer su valor porque de esto pendia el triunfo de las ideas, y así le enseñó á conocer que habia un poder sobre el de la fuerza de las armas, que era el de la fuerza de la opinion, y de este modo le puso en el caso de acudir á su razon para meditar á quién habia de auxiliar con su espada, con su oro y con sus convicciones; así fué que, merced al clero, conoció cuán grande era el poder de este oro, de este acero y de esta fuerza moral, y como era natural, quiso emplearlos en asegurar y aumentar los derechos que el clero le habia enseñado á conocer, que el clero habia iniciado, que el clero le habia conquistado y enseñado á apreciar, y merced al clero se vió en el caso de sostenerlos. ¿Díganme ahora los filósofos si han hecho más por el hombre, díganme si hoy, cuando proclaman sus derechos, lo hacen con este desinterés, ó si es cierto, como los hechos pruegan, que solo se sirven de ellos para explotarlos en su obsequio, y que al obligar al poder combaten lo que defendian, y no se invierten mas que en despotizar y tiranizar á los mismos que engañaron vil y bajamente llamándolos *pueblo soberano*? ¡Ah! respondan por nosotros las naciones, respondan los engañados. Ellos confirmarán nuestras palabras, porque son la verdad, y la verdad probada por los hechos, y hechos que no cuentan si-

glos, sino años, días, meses, horas, que no nos los han contado, sino que los vemos; y contra esto no hay teorías, no hay discursos, no hay elocuencia, porque todo se estrella contra ese muro que no puede escalar la palabrería, la farsa ni el error, por mas que se disfrace.

Si este apoyo presta el clero á la humanidad y de este modo forma la política elevando al hombre á su dignidad, no es menos interesante el papel que representa en el campo de la literatura, ni menos generosos los esfuerzos que hace en su obsequio, y de este asunto vamos á tratar con breve y clara concision. La literatura conservaba su movimiento pero se arrastraba trabajosamente hácia su objeto, porque el siglo era un siglo de armas y combates en el que imperaba la fuerza, que nunca fué la protectora del saber, puesto que los campamentos y las cátedras son dos fuerzas rivales que están en continua lucha, son dos oposiciones que mutuamente se repelen, se rechazan, se excluyen; mas sin embargo, en esta época abundaron los talentos escogidos, más de lo que podia esperarse de una época dominada por la guerra, las turbulencias, los motines, y es tanto mas cierto nuestro aserto, cuanto la literatura tiene un sello que la hace muy recomendable en medio del desquiciamiento en que estaba el orden, y la anarquía que todo lo envolvía. Digna es de particular atencion, si no por los resultados que consi-

guió, al menos por la actitud que tomó, por su tendencia á las ideas prácticas y por los esfuerzos que hace por aunar lo antiguo con lo moderno, la filosofía con las ciencias divinas, y en esto estriba su mérito, aquí está su carácter distintivo, y es seguramente lo que la hace acreedora á la mayor consideracion.

Conocemos que no todos participarán de nuestra opinion, que habrá muchos que disientan de ella, otros que lo atribuirán á una ridiculez y hasta á necedad; nosotros, sin embargo, suplicaremos á nuestros lectores una cosa, y es, que tengan presente que los literatos de este siglo eran *sacerdotes*, y esto basta para que nuestros acusadores lo critiquen y desprecien; así como es suficiente para que nosotros los encomiemos, con lo cual puede conocerse muy bien la divergencia de opiniones, su causa y su origen; pero resta algo, y es, saber de parte de cuál está la razon, y aquí es donde yo apelo y suplico imparcialidad y criterio; para esto empiezo por reconocer que en aquella época la literatura no tenia las formas elegantes, ni la belleza de estilo que en la nuestra; pero no es la culpa de los que á ella se dedicaron; todos sabemos que á medida que el mundo adelanta, las ciencias, las artes y la literatura progresan, y que en medio de las circunstancias que rodeaban á los hombres y ofuscaban las imaginaciones, cuando la incursion de los bárbaros todo

lo habia destruido, estos hombres tuvieron que crear y no tenían el poder de Dios para sacar las cosas de la nada con un *hágase*, y por consiguiente que cualquier cosa que hicieron fué mucho hacer; además, prescindiendo de esto, encontramos que en aquellas cartas de los emperadores y los pontífices que con motivo de sus querellas redactan aquellos clérigos, si carecian de futilidades sonoras, estaban llenas de energía y dignidad, y en sus líneas brillaba el fuego de una lengua viva y una razon digna de los tiempos mas ilustrados. Esta sencilla razon creemos suficiente mérito para que aquella literatura, no solo no se desprecie, sino que merezca una recomendacion en la república de las letras, y sus autores, aunque *clérigos y monjes*, el dictado de sus patronos, y patronos que se consagraron á los trabajos por el bien de la humanidad y de la civilizacion, lo cual seguramente no podrán decir sus acusadores, de cuyas teorías tan tristes recuerdos tiene la sociedad.

Nuestro cuadro social toca á su término, y muy escasas palabras vamos á decir para terminarle, y éstas serán respecto al mahometismo. Siguen su curso las dos civilizaciones mahometana y cristiana; los imperios de Constantino y Mahoma se disputaban el dominio del mundo, y estamos en el caso de ocuparnos de ellos. Hay movimiento en el primero, pero es ya un cadáver en putrefaccion: lleva el antiguo orgullo en las discusiones

sofísticas, en su pretension de dirigir las conciencias, en su estrañamiento para aquella unidad que hace la fuerza de la Europa. No es mejor la suerte del otro; tambien se descompone. Elévanse dinastías y son derribadas á la vez; se multiplican los parricidas y fratricidas; y sin embargo, la suerte de la humanidad no se mejora, no obtiene ni dignidad personal ni derechos. Edifican los musulmanes, es verdad, pero sus edificios no se elevan sobre terreno firme, sino sobre arena move-diza, conservando siempre algo de su naturaleza nómada y trasladándose continuamente de la Meca á Damasco, Basora y Constantinopla: Basora, que aguarda la subida de las aguas, no como Egipto para fertilizar los campos, sino para su ruina y despejo: vendrá la invasion de las aguas y su esfuerzo añadirá pronto al golfo pérsico llanuras otros dias florecientes: Constantinopla aguarda las invasiones de la Rusia, y no sabemos si las cúpulas de la reina del Bósforo están destinadas á tremolar el pabellon moscovita, y la ciudad de los minaretes á ser hollada por los caballos del Don. ¡Misterios de la Providencia que no puede el hombre comprender! Ayer el poder, mañana la debilidad, el apogeo de la gloria pasó, y en su periodo descendente hoy el imperio de los sultanes, no puede ni aun defender su casa. No estamos en los tiempos presentes, sino en el siglo XI; y así dejaremos de hablar de lo que vemos para ocuparnos

de lo que fué; y trasladándonos al siglo referido, concluiremos nuestro trabajo, dejando para cuando hablemos del siglo XIX, las reflexiones que el estado actual de cosas avoca á nuestra imaginación que entonces estarán en su lugar y nosotros no habremos pasado los límites que nos hemos propuesto, ni invertido el orden establecido.

Hemos hablado de los dos imperios, hemos visto su estado; pero este estado no se ve jamás en su verdadero punto de vista, sino cuando las dos civilizaciones se presentan en relieve; los Estados son lo que su civilización, y ésta lo que los elementos que la constituyen. Así planteada la cuestión, los musulmanes llevan la ventaja. En literatura pueden citar hombres eminentes, en cuya presencia los europeos no tienen lugar: en ciencias bastan á probar su superioridad Al-Mamun, Almanzor, Mahamud Gaznevide, Djelaleddin, Ferdonsi, Avicena y otros mil considerados por sus contemporáneos como los maestros, y tan célebres que á sus escuelas venían de todas partes á recibir el agua saludable de la ciencia. Llenos están los anales de estos hombres eminentes que, para civilizar el mundo, llenaron las universidades de Córdoba y Toledo. El pueblo musulmán conservaba y cultivaba la ciencia, y con tanto gusto, que la Europa les debe el invento del papel, las armas de fuego que por primera vez tronaron en Alge-

ciras, y en química aun conservan su nomenclatura árabe los Alcalis y Alambique; en agricultura hablará en su favor la acequia de Valencia, la huerta de Murcia, y el comercio les debe un impulso admirable y ese movimiento que se notaba en todos sus puertos, que con su vencimiento quedaron desiertos: sus artes estaban tan adelantadas como lo dicen Córdoba y Granada, la mezquita mayor, la Alhambra, el Generalife: en las mecánicas sus ricos bordados, sus buenas espadas, sus excelentes sedas y sus armaduras, y en costumbres su nobleza y fidelidad, de que son testigos los torneos, las justas, los palenques, los campos perdidos por los cristianos para dirimir sus querellas bajo la salvaguardia de sus leyes hospitalarias.

Cuando se contempla la historia, cuando se analiza, parece que todo presagia el triunfo musulmán y el afianzamiento de su poder; pero algo se echa de menos para que así suceda, y no es la ciencia ni ninguno de los elementos civilizadores, que en el día se tienen como base de los Estados por nuestros filósofos, de ninguno carecían los hijos del profeta, y en todos nos sobrepujaban; mas sin embargo, fueron vencidos. ¿Y por qué? Esta es la pregunta que yo hago á nuestros impugnadores. ¿Por qué con tan buenos principios, con tantos elementos, no adelantaron? ¿Lo ignorais? ¿No respondeis? ¿Es que no sabeis ó que no que-

réis confesar? Poco importa; yo lo diré á despecho vuestro y de vuestras teorías, y de vuestras acusaciones. Hay un elemento que anima el cuerpo social, y sin el cual, así como el cuerpo humano perece sin alma, así tan luego como este elemento no vivifica la sociedad, ésta muere. Este elemento, tan necesario en los pueblos y en los gobiernos, que es su savia y su vida, es la religion; y por consiguiente, lo que ésta sea serán los pueblos; si humanitaria, humanos; si cruel, crueles; si civilizadora, civilizados; por manera, que en todos los actos de un gobierno, en todas las costumbres de un pueblo, se refleja la religion que en él domina, y esto nos conduce á la necesidad de haber de poner frente á frente uno y otro pueblo, uno y otro gobierno, para juzgar mejor á su vista de los sucesos y de las cosas.

Entre los musulmanes los príncipes están revestidos de un poder ilimitado, son déspotas por precision, porque su voluntad es la ley; dan la muerte y la reciben; son crueles, porque tiemblan, y siempre tienen que temblar por lo mismo que son crueles, porque nadie es más tímido y cobarde que el malvado; y son débiles, porque no conocen freno. Entre los cristianos todo sucede al contrario: la religion regula las acciones; y así, mandando la obediencia á los súbditos, disminuye en los reyes los motivos de temor, porque descansan en el sacerdote, que hablando en nombre de Dios, mora-

liza las masas, haciéndolas sujetar su voluntad á las bases de la justicia, y á los preceptos del que, ni puede engafiarse, ni engafiarnos, y nos ha de juzgar: ordenando á los reyes respetar á sus súbditos, los hace sujetarse á las reglas de equidad, y mirar como hijos á los que gobiernan en el nombre de Dios, y por su voluntad, debiendo no oprimirlos, sino velar por su bien, y así es que con este barómetro regidos los pueblos, los príncipes son amados de sus súbditos; quitando así la religion á los unos la tentacion de rebelarse, y á los otros la ocasion de ser crueles. Así, pues, presentados los hechos, el hombre no puede menos de conocer la verdad, y tan clara como la luz del medio dia; causa porque triunfaron unos y sucumbieron otros. En consecuencia, entre nosotros todo se inclina al progreso, porque la religion marcha á nuestra cabeza y nos impulsa al movimiento; los musulmanes permanecen bárbaros, y continúan amenazando á la Europa por la parte de Oriente, cuando sus fronteras están aseguradas por el Norte; su amenaza, sin embargo, son los últimos destellos de una luz que brilla más cuando más cerca está de morir. Sus amenazas son los rugidos de una fiera herida de muerte, herida en el corazon, cuyos esfuerzos solo sirven para aligerar su fin, y cuyos rugidos aterran al que no ve su postracion, y sirven de burla al que la contempla humillada y abatida.

Vemos efectivamente pujantes los mahometanos, inspirando serios temores á la Europa, y en lo humano parece que no hay dique capaz de contener los furores de tan desbordado torrente; y sin embargo, le hay, es esa misma religion que viene frustrando todos sus esfuerzos. Ese mismo poder que venció á todos los demas, de quien dijo su augusto fundador: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." poder inmenso é infinito que, animado por el brazo de Dios, despues de haber planteado la cruz en las playas inhospitalarias del Báltico y del Don, camina á la conquista del mundo, y armará el pecho de los guerreros para lanzarlos á los abrasados arenales del Egipto y llevarlos á resolver en las orillas del Nilo y del Jordan la gran cuestion de Oriente y Occidente, como veremos en su lugar respectivo, donde hallarán nuestros hermanos su consuelo, nuestros adversarios su enmienda ó su vergüenza, y los hombres imparciales las bases para formar un juicio más exacto del clero, que el que se intenta que formen.

El clero, hoy tan combatido, sin ruido de armas ni estruendo de combates, ni desórdenes, ni motines, hizo la reforma del mundo; el sacerdote sin más escudo que su virtud y su conciencia, el monje descalzo, sin más perspectiva que los trabajos, las persecuciones y la muerte, se lanza en aras de su amor, y animado por la caridad á todas

las empresas, ni le detienen los mares, ni le acobardan los hielos, ni los calores le impiden caminar á su fin; allí donde hay almas que ganar se dirige, y allí lleva los gérmenes de la civilizacion, los principios que han de salvar la humanidad, los elementos sociales; ellos luchan con la ferocidad y la barbarie, y luchan desarmados; sus legiones, sus escudos, sus lanzas son exclusivamente la persuasion, su palabra triunfa, pero convence antes, al revés de nuestros *tolerantes humanitarios*, que no se paran en los medios con tal de llegar á su fin, y así es que predicán una cosa en los escritos y la desmienten con los hechos; hablan de libertad y tolerancia y nos quieren imponer á la fuerza sus dogmas, propalan el imperio de la razon y quieren que los demas no la tengan para discurrir y deducir, para analizar y comparar, para elegir ó rechazar.

Los sacerdotes no han planteado así sus doctrinas, no, á pesar de ser inhumanos y déspotas, y crueles, y orgullosos, y fanáticos, no han querido la nulidad de la razon, al contrario, ella ha sido su escudo, á ella han apelado; para llegar á su fin y conquistar los pueblos, y convertirlos y civilizarlos, han procurado ante todo convencerlos, y así han triunfado; por esto es gloriosa su victoria; la mano de Dios que vela por ellos, conociendo los ataques de que serian blanco, como se lo habia predicho, no armó sus brazos, sino su

lengua, su entendimiento, su razon; con estas armas emprendió esa gran conquista cuyos progresos admiran, empeñó esa lucha cuyas consecuencias encantan, y llevó su estandarte triunfante á todos los pueblos donde sonó su voz; y hay mas, consumó esta gran revolucion, que ha puesto al mundo en la senda de las reformas por medio del progreso civilizador en que colocaron la humanidad, cuyos derechos consigna el Evangelio de aquel Jesus que por salvar al hombre murió en una cruz, en un afrentoso patíbulo.

Hemos trazado á grandes rasgos el cuadro que presentaba el mundo en el siglo XI; hemos reseñado la civilizacion en todas sus escalas, y la influencia que en ella tuvo el clero, los bienes que proporcionó á la sociedad sacándola de en medio de tantos males como la aquejaban, y este afan, estos desvelos, esta solicitud, enaltecieron la humanidad y pusieron á la Europa en el caso de marchar al frente de la civilizacion, sin mas teorías que el Evangelio; en él aprendieron que debían hacer bien á los hombres, que debían amarlos, y los amaron y les hicieron bien; en el aprendieron que todos éramos hijos de un mismo padre, y lo predicaron á los demas; de ese libro santo sacaron aquellas palabras con que conmovian á los poderosos y los inclinaban á proteger á los débiles y hacer bien á los pobres; de él sacaron aquellas palabras que enseñan la humildad sin

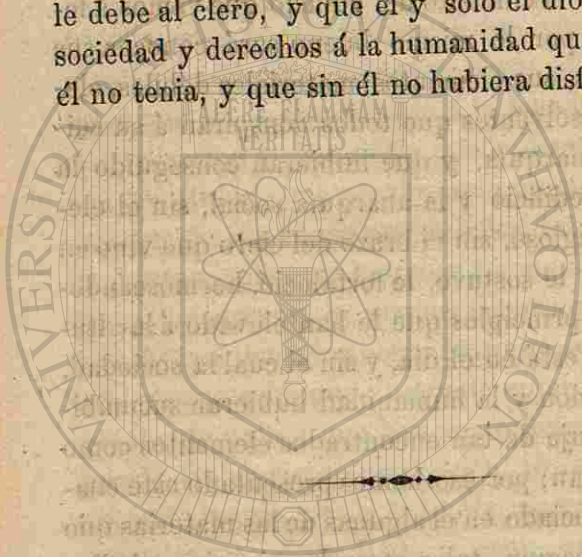
bajeza y la verdad sin adulacion, y merced á esto conocieron los hombres que tenían derechos que respetar y que los protegían, y los soberanos que tenían leyes que coartaban su voluntad, y sobre sí un poder ante quien responder de sus actos; y así fué que los pueblos obedecieron y los señores dejaron de ser tiranos, y esta gran revolucion que hicieron en la sociedad, no costó lágrimas, desgracias, ni mas sangre que la suya. Y no se diga que fué una revolucion cualquiera, no, porque todos saben que fué una revolucion que se introdujo en todas las clases, en todos los estados, en todos los elementos sociales, que los confundió desde su misma base y los encaminó al buen sendero de que se hallaban extraviados. Ni tampoco se diga que fué una revolucion pasajera, porque diez y nueve siglos de duracion afirman lo contrario, y se levantarán para sostenerlo. Tampoco se diga que fué estacionaria y circunscrita á un pueblo, á una provincia ó á un reino, porque contra eso hablarán mil naciones convertidas y el estado de progreso en que las puso el cristianismo; hablará un nuevo mundo adonde han llevado la cruz, el Evangelio y la civilizacion.

Por mas que los hombres se empeñen en oscurecer estos hechos, están tan manifiestos y claros, que sin mas que estender un mapa sobre una mesa se ven, y considerando que la doctrina que empieza á divulgarse por doce hombres ha acudi-

do á tantos países y ha convertido tantos millones de almas, se demuestra su actividad y su progreso, y el poder de la palabra que sujetó así naciones feroces y bárbaras, y civilizó pueblos salvajes, y humanizó caribes antropófagos, haciendo hospitalarios y caritativos los que poco antes se mantenían de carne humana. Estos son los beneficios que ha hecho el clero á la humanidad y á la civilización y que nadie puede disputar; estos son los títulos y las pruebas que opone á las acusaciones de sus enemigos: en ellos descansa como el guerrero sobre sus laureles, sin inquietarse porque se los quieran arrebatár; seguro con su posesión desafía todos los elementos que se les disputan, porque sabe que el mundo entero es suyo y que donde quiera que hay una reforma, un hecho grande, un elemento civilizador, allí está escrito: *sacerdote, monje, obispo, pontífice*; porque sabe que cuanto bueno existe lleva al frente su nombre, y publica su heroísmo y los reconoce como sus autores, y esta marca, este sello, este carácter, no puede borrarse por la calumnia, por la intriga ni por la maledicencia. ¿Quién quita esa gloria al clero? Nadie. ¿Quién se la disputa? Los que no han sabido hacer otro tanto; más aún, los que envidiosos de su nombre quieren menoscabarle y acuden á la calumnia para conseguirlo porque la verdad los descubre, los condena, los pone de manifiesto.

Acabamos este capítulo, en él hemos presentado el cuadro del mundo al empezar esta segunda parte de nuestra obra, como campo y eje sobre el cual ha de girar todo nuestro trabajo; él es efectivamente el cimiento del edificio que vamos á levantar, y por lo mismo bueno será conocer sus materiales, sus elementos; materiales débiles, elementos disolventes que todos conspiran á su ruina, á la anarquía, y que hubieran conseguido la ruina del edificio y la anarquía social, sin el elemento religioso, sin el brazo del clero que vino en su auxilio, le sostuvo, le fortaleció, hermoseándole con los principios que le han elevado á la altura en que está en el día, y sin el cual la sociedad, la civilización y la humanidad hubieran sucumbido al empuje de tan encontrados elementos como la combatían; por eso hemos presentado este cuadro y anunciado en él algunas de las materias que le han de seguir, tales como las ciencias y bellas artes, y los elementos de civilización que en ellas infundió el clero, la Iglesia en sus relaciones con los reyes y los pueblos, el celibato sacerdotal, los frailes y otras que nos han de llevar al término de nuestro trabajo, y que anotamos aquí sin otro objeto que preparar el ánimo de nuestros lectores y darles una idea de lo que nos va á ocupar en este tercer tomo; pero advirtiéndoles que no olviden que en él no nos separaremos ni un ápice del plan que hemos seguido en el primero y se-

gundo tomo, ni del orden que en ellos guardamos, porque tanto en uno como en otro, nuestro objeto es convencer á nuestros enemigos de que cuanto bueno existe, y cuanta civilizacion tenemos se le debe al clero, y que él y solo él dió vida á la sociedad y derechos á la humanidad que antes de él no tenia, y que sin él no hubiera disfrutado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

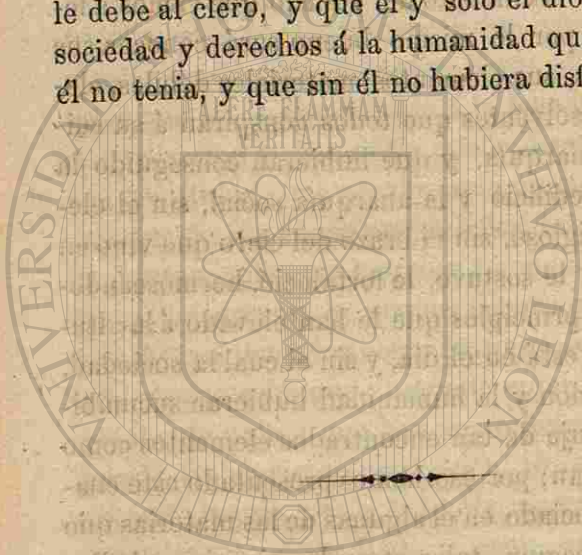
CAPITULO II.

CELIBATO CLERICAL.

Vamos en este capítulo á ocuparnos de una de las instituciones de la Iglesia que han sido objeto de más ataques y blanco de más envenenados tiros por parte de los enemigos del clero, y que por lo mismo destinamos en nuestra obra un preferente lugar para vindicarla. Bastábanos ver la tenacidad y los medios que se emplean por los opositores para combatirlo, para que nos hicieran conocer la necesidad de defenderle; y al tomar la pluma para publicar nuestra obra, nos propusimos hacerlo; restábanos, sin embargo, una idea que abordar, y confesamos, que por más vueltas que la dábamos en nuestra mente, no acertába-

009439

gundo tomo, ni del orden que en ellos guardamos, porque tanto en uno como en otro, nuestro objeto es convencer á nuestros enemigos de que cuanto bueno existe, y cuanta civilizacion tenemos se le debe al clero, y que él y solo él dió vida á la sociedad y derechos á la humanidad que antes de él no tenia, y que sin él no hubiera disfrutado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

CELIBATO CLERICAL.

Vamos en este capítulo á ocuparnos de una de las instituciones de la Iglesia que han sido objeto de más ataques y blanco de más envenenados tiros por parte de los enemigos del clero, y que por lo mismo destinamos en nuestra obra un preferente lugar para vindicarla. Bastábanos ver la tenacidad y los medios que se emplean por los opositores para combatirlo, para que nos hicieran conocer la necesidad de defenderle; y al tomar la pluma para publicar nuestra obra, nos propusimos hacerlo; restábanos, sin embargo, una idea que abordar, y confesamos, que por más vueltas que la dábamos en nuestra mente, no acertába-

009439

mos á esplanarla, ni aun á comprenderla; y esta idea, que tanto nos molestaba y ocupaba nuestro entendimiento, era: ¿por qué causa proclamando el siglo presente libertad, no nos habian de dejar en ella á los clérigos y á los frailes para elegir estado, para vestir á nuestro gusto, y para vivir con arreglo á los consejos evangélicos toda vez que esto en nada se opone á la ley del Estado y menos á la constitucion, y tanto más, cuanto vemos muchos españoles nacidos como nosotros en este bendito pueblo, y en esta éra de libertad y de legalidad vivir célibes, sin que en ello lleven por objeto el cumplimiento de los consejos del Evangelio, ni menos se impongan este voto por amor al Señor, ni le cumplan en desempeño de un deber, ni de una obligacion de conciencia, sino por complacer á su voluntad, quizá por no contraer obligaciones, acaso por entregarse sin freno al vicio y á la disolucion? Y á la verdad que esto no era para resuelto en un momento; porque si esos célibes no son compelidos, ¿á qué compeler á los clérigos y monjes? Si aquellos no son zaheridos, ni ridiculizados, ni acusados, ni mal vistos, sino que se les atiende y encomia, ¿por qué con nosotros no se ha de obrar de la misma manera? ¿Está la diferencia en el estado? No puede ser otro el motivo; con lo cual parece fuera de duda, que se nos priva de toda libertad, cuando se nos impide hacer dentro de los límites legales lo que queremos hacer, por cu-

ya razon deduzco yo, que sin más que por nuestro estado estamos fuera de la ley, no somos libres ni como los demas podemos obrar; y por consiguiente la ley es parcial, visto que á unos protege y á otros no; á éstos rechaza y persigue, y á aquellos escuda y patrocina.

o Seria cosa de nunca acabar, haber de enumerar las burlas, los dichos ridículos, las sátiras picantes, los sarcasmos groseros con que se ha motejado al clero por la práctica de esta virtud, y creeriamos manchar nuestro escrito tan solo con referirlos; y así, prescindiendo de estas sales con que ha pensado adquirir gracia la moderna impiedad, de estos sarcasmos con que ha creído engalanar sus producciones y esponer el sacerdocio al desprecio, haciéndole el blanco de la calumnia y de la maledicencia, seduciendo las almas sencillas y los corazones incautos para precipitarlos en el error, trataremos este asunto, tomando los principales argumentos de los contrarios, presentándolos con toda su fuerza, despojándolos del vano follaje del ridículo; porque sabemos que estos adornos solo sirven para disfrazar la verdad y hacer cundir el error, dando á las materias que adornan un interes que no tienen, y á los libros cierto grajeo que los hace gustosos, propagando así ideas que sin tales adherentes no merecerian otra suerte que el desprecio, puesto que sus obscenidades ofenderian aun los oidos menos castos, y llena-

rian de pudor y vergüenza hasta al hombre más corrompido, y que hiciere público alarde de su licenciosa vida, de su precoz libertinaje, de su descarada inmoralidad.

Uno de los grandes argumentos que se hace contra el celibato clerical es, que impide el aumento de la población; porque los jóvenes de uno y otro sexo que abrazan el estado eclesiástico, bien ingresando en el clero secular, bien en el regular, serian más útiles á la sociedad y á la patria en el santo matrimonio. Dejando por ahora el grande argumento que esta teoría presenta contra las doctrinas de libertad y tolerancia que sus mismos autores proclaman y que están en manifiesta oposicion con este argumento, por lo cual parece que, no solo se quiere atacar la libertad exterior, sino tambien la de conciencia, violentando así el sagrado de la voluntad que el mismo Dios respeta cuando dice: "Ante el hombre, la vida y la muerte, el bien y el mal, lo que le agrada se le dará, y hácia donde quiera que estienda su mano." Omitiendo asimismo el no menos concluyente tomado del ejemplo de esos célibes seculares, á cuyo estado, en gran número, pertenecen los detractores que consumen sus días y su salud en la crápula y el vicio, estraviando la juventud del camino de la virtud y seduciendo á cuantas mujeres tienen la desgracia de agradarles, y si no consiguen su objeto inquietándolas, molestándolas y aun deshonorándolas,

rándolas, atreviéndose á todo y llevando palabras de lascivia al corazón de la incauta matrona, de la honesta viuda, de la candorosa jóven, profanando con su lubricidad los oídos más pudorosos, sembrando la discordia en los matrimonios, llevando la desgracia á las familias, y el luto y el escándalo á los corazones. . . . Polillas de los Estados, plantas nocivas que aridecen el campo social y marchitan con el árido soplo de sus labios, sus mejores y más hermosas flores; prescindiendo de por qué á éstos no se les compele al matrimonio y se les persigue como reos de gran crimen social, y se les trata como enemigos de los Estados; siendo así, que mejor podría esgrimirse contra ellos la espada de la justicia, por la sencilla razon de que, no contentos de ser inútiles á los Estados, les causan gravísimos males, perjuicios incalculables, que no referimos porque están al alcance de todos, á su vista misma, y ellos son mas elocuentes que nuestra voz. Pasando en silencio estas razones, que serian muy suficientes para escudarnos, diremos: que no encontramos razones que puedan convencernos que existe un derecho para violentar las inclinaciones de las personas, y mucho menos cuando éstas son arregladas á la ley de Dios, de la cual emana la civil si ha de ser buena; y por consiguiente, que no hay, ni puede haber, una ley bastante bárbara que quiera estender su despotismo sobre la libertad de las afecciones, y si la

hubiera no conseguiria su objeto; y por tanto, que seria una ley nula y de ningun valor; pero daremos gusto á nuestros enemigos: supongamos que existe esa ley; supongámosla con toda la fuerza necesaria para obrar sobre la voluntad, para compelerla, lo cual equivaldria al mayor de los absurdos; ¿qué habriamos adelantado? El corazon que rechaza el matrimonio, el temperamento que no se inclina á él, el alma que le reprueba porque tiene otras afecciones, otra vocacion, ¿constituiria una persona á propósito para el fin de este sacramento? ¿Daria esta union el resultado apetecido? ¿Santificaria esta violencia con un buen efecto su injusticia? Creemos que no, y mejor que nosotros podrán esplanar este juicio los médicos, entre quienes está reconocido el influjo de la voluntad como uno de los principales agentes de la generacion. ¿Y qué voluntad eficaz puede tener el que no se inclina al matrimonio, sino que le rechaza porque su voluntad tiene otros objetos á que dirigirse? Creemos sobre este particular haber manifestado la impotencia del argumento demostrando la falsedad del sofisma y patentizando que no por esto se aumentaria la poblacion.

Con respecto á la segunda parte, esto es, á que serian mas útiles en el estado de matrimonio que en el célibe á la sociedad, habremos de decir muy cortas palabras. En primer lugar es altamente impío y atentatorio contra Dios, que inspira las

vocaciones al sacerdocio y al estado eclesiástico, llamando á su servicio á los que le parece y conviene como llamó á Aaron, decir que estos no deban ser con arreglo á las reglas, y con las condiciones que la Iglesia, fuente de toda verdad, que ni puede engañarse ni engañarnos, como regida por el Espíritu Santo, ha dictado y establecido para los que abracen el estado eclesiástico, como mas puras y santas, queriendo así que cuantos se consagran al Señor, y se ocupan de las cosas santas sean lo mas escogido, puro y santo de su grey. Mas dejando por ahora estas consideraciones, pasemos á dilucidar la cuestion en el terreno á que la hacen descender nuestros enemigos, y veremos si en ella salen mejor parados.

El clero, á medida que fué estendiendo y propagando la fé, creció su importancia social, y de uno en otro paso en su escala ascendente, vió al fin brillar el dia en que saliendo de las catacumbas pudo celebrar los misterios, sus magníficos ritos y santas ceremonias á la luz del sol; despues hubo un dia en que tuvo templos en paridad de derechos con los paganos; luego llegó tiempo en que se vió elevado sobre los sacerdotes de los ídolos; y por fin, proscrita la supersticion pagana, triunfante el culto católico, obtuvo el derecho de poseer; desde entonces la piedad cada vez mas en aumento, legó á los templos y á los ministros del Dios del Calvario sumas inmensas; desde este mo-

mento si el clero hubiera sido casado, si el celibato no se hubiese acordado, el cariño paternal, esa voz de la naturaleza tan imperiosa en el hombre, se hubiera dejado oír con toda su fuerza, con toda su elocuencia, con todo su imperio en el corazón del sacerdote, y él, tan compasivo con los demás, la hubiera escuchado y obedecido, y á su impulso hubiera convertido en patrimonio propio el patrimonio de la Iglesia, y al morir hubiera legado á sus hijos rentas suficientes á asegurarles una subsistencia feliz, lo cual hubiera producido males infinitos á la sociedad, entre los cuales anotaremos algunos para que los impugnadores del celibato clerical vean su injusticia y con cuánta falta de lógica y juicio le impugnan, y agradezcan el que la Iglesia por este medio haya ocurrido á cortar estos males, y lejos de ser impugnadores, sean sus apologistas como de buena fé lo creemos, confiados en que su buen criterio les hará, siquiera por esta vez, deponer su encono y hacer justicia á los que tanto deprimen.

Al contemplar lo que acabamos de decir, la primera idea que asalta á nuestra imaginación es: que el sacerdocio se hubiera vinculado á un reducido número de familias, y por tanto, que hubiera compuesto en la sociedad un poder, que auxiliado por la ciencia y defendido por las riquezas, hubiera aspirado á dominar, como aspiran siempre los poderes que se ven en tan brillante posi-

cion. Un clero con estas tendencias, debía ser un clero cruel, avaro, déspota, lo cual sobre ser contrario á la religion de que es ministro, hubiera sido altamente perjudicial á la sociedad, que el clero hubiera mirado no como hermanos, sino como instrumentos que debía utilizar en favor de su egoísmo. Un clero de raza, ni hubiera descendido á consolar el esclavo en las mazmorras, ni le hubiera defendido en los concilios, y lejos de darle derechos hubiera contribuido á cercenárselos, dejando al mundo en su barbarie inhumana, y al hombre sin su personalidad á merced de sus opresores, entre cuyo número se contaria; y entonces los que hoy le impugnan, que en su mayor parte han salido de la clase media, arrastrarian las cadenas de la esclavitud, que el clero quitó del cuello de sus padres, y la sociedad permanecería estacionaria, y el progreso de la humanidad y de la civilización tan cacareado en el día, no se hubiera iniciado ni puesto en movimiento.

Otro de los males que el matrimonio clerical hubiera producido á la sociedad es: una vez constituida la raza sacerdotal, nadie hubiera ascendido al sacerdocio que no hubiera pertenecido á la familia privilegiada, y la igualdad para todos, y las puertas que el clero abrió al mérito se hubiesen cerrado, y ¡cuántos hombres ilustres que honran las naciones hubieran muerto en el olvido! ¿Quién puede asegurar que Sisto V hubiera sali-

do de la esfera de pastor? ¿Quién que hubiera honrado á España Cisneros y Siliceo? ¿Quién que hubiera resplandecido Arias Montano? ¿Cómo se envanecería la Francia con los nombres de Bossuet, Fenelon, Richelieu y otros mil?... ¿Cómo la Alemania con su Le-Quien, Autperto, Esma-ragdo, Haymo y otros? ¿Cómo contaría la Inglaterra su Beda, Escocia su Escoto, la Irlanda su Walafrido? ¿Cómo el Africa su Cipriano y Agustino? ¿Cómo la Italia tantos hombres eminentes, y la Grecia, la Polonia, el mundo entero, tantos sabios y la sociedad en general tantos defensores? No era posible. Además, nadie puede asegurar que el clero que ha pertenecido á la nobleza hubiera sido de la raza sacerdotal que se hubiera creado por medio del matrimonio, y hay cien probabilidades contra una para establecer lo contrario, y afirmar que tanto los nobles como los esclavos hubieran sido excluidos del sacerdocio; y porque nunca se diga que hablamos por lujo de hablar vamos á emitir las razones en que nos fundamos, que se nos figura han de merecer alguna consideración por parte de nuestros contrarios.

No seguiremos en esta averiguación otras pruebas que las que nos suministra la historia, y ella sola será nuestro guía, y ella sola patentizará nuestro aserto. Descender á los siglos y elegirlos por terreno de combate es lo mas racional y lógico en materias de esta clase; presentar los hechos

y juzgar sobre ellos, y de ellos sacar las consecuencias lo creemos altamente filosófico, y por esto vamos á trasladarnos á los siglos á considerar los hechos y raciocinar sobre ellos para dilucidar la cuestión que nos ocupa. Ciertamente es que en la incursión de los pueblos del Norte los conquistadores se apoderaron de las propiedades, y los vencidos fueron no solo despojados de sus bienes, sino tambien reducidos á la condición de esclavos; aquellos por lo tanto formaron el estado militar, de donde salieron los hombres de armas, los caballeros y los condes, y estos formaron la clase ínfima de donde procedieron los libertos, y mas tarde la clase media: de los primeros toman origen los altos dignatarios incluso el trono, y de los segundos los artesanos, colonos y esclavos; los primeros representan la milicia y la fuerza bruta, y en ellos están vinculados el ejercicio de las armas y los derechos de la conquista; los segundos representan el trabajo y la inteligencia, y sus armas son los instrumentos de la agricultura, de las artes y de las ciencias: hubiera sido un crimen imperdonable que los fuertes guerreros hubieran descendido al estudio, y hubiérase tenido por el mayor delito que los hombres de la inteligencia y del trabajo se hubieran atrevido á manejar la espada y á solicitar un lugar en los ejércitos, y esto dice más que cuanta elocuencia quiera emplearse la clase destinada á las ciencias y al trabajo, y la

consagrada á los campamentos y á las armas; estas hubieran sido profanadas sin mas que el deseo de la clase ínfima de empuñarlas, y aquellos nobles guerreros se hubieran considerado prostituidos dedicándose á las ciencias. Así, pues, siendo el clero el representante, el único consagrado á la ciencia en esta edad, aparece fuera de toda duda que debió salir de las filas del pueblo vencido y no del vencedor, y por consiguiente, que él es de origen popular, y que el pueblo vencido, incluso los que hoy le denigran, se lo deben todo á él que fué quien los encumbró y rompió sus cadenas, y estableció sus derechos; por consiguiente, el clero no hubiera podido salir de la clase noble, sino del pueblo vencido.

Tenemos claramente demostrado, que el clero salió de la clase ínfima de la sociedad, de la raza vencida; y una vez demostrada esta verdad, muy poco tenemos que añadir para probar las ventajas del celibato clerical, y lo útil que ha sido á la sociedad que, por este medio, ha conseguido lo que por el contrario jamas hubiera alcanzado. Así es efectivamente; una vez el clero constituido en el matrimonio, hubiera guardado para sus hijos la libertad y los privilegios, y se hubiera olvidado de su procedencia, y aun la hubiera oprimido, porque esta es la naturaleza de las cosas, el curso ordinario de la especie humana, comprobado por mil sucesos tan recientes que pasan á nuestra vista y

á cada instante se levantan protestando contra los hombres y sus tendencias, contra el egoismo y la arbitrariedad. Bastaríanos citar unos cuantos hechos, y podríamos narrarlos con nombres propios para confirmar esta verdad, que tocamos como incidental, pero que no queremos hacerlo, puesto que no es enteramente indispensable para nuestro asunto, y nos concretaremos solamente á decir, que se tienda la vista por el espacio inmenso del mundo, y en todo veremos por regla general, á los hombres queriendo ultrajar y deprimir la clase á que pertenecieron, y no queriendo ni aun hablar de ella desde el momento en que por su mérito, por su talento, por un capricho de la suerte, ó por cualquiera otra circunstancia, más ó menos justa, más ó menos honrosa, más ó menos atendible, se han encumbrado á los primeros destinos. Así vemos á los hombres de la prensa maldecirla, á los de la discusión parlamentaria restringirla, á los de la milicia aumentarla; y por consiguiente, era más que posible que el clero hubiese creado una aristocracia sacerdotal más orgullosa tal vez que la de las armas, que hubiese deprimido al pobre, tiranizado al colono y despreciado al artista; y entonces la civilización, la sociedad y la humanidad, hubieran perdido su mejor escudo, su más poderoso patrono, su gran protector, ¡y sabe Dios entre cuánta ignorancia y miseria fluctuaríamos, y cuál sería el estado del mundo en el siglo XIX.

Yo, sin embargo, creo que mis enemigos no quieren declararse convencidos en este particular, y que por no confesar la verdad acuden presentando los deberes del clero, y manifestando que, de su religiosa caridad, no podía esperarse semejante conducta; y yo digo que así me parece, y así ha sido; pero que la causa la encuentro en el cilabato, pues á no mediar él no respondo que su conducta no se hubiera estraviado, y no respondo porque me gusta precaver los males, y que á los hombres no se les coloque en posiciones difíciles y duras alternativas, y no me gusta esto, porque sé que no debe someterse á pruebas la virtud, y que el hombre débil y sujeto á pasiones haría con triunfar de ellas sin auxiliares que las estimulen, cuanto más si á su natural deleznable se le añaden precipicios, se le aumentan dificultades y se le cerca de peligros. Además, ¿por qué esperar que el clero no siga los impulsos naturales y como los demás hombres no oiga la voz de la naturaleza? Y si disculpamos al padre, y aun le alabamos cuando pone todo su cuidado en procurar la mejor subsistencia posible á sus hijos y las mayores comodidades, y hasta lo tenemos por un deber de conciencia y de justicia, ¿por qué se lo habíamos de prohibir al clero y esperar en él conducta diferente, tanto más cuanto ésta debía ser la norma de los demás? ¡Ah! Sería un contrasentido que en modo alguno puede esperarse. Lo ló-

gico, lo natural es, que el clero hubiera obrado como obran generalmente los buenos padres.

Naturalmente nos llevan estas reflexiones á otras, y son las que asimismo se desprenden de estas premisas: una vez el clero rico y constituida por el matrimonio la raza sacerdotal rica y mas instruida que la guerrera, lo natural era que se encontrasen en oposicion directa, y que estos dos poderes se disputasen el imperio del mundo y estuviesen en campaña continua hasta que uno sucumbiese y otro triunfase: en esta lucha el clero debía ser, ó vencedor ó vencido; si lo segundo, perdía aquel prestigio que le hizo salvar la humanidad, y del que tambien se valió para civilizar el mundo y consignar derechos al hombre; si lo primero, la sociedad hubiera venido á parar en una teocracia que es muy posible hubiera sido todo, menos justa y racional. De modo, que bien vencido, no pudiese prestar servicios, bien vencedor, se estraviase de la senda de la justicia y oprimiese los pueblos, es lo cierto que en los dos casos el mal era para la sociedad. ¿Qué ganaría la sociedad aun cuando la teocracia fuese la justicia y la bondad misma? Nada, puesto que siempre sería el blanco de ataques, que por injustos, no dejarían de deprimir al clero; es, pues, fuera de toda duda, que el matrimonio clerical es incompatible con el bien de la religion y de la sociedad.

Aun nos quedan más razones que oponer con-

tra el matrimonio de los sacerdotes, y grandes pruebas que aducir en defensa del celibato; y no queremos omitir una que es de gran peso, y que á nuestro juicio presenta en una sola pincelada y en un solo rasgo, los eminentes servicios que la sociedad ha reportado del celibato religioso y sacerdotal. Cierto es que el hombre, desprendido de los halagos de una esposa, de los cariños de un hijo y de todos los lazos que tan poderosamente ligán el corazón á las afecciones de familia, siempre se encuentra más libre para entregarse á los trabajos y lanzarse á los peligros, que el que, al emprender un viaje, tiene que contar con lo necesario para la subsistencia de la familia, si se queda, ó para su trasporte si le acompañan; además de esto, en uno y otro caso, el corazón tiene objetos que le distraen poderosamente; la tierna edad de un hijo y la débil constitucion de una mujer, máxime en ciertos periodos y estados de la vida, son un fuerte torcedor, una poderosa rémora para entorpecer y aun impedir un viaje: pues ahora bien, estas dificultades suben de guarismo cuando el viaje es peligroso y aun espuesto á perder en él la vida; entonces las lágrimas del hijo y los ruegos de la esposa, vienen á oprimir el corazón, á torcer la voluntad, y el viaje ó se frustra, ó se imposibilita, ó se aplaza; así, pues, el clero, con las atenciones de una familia, con los cuidados de hijos y esposa no hubiera acometido las grandes

empresas que le honran, ni hubiera convertido naciones, ni civilizado los pueblos. ¿Cómo hubiera atravesado selvas y montañas? ¿Cómo hubiera surcado mares? ¿Cómo hubiera arrostrado el furor de los bárbaros y la antropofagia de los salvajes? No era posible, puesto que el cariño de la esposa y los hijos, y los lazos del matrimonio le hubieran detenido, y si habia concebido el proyecto, precisado á desistir de él.

Tenemos un ejemplo irrecusable de esta verdad y una prueba indestructible, y ésta nos la suministra el clero protestante. El clero, tan amigo de la civilizacion, que tanto la proclama y tanto grita contra el fanatismo de los católicos y las usurpaciones de su gefe; ese clero, modelo segun nuestros impugnadores, es casado, y yo quisiera que me presentasen él y sus apologistas las razones en que fundan el título con que quieren adornarse de civilizadores y amigos de la humanidad; yo quisiera me presentasen las pruebas en que apoyan su pretension y me señalasen los pueblos que han civilizado y las regiones donde han llevado los principios humanitarios; y en una palabra, los climas que han convertido, y entonces podrian justamente aspirar á este honor; mas estoy bien seguro que no aceptarían este reto ni unos ni otros, y si lo aceptan, tambien estoy seguro que no saldrán de él muy bien parados, y que solo servirá para poner de manifiesto algo más que su nulidad y su usurpacion, su mala fé.

No queremos, sin embargo, omitir que al invitarlos á este palenque, queremos armas legales, nada de calumnias, nada de sarcasmos, nada de gritería; razon, filosofía, lógica, hé aquí lo que proclamamos, y sobre todo historia que relate esos servicios y hechos que los comprueben; fuera de esto no queremos discusion, tanto más, cuanto ellos saldrán menos parados cuanto de peor ley sean las armas que esgriman, porque todo el mundo sabe ya que una buena causa no se defiende con insultos, sátiras ni malas razones; estas armas son propiedad esclusiva de los sofistas, y el derecho de las causas perdidas que solo fundan su triunfo en el error y la mentira, y que solo de la seducción y el engaño esperan su popularidad, halagando las pasiones, transigiendo con los vicios y alucinando los pueblos con aparatos fastuosos, mucha palabrería, pocas ideas, harta disolucion, gran vanidad, admirable soberbia y falta absoluta de caridad; ningunos principios de justicia, muchos de iniquidad, y, en una palabra, viviendo del engaño que siembran, y medrando de explotar los pueblos que alucinan; estos son los méritos y servicios del clero protestante, y éste su método de discusion con los católicos: recientes están los procesos del cardenal Wiseman, y sus resultados, y la prensa inglesa justifican nuestro relato, y por esta razon hacemos esta advertencia para que sirva de punto de partida, esperando no

recibirán nuestros lectores á mal esta digresion, que si bien nos ha separado algun tanto del hilo de nuestro discurso, nos coloca en el caso de continuarle con mas energía.

En todos los grandes, dilatados y ricos países que de cuatro siglos á esta parte se han descubierto, dominaba la barbarie, y allí fué el clero acompañando á los conquistadores, y allí esparció la luz del Evangelio, y allí llevó la civilizacion y los principios humanitarios, y todos los historiadores están contestes en que esos dilatados países deben al clero su civilizacion y su cultura. Cualquiera que haya sido el pueblo conquistador, siempre que con duras leyes y malos tratamientos oprimia los vencidos, una era la voz que se levantaba en su defensa y sostenia con sus derechos y proclamaba en su favor las leyes de la humanidad y las máximas de la religion; y esta voz protectora fué siempre la del clero; la del clero que olvidaba las persecuciones que los indígenas le hacian y en las que perecian á millares sus individuos, y no contento con internarse en los bosques y trepar montañas, y atravesar desiertos por apartarlos de su vida salvaje y nómada, y de sus costumbres sanguinarias y crueles, y de sus ritos repugnantes para ganarlos á la Iglesia y á la civilizacion, convirtiendo en pueblos y ciudades los desiertos, ganando á la agricultura, á la industria, á las artes y á las ciencias aquellos hombres en-

tregados al ocio, á la prostitucion y á la barbarie, haciendo de aquellos brazos poco antes inútiles y aun perjudiciales, remos de la civilizacion y del comercio; se constituia en cumplimiento de su mision divina, sin mas impulso que el de su caridad, en su padre, maestro y protector. Los sacerdotes les enseñaron á fabricar casas, á labrar los campos, á leer, escribir y las artes; los sacerdotes introdujeron entre ellos las santas leyes de la humanidad; los sacerdotes convirtieron los caribes en hombres hospitalarios, y con el Evangelio llevaron allí la caridad y el amor al trabajo, y de este modo los hicieron sociables, y aquellos paises por estos desvelos están en comunicacion con la Europa, en buenas relaciones con todos los paises civilizados y á la altura en que los admiramos.

Tan halagüeña perspectiva no se debe al clero protestante; en ninguno de esos paises fijó su planta, sino despues que el clero católico los hubo civilizado, cuando ya no habia peligro de morir ni miedo de perecer; entonces fué cuando llevaron allá sus doctrinas; entonces fué cuando, con todas las comodidades imaginables, surcaron los mares para sembrar en aquel campo cultivado por el clero católico la zizafia, y arrancar el hermoso trigo de la virtud y de la sana doctrina, á la sombra del derecho de gentes que simbolizaba la bandera de su nacion; entonces, protegidos por su cónsul y esecudados con el pabellon nacional, y

muchas veces por soldados, fueron á recoger la gloria de los trabajos ajenos y á disputar á los operarios del Evangelio su envidiable triunfo. ¿Y por qué no fueron antes? ¿Por qué á imitacion de los católicos, tan luego como llegó á su noticia la existencia de esos paises y el estado miserable de sus habitantes no corrieron en su auxilio, esponiéndose al peligro en cumplimiento del precepto de caridad establecido por el Evangelio? ¿Lo ignoran sus defensores? ¿No lo quieren decir sus amigos? Poco importa, lo diremos nosotros sin ambages ni rodeos, con toda la fuerza de la verdad.

Tres razones pudieron contenerlos: ó el miedo, ó la falta de caridad, ó los ruegos de su esposa y las lágrimas de sus hijos. El miedo no es peculiar de esos espíritus fuertes, y si lo fuera, escrito está: "el buen pastor da su alma por sus ovejas," y ellos, tan observantes, segun se proclaman y carean sus defensores, de la letra de la Sagrada Escritura, no hubieran faltado á este precepto; ellos, que apelan al testo para casarse truncando su sentido, como para la mayor parte de sus excesos, siquiera por orgullo, ya que no por una virtud que no puede tenerse fuera de la Iglesia, debian haber corrido al peligro, ¿qué digo? La soberbia, la vanidad, que tanto los domina, hasta el mismo Satanás debiera impulsarlos, siquiera por no santificar la causa católica y hacerla de mejor condicion que la suya; así, pues, debemos conve-

nir en que no fué el miedo el que los contuvo, so pena de echar por tierra los elogios que se hacen de su fortaleza, y los encomios que merece su ilustración y su religiosidad. Tampoco fué la falta de caridad, y la razón es, porque ellos, que siempre andan á vueltas con la Sagrada Escritura, habrán leído más de una vez esa abnegación de sí mismos con que los hombres del Evangelio deben prestarse á todo por sus hermanos, incluso la muerte, que tan bien describe el Apóstol en sus epístolas, no dudando ponerla al frente de todas las virtudes, y afirmar, "que si tuviera tanta fé que no pudiera darse mas, y una esperanza probada, sin caridad nada le aprovecharia; y aunque fuese el más sabio y religioso de los hombres, el más penitente de los anacoretas, y poseyese todas las virtudes en el mayor grado posible, sin caridad, de nada le valdrian." Así, pues, no creemos la quebrantarian y dejarían de seguir sus inspiraciones, y en alas de ella, imitando al clero católico, y aun procurando escederle, volarían á ejercerla con los pobres salvajes para separarlos de sus errores é ilustrarlos en las ciencias y en las virtudes, porque asimismo está escrito que es una obra de misericordia "enseñar al que no sabe." Réstanos, pues, un motivo, y es precisamente la esposa y los hijos, ó lo que es lo mismo, el no ser célibes y sí casados; y efectivamente, no puede ser otra la causa, porque el clero protes-

tante no se presta como el católico á ir á los países recién descubiertos á llevar la luz del Evangelio y la civilización; tanto mas cuanto vemos que las mismas posesiones inglesas últimamente descubiertas, sin embargo de la aversión que el gobierno inglés tiene á los católicos, y muy especialmente al clero, tienen misioneros católicos que están prestando servicios eminentes á la humanidad y á la civilización, al par que recogiendo una abundante mies de sus tareas apostólicas, cuando el clero protestante apenas se ve mas que en las ciudades y pueblos ya establecidos, haciendo como siempre mucho daño en lo que ningun trabajo les costó adquirir.

Creemos, por tanto, demostrado hasta la evidencia, que el celibato del clero es utilísimo á la sociedad, y que por no ser célibe el clero protestante, no presta los servicios sociales y religiosos que el católico; y esto es tan natural, que sin mas que analizar la sociedad y estudiar las familias, no queda ni vestigio de duda; pues vemos que el buen esposo y el buen padre, se encuentran imposibilitados de hacer los sacrificios que puede hacer y hace el que no se ve ligado con estos vínculos del corazón. Por esto vemos en ciertas clases de la sociedad, que es un requisito indispensable no ser casados, y estas clases son aquellas en que la profesión ó destino del hombre le pone en la obligación de arrostrar la muerte, tal es por

ejemplo el estado militar: y que es justísima esta prohibición, lo dice más elocuentemente que nosotros la misma índole de este cargo; y á poco que reflexionemos nos convencemos á nosotros mismos, de que no está dispuesto á arrostrar los peligros el hombre que tiene una esposa y unos hijos que pueden quedar en la viudez y orfandad, sin apoyo ni consuelo; y aunque la voz del honor le llame á su puesto, siempre tendrá los ruegos de la mujer querida y las lágrimas de unos hijos amados que le retraigan ó amengüen su valor, que tal vez le hagan faltar á sus juramentos, que todo puede muy bien suceder, y esperarse de la debilidad del hombre y de la importunidad de la mujer; importunidad peligrosa siempre y tan espuesta á triunfar, que si mil hechos no demostrasen su poderío, y mil ejemplos que diariamente vemos no le proclamasen, tenemos uno, cuya fuerza será bastante para convencer al católico, y es el de Abraham. El padre de los creyentes, cuando el Señor le ordena sacrificar á Issac, estaba tan resuelto á ello, que parece no deberse dudar que no hubiera en el mundo fuerza alguna capaz de hacerle desistir de consumir el sacrificio que se le exigía por Dios y había prometido cumplir; y sin embargo, las divinas letras nos dicen, que no reveló el precepto de Dios á su mujer. ¿Y por qué no lo hizo? La respuesta es sencilla: por temor de que sus lágrimas no le hicieran faltar al precep-

to. Pues ahora bien, si este temor contiene un corazón como el de Abraham, claro es que mejor contendrá el de cualquier hombre en quien no concurren las circunstancias que en el hombre de la fé; y esto prueba el gran influjo de la mujer en el corazón del hombre y la violencia que le puede hacer; violencia tanto mayor, cuanto que á ella puede añadir la no pequeña de los hijos, cuyo cariño nos precipita muchas veces en defectos y faltas sociales, que sin este motivo no cometeríamos, llegando el caso por ellos de faltar, no solo á los deberes sociales y humanitarios, sino hasta los de conciencia, siendo así injustos para con la sociedad y para con Dios.

A poco que giremos nuestra vista por los países donde domina el protestantismo, podemos ver esta verdad tan clara y tan demostrada, que no puede ocultarse á la preocupación más estúpida, y que solo una mala fé repugnante puede desconocer. Tomemos por tipo la Inglaterra misma, ese país que á cada paso se nos presenta como modelo, y cuyo clero tanto se pondera, y en ese país veremos los males que á la sociedad está causando el matrimonio de los sacerdotes. En la gran Bretaña existe un clero riquísimo que alterna con los grandes dignatarios del Estado; un clero que, sin embargo de proclamarse el más observante del Evangelio, hace precisamente lo contrario á lo que este libro santo ordena. A pesar de sus cuan-

tiosas rentas, no se le ve ejercer obra alguna de caridad con sus hermanos; él no los defiende de la opresion de los poderosos, él no los consuela en sus aficciones, él no alivia sus desgracias ni socorre su indigencia; por el contrario, en union íntima con los lores, como ellos comercia, como ellos veja los colonos, como ellos oprime los artesanos, como ellos monopoliza, explota las lágrimas y el sudor ajeno, se mantiene del llanto de la viuda y del huérfano y vive del trabajo y opresion del pobre; es el tirano del pueblo, y tanto, que mientras en opíparos banquetes se sirven á su mesa los más esquisitos manjares y los vinos más abundantes, el pobre pueblo inglés se mantiene de patatas y agua: los lores y el clero le tienen en tan miserable estado y explotan su miseria del modo más cruel, sin que haya razon alguna á que atribuir esta conducta tan criminal y antievangélica, más que al matrimonio sacerdotal; hay más, la opresion de la Irlanda y su miseria, segun publican cuantos se creen bien informados en las cosas de aquel pais, proviene del clero protestante, que tiene absorbidos los bienes del católico, faltando así el manantial á que acudian los irlandeses á saciar su hambre, manantial que el clero protestante explota á favor de sus hijos, y aquí tenemos otra prueba de lo perjudicial que es á la sociedad y á la civilizacion el matrimonio sacerdotal, y por consiguiente una apología del

celibato que tanto se combate, que tan en ridículo se pone, que tan antisocial se proclama por los mismos que en su flujo de impugnar cuanto la Iglesia ha establecido, no tienen inconveniente en esponerse á los mayores dislates y á las aberraciones más groseras. ¡Así obran los hombres cuando se apartan de los caminos de la razon y de la justicia y se dejan dominar por las pasiones, por el encono, por el odio, por la venganza! ¡Este sí que es fanatismo!

Y no son estos solos los beneficios que la sociedad reporta del celibato sacerdotal: otros hay que no son menores, que referiremos, aunque de paso, suplicando á nuestros lectores se tomen el trabajo de leer al conde Maistre ¹, y allí hallarán tratados estos puntos con tanta estension como claridad, y con razones tan concluyentes, que no podrán menos de quedar convencidos de lo interesante que es á la religion y á la sociedad esta institucion. Encabeza su demostracion el citado conde, haciendo ver la necesidad de ministros célibes para la administracion del sacramento de la Penitencia, y esto es tan innegable, considerando que la lujuria es uno de los principales ejes sobre que gira la horrorosa máquina de vicios y deslices que destruye el campo hermoso de la virtud y de la sociedad; á ella son debidos infinitos pecados, ella

¹ Maistre. El papa y la iglesia anglicana.

produce grandes desórdenes, y fruto de la lujuria son innumerables asesinatos, hurtos, incendios, discordias y demas crímenes que emponzoñan los Estados y manchan el mundo, y si se quieren pruebas de esta verdad, las estadísticas judiciales nos las suministrarían tan abundantes que serían necesarios muchos volúmenes solo para referirlas y enumerarlas: pues ahora bien, nadie desconoce que en tan horrendo monstruo, en vicio tan abominable, tienen una gran parte, la principal sin duda, las mujeres, y más en este bendito siglo, que hace de la liviandad un adorno, y del escándalo un mérito; y en este caso es mas posible que la confesion fuese nula para ellas, si es que se confesaban, pues tambien puede temerse que no lo hiciesen, y los dos casos seria un mal social de la mayor trascendencia y gravedad; y la razon de esto es que naturalmente pudorosa la mujer, por depravada y mala que sea, siempre conserva algo de pudor, y nunca tiene el descaro y cinismo que un hombre, y así es bien seguro que muy pocas ó ninguna querria manifestar sus flaquezas ni descubrir sus faltas, ni espontanearse con confesores que creyesen instruidos en todos los misterios buenos y malos, lícitos ó ilícitos del matrimonio, en los medios justos y en los caprichos de la lujuria, en la santidad del sacramento y en los extravíos y amaños criminales del vicio. En este caso, pues, fuera de toda duda, la mujer, ó no se

confesaria, ó haría una confesion nula, solo por cubrir las apariencias, confesion de pura ceremonia, de miserable esterilidad, que no haría mas que aumentar sus pecados y agravar su triste situacion. ¿Y cuántos males no vendrían de aquí á la sociedad? . . . Solo el pensarlo estremece, pero con todo anunciaremos algunos para corroboracion de nuestro aserto.

La confesion es el mayor freno del pecador, y la única práctica donde puede corregir sus vicios, donde las exhortaciones del prudente y celoso confesor le retraen del camino de la perdicion y le hacen abrazar el de la virtud: si al hombre se le hace cobrar aversion hácia ella, entonces su estado empeorará como sucede en una enfermedad, que se agrava tanto más cuanto más se le descuida y no se aplican medicinas para su correctivo; pues si la mujer huye de la confesion, cualquiera que sea la causa de su retraimiento, debe destruirse, pues si en el hombre es útil, en la mujer es tanto ó más, puesto que está llamada á formar el corazon de sus hijos, que no podrá imbuir buenos principios careciendo ella de ellos; pero demos el supuesto que se confiesa mal; la repeticion de malas confesiones formará en ella un hábito que vendrá á degenerar en una burla y menosprecio de práctica tan santa y respetable, y el escándalo cundirá en la familia, que seguirá sus huellas, y unos y otros se lanzarán al vicio, viniendo así tan pernicioso

ejemplo á contagiar la sociedad, con lo cual vemos los perjuicios que, del matrimonio de los sacerdotes, vendrian á los Estados, y los males que sobre la sociedad quieren atraer los que le defienden y abonan, criticando á los católicos que le impugnan.

Tambien han pintado nuestros enemigos el celibato como causa de que la poblacion no aumente, y nosotros, no contentos con haber demostrado ya en este capítulo la falsedad de tan absurda como ridicula asercion, y de que solo puede tener fuerza entre gentes sencillas y que no discurren, vamos ahora á manifestar, que tan lejos de ser así ha contribuido á la procreacion y aumento de la sociedad, para lo cual vamos á emitir algunas reflexiones. Nadie medianamente instruido, y por muy poquísimo talento que tenga, afirmará que el aumento de la poblacion consiste en la multitud de matrimonios, y si por casualidad, y contra lo que creemos, hubiere alguno que lo asegure, le diremos: que importa muy poco que todos se casen, si no usan del matrimonio para los fines santos á que está establecido, si impiden su santo objeto, si por un abuso criminal le esterilizan, en una palabra, si solo á él los lleva el placer brutal é immoderado. Esto no necesita de mas comentarios; por fortuna el estado de inmoralidad en que está el mundo nos hace creer suficiente lo espuesto, y nos releva de haber de esplanar nuestro juicio y

demostrar nuestra opinion, pues de lo contrario acaso nos veriamos muy embarazados para no escedernos en la esplicacion. Por tanto, es fuera de duda que al aumento de la poblacion no contribuyen los muchos matrimonios, sino los que son santos y no tienen otro fin que el que les impuso é imponen Dios y la naturaleza. ¿Y para esto quién contribuye? ¿A quién debe la sociedad estos beneficios? ¿Quién enseña el buen uso, é impide y pone coto al abuso? La religion por medio de sus ministros célibes. Es por tanto un inmenso beneficio el que la religion hizo á la sociedad estableciendo el celibato eclesiástico, pues así la proveyó del mejor remedio para que los matrimonios sean lo que deben ser, proporcionándola sacerdotes que en el confesonario instruyan á los casados de sus verdaderas obligaciones, y establezcan y enseñen la línea que separa el deber del placer y la necesidad del vicio. Oigamos sobre este particular un célebre escritor regular de nuestro siglo. "Quítese, ¹ dice, á los ministros, la inspeccion que sobre esto tienen en el confesonario: ¡cuánto desórden mancharia entonces el tálamo nupcial! póngaseles no célibes aunque quieran inspeccionar; su influjo entonces será nulo, y de

¹ Fr. Manuel Amado en su obra titulada *Dios y España*, impresa en Madrid en el año de 1831, en casa de D. Eusebio Aguado, tom III, fol. 311.

uno y otro modo la fuente de la población se convertirá en un manantial bien fecundo de maldades. Al contrario, póngaseles tan puros como la religion exige que lo sean, déjeseles, y aun coadyúveseles á que inspeccionen como deben en esta parte; su accion entonces llegará hasta el tálamo de un modo tan eficaz como santo, y allí dará y conservará á la patria más hijos que si enlazados en el matrimonio tuviesen por objeto el procrear. No debiera hablar de mí, pero en los pocos años que llevo de ministerio he conservado á la patria más de tres niños, que sin mi influjo, ó el de otro á quien Dios hubiera elegido, habrian perecido sin remedio. Léase esto como un testimonio que me veo precisado á dar á la verdad."

"Aquí debiamos añadir otra reflexion del citado conde Maistre con que demuestra la necesidad que tienen los legisladores de un principio represivo de la escesiva población. Pero como él la desarrolla completamente en su preciosa obra del *Papa y la iglesia galicana*, nos contentaremos con indicar que si todos se casasen, ó habria muchos crímenes que impidiesen el aumento exorbitante de la población, ó esta creceria de un modo extraordinario. Lo primero debe odiarlo toda sociedad, porque es contra la naturaleza; lo segundo, haria esceder el número de los habitantes á los medios de mantenerlos, y en este caso sucederia lo que á las plantas, á las que si no se esterilizan

en parte cortándolas algunos ramos, las vemos pronto estenuadas y desvanecidas. Así que, del mismo modo que el podar á éstas es un beneficio que se las hace, así tambien el obligar á algunos miembros de la sociedad á un celibato virtuoso, es un beneficio muy grande. ¿Y quién pudiera inspirar este celibato y hacer que se observase sino la sola religion verdadera?"

Tal es el modo como se espresa este célebre autor, y así es efectivamente. El celibato clerical ha reportado á la humanidad beneficios inmensos que jamas podrá la sociedad recompensar debidamente ni sus detractores oscurecer, y por mas que los sofismas y las calumnias se alcen contra él, por mas que los *filósofos humanitarios* declamen y griten, y acusen y motegen, por mas que se esgriman las vedadas armas del sarcasmo y de la burla, y se ponga en ridículo tan santa institucion, es lo cierto que el hombre reflexivo no puede menos de rendir un justo tributo al clero, y que entre las sombras de la calumnia, al través de las impiedades, del cinismo, y de las obscenidades del ridículo, la verdad aparece triunfante y se destaca por el florido cielo de la imaginacion, desterrando del alma las sombras del error, y haciendo cada vez mas hermosa la luz que ha de llevar el clero y sus instituciones al lugar que les pertenece en medio de un mundo corrompido, que por no agradecer los bienes que le ha causado, le in-

sulta y escarnece, pagando con dieterios sacrificios que quiere desconocer.

Así demostrados los bienes sociales que el celibato eclesiástico ha reportado á la sociedad, y vindicado el clero de este modo de la nota calumniosa que contra él lanzan sus acusadores, cumple á nuestro propósito ocuparnos, aunque sea ligeramente, de las razones en que se funda tan santa institucion, aduciendo las en que la Iglesia se ha apoyado para decretarle; pero habiéndose escrito sobre este particular en estos últimos tiempos obras de un mérito reconocido, por no hacerlos difusos ni repetir lo que sus ilustrados autores escribieron, nos concretaremos en cuanto sea posible, y solo diremos lo suficiente á demostrar la justicia y tino con que en todo procede nuestra santa madre la Iglesia, y lo presente que tiene en todas sus instituciones el bien de la religion, de la humanidad y del Estado.

Sobre esta materia se ha escrito no poco, presentándose en estos tiempos obras¹ cuyos autores parece que se han propuesto más el lucro que podian esperar, hablando de materias gustosas á los ignorantes é irreflexivos, infinitos en número por desgracia, que el presentar los asuntos con sencillez y claridad. Pero nos parece que cuanto hay que saber en este punto está reducido á que los

¹ Véase la publicada en un tomo sobre el celibato clerical.

eclesiásticos por razon de tales no se les exigia en otro tiempo guardasen el celibato; que el sacerdocio no era incompatible con el matrimonio, como con ninguno de los órdenes sagrados; que si los dos estados se hicieron incompatibles, fué solo por una disposicion eclesiástica, de que resultó el impedimento del orden; que los legisladores que así lo determinaron tuvieron sus racionales motivos; y que nada hay que estrañar que así lo hiciesen, supuesto que los legisladores civiles tambien han resuelto no contraigan matrimonio los que se hallen en cierto estado. Acerca de los que deben guardar el celibato por el voto de castidad, claro es que si así sucede, es por una obligacion con que ellos mismos se gravaron. Si los legisladores eclesiásticos encuentran motivos racionales para disolver el celibato en aquellos á quienes lo impusieron, pueden hacerlo; y aun al que se obligó con voto, pueden levantarle la obligacion con justa causa.

Concluidos estos preliminares y sentada esta doctrina, réstanos proceder al exámen histórico de tan interesante materia. Amigos en esto, como en todo, de seguir los hechos, cumple á nuestro propósito tomar las cosas desde el principio y con la debida claridad, para que nuestros enemigos tomen de ello acta y se confundan y avergüencen al ver la injusticia de su proceder y la ligereza de sus actos. Escusado es manifestar que estaremos

en completo desacuerdo; pero defendemos la verdad y nos congratulamos con su triunfo, porque al fin es una como Dios, eterna como él, y que como él se hace oír en los corazones que no ha corrompido el vicio ni emponzoñado la impiedad. Entremos, pues, en el exámen.

Desde el principio, el ejemplo de Cristo y de su Madre, hizo se honrase la virginidad; y ya en tiempo de los apóstoles era costumbre general, convertida despues en ley formal que nadie debia tomar mujer despues de haber entrado en las órdenes; de otra manera eran depuestos ¹. Muchas veces un mérito reconocido hizo ordenar á hombres casados; sin embargo, se les recomendaba abstenerse de su mujer; el concilio de Ancira permitió á los diáconos tomar mujer, á condicion de declarar su intencion con respecto á esto antes de su ordenacion. Se habia propuesto en el de Nicea intimar á los sacerdotes casados no tocar á sus mujeres; pero el obispo egipcio Pafnucio, sugirió el dejarlo á la conciencia de cada uno, como se habia hecho hasta entonces ². En fin, el concilio de Gangra tomó la defensa de los sacerdotes casados, contra los eustasianos, que opuestos en general al matrimonio, desechaban las oblacones de semejantes sacerdotes.

¹ Así lo dice el cánón 1.º del concilio de Neocesarea.

² Sócrates y Sozomeno están de acuerdo sobre este asunto.

Que ha sido observado el celibato rigurosamente en las iglesias de Egipto y Siria, lo atestiguan S. Gerónimo y S. Epifanio, lo afirma la iglesia en general en los lugares donde las leyes eclesiásticas obtenian ejecucion completa. Hemos visto, ademas, á Sinerio, no admitir el obispado de Tolemaida por no separarse de su mujer y obtener dispensa especial para ello. Así los obispos que, como hemos visto en Sócrates, tenian hijos despues de su consagracion, debian depender del patriarcado de Constantinopla, como el obispo del Ponto, que fué el padre de Gregorio Nacienceno. Un concilio compuesto solo de prelados que pertenecian á la circunscripcion de aquel patriarcado, restringió el celibato á los obispos, intimando á los sacerdotes abstenerse de sus mujeres cuando debian officiar, lo que continuó siendo la regla de la iglesia griega.

En la iglesia latina, por el contrario, el concilio de Elvira verificado el año 306, mandó depouer á los que no despidiesen á sus mujeres casadas con ellos antes de su admision al sacerdocio; y resultan muchos ejemplos de que acontecia lo mismo en todos los paises del patriarcado de Roma. S. Agustin cita el ejemplo de clérigos ordenados á pesar suyo, y que no obstante, se resignaron pacíficamente á la continencia. Por otra parte, las quejas de S. Ambrosio y las vivas instancias dirigidas á los papas por los obispos galos

y españoles, manifiestan que faltaban á esta obligacion. Es verdad que el peligro era demasiado continuo, tanto, que se permitió á los sacerdotes conservar á su lado á sus mujeres como hermanas; pero se remediaba consagrando siempre y cada vez menos número de hombres casados. Desde el siglo IV estendió la iglesia latina sus prohibiciones á los subdiáconos; no obstante, pudieron casarse en España hasta el concilio de Toledo en 527, y en Sicilia hasta Pelagio II.

Habiéndose convertido el sacerdocio y las prelaturas en patrimonio de los ricos, les costó trabajo someterse al celibato que habia hecho prescribir la prudencia, el decoro y la libertad indispensable al clero; así es, que cuando Gregorio recordó á los delincuentes su observancia, se alegó la costumbre de ciertas diócesis, de privilegios particulares, de lazos de familia ya contraídos, y fué un lamento general en la iglesia de Occidente. Othon, obispo de Constanza, dió espresa licencia á su clero para tener mujer en su casa; tambien fué imitado por otros prelados. El arzobispo de Maguncia, que habia intimado á los eclesiásticos de sus diócesis abandonar en el término de seis meses las que él llamaba sus concubinas, encontró una enérgica resistencia en el concilio de Esfurth, profiriéndose contra él hasta amenazas de asesinato. Lo mismo aconteció en Pasau y despues en Milan.

El clero, es una verdad inconcusa que desde el momento se conoció tuvo necesidad de la pureza y santidad debida, y esto es tan cierto que el augusto fundador de nuestra sagrada religion, verdad infalible que ni puede engañarse ni engañarnos, eligió para su apostolado personas célibes en su mayor parte, y los que no lo eran lo fueron desde el momento de su vocacion perpetuamente; y es una verdad innegable que si el clero se corrompió fué por haber abandonado esta santa máxima; y así de uno en otro vicio, de uno en otro abismo, cual caballo desenfrenado, corrió en busca de su ruina, y de precipicio en precipicio, de exceso en exceso, caminó hasta la época de las investiduras, época triste que quisiéramos alejar de los fastos de la historia eclesiástica y que tuvo necesidad de toda la energía, de toda la virtud, de toda la santidad de un Gregorio VII para su correccion!

De lo dicho se infiere claramente, y se prueba de un modo inconcuso la verdad de lo que dejamos espuesto, y aparece que el clero, al establecer el celibato, prestó uno de los más grandes servicios que han podido hacerse á la sociedad y á la religion: á ésta, porque así sus altos misterios quedaron encargados á personas justificadas, y la virtud de sus ministros menos espuesta á precipitarse; á la sociedad, porque estuvieron en el caso de reprimir los vicios y reformar las costumbres, con

entera libertad de atravesar mares, montañas y desiertos, y llevar la civilización á los climas más distantes y apartados del globo. Y esto lo decimos con toda la energía de nuestra alma, con toda la fuerza de la convicción, para que nuestros adversarios tomen de ello el acta que gusten, previniéndoles que nos encontramos dispuestos á contestar á cualquier objeción que se les ocurra, como los que estamos convencidos que defendemos y sostenemos la verdad y la Iglesia, contra cuya fuerza se estrellan la mentira, la calumnia, el sarcasmo y el error; pues dijo de ella Jesucristo que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella.

CAPITULO III.

IMPULSO DADO POR EL CLERO Á LA LITERATURA.

El estado intelectual del mundo había perdido mucho de su brillo en los últimos años del imperio romano: el águila del saber había abatido sus alas, y las ciencias y las letras se arrastraban lánguidamente hácia un abismo donde hubieran sucumbido sin el auxilio de una mano fuerte, sin un poder enérgico que las sostuviera. Necesitaban de poderosos auxiliares, de fuerzas grandes, de talentos sublimes, de almas no gastadas en el vicio y la corrupción que todo lo envolvía, y muy lejos de encontrar estos elementos, encontraron una invasión, una guerra de esterminio, un huracán que todo lo envolvía, un torrente que todo lo aruinaba.... la incursión de los bárbaros. Bien

entera libertad de atravesar mares, montañas y desiertos, y llevar la civilización á los climas más distantes y apartados del globo. Y esto lo decimos con toda la energía de nuestra alma, con toda la fuerza de la convicción, para que nuestros adversarios tomen de ello el acta que gusten, previniéndoles que nos encontramos dispuestos á contestar á cualquier objeción que se les ocurra, como los que estamos convencidos que defendemos y sostenemos la verdad y la Iglesia, contra cuya fuerza se estrellan la mentira, la calumnia, el sarcasmo y el error; pues dijo de ella Jesucristo que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella.

CAPITULO III.

IMPULSO DADO POR EL CLERO Á LA LITERATURA.

El estado intelectual del mundo había perdido mucho de su brillo en los últimos años del imperio romano: el águila del saber había abatido sus alas, y las ciencias y las letras se arrastraban lánguidamente hácia un abismo donde hubieran sucumbido sin el auxilio de una mano fuerte, sin un poder enérgico que las sostuviera. Necesitaban de poderosos auxiliares, de fuerzas grandes, de talentos sublimes, de almas no gastadas en el vicio y la corrupción que todo lo envolvía, y muy lejos de encontrar estos elementos, encontraron una invasión, una guerra de esterminio, un huracán que todo lo envolvía, un torrente que todo lo aruinaba.... la incursión de los bárbaros. Bien

pudiéramos al contemplar su estado decadente, y los nuevos enemigos que la combaten, presagiar la ruina de las ciencias, la literatura y las artes; pero habia en el corazon de la sociedad un principio vital, una fuerza espiritual capaz de sobreponerse á todo, y este principio, esta fuerza, este elemento invencible, era la Iglesia. Habia en la sociedad almas que el vicio no habia contaminado, ni enervado los placeres; espíritus fuertes que todo lo vencen y dominan, y que al mismo tiempo que salvaron las instituciones y la humanidad, y las mejoraron, salvaron y mejoraron las ciencias, la literatura y las artes; y estos eran los sacerdotes y los monjes, los obispos y los pontífices.

A pesar de esto no podemos menos de manifestar, que en el primer movimiento el triunfo fué de la barbarie, ¿y cómo no? ¿Qué podia oponer á las espadas y á los carros de los bárbaros, el clero regular y secular capaz de contener instantáneamente su ímpetu? Nada; pero como el diestro arquitecto, se armó de paciencia, esperando en el tiempo y la prudencia su triunfo, y la prudencia y el tiempo se le dieron, y tal cual nos lo demuestra el estado en que hoy se ven los entonces tan combatidos elementos de civilizacion.

La literatura tocaba á su fin, y apenas se encuentran en los últimos años del imperio cosa alguna que revele la magia de que la adornaron los

poetas griegos y latinos de la antigüedad. Las ciencias y las artes estaban estacionadas, porque su movimiento y su vida debian recibirlos del cristianismo; y en prueba de lo que dejamos referido diremos: que la literatura griega, mucho mas rica y original que la latina, yacia decaida é impotente en mortal languidez, mientras que la latina se asemejaba á un árbol medio seco que esperaba el rocío para cobrar vigor y lozanía; y lo esperaban, porque en esta parte el cristianismo estaba mas arraigado: sin embargo, para hacer una reseña cumplida que nos sirva de premisas para las consecuencias que habremos de sacar, cumple á nuestro propósito tomar las cosas desde muy atras y presentar el cuadro de la literatura y las ciencias entre los griegos y entre los latinos que eran las dos nacionalidades que se disputaban el dominio intelectual del mundo.

Empecemos por Grecia. Poseidos siempre los retóricos y filósofos de Atenas de una gran veneracion respecto á la doctrina y literatura antigua, perseveraban en el designio de trastornar la religion, para lo cual pensaron valerse de la juventud como el mejor elemento que al efecto podian emplear; era apoderarse de la educacion; aquí dirigieron sus esfuerzos sin considerar que sin religion no hay educacion posible, ni felicidad para los Estados. Así lo conoció Justiniano, y para cortar el mal suprimió el salario de los profesores

y cerró sus cátedras, por lo cual tuvieron que refugiarse en Persia, cuyo soberano no les prestó apoyo alguno, y entonces se esparcieron por las provincias, y allí exhalaban sus quejas y vertieron sus imprecaciones sobre una religion demasiado fuerte ya para temerlos. Sin embargo, de aquí surgieron las controversias, y de ellas el estudio de la dialéctica de Aristóteles, de donde resultó el sistema peripatético; pero en todo esto marcharon al frente los sacerdotes, bastando solo para probar el grande impulso que dieron á las ciencias los nombres de Hierocles, su discípulo Eneas de Gaza, Temiscio, Ammonio de Herenías y su hermano Heliodoro, y sobre todos Simplicio de Cilicia, el mas claro y docto de los comentadores de Aristóteles.

La elocuencia no estaba mejor parada, y S. Pedro de Rávena, sobrenombrado el Crisólogo, arzobispo de la referida ciudad, se encargó de elevarla, así como S. Juan Climaco el estilo epistolar. La poesía debe su incremento á Paulo Silenciaro de Justiniano, á Jorge de Pisidia y á Cristóbal. En gramática fué célebre Prisciano de Cesarea y Focas de Constantinopla. La historia se arrastraba en decadencia, y ni Agatias de Mirina, ni Menandro de Constantinopla, ni Teofilacto, ni Lido, ni Juan Zonaras la prestan brillo alguno, y el primero que la da esplendor y la saca de tan mal sendero es el monje Nicéforo Gregoras, y el cé-

rigo Jorge Sincelo da brillo á la cronografia. Tal era el estado de las ciencias y de la literatura entre el pueblo que fué su cuna, y tales fueron los hombres que se propusieron mejorarle. Desde luego advertimos para que no se olvide, que en Grecia el clero fué el que la llevó á su camino verdadero, apartándolas del sendero extraviado á que las habian conducido los debates, las circunstancias y los vicios del siglo. Igual veremos sucedió con la latina de que vamos á ocuparnos.

La misma suerte corrian entre los latinos las ciencias, la literatura y las artes; en decadencia como en Oriente, los bárbaros no hicieron mas que precipitar su ruina; sin embargo, el fenómeno mas importante en los fastos de la historia del saber humano que tuvo lugar en este tiempo es la trasformacion de la lengua latina, que aun se empleaba en todos los escritos, en los idiomas modernos. El lenguaje es el espejo fiel del genio de los pueblos, la espresion de su carácter, la revelacion de su vida íntima. Entre los antiguos, uno de los mejores elementos del patriotismo era el amor al idioma; griegos, cartagineses y romanos abundaban en las mismas ideas, testigos Plutarco, Justino y Dion Casio, y por esta razon imponian á los vencidos la obligacion de hablar el idioma del vencedor; pero llegó un dia en que los bárbaros traspasaron las fronteras, se establecieron en Europa, y si bien adoptaron la lengua de

los vencidos, tambien es cierto que conservaron la suya y aspiraron á que se adoptase.

Roma, la señora del mundo, tenia entonces por ciudadanos los bárbaros, y todo debia resentirse de este principio; así es que aquí empieza la edad llamada de hierro, y los escritores de aquel tiempo nos han legado deplorables y tristes monumentos de ella. La adulacion encontró las espresiones enfáticas que lisonjeaban á los corrompidos monarcas y aquella serie de condes, patricios, señores, &c., que eran otros tantos pequeños soberanos que aumentaban su orgullo á costa de los emperadores que se contentaban solo con adornar sus nombres de pomposas calificaciones. Con este motivo se introdujeron muchas espresiones bárbaras en el lenguaje, y así empezó el dominio de las lenguas modernas sobre las antiguas; lo que mas ayudó á esta trasformacion fué el cristianismo. Los Padres tenian necesidad de hacerse entender de los mas, y por lo mismo tenian que descender al vulgo, hablar su lengua para comunicarle en un idioma que entendiera, palabras de vida y esperanza; por esto S. Agustin dice que Dios entiende lo mismo al culto que al idiota; y S. Gerónimo asegura que quiere mejor emplear el idioma vulgar para mayor comodidad de sus lectores ¹.

1 Epíst. ad Fabiol.

Es pues, evidente, que tanto en Oriente como en Occidente solo la literatura cristiana podia vivificar la pagana, y la musa del Calvario reanimar á la del Pindo; y efectivamente, ella sola podia restituir á la lengua latina algo de oriental y popular á la vez, devolviéndola su antiguo vigor y originalidad. La traduccion de la Biblia desterró las formas convencionales, reproduciendo la manera usual de hablar como se ve por su estilo simple y su ingenua espresion. Muchos claman contra esto y lo tienen por una falta; estos lo hacen por acusar al clero y poner de relieve su ignorancia; nosotros debiéramos despreciarlos como á unos hombres que sentencian, no segun lo que es en sí, y solo con arreglo á su fantasía; pero les debemos contestar porque no atribuyan nuestro silencio á ignorancia, y nos le motejen de barbarismo. Lacónicos seremos, no obstante, y muy parcos en nuestra respuesta. La version llamada *Itálica* tiene su fecha de la época mas floreciente de la lengua latina, y está hecha por los maestros que entonces florecian en pureza y elegancia; y no es posible leer sin un profundo respeto esta obra, que nos revela en todas sus partes que el idioma del Lacio adquiere en los salmos un vigor desusado, y lo mismo en los demas libros santos, y en todos ellos se encuentra auxiliada la sublimidad de los pensamientos por la noble elevacion del lenguaje sacerdotal. En él se distinguirá una

armonía diferente de la que se busca por los pro-sistas en la redondez de los periodos, y de la que emplean los poetas en la imitacion de los ritmos griegos, pero que aun así es preferido por los maestros á la lengua mas pura latina.

Esta restauracion de la lengua plebeya, esta vuelta hácia el Oriente, de donde era oriunda, hubiera podido rejuvenecer la lengua latina, introduciendo en ella el vigor inspirado de las hermosas lenguas arameas y la simple construccion de la griega. Así, pues, vemos que la lengua latina es la misma con la modificacion que en ella introdujeron los pueblos que vinieron á habitar sus comarcas; y así vemos que los documentos escritos de esta época guardan en su redaccion esa mezclatura de los dos idiomas, como puede conocerse sin más que la simple lectura del acta escrita en papiro en Rávena el año 38 del reinado de Justiniano ¹, y asimismo en todos los códigos bárbaros y en todas las historias; puesto que tanto los juriconsultos, como los historiadores, no podian prescindir de usar locuciones populares, por más que sus obras estén todas escritas en latin, siempre es ya el latin que caminaba, por medio de estas espresiones, que se introducian en él por el uso y

¹ Pueden consultarse á Terrasson: Hist. de la Jurisprudencia romana. Mendet: Hist. de la lengua romana; y Mabilon, de la diplomacia.

la necesidad á las lenguas modernas, en las que un dia debia refundirse; y es esto tanto más cierto, cuanto que no se puede prescindir de dar á las letras el sonido que nos enseñaron á darles en la infancia; y así vemos que una misma palabra escrita con las mismas letras, se pronuncia de diferente modo por un inglés que por un español.

En esta situacion la literatura se estinguió enteramente en la parte profana, y no sucedió lo mismo en la religiosa, porque el clero supo conservarla y fué el único que se dedicó á estudiar y á escribir, y estudiando y escribiendo salvó los restos del saber: todo cuanto subsistió en el cataclismo europeo en el campo de la inteligencia, debe su vida al clero, que fué el solo que cultivó ciencias, literatura y artes, y por lo mismo vamos á ocuparnos de sus trabajos sobre estas materias y á presentar hechos que desmientan la acusacion que se le lanza de *enemigo del saber*; pero antes de entrar en materia, preciso será advertir que el clero tuvo que sacarlas de la nada á que quedaron reducidas; y por lo mismo que no esperen nuestros lectores ver resucitados en sus plumas aquellos genios que las enaltecieron, ni ver salir de los monasterios y las iglesias obras perfectas y consumadas; mas en cambio los verán poco á poco irse elevando á su perfeccion y llevarlas á su apogeo.

Propuesta la Iglesia á enseñar al hombre, y

siendo uno de los cargos principales de sus sacerdotes el magisterio, lloraba y lamentaba el modo cómo la ignorancia había estendido sus tinieblas por la Europa, y desde entonces se propuso vencerlas en cumplimiento de su deber y en desempeño de su misión. Para esto tuvo que establecer escuelas en todas partes, cerca de los capitolios, en los conventos, en los campos, donde nunca se había pensado llevar la educación hasta entonces, concerniendo las instituciones de los antiguos únicamente á las grandes ciudades. No se conocía entonces la imprenta; y como son necesarios libros para estudiar y para aprender, la Iglesia proveyó á este mal dedicándose los monjes á copiar, y merced á este trabajo tenemos la satisfacción de conocer muchas de las obras de los clásicos que, con una constancia y laboriosidad imponderable, nos transmitieron esos *monjes holgazanes* y esos *clérigos ignorantes*.

Las escuelas eran un excelente plantel de buenos sacerdotes para las predicaciones y para las misiones; pero al mismo tiempo que en ellas se les instruía en las ciencias divinas, no se olvidaban las humanas que les era necesario saber para ejercer su ministerio con provecho de las almas; así fué, que les enseñaban letras griegas, latinas y orientales, y merced á esta instrucción podían hablar á los pueblos donde los llevaba la obediencia, podían conocer sus costumbres, imponerse en la

legislación é inocular una en otra civilización; merced á estos estudios pudieron imponerse en todo cuanto debía saberse acerca de aquellos países y transmitirlo á la Europa; merced á aquella instrucción nos escribieron viajes, disertaron en las historias, ratiocinaron y pusieron unos pueblos con otros en comunicación, enriqueciendo las ciencias y las artes con nuevos elementos de prosperidad.

Cuando los profesores dejaron de percibir su asignación, todas las escuelas se cerraron menos las cristianas; y aunque las episcopales y parroquiales decayeron algún tanto por causas puramente naturales y efecto de las circunstancias de los tiempos enteramente independientes de la voluntad del clero, los conventos continuaron la tarea de la instrucción primaria y de los estudios elevados con el mayor empeño, y la ciencia, como la virtud, vino de este modo á buscar un asilo bajo el mismo techo, en aquellos claustros que un día habían de llamarse asilos de la estupidez y de la maldad, de la ignorancia y del vicio; y fué tanto lo que en ellos se cultivaron las ciencias, que en sus recintos, y por sus hombres, tuvo principio y nacimiento la nueva filosofía, harto infamada por espíritus preocupados bajo el nombre de *escolástica*. Hay más: apenas se encuentra una universidad en Europa, una escuela, un colegio, un instituto de enseñanza que no deba su fundación

á un sacerdote, á un monje, á un obispo, ó que no haya sido sugerida por ellos á los fundadores; de modo que nuestros ilustrados de hoy nada hubieran sido, nada hubieran sabido, si ayer el clero *egoista*, fanático y estúpido, no les hubiera dejado establecimientos donde aprender. ¡Y le insultan! Ellos, que acumulan riquezas para vicios. ¡Y le motejan! Ellos, que no dejan á la posteridad mas que ruinas. ¡Y le acusan y escarnecen! Ellos, que soñando en su comodidad y en su avaricia, no tienen más Dios que su vientre, más apego que á su tesoro. ¡Ah! que respondan si son ellos ó nosotros los egoistas, los estúpidos, los malvados. Dejamos á su conciencia la respuesta, mientras al lado de los hechos continuamos esponiendo los preceptos con que la Iglesia ha ordenado al clero enseñar á los hombres y destruir la ignorancia y el error.

En primer lugar, Jesucristo dijo á sus apóstoles, y en ellos á los sacerdotes: "Enseñad á todas las gentes;" y partiendo de este principio divino, la Iglesia no podía separarse de lo que su divino Fundador ordenara y estableció como una obra de misericordia enseñar al que no sabe. Maestra de la verdad, tenía un deber de estenderla y defenderla contra el error, y para propagar y defender una doctrina, es absolutamente indispensable aprender, estudiar é instruirse, pues de otro modo no se puede entrar en el campo de la discusión, puesto que las armas son las razones y el

palenque el pensamiento: conociéndolo así la Iglesia, muy desde el principio se ocupó de este trabajo y tuvo sus sacerdotes obligados á la instrucción de sus hijos; así lo consignó en los cánones de sus concilios, y éste fué y ha sido siempre el objeto de sus desvelos: en prueba de lo que acabamos de decir, vamos á copiar algunas determinaciones de estas asambleas admirables. Un concilio celebrado en 529 ordenó á los párrocos, "que tuvieran en sus casas jóvenes á quienes educar en los estudios convenientes para el servicio de la Iglesia, segun el saludable uso seguido en toda Italia." Nuestros concilios españoles están sobre este particular tan explícitos, que uno ¹ previene que se eduquen en la casa de la Iglesia á presencia del obispo los niños que ofrecen sus padres para ser clérigos: otro ² manda que los obispos en la santa visita examinen los clérigos é instruyan á los pueblos. Otro ³ prohíbe elevar al sacerdocio á los que son ignorantes ⁴, y que se apliquen los clérigos al estudio, escritura santa y cánones, porque la ignorancia es madre de todos los errores ⁵. Otro manda que las iglesias cuiden de la educación de los hijos de sus libertos, y todos encargan que se

1. Cánón 1 del concilio toledano de 527.

2. Id. 1 del concilio 2.º de Braga.

3. Id. 19 del 4.º concilio de Toledo.

4. Id. cánón 25.

5. Id. 10 del 6.º concilio de Toledo.

vigile y promueva por el obispo la instruccion de su clero.

Tantos desvelos por la educacion y tan terminantes disposiciones, bien merecen fijar la atencion; ellas mas que otra alguna cosa nos revelan que el clero fué el único que preservó la literatura y las ciencias de su ruina, y que no seria tan enemigo del saber cuando le propagaba, ni contrario á los talentos cuando así les proporcionaba medios de instruirse, ni tan enemigo de las luces cuando así las difundia; pero como es indispensable esponerle al odio, y zaherirle y ridiculizarle, por esto se clama contra él y se le calumnia. Bien convencidos estamos que nuestros acusadores no creen lo mismo que dicen; que, como nosotros, saben que tenemos razon, y esta conviccion nos lastima, nos hiere, porque nos demuestra y patentiza un odio refinado y una mala voluntad constante; y como sabemos que el alma dominada por este odio y por esta mala voluntad está muerta para Dios, nos lamentamos de su desgracia, y nos duele; más aún, es lo único que nos constrieta, porque al fin si nos hacen sufrir con sus insultos y acusaciones, sabemos que en este mundo no podemos esperar otra cosa; pero el anatema que atraen sobre su frente, es un anatema lanzado por la justicia divina que á toda costa quisiéramos levantar; pero anudemos nuestro relato.

Con estas disposiciones empezó el clero á pro-

toger los talentos y á desenvolverlos, y una vez vinculada la enseñanza en sus manos era natural que fuera basada sobre la moral evangélica y que en todo se adhiriera á las ciencias divinas, explicando las máximas eternas, ó comentando los libros santos con ayuda de la historia, la filosofia, la alegoría y la moral. De este modo se ve claramente por medio de una deducccion tan lógica como natural y precisa, el nuevo rumbo que van á tomar las letras destinadas á servir á la vanidad y al capricho; van de hoy en adelante á ocuparse de un objeto mas elevado y á servir á la verdadera instruccion: antes tenian por base la adulacion, hoy la rigidez hermosa de la verdad; entonces se degradaron y corrompieron, ahora se enaltecerán; y si en aquellos dias se sacrificaban las ideas á las formas, hoy se dejarán éstas y se atenderán aquellas: no es, pues, esto, un sencillo deseo de goces intelectuales, ni una idolatría de lo bello influyendo en la sociedad tan solo accidentalmente, sino las ciencias y las letras dirigiéndose hácia su objeto práctico de gobernar á los hombres, de determinar las creencias, de reformar las costumbres. Tal es el nuevo giro que bajo la influencia del clero tomaron la literatura y las ciencias: tal es el fin á que las encaminaron los sacerdotes y los monjes; compárese con el objeto á que las hicieron servir los filósofos y dígase de buena fé cuál es preferible, cuál es más útil á la

humanidad, mejor para la sociedad y más provechoso á la civilizacion. Satisfecha esta respuesta, que no puede menos de ser favorable al clero, muy poco tendríamos que añadir para anonadar el dictado con que se le injuria de *enemigo del saber*; pero tenemos muchas mas pruebas y no queremos omitirlas, ademas que anhelamos el convencimiento por completo de todo el que yerra con malicia ó sin ella, porque este convencimiento es el triunfo de la verdad, y á dama tan cumplida no queremos satisfacer á medias.

Despues de lo espuesto nadie creará que el furor de acusar saque de ello nuevos capítulos de culpas contra el sacerdocio; pues bien, esto, que ni pensarse podría, es cabalmente lo que hacen: de aquí toman pié para decir que el clero monopolizó la educacion y que se sirvió de ella para su propia utilidad, para oscurecer los talentos, para fanatizar las almas y convertir en provecho suyo los patrimonios de todos, haciendo de la educacion un comercio ilícito que esplotaban en pro de su egoismo, merced á el cual tenian ingreso en los palacios de los reyes, en las casas de los grandes y en las cabañas de los pobres; que de todos se utilizaban, que en todas partes mandaban, y que por esta omnipotencia conseguian cuanto querian y esclavizaban el reino, tiranizando los pueblos y dominando los reyes. Tales son las acusaciones que hacen al clero, y de este modo convierten en

su contra lo que constituye su gloria. Contra estas falsas imputaciones habremos en este párrafo de decir unas cuantas palabras, porque no queremos quede ni aun la menor sombra de la calumnia sin vindicar. No negamos, ni queremos negar, que el clero disfrutaba de ese grande ascendiente; tambien concedemos que lo debió á la educacion que daba á los grandes y á los pueblos, sobre cuyas almas obtenia esa gran superioridad que da el talento, ese mágico poder que solo la ciencia adquiere, ese ascendiente que el carácter de maestro conserva siempre sobre sus discípulos; pero en manera alguna podemos convenir en que lo emplearon en su provecho y le hicieron servir á su egoismo, y no convenimos en esto porque animan nuestro corazon diez y nueve siglos de pruebas, diez y nueve siglos que se levantan desmintiéndolo, diez y nueve siglos cuya historia es una prueba constante é irrefragable de lo contrario. Ábranse las historias de todos los pueblos, de todos los reinos, de todo el mundo; consúltense los hechos, analícense los sucesos y ese es el mejor argumento que podemos aducir, el mejor panegírico que del clero podemos hacer. Efectivamente, considerando lo que era el mundo cuando apareció el cristianismo y lo que es hoy, lo que era la sociedad, lo que era la civilizacion y lo que padecia la humanidad, no puede menos de comprenderse todo lo que el clero hizo por salvar tan hermosos objetos: vi-

niendo luego á la incursion de los bárbaros cuando todo se trastorna, y los elementos sociales y civilizadores están en completa disolucion, encontramos solo un poder que los regula, solo un principio que los salva, y este es el clero; entonces las iglesias y monasterios son las únicas escuelas, los únicos asilos del saber, y allí acuden de todas partes cuantos desean instruirse, de lo cual resultó que el sacerdote tuvo el prestigio que le daba su clase y su carácter de maestro; pero muy lejos de convertir en su provecho este prestigio, le hizo servir en favor de la humanidad y de la civilizacion; de la humanidad, porque introduciendo el espíritu del Evangelio en la legislacion y en las costumbres hizo reconocer y acatar sus derechos; de la civilizacion, porque fundando escuelas y consagrándose al estudio propagó las ciencias, fomentó las letras y dió impulso á las artes, llevando unas y otras por su verdadero camino, colocándolas en el estado de progreso que las ha de llevar á su perfeccion como veremos en el curso de nuestra obra.

Se ha querido culpar al sacerdocio de no haber producido en este tiempo una obra perfecta de literatura, y yo pregunto: ¿dónde están las imperfectas compuestas por los seculares? Seguro que no presentarán una, y si la presentan será inferior en muchos quilates á las que presentan los clérigos y los monjes, lo cual solamente pone de su parte

la razon y la justicia y destruye la acusacion; pero no queremos callar y decir, ya teneis respuesta; hemos de caminar mas adelante. Sentado que hicieron algo, es evidente que lo que hicieron sirvió de cimientos para que edificase la posterioridad, é impidió que el mundo volviese á la barbarie, y por consiguiente, que la cuna de esa literatura florida que nos deslumbra con sus coloridos, que nos encanta con sus formas y nos arrebatada con su fluidez y armonía, fueron los conventos, los monasterios y las iglesias, único puerto deparado á las musas cuando abandonaron el Pindo por el Calvario, y perseguidas por las hordas del Cáucaso, solo en esta tabla encontraron su salvacion.

Bien sabemos que la literatura que por este tiempo empezó á dar vida, el clero, no es una literatura como se entiende comunmente; pero el hombre no saca las cosas de la nada, con toda la perfeccion que deben tener; hacer, y hacer cosas perfectas de la nada, solo es obra de Dios; las de los hombres van gradualmente á su perfeccion, y harto hace el primero que las resucita y propone para que las perfeccionen los que le sucedan; ese tiene siempre la iniciativa y el honor de ella por mas que su obra sea imperfectísima; y lo que se dice de los demas no encontramos una razon para que no se diga del clero; así, pues, lo que es honroso para los seculares ¿por qué ha de ser un

padron de ignominia para el sacerdote, para el monje ó para el obispo? ¿Tal vez porque visten hábito, sotana ó capisayo? ¿Quizás porque sus escritos han sido trabajados en el claustro ó en la celda y no en los gabinetes? Esto seria no solo impropio sino absurdo, y hasta ridículo. La acusacion que de aquí tomase fundamento no merecia otra cosa que el desprecio ó la compasion, porque no podia nacer sino de la cabeza de un necio ó de la de un loco; sin embargo, la maldad utiliza estas dos clases de personas, y esa es la fuerza en que se apoya y se apoyará hasta que el pueblo se desengañe del vil tráfico de que está siendo objeto; y ¡ay del dia en que esto suceda, que entonces el *soberano*, segun la doctrina de sus aduladores, podrá hacerlos conocer que desde el *capitolio á la Roca Tarpeya hay solo un paso!*

Acabamos de confesar que tenia imperfecciones la literatura de este tiempo, y creemos haber demostrado que era muy natural, y que en esto no hizo mas que seguir el curso de todas las cosas sujetas al poder del hombre; pero no podemos menos de hacer una llamada á las personas juiciosas, imparciales, de corazon recto y sana crítica, para que contemplen esa porcion de escritos de circunstancias, de discusiones teológicas, de homilias, de exhortaciones, de comentarios, que nos quedan y acreditan la existencia de mayor número que se han perdido ó están inéditos, y conoce-

rán que son un solemne mentís á los que creen que la actividad de los espíritus habia cesado, y repiten de continuo que la fé habia restringido el campo del pensamiento, y claman y gritan contra los frailes inútiles, los monjes holgazanes y los clérigos necios. Al revés los clérigos, los monjes, los frailes, los hombres de fé, proseguian con ardor el orden de ideas adecuadas á constituir la sociedad nueva, y á insinuar en los espíritus juveniles y exentos de corrupcion, las únicas creencias que podian dulcificar su feroz índole, su carácter indomable. Todas las semanas predicaban los obispos; iban los misioneros á sembrar la verdad fuera, despues de haberse ejercitado ellos mismos en conocerla bastante á fondo para encontrarse en disposicion de rechazar las objeciones, y sin temor de ninguna especie arrostraban los sacerdotes toda clase de peligros por llevar la fé y la civilizacion á países incultos y á gentes salvajes; velaban los papas con el fin de nutrir la llama de la sabiduría, y de muchos de ellos nos han quedado cartas llenas de erudicion eclesiástica, y esto siempre es algo, porque así vemos que no es tan imperfecto como se dice, lo que entonces se hizo.

Los clérigos y los monjes inspiraron á Teodorico, el enemigo mayor de las letras, el que decia que eran corruptoras de los pueblos, el que prohibió á los godos dedicarse á ellas, algun apego al

saber, y tanto, que las favoreció entre los romanos, instituyendo la dignidad de conde de los arguratos, y ocupando sus ocios en oír á Casiodoro, estableciendo, según éste, profesores de gramática, retórica y derecho, que esplicaban en el capitolio ¹. Ennodio celebra la prosperidad de las escuelas de Milan, y los excelentes talentos que producía la Liguria ². Los merovingios acogieron favorablemente á Fortunato, y Cuniberto regaló un baston de oro y plata al gramático Félix ³. Casiodoro, nombrado conde de las cosas privadas y de las sagradas larguezas, y después secretario de Teodorico, tomó una parte muy activa en los asuntos de Italia, recopiló las ordenanzas de los reyes bárbaros bajo el título *Variarum libri XII*, en las que incluye las fórmulas y diplomas de los cargos civiles y criminales, las cartas de los sucesores de Teodorico, y las ordenanzas emanadas del mismo Casiodoro como prefecto del pretorio.

Adolece esta obra de dureza de estilo, de énfasis, de una vana ostentación de talento, de retórica y de erudición; pero su lectura inspira intereses y su tolerancia admira ⁴. Cuando vió que se hundía el trono á que tan fuerte apoyo había prestado, construyó en Calabria un monasterio, don-

1 Carta 533.

2 Id. de Alarico y Arator.

3 Pablo el Diácono, VI, 7, 8.

4 Var. X, 26.

de consagró el resto de sus días al estudio y á los ejercicios de piedad. Allí hizo que los monjes, que no tenían aptitud para el estudio, se dedicasen á trabajos manuales, especialmente al cultivo de las tierras y á los detalles de la economía rural. En las horas de reposo se dedicaban á copiar libros, para lo cual se había provisto de muchos y muy buenos originales, y á la edad de ochenta y tres años todavía escribió un tratado de ortografía: además, nos dejó el libro del *Anima*, una exposición sobre los salmos que está copiada de S. Agustín y otros santos Padres, una historia desde el diluvio hasta el año 519, y la de los godos, de que no tenemos otra cosa que un extracto copiado por Jornandez, que hace sentir su pérdida.

Viendo Casiodoro con sentimiento las ciencias profanas, pomposamente enseñadas y en abandono las divinas; y no pudiendo el papa Agapito, á quien se había quejado, hacer lo que deseaba en medio de las agitaciones de la Italia, procuró remediar el daño publicando un curso elemental de ciencias propias al cristiano, cuya confección es curiosa é instructiva ¹. En su concepto consisten las ciencias, unas en la observación, otras en el conocimiento, otras en la apreciación de las co-

1 De Institutione divinarum literarum. De artibus ac disciplinis liberalium artium.

sas, es decir, son contemplativas ó prácticas. Entre las primeras cuenta el arte de bien decir, comprendiendo la retórica y la dialéctica, luego la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Este método enciclopédico desenvuelto por él, á ejemplo de Marciano Capella, hizo sustituir áridas compilaciones al estudio directo de los grandes modelos; pero quizás ni él, ni sus más insignes contemporáneos, tenían conocimiento de ellos, más que por los compendios de los siglos IV y V, puesto que los tratados oratorios de Ciceron y Quintiliano, parecen á S. Isidoro demasiado largos para ser leídos. Sus tratados de aritmética, geometría, gramática y retórica, son muy compendiosos; la lógica es algo mas estensa y razonada, y tambien escribió de música como Boecio.

Nacido éste en Roma, poco antes que perdiera el imperio de Occidente, fué enviado á Atenas para aprender las letras griegas. En los diez y ocho años que residió allí, tradujo diferentes obras de Tolomeo, Nicomaco, Euclides, Platon, Arquímedes y Aristóteles; sus comentarios llevaron á Italia el conocimiento de las obras del Estagirita, de cuyo método se valió para tratar de la unidad y trinidad divina. Vuelto á Roma, se ganó el aprecio de Teodorico, y encarcelado despues por traidor, escribió en su encierro el diálogo en prosa y verso, que tituló: *Consuelo de la filosofia*, que termina con diferentes consideraciones sobre la ca-

sualidad, sobre la Providencia y sobre el modo de conciliar ésta con la existencia de los males. Eclécticos más que católicos, al tratar esta cuestion, la más difícil de todas, deja muy atrás las demas obras de su tiempo, y acredita un conocimiento perfecto de los mejores modelos de la antigüedad. Su prosa cede ante su poesía fácil, rica, de nobles imágenes y melancólica armonía, y en la cual ensayó metros de que no hicieron uso los clásicos.

Siguióse luego Ennodio, obispo de Pavía, que nos dejó sus exhortaciones escolásticas, imitacion de las antiguas declamaciones, algunas cartas sobre materias eclesiásticas, las vidas de San Epifanio y San Antonio de Lerins, el panegírico de Teodorico, y algunos epitafios y epigramas. Rústico Elpidio, compuso el poema sobre los beneficios de Cristo; el etrusco Maximiano nos ha dejado sus églogas, que en medio de grandes lunares tienen tales bellezas, que por mucho tiempo fueron atribuidas á Cornelio Galo, amigo de Virgilio. Se le cuenta entre los doce poetas escolásticos, de quienes nos quedan los certámenes difíciles. Del subdiácono Arator tenemos las Actas de los Apóstoles, escritas en verso exámetro. Fortunato, obispo de Poitiers, nos cantó el epitalmio de Sigiberto y Brunequilda, varias cartas á personas ilustres, siete vidas de santos, y en verso exámetro la de S. Martin, que escribió Sulpi-

cio Severo, otras cartas teológicas, doscientas cuarenta y nueve composiciones en verso sobre la erección y consagración de diferentes iglesias; su poesía es frívola, sus himnos buenos, figurando entre ellos el *Vexilla* y una elegía en figura de cruz.

Por mucho que sea de sentir que se empleasen los talentos y se gastasen las imaginaciones en estas fútiles trivialidades, no podemos culparlas absolutamente; ellas eran el gusto de la época y revelan el carácter del siglo, y ya hemos dicho más de una vez, que ni los clérigos ni los monjes están exceptuados de este tributo que todos pagamos á nuestra debilidad; pero hay más, estas dificultades inútiles y gratuitas, eran un recurso con el que suplían la falta de corrección y de elegancia. De aquí los anagramas y demás combinaciones, más ó menos ingeniosas; de aquí también el uso de la rima, ya digno de notarse en un epigrama de S. Dámaso. Con la armonía de las cadencias halagaba el oído no acostumbrado ya á reconocer la medida exacta de las sílabas. De esta suerte, transformándose la poesía, se hacia poco á poco rítmica de métrica que era antes, con lo cual se patentiza que estos trabajos, tan lejos de ser inútiles y poco á propósito para el progreso de la literatura, fueron utilísimos y la prestaron grandes auxilios, contribuyendo á su esplendor y colocándola en el sendero que la ha conducido á su apo-

geo; además, introduciendo en ella esta novedad, fué como inocularon la lengua de los vencedores en la de los vencidos, y así dieron origen á las lenguas vivas, y esto es un verdadero adelanto literario, toda vez que á esto se debe la riqueza, la fluidez, la armonía y la elegancia de los idiomas modernos, y la belleza de la poesía que tanto nos admira y encanta.

Sin embargo, en medio de esto aparecen el africano Luxorio con sus epigramas. Faunio con sus poemas sobre los pesos y medidas, sobre los astros y sobre la geografía. Los cantos de Corippo en elogio del emperador Justino, el poema de la expedición de Attila, y las treinta y dos elegías de Euqueria; pero el que más atención merece es S. Crienzo, obispo de Iliberis, por el giro suelto y elegante que tienen los versos de su *Commonitorium fidelium*, sus exámetros sobre el nacimiento de Cristo, y sus himnos. El obispo de Viena, Avito, tan célebre por su celo y dignidad para resistir á los borgoñones arrianos, nos ha dejado varias cartas y seis poemas; en aquellas nos relata los sucesos de la época, y en éstos lo acontecido desde el primer instante de la creación hasta aquel en que nuestros primeros padres fueron arrojados del paraíso. De aquí tomó Milton algunos de los pasajes con que hermosteó la cuna de la humanidad, y que tanto renombre le han valido en el mundo literario.

Bien pudiéramos emprender aquí una larga serie de obispos y santos, de escritores eclesiásticos tan notables por su piedad y celo como por su mérito literario, pero necesitaríamos mas espacio que el que nos hemos propuesto; y seria dilatar nuestro escrito más de lo que queremos; y como no sea absolutamente necesario para el fin que motiva nuestro escrito, porque creemos suficiente lo dicho para vindicar al clero de la nota que se le quiere imprimir, de aquí es que en obsequio á la brevedad haremos mérito de algunos tan solamente en corroboracion de lo que llevamos dicho. S. Fulgencio, obispo de Ruspa, es llamado por Bossuet el mas insigne teólogo y el santo mas eminente de su tiempo; escribió con mas claridad y órden que se hacia en su tiempo: desterrado por Trasamundo á la Libia con otros setenta obispos, sin embargo de ser el más jóven, gozó de la principal autoridad, y era consultado desde los paises mas remotos. De S. Remi nos quedan cuatro cartas y su testamento. Fausto, abad de Lerins, escribió contra los arrianos sobre la gracia y sobre el libre albedrío. S. Cesareo, arzobispo de Arlés, fué educado en la abadía de Lerins, asilo de la paz, donde en la época en que la espada de los bárbaros desmembraba trozo á trozo el imperio romano, se albergaron, como el alcion, bajo una flor marina, la ciencia, el amor, la fé, cuanto consuela, encanta y regenera á la afligida huma-

nidad¹, presidió varios concilios, fué tenido como sospechoso por Alarico y Teodorico; aquel le destierra, éste le hace comparecer encadenado, pero á su vista se conmueve, le devuelve la libertad y le regala una copa de oro del peso de sesenta libras, y sesenta monedas de oro que empleó en rescatar los prisioneros. Tenemos de él setenta sermones llenos de símiles de la vida doméstica que le hacen aparecer mas apostólico y sencillo, se dirige á los sentimientos naturales del alma, es todo amor y amigo del pueblo, y podria llamarse un orador consumado por su claridad y elegante sencillez, que tan bien cuadran al orador, y sobre todo al Evangelio. De S. Colombano tenemos su regla, diez y seis sermones llenos de fuego é imaginacion, en los cuales se nota una rigidez que con nada transige, y una insistencia que admira. Las homilias que tenemos de Lorenzo, obispo de Novara, acreditan que no en vano adquirió el título de meloso y dulce con que le distinguió su siglo.

Pasando á la historia, encontramos que todos los que de ella se ocupan, si se exceptúa Marcelino, conde de Iliria, pertenecen al clero; á él, pues, debemos cuanto de aquellos tiempos sabemos. Víctor, obispo de Vita, escribió la historia de la persecucion vándala. El sabio Gildas, fundador

¹ Lammenais.—Asuntos de Roma.

del monasterio de Ruyo, escribió los acontecimientos que tuvieron lugar en Bretaña, poniendo por título á su obra: *Liber querulus de ascidio Britannia*. Dionisio el Exiguo, además de las decretales, compuso un ciclo pascual que comprendía un periodo de noventa y cinco años. Fué el primero que contó desde el nacimiento de Cristo, substituyéndole á la era de los mártires empleada hasta entonces. El venerable Beda describe este ciclo, y en la crónica *de sex mundi aetatibus ab orbe condito adaunum*, colocó antes que otro alguno los años, según aquella era, que después se llamó vulgar. El obispo Jornandes reunió la historia de los godos y sacó de Floro un compendio de la historia romana. Víctor, obispo de Taunna, prosiguió la crónica de Próspero de Aquitania; á éste continuó el español visogodo Juan, monje de los Pirineos, y sin él careceríamos de muchas é importantes noticias de aquel tiempo concernientes á nuestra patria. Mario, obispo de Abranches, continuó también la crónica de Próspero. A estos hombres infatigables debemos, pues, cuanto en aquel tiempo sucedió; y si hubieran sido holgazanes é inútiles, seguro que no tendríamos estos monumentos que consultar, ni sabríamos los sucesos de pueblos que solo pensaban conquistar, ni las calamidades que pasó la Europa, ni las desgracias que afligieron la humanidad. Si hubieran sido egoistas no hubieran trabajado más que pa-

ra sí, ni hubieran salvado á los demás, ni menos consignado sus glorias y trabajos.

Mas dejemos por ahora los comentarios y prosigamos los hechos; dejemos las reflexiones y vamos á ocuparnos de los hombres ilustres que nos falta reseñar, y presentemos los trabajos literarios que los ilustran, que ellos son su mejor apología y el más concluyente argumento contra sus enemigos, que á su vista no podrán menos de conocer su ligereza en haber juzgado tan desfavorable y acremente unos institutos y unos hombres á quienes tanto debe la república literaria como la sociedad, y cuyos trabajos y servicios tan interesante papel representan en el teatro del mundo, que por mucho que se rebajen y afeen aparecerán entre las sombrías tintas de la calumnia con la brillantez que el sol entre los espesos nubarrones de la tempestad, para hacer más hermosa la luz de la verdad y más bello el triunfo de la inocencia, que todos los dicitrios no pueden manchar.

En España, en nuestra patria misma, además del monje Juan, brilla el ínclito é ilustre arzobispo de Sevilla, S. Isidoro: este varón, infatigable en cuanto decia relación con la sociedad y la religión, después de defender sus derechos en los concilios, á pesar de los muchos cuidados de su ministerio pastoral, los momentos que éstos le dejaban libres los invertía en el estudio, siendo el

fruto de estos desvelos los veinte tomos de los *Orígenes ó Etimologías* que concluyó su amigo S. Braulio de Zaragoza. En esta obra se encuentra una enciclopedia de cuanto se sabia en su tiempo; trátase en ellas, primero de la gramática, historia, retórica, filosofía, aritmética, música, astronomía, medicina, jurisprudencia y cronología; despues de la Biblia, bibliotecas, manuscritos, concilios y calendarios; en seguida el autor discurre sobre Dios, los ángeles, los hombres y la fé; mas adelante sobre las herejías, sibilas, nigrománticos y dioses falsos; luego se ocupa de las diversas lenguas, de los nombres de los pueblos y de las dignidades; y finalmente, busca la etimología de muchas palabras de difícil comprension, y ha tratado de la diferencia de distintas palabras, atribuyéndosele diferentes glosarios. Como historiador, nos ha dejado su *imago mundi*, que es una crónica que comprende desde la creacion hasta Heraclio ¹, dos historias de los pueblos germanos que fundaron reinos en España ², con un apéndice de los vándalos y los suevos, y prosiguió el catálogo de los escritores eclesiásticos que empezó S. Gerónimo ³. Se ha criticado á tan esclarecido varon, de que sus escritos

1 De temporibus, ó Abbreiator temporum, ó de sex mundi etatibus.

2 De Hist. sive Chronicon gothorum. Chronicon breve regni visigothorum.

3 Catalogus de viris illustribus.

tienen varios lunares, y esta crítica no podemos dejarla correr sin algunas observaciones. En primer lugar, los escritores adolecen de las circunstancias de los tiempos en que escriben, y si éstos son cultos, culto su estilo; si poco pulido, poco pulido; y por lo mismo vemos que todos los escritos se resienten del estado de la época y del pais en que escribieron sus autores; así, pues, no es de extrañar, que en nuestro santo se observe lo mismo, pues al fin era hombre como los demas; pero sí extrañamos nosotros que se le inculpe y á los demas se les absuelva, y no acertamos con la causa, á menos que no repitamos lo que tantas veces hemos dicho, de que procede de su estado, lo cual seria un disparate hasta despreciativo. A lo dicho añadiremos que, si tiene esos lunares, que tal vez en su tiempo serian bellezas, pues volvemos á decir, que para juzgar á los escritores es necesario colocarlos en el siglo y pueblo en que escribieron; por lo demas, es cierto que sin él careceriamos de muchas noticias históricas del mayor interes que en sus escritos nos ha dejado consignadas, así como muy nuevos y curiosos detalles que por sí solos bastarian para dar reputacion de sabios y renombre de literatos á los mismos que le censuran y que se envanecerian con haber publicado la menor de sus obras.

A su discípulo S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, debemos una historia de los godos que conclu-

ye en su muerte; la prosiguió Juan Pomerio, también prelado de la misma diócesis, y la continuó hasta el siglo XIII un obispo de Tuy. Estos son los hombres eminentes de esta época en España, á los cuales pudiéramos añadir Isidoro, obispo de Beja, ó Pacense; S. Eugenio, de Toledo, que escribió versos elegiacos y morales; Isidoro y Julian, que ocuparon la misma sede y escribieron himnos, epitafios y epigramas; Paulino, que escribió cartas é himnos, y varios otros que omitimos por no hacer demasiado difuso nuestro escrito. Sin embargo, de buena voluntad deseáramos que nuestros impugnadores nos manifestasen un catálogo igual de seglares consagrados á las letras, y que con su laboriosidad, no solo tuvieran estos lunares que al clero se imputan, sino mayores, que entonces nosotros los encomiaríamos y aun haríamos más, los pondríamos en lugar preferente á los eclesiásticos, siquiera por estimular los ingenios al trabajo y los talentos al estudio, y porque no se dijera que solo nos ocupamos de nuestra familia y que desatendemos los que no son de casa, que ni aun en esto queremos parecernos á nuestros enemigos, para quienes todo es despreciable y fútil por bueno que sea, si el autor no lleva el nombre de alguno de sus patronos ó pertenece á su escuela, sigue sus máximas, profesa sus doctrinas y oye sus inspiraciones, siquiera ellas le hagan apartarse de todo lo honesto, bueno y santo, y le despeñen en su ruina.

Mas prosigamos con los hombres del clero de otros países. Epifanio hizo un resúmen de las historias eclesiásticas de Sozomenes y Teodoreto, que unido con la continuacion de la de Eusebio, por Rufino, formaron la *Historia tripartita*, que es un manual de la historia eclesiástica de Occidente. Genadio, presbítero de Marsella, continuó la historia de S. Gerónimo. Florencio, llamado Gregorio por su visabuelo, obispo de Langres, es llamado, á pesar de ser obispo, el padre de la historia de Francia, por razon de sus diez libros titulados: *Historia eclesiástica francorum*. Fredegario, monje borgoñon, hizo una crónica general, en cuyos tres primeros libros comprende á Julio Africano, Idacio y Gregorio de Tours. Aimoino, religioso de Fleury, nos ha dejado una historia de Francia en cinco libros. Tenemos, ademas, escritos por Gregorio de Tours, ciento siete capítulos sobre la gloria de los mártires, ciento doce sobre la de los confesores, veinte sobre las vidas de los Padres, en cincuenta los milagros de S. Julian, obispo de Briow; despues los de S. Andrés, y principalmente los de S. Martin; obras todas que pueden pasar por modelos literarios en su tiempo, y que no gustarán á los impugnadores, no por lo desaliñadas ni duras, sino por los objetos de que se ocupan, puesto que en tratándose de asuntos religiosos, tienen tan natural antipatía, como se tienen mutuamente la verdad y la mentira, la virtud y la impiedad,

la inocencia y el crimen, la falsa filosofía y la religión.

Pasando de la historia á las leyendas hallamos que, así éstas como las vidas de los santos, tienen en esta época su origen, y hé aquí cómo en medio de la ignorancia frailesca y clerical surge también un nuevo género de literatura que no disgusta en el día, acaso porque nuestros críticos ignoran su procedencia, y que se debe á esos mismos que ellos ridiculizan y escarnecen. Nosotros no podemos, á despecho de sus iras, desentendernos de esta parte literaria, y vamos á ocuparnos algunos momentos de ella, siquiera nos esponamos á sus furores. Las leyendas y las vidas de los santos multiplicadas entonces, tenían un objeto enteramente práctico, procurando menos seducir el ánimo y satisfacer la razón, que conmover la voluntad. Las maravillosas relaciones de austeras penitencias, los relatos no menos admirables de heroicas virtudes, aquella caridad que todo lo superaba, aquel amor al hombre que todo lo vencía, atrajeron, como era natural, la veneración de los pueblos y el respeto de los magnates hácia unos hombres de quien tanto bien se contaba, y de aquí nació el deseo de saber para imitar, y la precisión de escribir las vidas de los santos para consuelo del pobre, freno del poderoso y de todos modelo. Tal fué el origen de esta clase de literatura, y de él se ve que fué, es y será, utilísima,

por mas que algunos espíritus descontentadizos la quieran impugnar, y que con ella ganó mucho la sociedad y la civilización; aquella porque los hombres se moralizaron, y ésta porque abriéndose un nuevo campo á los talentos, pudieron ejercitarse y adelantar en provecho de las letras y de la cultura.

Entre los hombres que cultivaron y dieron impulso á esta literatura, se cuenta casi el primero Céran, obispo de París. Este ilustre prelado escribió á todos los clérigos para pedirles las piadosas tradiciones de su país. Juan Mosch compuso el *Prado espiritual*, sobre milagros. De esta materia tratan los Diálogos de Gregorio Magno, los escritos de Gregorio de Tours y de Metafrasto. Esto en cuanto á las leyendas. De buen grado confesamos que puede en ellas haber tenido cabida algunas tradiciones que no estén conformes con la crítica, que el hombre ilustrado y pensador se resiste á creer; pero no eran perjudiciales, sino que por el contrario, servían de mucho para moralizar el pueblo, mejorar sus costumbres y hacerle abandonar el vicio y abrazar la virtud, con lo cual no podemos menos de aplaudirlas y reconocer su utilidad en favor de la sociedad y de la civilización, que en ello ganaba, como gana, siempre que las costumbres se mejoran y los vicios se disminuyen y la virtud se fomenta; porque á la moralidad suceden como inseparables compañeras la justicia, la

caridad y la misericordia, así como se asocian á la corrupcion el desórden, la anarquía, los odios, las venganzas y las tropelías de todo género.

Los monjes se ejercitaban en la pintura de aquellas vidas santas, describiéndolas con todas las circunstancias, aun las más minuciosas, y aquellas descripciones y aquellos sucesos mandados al papel, se depositaban en los archivos de los monasterios; y merced á esto sabemos hoy que en aquellos asilos habia almas heroicas, mártires de la virtud, que sujetando sus pasiones y triunfando de sí mismos, hicieron propicio el cielo, y la gracia del Señor inundó sus almas, y vencieron los demonios, y dominaron los elementos, las enfermedades y la muerte. Merced á este cuidado de los monjes y á esta laboriosidad, es como la historia se halla enriquecida con un periodo que abraza quince siglos, y en ellos describe todos los paises, todos los usos y todas las categorías. El sabio Mabillon recopiló las vidas de los santos benedictinos. Baronio introdujo muchas en sus *Anales de la Iglesia*, viniendo despues los bolandos á llevarlas á su complemento en su famosa coleccion que tan célebres ha hecho sus nombres.

Nos parece oír á los impugnadores declamar contra nosotros, y aun reirse, de que en el siglo XIX suscitemos estas pruebas en favor del clero, puesto que ellos se valen de ellas para atacarle. Confesamos que así es efectivamente, y añadire-

mos que por lo mismo las presentamos, suplicándoles solo un poco de paciencia para oír ó leer nuestras razones, que no seremos muy largos en su esposicion, y en ellas quizá variarán de modo de pensar. Nosotros, ante todo, nos trasladamos con la consideracion al siglo en que esto sucede; nosotros nos representamos los males que afligian la humanidad, los desmanes de todo género que asolaban las naciones, y en esto vemos la necesidad y utilidad de estos escritos, y en ella la apología mejor de sus autores. Las leyendas eran una recreacion de las imaginaciones contra los desórdenes morales de la época, pues se ponía entonces en evidéncia la bondad, la justicia, que habiendo desaparecido del resto del mundo, y ofreciendo en medio de los dolores aquellas relaciones tiernas y simpáticas, se proporcionaba pasto á los espíritus desprovistos de todo otro alimento. Era para la vida de aquel tiempo, tan cruelmente agitada, un consuelo manifestar la continua asistencia de la Providencia con respecto á los que creen. En la Biblia se encontraba la imaginacion detenida por los límites de la fé; en las leyendas podia espaciarse á su antojo el alma, remontar su vuelo y variar sus veneraciones, segun los tiempos, de los mártires á los solitarios, de los grandes obispos á los artistas, á los literatos, á los héroes, en fin, á los nuevos apóstoles de un nuevo mundo.

Así planteada la cuestion, fácil es conocer la

verdad y la razon, y yo apelo al testimonio de los hombres imparciales que me digan si estas leyendas consideradas en este terreno son ó no útiles, fueron ó no necesarias en aquella época: yo apelo á esa misma crítica, y quiero que me diga si con ellas se prestó ó no un importante servicio á la literatura; yo apelo, en fin, á cuantos se dediquen á leer estos renglones para que digan si fueron útiles á la civilizacion, á la sociedad y á los Estados, y si lo fueron, ¿por qué acriminar á sus autores? ¿por qué llamarlos ignorantes y mal intencionados?... Porque les place y nada mas, pues no encontraremos motivo alguno para calificar de un modo tan duro á los que prestan servicios tan importantes á la humanidad, y siempre veremos un contrasentido en llamar holgazanes á los que pasan el dia y la noche trabajando, no solo para su provecho, sino por el bien de los demas, por su ilustracion; pero está visto que en nuestro trabajo hemos de tener siempre la suerte de mirar las cosas de distinta manera, y de creer que es bueno lo que la censura llama malo, y ver un bien social en lo que los censores un mal, y un beneficio donde ellos un perjuicio, y por último, lo que ellos creen una estupidez, nosotros un golpe maestro de genio, una produccion admirable de talento: tal es el mundo, pero á bien que ni todos participarán de sus opiniones, ni todos son eclesiásticos, y por lo mismo hay hombres que sin

pasion pueden juzgar, y á ellos es á quien apelo y reconozco como jueces; ellos decidirán, para lo cual habremos de referir algunas de estas leyendas y en ellas se verá que eran un correctivo de los vicios que dominaban la sociedad, y que si no hubieran sido los milagros y prodigios en ellas referidos, la obra de la Omnipotencia divina y de la gracia debieran proclamarse milagros, porque efectivamente tuvieron un poder sobrenatural para mejorar las costumbres, lo que por sí solo es un verdadero prodigio.

El ejercicio mas ameno de este tiempo y uno de los recursos mas en boga, era tener siempre á mano alguna relacion con que entretener y amenizar los banquetes y las veladas, y los trovadores y juglares ganaban así su vida y discurrían de pueblo en pueblo, de casa en casa, y de castillo en castillo, ejerciendo esta profesion que tan de moda se habia hecho. Gente del siglo y que encontraban su provecho en este arte, no siempre usaron de él con el respeto debido al pudor, á la moralidad y á las costumbres; su conducta muy poco arreglada no podia menos de hacer participar á sus palabras de la obscenidad de sus pensamientos; por otra parte, tenían que adular y no tenían la virtud necesaria para sobreponerse á los halagos del poder y á las seducciones de las riquezas; aparecieron en el mundo como una necesidad de la corrupcion que le dominaba, y fueron conside-

rados en la sociedad como un objeto de lujo: asistían á los banquetes y festines y los amenizaban con sus trovas. Su poesía nada es menos que sabia; en las formas se encuentra esa facilidad á menudo vacía de sentido, que solo sirve para deslumbrar: en cuanto á ideas nada se halla que indique conocimiento en los clásicos, en la historia, en la mitología y en las costumbres de los pueblos; á menudo lo que hacen es cantar el vicio y deprimir la virtud, porque encenagados en aquel no conocen la hermesura de ésta, y así no pueden pintar mas que lo que sienten; así es que el mayor número de sus obras consiste en versos apasionados llenos de una loca alegría y de una osadía impúdica que ofende los oídos menos morigerados. Lejos de beber en la religión altas inspiraciones la envilecen con aplicaciones profanas; en cuanto sucede nada ven que les inspire la mas remota idea cristiana, y solo se halla en sus composiciones una sátira insultante, una injuria grosera y un cinismo procaz: pensamientos mezquinos en lugar de grandes ideas, sutileza en vez de adhesión verdadera, y por decirlo de una vez, la mas corruptora licencia, la perversion de las costumbres.

Ligada su imaginación á las ideas de su siglo que no pudieron corregir, se hicieron ellos mismos héroes de obscenas novelas, de lo cual resultaron escándalos de que son buen ejemplo los

adúlteros amores de Macías cantados por él mismo y que le ocasionaron una trágica muerte en Andalucía; las aventuras impúdicas de Pedro Vidal de Tolosa, con la señora de Saint-Gilles, que dieron lugar á que el marido de ésta le mandase taladrar la lengua, no siendo esto óbice para que se corrigiese su desenfreno, puesto que aun se espuso á las iras de la vizcondesa de Marsella, á las burlas de los cruzados en Chipre, y en España á las befas de los aldeanos. Seria una tarea fuera de tiempo haber de referir todos los estravíos de estos parásitos romancistas, y los diferentes modos empleados por ellos para seducir la virtud y estraviar las costumbres, llegando su estravío al extremo que este pasaje de Ponce Capdeuil indica: "Os amo, dice, con la ternura que ningun otro objeto ocupa mi memoria: me olvido de mí mismo para pensar en vos, y hasta cuando dirijo á Dios mis oraciones está lleno de vuestra imagen mi pensamiento." Más impío aún Hugo de Bachelerie, se espresa con esta blasfema libertad: "Nunca recito el *Padrenuestro* sin que antes del que estás en los cielos se vuelvan á ella mi pensamiento y mi corazón;" y más aún, Bernardo de Ventadur: "De seguro, esclama, hasta Dios se pasmó cuando consentí separarme de mi dama, y aun debió agradecerme que por él me alejara de ella. No ignoro que si la pierdo jamas volveré á encontrar ventura, y que ni él mismo tendrá con

que consolarme." Tales eran los que se dedicaban al galanteo; pasemos revista á los demas, y despues podremos juzgarlos á todos y hacer reflexiones sobre ellos, para juzgar las leyendas religiosas y conocer y apreciar su mérito en su punto verdadero de vista considerado.

Los que se dedicaban á la sátira no tenian reparo en ofender, ni se paraban en el sexo, condicion ó estado de las personas contra quien se dirigian; todo lo atropellaban, todo lo herian, disparando sus dardos envenenados contra las mujeres, los guerreros, y muy especialmente contra los eclesiásticos, siendo hasta asqueroso leer sus producciones, y en prueba citaremos uno, aunque con el sentimiento de manchar nuestro escrito, siquiera porque no se juzgue que hablamos por hablar y acusamos tan gratuitamente como nos acusan. Tomaremos este trozo de Pedro Cardenal: "Indulgencias, dice, perdones, Dios y el diablo, todo lo ponen por obra estas gentes (los eclesiásticos). A éstos les conceden el Paraiso con perdones; envian á aquellos con las excomuniones al infierno; descargan golpes, contra los cuales no es posible ponerse á cubierto, y nadie inventaria un lazo que no supieran tender ellos con más destreza." Por aquí podemos inferir cómo trataria al resto de la sociedad y cuál era el giro dado á la sátira en aquellos infelices tiempos.

En medio de una sociedad tan corrompida, que

se desquiciaba al vaiven de todos los desórdenes, el clero tuvo que acudir á su remedio, y pensó que nada seria más á propósito que las lecturas santas, buscando así el antídoto por los mismos medios que circulaba el veneno; así es, que á poco que contemplemos las leyendas, vemos que todas ellas tienen por objeto el triunfo de una virtud ó el castigo de algun vicio: se quiere inspirar horror al tráfico de venderse mutuamente los hombres, ahí tenemos á S. Babon, ermitaño de Gante, que desesperado por el recuerdo de haber vendido un individuo cuando estaba en el siglo, se dirige á él diciéndole: *Yo soy quien te ha ligado; golpeame, encarcelame, cárgame de cadenas*, y no pára hasta que lo consigue: así, el que leia este relato comprendia que la esclavitud era un mal y compadecia los esclavos. S. Martin era un soldado; lava á su esclavo, le sienta con él á la mesa, dá la mitad de su capa á un pobre, y Jesucristo se le aparece vestido con ella. De este modo se cobraba apego á la caridad y odio al egoismo, y así se mejoraba la corrompida sociedad ¹.

Por donde quiera que registremos las leyendas y de cualquier modo que lo hagamos, resulta que

¹ Creemos inútil manifestar, que reconocemos y confesamos los milagros; y así, que en todo lo que vamos esponiendo tenemos por objeto solo considerar estas leyendas tan combatidas, en su parte literaria, civilizadora y social, que es como las tratamos en este lugar.

su composición era una necesidad del siglo; y que convencidos de esto los autores se propusieron mejorarle por este medio y proporcionar lecturas piadosas, en las cuales, al par que se referían las misericordias de Dios con sus escogidos, los castigos fulminados contra el vicio y las recompensas acordadas á la virtud, se estimulaban los corazones hácia lo bueno y mejoraban las costumbres, adquiriéndose un santo desvío de lo malo y un odio hácia el vicio, que debían con el tiempo inspirar horror á las cínicas obras de los trovadores, y atraer la poesía hácia lo honesto, haciéndola recibir sus inspiraciones de la religión, único modo como se ha elevado á la altura en que la admiramos; con lo cual queda demostrada la utilidad de estas leyendas, no solo para la sociedad y la civilización, sino para la misma literatura, á la cual va á dar nuevo ser, vida más hermosa, inspiraciones más elevadas; mas en tanto avanzamos á esta época, bueno será proseguir nuestra tarea y pintar el modo cómo en esta pugna empeñada con la corrupción, hizo el clero triunfar la virtud y las ventajas que las leyendas proporcionaron á los pueblos, á los individuos, á las letras y á la religión.

Como dejamos referido, estas leyendas estaban encaminadas á hacer triunfar la virtud y á esterminar, ó por lo menos combatir el vicio; por tanto, vemos en ellas, que unas veces sus héroes son

ladrones que no hallan puertas que les den salida, ó santos oponiéndose con sermones á las armas de los que los acometen; vírgenes ultrajadas, cuya virtud es vengada por una lepra espantosa que cubre á los delincuentes ó ermitaños, á quienes es revelada la condenación del opresor. Yo abro estos despreciables libros, según los filósofos, y contemplo á Santulo condenado á muerte y salvado por un milagro que inutiliza el brazo del verdugo, volverle el movimiento haciéndole jurar que no se serviría de él para dar muerte á ningún cristiano; y por último, cuando los mismos que le condenaron llenos de veneración le ofrecen cuanto pida, contentarse con decir: "Si queréis hacerme algún regalo, entregadme los esclavos que habeis hecho y rogaré por vosotros ¹." Yo considero al abad Soriano dando á los prisioneros de los longobardos cuanto tenía en su monasterio, incluso las legumbres, y no quedándole con qué saciar la codicia de los vencedores, ser asesinado, y esta contemplación me lleva como por la mano á deducir lo que nadie podrá negarme, y es que estas lecturas no podían menos de inspirar una compasión que debía redundar en ventaja de los infortunios, y por lo mismo en bien de la sociedad.

Un monstruo tenía aterrada la comarca de

¹ Bolland, 11 de Abril.

Rouen, y el obispo S. Romano sale á conjurarle acompañado de un reo de muerte que huye á su vista, sin embargo de haberle prometido la libertad; mas el prelado echa la estola al cuello del monstruo, le obliga á seguirle y los exorcismos le hacen desaparecer con alegría de todos. En memoria de esto, el capítulo de Rouen todos los años perdonaba un reo de muerte; y así en el imperio del despotismo y de la barbarie, introdujo el clero el indulto, precioso derecho en medio de tantos abusos de la fuerza. Si un pobre llegaba pidiendo limosna á la puerta, merced á las leyendas que contaban que Jesucristo habia tomado algunas veces esta figura y honrado con su presencia las mesas de los caritativos, era socorrido porque el corazon se conmovia á presencia del prodigio. Si un peregrino solicitaba ser albergado en la pocilga ó la cuadra, los fieles recordaban á S. Alejo, hijo de real familia, viviendo desconocido en la casa paterna, debajo de una escalera y recibiendo un pedazo de pan de mano de los criados de sus padres.

Los que en las leyendas no ven mas que los milagros, las desprecian como monumentos literarios, y mas si los lectores son del número de los incrédulos; pero el filósofo tiene algun deber mayor; su obligacion es trasladarse á los tiempos, medir las circunstancias, reflexionar sobre las costumbres, analizar los sucesos; pero sin per-

der de vista el corazon del hombre y sin estudio, y despues deducir de estos preliminares, que así es como se llega á la verdad. Nosotros despues de reconocer el poder de Dios, admirable en sus santos, y confesar los milagros y prodigios que estos hicieron en su nombre, debemos manifestar que en este capítulo no es nuestro objeto al referir los sucesos publicar los milagros ni probarlos; esto pertenece á la teología y su declaracion á la Iglesia; una vez hecha ésta se cerró el debate; no hay lugar mas que para acatar y creer, y por lo mismo que nosotros creemos sobre este particular no discutimos, tanto más, cuanto sabemos que nuestros enemigos no lo creen, y seria necesario para convencerlos mucho tiempo, muchos volúmenes y escritos de diferente género que el que nos ocupa; y por lo mismo que cada cosa tiene su tiempo y su lugar, allí los remitimos, no negándonos, por nuestra parte, á defender cuantos milagros tiene declarados la Iglesia y á convencerlos de ellos, si para ello nos buscan; y no creen tan despreciable nuestra insuficiencia, que no merezca siquiera los honores de entrar con ellos en discusion, y por lo mismo repetimos que en este escrito consideramos y tratamos las leyendas religiosas en su parte literaria y con relacion á la sociedad y á la civilizacion, presentando por medio de ellas los grandes servicios, los eminentes beneficios que hizo el clero á la humanidad y

á las letras, introduciendo por su medio en ellas el espíritu religioso y las máximas y consejos del Evangelio, sin los cuales ni hay moralidad en los pueblos, ni orden en los gobiernos, ni felicidad en las naciones.

Consideradas las leyendas como un poderoso antídoto contra el veneno de las trovas y los escándalos de los juglares y trovadores, no se puede negar que merecen algo más que el desprecio á que las condenan los *críticos filósofos de nuestros días*: que ellas ejercieron un fuerte influjo en la civilización, que aficionándose el pueblo á su lectura se moralizó; que entreteniéndolo los ocios de los guerreros suavizó sus instintos feroces, y que amansó el despotismo de los reyes en un tiempo en que su voluntad era la ley, puesto que ellas los enseñaron á dominar sus pasiones y vencer sus hábitos precisamente cuando las trovas aguijoneaban su soberbia, avivaban sus pasiones, adulaban sus caprichos, disculpaban sus vicios y santificaban sus desórdenes, ensalzando su corrupción y sus excesos ¹.

En las leyendas todos los vicios están condenados y pintados con los colores más propios para inspirar horror, al par que las virtudes engalana-

¹ Alfredo Maury, Ensayo sobre las leyendas piadosas de la edad media, según los conocimientos que suministran en el día la arqueología, la teología, la filosofía y la fisiología médica. Paris, 1843.

das con todas las formas que pueden hacerlas amar. Así es que en ellas todo está simbolizado á propósito de sernos provechoso y de moralizar los pueblos y los reyes, y hacer sociables y humanitarios hombres envueltos en el velo de la barbarie y avezados á los desafueros y hasta amaestrados en los crímenes. ¡Y aun se les critica y censura! ¡Tal es el hombre! ¡Tales cosas suceden con el curso de los tiempos!... Prosigamos nosotros nuestra tarea y el exámen de estas leyendas tan combatidas por los acusadores del clero, á ver si en ellas encontramos un monumento social y literario útil á la humanidad y á la civilización.

Esta inclinación de nuestra naturaleza carnal á buscar lo peor aun después de haber visto lo mejor, tan bien cantada por el desterrado del Ponto ¹, está simbolizada en las leyendas por el diablo, genio de la materia y de la fealdad, tomando diferentes figuras, según los apetitos de aquel á quien tienta, y provocando á unos á la lujuria, á otros á la duda, á éstos á la avaricia, á aquellos á la vanidad, á todos al vicio; para conjurar estos males están las leyendas religiosas que prestan con su relato ocasión de aborrecerlos y amar la virtud ^(R) contraria; así vemos á Victorino de Nápoles perseguido en el desierto entre sus ayunos y auste-

¹ *Video meliora proboque, deteriora tamen sequor.* P. Ovidio. Nason.

ridades, por el enemigo comun, que trata, bajo la figura de una hermosa jóven que se vale del llanto del infortunio, de precipitarle ¹, sobreponerse á sus halagos y triunfar de sus incentivos. Hay leyendas que pintan los generosos sacrificios de la hermosura, sus triunfos sobre sí misma y sobre cuantos encadenan sus gracias. Úrsula de Bretaña, escogida para esposa del príncipe germano Coman, que era idólatra, determina á sus once mil compañeras á prometer con ella virginidad al excelente esposo, y no contenta con esto y abrazar todas el cristianismo, induce á su prometido á imitar su ejemplo; pero los godos asedian á Colonia y todas mueren defendiendo su pudor contra el desenfreno de los bárbaros, convirtiéndose aquel enjambre de vírgenes en un coro de bienaventurados á quien abre el cielo sus puertas. Inés, la bella romana que escitó el amor del hijo del conde Sempronio, por no quebrantar el voto de castidad, es espuesta desnuda en un lugar de prostitucion, y el cielo la depara un velo con que cubrir su desnudez alargando su cabello, cayendo muerto su amante al querer ofender su pudor. Sempronio entonces la acusa de magia y sus ruegos al cielo hacen resucitar al pecador: padre é hijo se convierten, mas los sacerdotes paganos siguen el proceso, y mártir de la fé y de la virtud

1 Bolland. 8 de Enero.

vuela su alma á unirse al coro de las santas vírgenes ¹.

Diferentes relaciones de éstas son muy á propósito para escitar la piedad. Imma, dejado por muerto en el campo de batalla, merece que su hermano, el abad Tunna, ofrezca diariamente el sacrificio incruento por el descanso de su alma. El jóven guerrero, cuidado por el enemigo, yacia cautivo, sano de sus heridas, y en el momento en que á la hora de tercia el amor fraternal llenaba su piadosa práctica, se rompen sus hierros, y el amo le devuelve su libertad. De este modo se aumentó la piedad con los difuntos, y se multiplicaron los sacrificios por el descanso de sus almas ². La devocion á María Santísima, se escita por medio de la proteccion que tan soberana Madre dispensa á sus devotos, ya pintándola ocupándose en defenderlos de enemigos, ya entregándose á desempeñar sus cargos, ya consolando sus afficciones, ya socorriendo su desgracia, ya remediando su angustia. Aquí un monje, guiado por la devocion, pinta á la Vírgen admirablemente hermosa y el diablo á sus piés de una espantosa fealdad; lleno de envidia el enemigo comun, quiere que mejore su pintura, el monje se niega, y en ven-

1 Bolland. 21 de Enero. S. Ambrosio escribió esta historia.

2 Beda IV, hist. 22, dice que oyó contar el hecho á uno que habia conocido al cautivo.

ganza le suscita peligros, le crea persecuciones; pero de todo le libra su santísima protectora. Allí muere un devoto del santísimo Rosario y es condenado al infierno, de entre cuyos horribles tormentos le salva María conduciéndole al seno de los bienaventurados. En el valle de Chiavena se desprende una porción de tierra, y uno de los obreros que trabajaban en la cantera del mármol serpentino, queda enterrado, llorándole todos como muerto: un año permaneció bajo los escombros, y todos los días su mujer hacia celebrar misa por su alma, á escepcion de uno que se lo habia impedido una inundacion; al cabo de este tiempo fué hallado vivo, y confesó que todos los días, escepto uno tan solo, habia venido una paloma á traerle un delicioso alimento ¹: de este modo se acrecentó la devocion para con las ánimas del purgatorio, y estas leyendas cundian con respeto entre un pueblo que así se acostumbraba á la devocion y á la piedad, á la moralidad y á la virtud.

Estas leyendas tan escarnecidas, fueron un correctivo de su siglo, y en la edad média, por medio de ellas, el clero encontró una recompensa para cada virtud; un premio para cada accion buena, para cada vicio un castigo, para cada crimen un freno; y colocó la misericordia al lado del des-

¹ S. Pedro Damiano.

afuero, la humildad junto á la soberbia, enfrente de la ira la templanza, y el bien en contrapeso del mal. Un acto de justicia valdrá á Trajano las oraciones del papa Gregorio, que tendrán bastante eficacia para sacarle del infierno. El mismo Judas obtendrá algunos instantes de descanso en el eterno castigo reservado á su traicion; de este modo suavizaban las costumbres; y mostrando abierta la senda del arrepentimiento á los pecadores, á los que no habian pasado aún por esta carrera de pruebas y de expiacion, los ponía en el caso de mejorar sus costumbres, refrenar sus pasiones, enmendar sus vicios y seguir el abandonado camino de la virtud, sucediendo que de este modo la corrompida sociedad, por medio de estas leyendas, fuese poco á poco mejorando su condicion y progresando en la senda social enmendando sus desórdenes, para así dar acogida á sentimientos humanitarios y civilizadores. Así es, que se ve por lo comun volver en sí, en las relaciones de aquella época, de escenas de célebres ladrones y de feroces bandidos, convertidos por la palabra de un hombre piadoso en grandes santos con ayuda de la gracia. En el mundo antiguo no habia regeneracion para la mujer pecadora; si el disgusto, la fatiga, el despecho ó la vergüenza, la hacian abandonar el mal camino, nadie se encontraba que la ayudase y animase al arrepentimiento, ni menos quien la hiciese respetar: al revés el cristianismo, mostraba á la Mag-

dalena arrepentida á los piés del Salvador, á quien habian sido perdonados innumerables pecados, porque habia amado mucho, y sobre este tipo las leyendas nos refieren innumerables mujeres, á quienes era contado tanto y más su arrepentimiento que su inocencia. Sepárase María Egipcíaca de los encantos de Alejandría para consumir su juventud y su hermosura en lo interior de los desiertos. Afra recoge en tiempo de persecucion y oculta en su casa al obispo Narciso y al diácono Félix, y esta piadosa caridad la convierte de cortesana en virtuosa, y de una miserable prostituta en una santa, desde el momento que supo que la penitencia la reservaba el perdón en lugar del desprecio que antes se la prodigaba aun en medio de las caricias. Nuestro siglo despreciaría quizás la lucha de una resolución virtuosa contra una culpable costumbre; pero nosotros no vemos en ella más que la fuerza de la gracia triunfando del pecado, y la época en que estas escenas tenían lugar, un correctivo al vicio y el triunfo de la virtud.

Cuando Macario abandona mujer é hijos, el ángel Rafael le conduce á una gruta habitada por dos leoncillos á quienes su madre habia abandonado; allí vivió varios años, pero el demonio le sedujo, los leones le abandonan, reconoce su hierro, le llora, se arrepiente, los leones vuelven; y abriéndole una fosa, él se deja enterrar vivo y per-

manece así por espacio de tres años, alimentándose de las yerbas que sus manos podían alcanzar, hasta que volvieron los leones y le desenterraron. El demonio representa, es verdad, en estos escritos, un gran papel; pero ni siempre es adusto, ni siempre es tan feo como se le pinta; á veces es muy servicial, y á veces tambien se ve frustrado en sus deseos; y lo que es más, casi siempre es vencido, y aun se le obliga á hacer penitencia. Los filósofos del día nos criticarán esto mismo y lo atribuirán al fanatismo clerical; pero nosotros siempre veremos el alto fin social y civilizador que las guía, y un medio de suavizar las costumbres y moralizar los pueblos, y á más el gran pensamiento de hacer servir la poesía á la religion y á la moral, convirtiéndola de prostituta en santa.

Tal vez se nos tachará de habernos detenido mucho en esta materia; pero es para nosotros tan interesante, que sentimos que la naturaleza de nuestro escrito no nos permita transcribir hasta la más insignificante línea, y lo sentimos tanto más, cuanto sabemos que sin este medio la civilización y la humanidad hubieran perdido mucho. Tal vez nuestras palabras esciten risa, quizás compasión, acaso ira, todo lo perdonamos; pero suplicando á los que así nos traten, que hay algunos de esos grandes genios que idolatran y admiran que son de nuestra opinion; que los consulten, y tal vez me-

receremos alguna disculpa, alguna atencion; y si por casualidad nos piden nombres les citaremos uno que vale por muchos, que no les será sospechoso ni le recusarán por fraile ni clérigo, ni amigo, ni paniaguado, y cuyo solemne nombre basta, y este filósofo, este sabio, este gran genio es Volter. ¹. ¡Volter! ¿Quién lo diría que era en esta ocasion mi amigo? ¿Cómo era posible que se encontrase de acuerdo con un fraile? Y sin embargo, es muy cierto, en este punto estamos conformes; si no place á sus amigos, á él con el cuento, que yo no tengo la culpa; reñidle, y hasta hacedle que se retracte; pero en tanto no lo haga, tengo el derecho de citar sus espresiones en mi apoyo, aunque no sea mas que porque se sepa que yo hago aprecio de los sabios y me escudo en su autoridad. Así, pues, voy á continuar con mis leyendas y á dar sobre ellas los últimos detalles.

En medio de aquel caos y de tanto desorden, era necesario presentar al demonio, causa de todo lo malo, sujeto al imperio de los santos; y esto era una verdad tal, que el mismo Señor ya habia prometido á los justos, entre otras cosas, *que dominarian los demonios*, y así pues, no debe admirarnos verlos tan sumisos y respetuosos á la voz de los escogidos del Señor, que los sujetan y aprisionan. Tan pronto S. Lupo tiene á Satanás su-

¹ Voltaire, cap. IX. Ensayo sobre las costumbres.

mergido toda una noche en un cubo de agua, donde se habia metido para que el santo se lo tragase. Tan pronto le escupe S. Antonio en el rostro despues de haberse hecho servir de él. Tambien se le ve engañado en los pactos que ciertos hombres hacen con él para venderle su alma con ayuda de diestras estipulaciones; así es, que Nostradamo le promete su cuerpo, con la condicion de que despues de muerto no ha de ser enterrado en la Iglesia, ni fuera de ella; en su consecuencia, manda que le coloquen en un agujero en la pared.

La piedad del clero, no satisfecha con propagar la caridad entre los hombres y escitar la compasion de unos para con otros, quiso escitarla para con los animales tambien. Seguramente que las sociedades formadas por nuestros filantrópicos filósofos del presente siglo aspiran á llevarse el honor de ser los primeros en tener y promover la compasion hácia los animales; y como estamos dispuestos á disputarles cuanto nos pertenezca, así como á no molestarlos en las cosas que son de su propiedad, no podemos menos de aclarar este punto, para que todo el mundo sepa que el clero católico, antes que los protestantes, ejerció la compasion para con los animales y procuró escitar la de los fieles. En prueba de esta verdad habremos de decir muy poco, si bien lo bastante para que quede demostrada. En las leyendas se

encuentra establecida y proclamada la piedad para con los animales de un modo que sorprende y nadie esperaría encontrar en estos siglos proclamados bárbaros estos principios, y á la verdad que no podían esperarse de pueblos tan inhumanos; pero el mismo elemento que habían admitido en su seno, la misma religion que había ido mejorando todos los elementos sociales, el mismo clero que se había propuesto ilustrar su rudeza, civilizar sus costumbres y amansar sus instintos, es el que emprendió esta tarea y se impuso este deber.

Era efectivamente una sociedad dominada por la fuerza bruta, una sociedad donde todo lo hacían y decidían las armas, una sociedad en que la razon estaba tiranizada y tenían mucho que trabajar los talentos para adquirir sobre ella esa superioridad tan necesaria para que la parte espiritual del hombre domine á la materia y la moralidad al vicio; el clero, elemento que representaba el poder del genio y del talento, trabajaba sin descanso por civilizar el pueblo, en cumplimiento de un deber sagrado que su ministerio le imponía, y poco á poco iba consiguiendo su objeto: era el único poder que lidiaba en el corazón y se consagraba á su estudio; y como le veía en todas sus fases, en el niño y en el anciano, en el sabio y el ignorante, en el señor y en el esclavo, en la cortesana impúdica y en la candorosa jóven, y por

decirlo de una vez, en toda la escala social, de aquí resultó lo que no podía menos de resultar, el conocimiento de que las escenas de sangre y de muerte siempre son muy á propósito para matar la caridad y ahogar todos los sentimientos compasivos, y por eso idearon el medio más á propósito para desterrarlas del mundo. Desde luego á primera vista nos convencen de esta verdad los cánones dictados prohibiendo el ejercicio de la caza á los eclesiásticos y la asistencia á las funciones de toros; y si queremos descender á los primitivos tiempos del cristianismo, tenemos la prohibicion á los fieles de asistir á los circos y las luchas de las fieras; pero dejando esto por demasiado sabido, nos ocuparemos solo de los medios empleados en este tiempo por el clero para inspirar piedad hácia los animales.

Hemos dicho, y todo el mundo sabe, que la lectura es el alimento del alma; si es mala, crea malas ideas y peores pensamientos; si es buena, inspira virtud y sentimientos honestos, por manera que el hombre, por buenas cualidades que tenga, puede estraviarse por la lectura de malos libros, así como corregirse por malos instintos que tenga, con las buenas lecturas; de donde resulta que el mejor medio de ganarse los corazones es la propagacion de las ideas por medio de la escritura. Así lo han reconocido todos los hombres que han aspirado á formar un partido, y de estos

medios y por estos caminos lo han conseguido. Así lo comprendió el clero; quiso inspirar compasión en los corazones, entonces muertos para la piedad, y empezó por donde debía, inspirándose-la hacia los animales, y como sabia cuánto sorprendía las imaginaciones los hechos de los santos y cuánto gana y catequiza el ejemplo de los hombres eminentes las almas, se los puso por modelo: asimismo no ignoraba el influjo de las lecturas, y trasladando estos hechos á las leyendas las esparció pródigamente y consiguió su objeto pintando estos hechos con esa elocuencia sencilla que cautiva y arrastra, como cautiva y arrastra la verdad.

En las leyendas, pues, están consignados esos principios á favor de los animales que escitan los corazones á la compasión, como un medio de humanizar y civilizar los pueblos. Sorprende seguramente, ver hombres venerables descender á esos cuidados, y sorprende más todavía, cuando se abren los libros ver á los cronistas espresar individualmente esos hechos que parece imposible que en aquellos tiempos no pasasen desapercibidos; y al considerar sobre esto solo tenemos una razón que nos responda satisfactoriamente, y es, que el clero era el narrador, y que lleno de compasión y caridad, revelaba en sus escritos los pensamientos en que abundaba su alma, así como los juglares y trovadores estampaban en los suyos la corrupción

que los dominaba. Entonces es cuando se comprende la utilidad de las leyendas religiosas; entonces los trabajos civilizadores del clero; entonces los servicios que ha prestado á la humanidad, y ya importa muy poco que le llamen sus detractores holgazán, iluso, fanático, ni menos que le califiquen con cuantos apodos denigrativos gusten, porque así como el barro jamás podrá empañar la luz del sol, y solo servirá para que sus rayos aparezcan mas hermosos, así sus dicterios solo servirán para enaltecer su nombre y hacerle mas venerado de las personas sensatas y verdaderamente ilustradas.

¡Qué bello lugar ocupa en el mundo el clero! Hacia donde quiera que tendemos la vista, vemos sus beneficios; cuanto leemos nos lo confirma, y nos hace ver que todos los deseos de la sociedad llenó, y que es el único poder que supo darla vida. Cuando se reflexiona sobre esto no puede uno menos de envanecerse y dar gracias al Señor porque le ha llamado á tan santa vocación, afiliándole, aunque indigno, entre sus escogidos; después de esto vengan cuantas persecuciones y conflictos quieran, el alma está resignada á sufrir por su gloria. . . . Nos distraíamos de nuestro objeto presente, y así, suplicando indulgencia por la digresión, anudando nuestro relato vamos á presentar las pruebas que arrebatan á nuestros ilustrados la gloria de haber sido los primeros en

proteger los animales de malos tratamientos, y á quitar esa estrella de la corona del siglo de las luces para hacerla brillar más en el de la ignorancia, porque así el clero aparecerá más ilustrado, y desmentirá los hechos, las calumnias. Basano de Lodi da asilo en su manto episcopal á un cervatillo perseguido por los cazadores. Verónica de Benasco cuidaba de las gallinas enfermas, y un ermitaño permanecía con los brazos levantados absorto en contemplacion; una golondrina forma su nido y pone sus huevos en la palma de la mano, y cuando vuelve en sí no la mueve por no arrojarse aquel depósito.

¿A quién no conmueve esta leyenda? ¿Quién habrá que no se sienta inclinado á imitar estos ejemplos? ¿Hacen otro tanto los nuevos filantrópicos? Seguramente que no. Hablar y mas hablar es su proteccion, pero no enseñarla con ejemplos; esto se queda solo para el clero. S. Helenio se hizo llevar por un cocodrilo, santa Marta se sirvió de un dragon, y S. Florentino se ayudó de un oso. Hallándose en Alejandría el monje Macario, una hiena conduce á su celda su hijuelo ciego; el santo ora y le cura. La fiera vuelve al siguiente dia con una piel de cordero, y el santo la reprende mandándole que no haga daño á los indigentes, lo que promete por señas. Un lebratillo hace fiestas á Oringia de Florencia, olvidando su natural timidez, y ella le acoge cariñosamente con estas pala-

bras: “¿por qué no huyes, pobre lebrato? ¿si te cogiere? bien lo podria, si quisiera. ¡Oh! te fias en mí porque tambien estoy fugitiva y trémula.” ¿Qué corazon resiste á esta lectura? ¿Quién hará daño ya á los animales? ¿Y á quién quedaria resolucion para ofender al hombre despues de estos patéticos hechos? A nadie. Las costumbres, por tanto, deben mucho á estas leyendas y á sus autores, y muy particularmente si se tiene en cuenta el tiempo en que se escribieron y la inmoralidad de las obras que pululaban. En aquellos dias de barbarie conmueve ver al bienaventurado Alberto encontrar una liebre que lejos de huir se deja coger, cuando sus compañeros quieren matarla, esclamar: “Guardaos de ello, hermanos míos, ¿por qué hacerla daño cuando á nosotros no nos ha causado ninguno, sino que por el contrario ha venido voluntariamente?” y la deja ir; pero vuelve segunda vez perseguida por cazadores, y el hombre de Dios la oculta en su manga hasta que cesó el peligro, devolviéndola segunda vez su libertad¹.

Surtieron tan buenos resultados las leyendas, y se hicieron por su medio tan populares héroes, que corrian de boca en boca, y los ancianos recitaban á los jóvenes y á los niños su contenido y se imprimian en sus tiernos corazones los sucesos

¹ Boyant. 7, 10 y 13 de Enero.

y así amamantados con máximas morales llegaban á ser religiosos por costumbre, y caritativos y morigerados por hábito. De aquí proceden tantos proverbios vulgares que dan á conocer tal ó cual santa, porque ha dado de comer á serpientes y dragones. Así es como el nombre de nuestro labrador Isidro se invoca entre los labriegos y campesinos, que no hay uno solo que ignore que al sembrar no se olvidaba de echar un puñado de simiente para mantener los pajarillos, teniéndose como una obligatoria práctica que deben observar cuantos siembran. Además, todos comprenden hasta qué punto estas relaciones consignadas en los nuevos libros, que se leían por todos, debían obrar en la sociedad. Pero no eran solo estos los puntos de que se ocupaban: en las leyendas se ven consignadas ideas de otro género; allí, al lado de estos conceptos, brillan ejemplos de gran constancia, resplandecen hechos de generosa oposición, que nos llevan á resistir todo lo injusto y á sufrir por la virtud, y nos animan así á las grandes acciones. Niégase el obispo Adélardo á prestar homenaje á la mujer que ha sucedido á Ennengarda, repudiada por Carlo Magno. Hermingordo, en lugar de acoger como otros abades á Enrique V, escomulgado, cuando se presenta en su monasterio al son de las campanas, y con el canto de los monjes, cierra la puerta al acercarse, y poniéndose delante le dice con envidiable sen-

cillez: "Señor emperador, si no supiese que estais escomulgado, os recibiria con los honores que os son debidos ¹." De este modo nos enseñan que ante el deber cristiano no debe haber consideraciones, acostumbrándonos á conservar la religion y obedecer, aun á costa de nuestra vida, sus preceptos: así nos enseñan que el rey cuando falta á sus deberes está sujeto á las penas de la Iglesia de quien como los demas fieles es hijo y súbdito.

El que quiera conocer una nacion debe estudiarla en la multitud para escuchar sus relaciones, sus cantares y sus tradiciones populares. Solo las gentes frívolas las dejan pasar desapercibidas, y no paran en ellas su imaginacion; el filósofo las estudia, y si no encuentra en estas composiciones acontecimientos de bulto, admira dulces y piadosas virtudes, desarrollándose en el interior de la vida doméstica, de modo que llegan á ser familiares en las calles y en las plazas, en las ciudades y en los campos, en los palacios y en las cabañas. No ofrecen á veces sino los sentimientos de piadosos solitarios, de doncellas luchando con el mundo y con su familia, de peregrinos que fluctúan entre la virtud y el pecado; así es, que aunque las narraciones carecen de orden, se reconoce en ellas un gran paso hácia lo que distingue la literatura moderna de la antigua; el pensamiento religioso,

¹ Boyant. 2 y 8 de Enero.

el conocimiento del hombre interior, y la atención de seguir paso á paso el nacimiento y desarrollo de una pasión, hasta que triunfa ó es subyugada, y estos cuadros estaban presentados por los maestros de la religión y los médicos del corazón: por los sacerdotes, solo ellos podían recorrer los pliegues del corazón, que estaban muy acostumbrados á estudiar y escudriñar; por eso juzgan con demasiada ligereza al clero los que creen inútiles las leyendas religiosas, y se les puede decir á voz pública que no conocieron ni han estudiado ese siglo, y ese clero que miran con orgullosa compasión; pues si lo hubieran hecho, verían que no era solo la devoción la que inspiraba las relaciones de aquel tiempo, el sentimiento de la patria, la fidelidad del amor conyugal, la execración de los asesinatos fraternales, vicios tan en boga en aquellos días, se ven combatidos en los cuentos y leyendas, y sobre la parte literaria se ve que muy poco ó nada hemos adelantado, puesto que los tres poetas más enérgicos de nuestra época han ido á ellas á tomar sus asuntos ¹, y podemos decir igualmente que á ellas deben su origen la novela y los romances, que sin duda son utilísimos cuando no se estravian de los sanos principios de la moral y de la religión; y cuando cumpliendo su objeto los au-

1 Sakspeare, Chateaubriand y Cadalso, en su Julieta y Romeo, los Mártires y las Noches lúgubres.

tores engalanan la virtud con las flores de la poesía y pintan la deformidad del vicio con los negros matices que sus funestas consecuencias crea en la imaginación, presentando así la una á la admiración y el otro al desprecio, infundiendo aversión á éste y amor á aquella, y llevando así, entre los trasportes de la admiración, al alma sentimientos generales, dulces y modestas inclinaciones, una propensión hácia el bien y un hábito á la virtud, que difícilmente se desprende de ella, y que la hace capaz de las más heroicas virtudes.

Las leyendas empezaron á tomar giros admirables, y abundan en bellezas que no pueden mejorar las novelas; el *Barlaam y Josafá* de Juan Damasceno, y los *Siete durmientes* pertenecen á esta clase, y no tenemos inconveniente en asegurar, que hoy mismo no hay muchas que las igualen; así pasan en literatura por estas gradaciones las cosas y caminan á su perfección; así vemos que el clero auxilió á la literatura y que en las leyendas se verificaron dos cosas: primera, desterrar la corrupción de las trovas; segunda, dar origen á una clase de literatura que hermosea y embellece la poesía; y porque no se dude que es verdad cuanto decimos, á despecho de alargar más de lo que deseáramos nuestro capítulo, vamos á ocuparnos un momento del origen de las novelas y romances.

Las cruzadas fueron promovidas por el clero y

el nombre de Cristo se proclamó en ellas, y la cruz se desplegó en las banderas y brilló en el pecho de los guerreros; el clero los acompañó á Oriente, sacerdotes escribieron aquellos hechos, y sacerdotes importaron de aquellas tierras una literatura nueva que enriqueció la occidental. Las historietas y aventuras caballerescas, de que fueron testigos aquellos campos, referidas por los historiadores de aquellos sucesos, suministraron entre nosotros materia á los ingenios, quizá mejor que podría hacerlo un poema moderno. *Las mil y una noches* parece por su giro, por sus asuntos, que vinieron entonces á Europa, y muchos hechos célebres que posteriormente han dado origen á varios romances de la caballería, parece fuera de duda que se tomaron del *Schah-Nameh* y del *Antar*. Un monje imitó en latin el *Libro de los siete consejos*, compendio de los cuentos referidos al jóven rey por su madre y su preceptor, escrito por el indio Seudebad, y esta imitacion la tradujo al francés Herberto Leclere, en el siglo XIII, con el título de *Romance de los siete sabios*, y otro monje tradujo tambien al latin las fábulas de Bilpai, cuyo título es: *Kahila y Dimna*, que bautizó con el de *Directorio de la vida humana*, por otro nombre *Parábolas de los antiguos sabios*, y estas son las fuentes de donde se han derivado numerosas producciones de las lenguas modernas de Europa. De aquí los romances y cuentos franceses, de aquí las trovas pro-

venzales, el nombre de Bocacio, de Nicolás, Timoneda, y hasta el mismo Fontaine; y por eso el romance moderno se resiente de su origen del romance provenzal, que ya hemos dicho su emanacion, y que, como el presente, se limitaba á la relacion de aventuras ficticias ¹.

Las historias caballerescas pertenecen asimismo á este tiempo, y como los romances y las novelas han sido un adelanto en la literatura y un recurso introducido por el clero para contrarrestar la mala influencia de las trovas, por eso vamos á ocuparnos de ellas en este momento. Era este siglo puramente militar y exclusivamente guerrero, y los grandes capitanes absorbían las imaginaciones; entre estos brillaba Alejandro Magno, y ningun héroe de la antigüedad podía presentar un asunto mas completo á la poesía por su vida aventurera y por sus hechos gigantescos; nada podía dar un colorido mas ideal á la poesía; nada podía alucinar tanto las imaginaciones como las rápidas conquistas, la dignidad, la prudencia en los combates y la moderacion en la victoria del héroe Macedonio, y este fué el personaje elegido por Simon Seth para traducir del persa al griego una historia fabulosa, que puesta despues en latin por un monje, cundió por Europa; y de aquí

¹ Hurd. Obispo anglicano. Cartas sobre la caballería y los romances; 1765 y Panizzi.

nació el gusto por esta clase de relaciones. Alejandro desde este momento se hizo el héroe de los romances, y la poesía lo engalanó con todos los atavíos de la moda. Alejandro de Bernay, en Normandía, le hizo objeto de un largo poema lleno de alusiones á los hechos contemporáneos, siendo de notar, que en él empleó el verso que de su nombre se llamó alejandrino.

El amor á la patria hizo entonces que cada nación quisiese enaltecer sus héroes, y la poesía se encargó de ello, surgiendo de aquí un nuevo elemento para la literatura. Entre nosotros podemos contar el poema del Cid, cuyas bellezas son para estudiadas, así como el conde Fernan Gonzalez. El arzobispo de Turpin hizo una historia de Carlo-Magno y de Orlando, y el benedictino Montrouh la de los bretones y su rey Arthus con todos los héroes de la mesa redonda. Estas fabulosas narraciones, que cundian en todos los reinos, tenían alguna cosa más que su parte literaria, pues era un medio con que el clero infundia en el pueblo amor á la patria, le escitaba á su defensa y á morir por ella. El nombre del Cid y de Fernan Gonzalez, son hasta el dia entre los españoles tan gratos, que no hay uno que al oírlos no se sienta con fuerzas para combatir los enemigos de su patria. La cancion de Orlando escitó el valor de los normandos cuando desembarcaron en Inglaterra, y los ingleses se conmueven al entonar

las proezas de su rey Arthus ¹. Con todo, no queremos omitir, que como nuestra patria atravesaba su periodo de lucha con los musulmanes de que tanta gloria y renombre alcanzó, aquí la religion tuvo mas que en otra parte alguna su influencia, y como los combates hacen héroes, resultó que nuestra patria tuvo tantos que apenas habrá pueblo que no cuente el suyo, por lo cual y en agradecimiento á la particular predileccion con que el gran apóstol Santiago los protegía en las lides, como lo demuestra la festividad que la Iglesia española celebra de la aparicion de su santo patrono ², tomó su nombre como signo en los combates, y al grito de *Santiago y España* cerraban con el enemigo esperanzados en esta proteccion, que jamas les salió fallida, y á la que respondieron nuestros padres con las mayores demostraciones de gratitud, que han dado lugar á que los extranjeros nos insulten motejando nuestra piedad y culpando á los monjes de tomarle

1 Ap. Bouquet, V. 174.

2 Se ha querido negar por los críticos extranjeros la aparicion de Santiago apóstol en Clavijo, atribuyéndola á una invencion con que el clero esplotaba la devocion pública, merced al voto de Santiago. Tan falsas imputaciones están plenamente refutadas en la obra titulada: *Diplomas de Ramiro I*, y en la *Apología de la santa iglesia de Santiago*, en la renta de los votos, y á ellas referimos á nuestros lectores, como tambien al *Heraldo* del jueves 24 de Julio de 1845, núm. 951, que le comprueba.

por pretesto para miras egoistas¹ que nos sería fácil desvanecer.

Las guerras de Arturo contra los sajones eran menos políticas que las de los españoles con los moros; pero en unas y otras resplandeció el refinamiento de un amor ideal y la generosa abnegación del caballero cristiano. El clérigo Roberto Wase puso en verso la historia de los bretones, escrita por Montrouth (que es lo que se llama el Brut de Inglaterra), añadiéndola después las expediciones del duque de Normandía y de Guillermo el conquistador hasta la toma de Jerusalem, y esto forma el segundo ciclo romancesco, viniendo después el tercero con el romance de Amadis de Gaula, atribuido por algunos á un normando, y por otros á Vasco Lobeira. Estas inspiraciones fueron decayendo de su buen espíritu, y en los romances empezó á entrar la corrupción; por lo cual el clero tuvo que oponerse al mal y lanzarse al trabajo para remediarle, salvando así la moral y la literatura.

El clero convirtió los romances en armas religiosas, y se sirvió de ellos para inflamar el corazón de los guerreros en un ardor religioso que los hizo superar las mayores dificultades y arrostrar toda clase de peligros; en España vemos á los caballeros ingresar en las órdenes religiosas, y con

1 César Cantú, tom. XVI, pág. 238.

la cruz en el pecho, y ondeando en sus banderas domar en cien combates el nombre musulmán y abatir en mil ciudades el pendón del Profeta y el orgullo de la media luna: el fraile dominico Iزارu con sus versos alarma y concita los pueblos contra los albigenses; Gonzalo Berceo en las sierras de S. Lorenzo renueva los acentos de las musas, y lleno de inspiración se eleva á una gran altura por la majestad y bellos coloridos de su poesía llena de imaginación y brillante estro. Juan de Segura de Astorga, y el arcipreste de Hita son dignos sucesores suyos, que en todos tiempos probaron los grandes beneficios que debe al clero la literatura, y el buen camino en que la colocaron, sacándola de la prostitución en que la habían sumido juglares y trovadores, que merced á los esfuerzos del clero se convirtieron en poetas cristianos, y sus disolutas trovas en exhortaciones á la guerra santa, y es altamente consolador oír á un Guillermo III, duque de Aquitania: "Harto tiempo me extravié en distracciones mundanas: pero la paz del Señor se hace oír y es fuerza comparecer ante su tribunal. Sucumbo bajo el peso de mis iniquidades."

Muerta así la iniquidad por estas armas y en este terreno, el clero llevó al corazón de aquellos mismos trovadores que habían escandalizado el mundo con su disolución el aura del arrepentimiento; y los que poco antes blasfemaban, inspi-

rados por la musa cristiana, expiaban con un arrebatado virtuoso las faltas pasadas, contribuyendo á enaltecer la religion y moralizar el pueblo, como puede verse en el pasaje siguiente de Ponce de Capdevil, á quien poco antes hemos citado como modelo de imprudencia y descaro, y que convertido al buen camino por el clero, cantaba: "En honor del Padre, que es todo poder y toda verdad; del Hijo, en quien brilla toda justicia y toda sabiduría; del Espíritu Santo, manantial de todo bien, debemos creer en cada uno de ellos y en todos tres. Sé que la Santísima Trinidad es el verdadero Dios que perdona, el verdadero Salvador que recompensa; me acuso, pues, de los pecados mortales que he cometido en palabras, en pensamientos, en mentiras, en obras, y pido perdón de ellos."

"El que se sienta en la cátedra de S. Pedro, que tiene derecho de desatar al hombre de sus pecados sobre la tierra y en el cielo, nos ha transmitido la absolucion de nuestras culpas por conducto de sus delegados. ¡Infeliz del que dudare de su poder! Es falso, pérfido, desleal á nuestra ley; y si no se apresura á tomar la cruz y á partir, resiste á la voluntad de Dios."

"El hombre mas poderoso no produce á menudo mas que locura y estrago cuando roba la herencia ajena, ataca los castillos, las torres, los recintos fortificados; cree haber hecho las mas her-

mosas conquistas y posee menos que un pobre en la desnudez. Bien mísero era Lázaro; pero ¿qué valieron sus tesoros al rico avariento que le negó la compasion cuando le acometió la muerte? ¡Tiemble el que se haya enriquecido por la injusticia! El rico orgulloso fué réprobo, el pobre alcanzó los tesoros del cielo."

Y poco despues volviéndose á la Santísima Virgen: "¡Virgen gloriosa, esclama, Madre de verdad y de misericordia, luz de salvacion, estrella de esperanza, divina antorcha de fé, Vos en quien se encarnó Dios, para redimir los pecados del mundo, rogad por nosotros, pecadores, á vuestro Padre y á vuestro Hijo! ¿No sois Hija y Madre? Virgen de dulzura y de gloria, protegéd nuestra santa ley y dadnos fuerza y poder para esterminar á los turcos malévolos y descreidos."

Esta conversion de los apóstoles del cinismo admira; pero publica los beneficios del clero prestados á la civilizacion, á la humanidad y á la cultura, y admira mas cuando al frente de estos trabajos se ve ese mismo clero, tan solo por moralizar los pueblos, como el que sabia que la estabilidad de los gobiernos es precaria, si no se funda en la moral y en la religion. Así vemos que la literatura profana está ya encadenada á la religiosa, y que las exhortaciones que desde el púlpito lanza el sacerdote se acogen con avidez por el trovador que las trasmite, acompañándose de su laud.

Emerico de Pequilain en sus trovas, despues de recordar á los Malaspina y Montferrato su alcurnia y escitar su valor, esclama con este bello tema: "Todo lo que el hombre hace aquí abajo no es nada, nada, si su devocion no le hace digno de la eterna gloria." ¡Digno asunto para un sermon! ¡Bella idea que marca el espíritu religioso que ha llevado su savia á la literatura!

Asi adquiria la poesía ese hermoso colorido que le da la religion, y separándose de aquel estraviado sendero en que la corrupcion la habia precipitado, la hacia cobrar la energía de la virtud remontándose á su dignidad desde el cieno de su abyeccion. De esto resulta que muchas veces los trovadores toman vuelos mas poéticos en los sentimientos piadosos, como se ve en este trozo de Foulquet de Ramaus: "¡Qué dolor! ¡qué desesperacion! ¡qué gemidos cuando diga Dios: Id, desventurados, id al infierno, donde seréis castigados sin fin por no haber creído que sufrí una cruel pasion. He muerto por vosotros, y me habeis olvidado." El caballero del templo se abandona á una inspiracion que le arrastra al despecho; pero sin embargo, bate las alas de su imaginacion y ante la moral y la religion humilla su altiva frente, y como avergonzado de las palabras que ha proferido, se acoge á la misericordia de Dios, invoca la intercesion de María, y su musa y sus versos recobran la dignidad de que habian des-

cendido y se presentan dignas inspiraciones de un cristiano, hermosos reflejos del Evangelio que conmueven y admiran escitando el alma á la religion.

Convertida así la poesía hácia lo bueno y empleada en lo religioso, no se contuvo en sus justos límites, y si dejó de ser inmoral, pasó á ser alegórica con la institucion de las órdenes militares de Saint-Graal¹. Con este nombre se designaba el vaso sagrado de que se sirvió Cristo en la última cena, y en el que José de Arimatea recogió la sangre del Redentor. Se conservaba en el castillo de Montsanvage por una orden mística de caballeros llamados mesenianos, que tal vez practicaban los ritos de los templarios. Cristiano de Troyes hizo un romance sobre este asunto, y á su imitacion despues escribieron José de Arimatea, Bouvo de Autona y otros. Para engalanar estos asuntos se tomaron de la poesía oriental varias creaciones, entre otras las *Silfides*, las *Hadas*, en las cuales encontraron siempre los caballeros, poderosos auxiliares, amigas graciosas y terribles enemigos, y de aquí surgió un nuevo género de novelas, entre las cuales merece el primer lugar las *Aventuras de Partenope y de Blois*, escrita por un monje desconocido, y son infinitas las obras de

1 Algunos quieren que esta palabra signifique *sangre real*, fundándose en que *graal* en lengua ibérica quiere decir *copa*.

tura y hemos admirado sus esfuerzos por atraerla á su verdadero objeto; ya hemos visto el impulso que tomó bajo su influencia, y cuánto se dedicaron á ella haciéndola servir para moralizar los pueblos, y no será la última vez que en nuestra obra nos ocupemos de esta interesante materia; pero habiendo necesidad de ocuparnos de los demas ramos sociales y del modo como los puso el clero en juego para hacerlos servir al bien de la humanidad, nos vemos precisados á cortar el hilo de nuestro relato para revistar los demas elementos civilizadores y reseñar los trabajos del clero por hacerlos servir á su objeto: así, pues, veremos de anotar el estado de las ciencias y bellas artes, y la forma que en ellas introdujo, y los auxilios que á éstas prestó, y el modo como hizo servir unas y otras al esplendor de la sociedad, como habia hecho con la literatura, suplicando á nuestros enemigos que tengan presente que quien tanto se desvela por elevar un principio, por dar dignidad á una institucion, lejos de ser su enemigo debe considerársele como su mejor amigo, como su patrono, como su protector.

Y hemos visto el modo como elevó la litera-

que debían tomar con las relaciones de las naciones de todos países de costumbres y pro-
 ducciones diferentes como habian ocurrido en las
 cosas muy fáciles de proseguir, las ventajas de la
 sea, y en un estado de libertad que las condujeran
 hacia el progreso de la civilización.
 evolucionó una forma poderosa y fuerte en un
 estado. En el futuro no todas las clases esta-
 ran en igualdad de condiciones, y la división de
 trabajo de aquella época un punto de vista
 que habla de la

CAPITULO IV.

INCREMENTO QUE DIÓ EL CLERO Á LAS CIENCIAS Y BELLAS ARTES.

El velo denso de la ignorancia cubria la faz de la Europa, y el error mas grosero embargaba todos los espíritus y dominaba en todas las almas; el imperio de la fuerza, el espíritu de conquista, el reinado de la guerra lo absorbía todo, y nadie se cuidaba mas que de asolar, esclavizar, combatir y dominar. Era llegado el reinado de la iniquidad y la materia, y los goces mas groseros se sobreponian á los dulces placeres del espíritu, á la investigacion de la ciencia. Así es que, sin embargo del impulso que debieran recibir con la comunicacion de tantos pueblos, sin embargo del incremento á que debian llegar y del rápido vue-

lo que debian tomar con las relaciones que la aglomeracion de tantos paises, de costumbres y producciones diferentes como habian invadido la Europa, muy lejos de prosperar las vemos debilitarse, y en un estado de inaccion que las conducia á pasos agigantados á su ruina; su muerte era inevitable si una mano poderosa y fuerte no venia en su auxilio. Por fortuna no todas las clases estaban gastadas, y la civilizacion romana tenia en medio de aquella borrasca un puerto de salvacion, una tabla de refugio y en ella se salvó, á él acudió buscando auxilio.

La catástrofe que habia envuelto en su ruina y entre sus escombros la Europa entera, destruyendo los monumentos de su civilizacion, y agostando y asolando al soplo abrasador de la guerra las mas hermosas flores del campo del saber, los mas bellos descubrimientos de la inteligencia, los ricos trabajos de las ciencias, respetó una clase del Estado que fué la única que por su dignidad, por su energía, por su instruccion debia hacerla frente, oponer un dique á sus asolaciones y preservar así la civilizacion y las ciencias para colocarlas despues en su verdadero estado de progreso, y esta clase fué el clero. Hemos dicho que al clero acudian todas las clases fuertes y los espíritus robustos, que llenos de vigor declaraban una guerra sin tregua á la ignorancia y al vicio; hemos dicho que en las filas del sacerdocio sentaban plaza cuantos

disgustados de la molicie del mundo y de los excesos del siglo sentian en su alma un deseo ardiente de elevarse á las regiones sublimes de la virtud; y hemos dicho que las mas fogosas de estas almas, los espíritus mas perfectos buscaban en los goces de la soledad y en las espesuras de los desiertos su recreo en el santo ejercicio de la contemplacion, en los goces del espíritu; y hemos, finalmente, reseñado sus trabajos y sus ocupaciones, y por ellas hemos visto que, contra lo que se afirma en este siglo de cínico descaro, los clérigos y los monjes, lejos de ser holgazanes y vagabundos, el tiempo que vacaban de la oracion lo consagraban al estudio y al trabajo, dejando así de alabar al Señor para ocuparse en ser útiles á sus hermanos en las ciencias y á la sociedad, enseñándola los inagotables tesoros de la virtud del trabajo. Pues bien, á estos debe la Europa su civilizacion y el incremento en que tenemos las ciencias.

Para probar esta proposicion tenemos muy pocos esfuerzos que hacer, y menos aún si se tiene en cuenta lo que llevamos dicho en otros capítulos de esta obra; pero olvídense todo lo pasado, no se haga cuenta de sus trabajos en épocas y siglos anteriores, que eso en nada entorpece ni contiene nuestra pluma. Sabemos que el clero tiene la alta mision de marchar al frente del mundo y llevar el progreso intelectual hasta la sublimidad de

su apogeo, y sabemos que no ha faltado jamás á su vocacion, y que siempre, siempre ha llenado cumplidamente sus deberes, y por tanto no ignoramos que todos los siglos, todos los años, todos los días escribe en los fastos del mundo, con la tinta indeleble de los hechos y de los monumentos, pruebas eternas de esta verdad; y así es que nos sobran razones para apoyarla, cualquiera que sea la época que nos propongamos analizar, y por lo mismo no queremos se tomen en consideración los tiempos pasados ni los hechos con que el clero los ilustró, ni que aquellos trabajos se tengan en cuenta de estos siglos; aquellos brillaron allí, y allí resplandecen, son las obras de nuestros primeros padres; despues vienen las de sus sucesores, y llegarán las nuestras, y veremos si en algo se ha desmentido su mision civilizadora, y si han degenerado los hijos del espíritu de los padres, y finalmente, si ahora como entonces ha cultivado el clero las ciencias y se ha consagrado al estudio y al saber.

Sabemos y creemos que todo el mundo convenirá con nosotros, en que para esponer hechos es indispensable estudiar filosóficamente el siglo en que tuvieron lugar, y analizarlos comparándolos con cuanto en él sucedia; y porque sabemos que esta es la mejor prueba, á ella apelamos y de ella nos vamos á valer, presentando frente á frente unos trabajos de otros, los del clero y los de los

seglares, para que de este exámen comparado podamos sacar en limpio la verdad, que de seguro, entre tantas tinieblas, aparece tan hermosa y sorprendente como el meteoro en la oscuridad de la noche, y no podrá menos de hacer triunfar la justicia de la calumnia, y cerrar los labios y atar la lengua de los detractores, obligándolos á confesar su error; y si su orgullo no quiere doblegarse á esta humildad, su vergüenza se encargará de confesarla con su silencio, y el desprecio de los hombres sensatos de vindicar la razon, al paso que el clero de perdonarlos y pedir al Señor que ilumine sus almas atrayéndolas al buen camino y á la verdadera ciencia, que consiste en el santo temor de Dios, sin el cual ni hay virtud ni felicidad en la tierra, ni hay ni puede sabiduría posible, sino vanidad, miseria, necio orgullo, y sobre todo *perdicion*.

Pasemos, pues, á tratar de las ciencias para llevar á término nuestro propósito y esclarecer nuestro aserto. Empezaremos, por tanto, por la geografia, puesto que el aglomeramiento de tantas razas debió necesariamente inducir á la idea de estudiar los países de donde procedieron, en razon á que hablarían de producciones, de vegetacion, de frutos, traerian costumbres, ceremonias, usos y demas que el hombre lleva consigo donde quiera que camina; y por esto no podemos menos de confesar que los viajeros son donde quiera la re-

presentacion de su patria y la historia compendiada de su civilizacion. Así, pues, nos ha parecido dar á esta ciencia un lugar preferente, y empezaremos confesando, que nadie emprendió la tarea de describir el mundo científicamente, escepto el clérigo Egipcio Cosmas, llamado *Indicopleustes* por los viajes que hizo á la India y á la Etiopía, y que tiene ademas la gloria de haber sido el primero que hace mencion de Ceilan, nombrándola con la mayor claridad.

Para dar una idea cumplida de este trabajo, con viene á nuestro propósito manifestar la escuela que el autor seguia; y al efecto, diremos: que Lactancio, S. Agustin y el Crisóstomo, creyendo el sistema astronómico de Tolomeo, en contradiccion con las divinas letras, por lo mismo que establecia la redondez de la tierra y publicaba la existencia de los antípodas, se propusieron formar otro sistema diferente que rechazase estos errores, sin tener en cuenta que los libros sagrados prometen al hombre la salvacion y no la ciencia, y que el Señor entregó el mundo á la discusion de los hombres, y no vino á hacerlos matemáticos sino cristianos. Cosmas siguió sus huellas y se afilió en su escuela; y así es que tomó por su cuenta demostrar que la opinion de Tolomeo era una opinion impía, y encabezó su trabajo sentando por principio que la tierra es plana y su forma la de un paralelógramo de doble longitud que latitud; se encuentra

rodeada del Océano, que se abre por ella cuatro pasos; el Mediterráneo, el mar Caspio y los golfos arábigo y pérsico: al otro lado del Océano se encuentra otro mundo inaccesible, y del que, sin embargo, fué habitada en otro tiempo una parte; pues allí es donde se encuentra al Oriente el Paraíso terrenal con los cuatro rios que en la actualidad corren por canales subterráneos y desembocan en nuestro mundo posdiluviano. Luego habla de Adam y el arca de Noé, y dice que está cercado el mundo de una gran muralla que, encorvándose, forma los cielos; el sol y la luna hacen su curso sobre ellos, y no dan vuelta, por estorbárselo la gran muralla; pero sí verifican su rotacion sobre una montaña cónica, de elevacion desmesurada, que se halla al Norte; y que los dias alargan ó disminuyen, segun que el sol se eleva ó declina en su salida de la montaña, formándose así el invierno y el verano. Luego esplica las fases de la luna, los eclipses y demas fenómenos celestes, de una manera tan estravagante como ingeniosa, y concluye con afirmar, que el sol es apenas la octava parte de la tierra. Sin embargo de tan ridículo sistema, él fué el primero que en estos tiempos habló de geografia, y una prueba de que el clero cultivaba las ciencias exclusivamente.

La medicina estaba envuelta en mil errores, y el pueblo obtenia las curaciones que la ciencia no sabia proporcionarle, acudiendo para los males de

la vista al sepulcro de S. Martín de Tours, ó á las lámparas; para las intermitentes veneraba las cenizas de S. Deodato y las reliquias del santo obispo Juan de santa Ida; y otras eran poderosos preservativos para otras muchas enfermedades. La legislación de los godos opone infinitas trabas á los médicos ¹, como puede verse en los códigos de esta nación, probándose así que se cuidaban más de herir que de curar.

La legislación se resentía asimismo de grandes defectos, y mereció su restauración como todas las demás ciencias del clero: para demostrar esta verdad, será muy conducente descender á registrar los hechos, y presentaremos, como siempre, á la historia como la garantía de nuestro aserto. El antiguo imperio, en su desquiciamiento, fué invadido por los germanos, y estos pueblos trajeron á su seno la idea de una monarquía, que fué á la vez guerrera y religiosa; guerrera en tanto que los hombres de armas se agrupaban en torno del más fuerte: religiosa, porque el rey se escogía de entre los que se creían descendientes de dioses ó semidioses: libre en el primer sentido y hereditaria en el segundo. En el territorio invadido encontraron un monarca representante de un pueblo, cuya religión imponía el deber de obedecerle, y le

¹ Ut quod de eo facere voluerint, habeant potestatem, lib. XVI.—XI.

hacia considerar como el representante de la divinidad. Tanta grandeza hirió sus imaginaciones groseras y aspiraron á imitarla; de aquí nació que se rodearon de su pompa, que conservaron su administración, su sistema rentístico, su vasta unidad; por esto vemos producirse en las instituciones de los pueblos invasores, un admirable contraste, una mezcla sorprendente de costumbres bárbaras y leyes humanitarias, de ideas salvajes y civilizadoras; en una palabra, de la cultura romana y los ocios de las selvas, y por eso los vemos querer figurar como representantes del Estado é imágenes de Dios.

Así pues, fundando algunos de ellos su derecho en la fuerza, los vemos acudir á legitimarle por medio de la religión, haciéndose ungir por el sacerdote; de este modo fué como Carlo Magno restauró el símbolo político y reinó en nombre de Dios, y desde entonces se aplicó á repeler los invasores y á establecer la unidad de gobierno; tal fué el modo como separa la madre de la hija, rompió el vínculo que unía las ciudades soberanas y la civilización antigua de la moderna; aquella representada por los decrepitos y degenerados emperadores de Bizancio, y ésta guiada por el pontífice que se ponía á su frente para dirigirla, confirmando al rey el poder supremo. Ciertamente es que toda autoridad emana de Dios; y por tanto nadie mejor que el jefe de la Iglesia puede representar

este poder, que es el símbolo de esta autoridad; por tanto, debe considerársele como el soberano de toda la humanidad reunida en la Iglesia universal. Este poder fué desde entonces considerado temporal y espiritualmente; y así como confiere parte de éste á los obispos que le ejercen bajo su dependencia, así confiere aquella al emperador que debe ejercerla bajo su direccion, haciéndole jefe de los bienes temporales, reservándose el derecho de velar por su recta y justa administracion, porque él es el encargado por Dios de dirigir las conciencias y velar por la moral y la justicia; por esto vemos á la autoridad pontificia fallando en las disensiones entre los reyes unos con otros, y entre los reyes y los pueblos.

Aunque á la simple narracion de estos sucesos vemos los infinitos beneficios que el clero hizo á la humanidad y á la civilizacion; aunque este influjo en la legislacion ha reportado á la sociedad beneficios incalculables, y no parece posible que haya, no digo filósofo alguno, sino cabeza medianamente organizada que de aquí arguya crímenes, males, monopolios ni maldad alguna, sin embargo, es lo cierto que en esto como en todo lo demas se ha encontrado por hombres que se llaman ilustrados culpabilidad, y acusaciones contra el clero, y por lo tanto no debemos dejarlas sin aclaracion. Se ha dicho que este fué el gran despotismo del sacerdocio que así subyugó los tro-

nos, los minó é hizo servir á su capricho é intereses; y nosotros empeñados en ver en ese pensamiento todo lo contrario, le consideramos altamente humanitario, admirablemente social y en gran manera civilizador; ¿y saben por qué nuestros enemigos? Se lo diremos para sacarlos de cuidados. Porque él envuelve una de las mas bellas teorías que tratan ellos mismos de realizar: él es el origen de una gran utopia que quieren vender como nueva los hombres del siglo XIX, y que sin embargo no realizarán en tanto que no pongan al frente de ella á la Iglesia, para que la lleve á término y la ponga en práctica. Mas. . . . veo la impaciencia que agujonea la curiosidad, ya veo el deseo de saber cuál será esta idea, y por lo mismo voy á esplanarla: es, pues, el remedio de los horrores de la guerra que tanto se afana en conseguir la diplomacia, y que no los protocolos, sino la buena doctrina de la Iglesia, la verdadera idea de la virtud, la justificacion y la equidad evangélica es lo único que llegará á conseguirlo; así pues, fuera de toda duda es que no los políticos, ni los diplomáticos, sino los frailes y los clérigos son los llamados á plantearla, no por medio de notas ni conferencias, sino por la predicacion y direccion de las almas.

Siendo el emperador el jefe del reino y de la cristiandad se acercaba á pedir al pontífice la aprobacion de su eleccion, y entonces juraba en ma-

nos del clero observar las reglas de la justicia y las leyes positivas; cuando las violaban ó faltaban á la fé perdian todo título á la obediencia. Debemos no perder de vista estas circunstancias y tenerlas muy presentes, tantomas, cuando ellas han sido el origen de actos que son considerados por nuestros enemigos como arbitrariedades y usurpaciones de la santa sede, y sirven de ataques contra lo que llaman despotismo clerical é intruccion pontificia; y nosotros en este particular, como en todos, amigos de la verdad y de la justicia, aducimos estas premisas para vindicar de tan crueles é inmerecidos ataques al clero, y para presentar estos hechos contra los que se lanza tanta odiosidad, como dignos de elogio y una de las mejores pruebas de los beneficios que el sacerdocio ha prestado á la humanidad y á la civilizacion.

Efectivamente, sin haber introducido entre los bárbaros y en su legislacion este poder regular de sus hechos, sus leyes se hubieran resentido del espíritu cruel que preside á todos los actos de la fuerza, y como dictadas por el espíritu de conquista hubieran sido arbitrarias, y como tales, todo menos justas y equitativas; pero una vez que el poder temporal supo que debia obrar en conciencia y que no era mas que el depositario de una autoridad cuyo propietario habia de residenciarle en su dia, tuvo que arreglarse á las leyes de equidad que se le marcaron como punto de

partida, cuya interpretacion y ciencia estaba sometida al sacerdote, y por consiguiente supo y se obligó á no oprimir ni vejar á sus administrados, á quienes estas leyes enseñaban á mirar como hermanos, y supo tambien que el clero en uso de su ministerio, era el defensor y el tribuno del oprimido, el que velaba por sus derechos y garantía su seguridad; y finalmente, supo que el clero, en cuyas manos prestara juramentó, era el encargado de velar que no se quebrantase, y de todo resultó que el sacerdote tuvo la parte principal en la formacion de las leyes, y desde entonces la legislacion mejoró considerablemente, porque fué arreglada á los principios humanitarios del Evangelio que servia de base.

Entonces la cristiandad se convirtió en una vasta monarquía y sus príncipes veneraron á Carlo Magno como superior, y los infieles le trataban como al gefe de los creyentes. Así el poder real aspiró á una superioridad moral ante la cual, merced á la influencia del clero, cedió la superioridad de la fuerza, y el título de *Sacro imperio* dice bien claramente que el poder de la razon va á empezar, y que la civilizacion y la humanidad han de triunfar de la barbarie y de la crueldad por los esfuerzos del sacerdote. Desde este momento hay en la sociedad civil una tendencia á nivelarse y modelarse por la eclesiástica, á sustituir un orden legal á ese estado de cosas anárquico é inhumano

que entonces dominaba, y que reconocia por principio una especie de enemistad entre los diferentes pueblos; desde entonces se ve ya una gran inclinacion á que triunfen de la guerra las ideas de orden y de paz: entonces brilla una luz que lleva al corazon del hombre el fuego santo de la caridad que le hace reconciliarse con el hombre, y mirarle y amarle como hermano, y aquí está descubierta la clase que le impulsa, la fuerza que le impele, el poder que le gobierna; y esta clase, esta fuerza, este poder no es otro que el clero, que por medio de las leyes propagaba la caridad y proclamaba la justicia.

Yo quisiera que los acusadores del clero me dijese de buena fé si tienen algo que oponer á esta verdad, y si no es un hecho innegable que todo esto fué obra del clero, y que por esta influencia se echaron los cimientos á esa legislacion humanitaria y justa á que tanto debe la sociedad. Sí, señores, solo el clero proclamó ese imperio cristiano, símbolo de la union religiosa de todos los pueblos de Occidente que puso término á las divisiones y dió un gran paso para destruir las guerras, produciendo el íntimo acuerdo de la fuerza con el derecho; él creó de este modo una legitimidad sagrada efectuando en las cosas temporales la unidad que existia en las espirituales, y facilitando como en una sola familia la difusion de las mejoras introducidas en la vida social y en las

ideas. Todos los príncipes obedecieron este poder por consejo del clero, y esta obediencia produjo un movimiento uniforme, una gran conformidad que facilitó las comunicaciones, creó la paz, domó la discordia y fué causa de la civilizacion: los papas, y á su imitacion todo el clero, favorecieron á los débiles, y en nombre de Dios amenazando á los fuertes cuando traspasaban los límites de la razon y de la justicia, pusieron coto á las conquistas y á las usurpaciones gloriosas, y así salvaron las propiedades y las personas.

Rodeándose el emperador de un gran séquito y de una brillante corte, dió esplendor á su dignidad, y para conservar la integridad de sus Estados, dió á sus hijos menores la Lombardía y la Aquitania, poniendo en esta última por tutores del jóven rey á Guillermo de Tolosa y á S. Benito de Aniano; el primero se encargó de los cuidados seculares y los llenó admirablemente; el segundo probó que era muy digno del alto cargo que se le confiara, fundando en Aniano una reforma de la orden del Monte Casino que resucitaba el antiguo celo y rigidez de Basilio y Pacomio, y que fué un foco admirable para la industria y la agricultura. Plantó viñas y olivares, trajo agua para el riego de los jardines y abrió caminos por malezas intransitables y escarpados montes.

Como el imperio era tan dilatado, las asambleas nacionales se hicieron imposibles; y como en cier-

tos negocios el sufragio público era indispensable, se sustituyeron éstas en condados guardando proporción con la división eclesiástica, anuláronse los alcaldes de palacio y se destruyó el poder de los duques. Los condes estaban obligados á guardar fidelidad al rey, á administrar justicia con arreglo á las leyes y costumbres, á castigar los malhechores, proteger huérfanos y viudas y percibir las cuotas debidas al fisco; en una palabra, llenaban todos los deberes del ministerio público, y á ellos se apelaba de las ilegalidades de los echevinos. Para inspeccionar los ramos de administracion, se nombraban todos los años los *missi dominici* que eran elegidos entre los obispos, abades, condes y duques, y eran dos por cada provincia: la misión de estos enviados, era hacer justicia y que la hicieran los oficiales públicos, oír las quejas contra éstos, convocar á los litigios á los obispos, abades, condes y abogados eclesiásticos. En estas asambleas provinciales se procedía á la discusión de los asuntos eclesiásticos, luego al exámen de la conducta de los oficiales públicos, y por último, se ocupaban de los demas negocios. Luego se revisaban todas las sentencias para asegurarse de que no se habia faltado á la justicia ni á la administracion de los beneficios, se recibia juramento á los jóvenes ciudadanos, se publicaban leyes y ordenanzas nuevas, se proponian reformas; y en una palabra, se trataba de cuanto tenia relacion con el bien del pais.

Las asambleas generales se convocaban dos veces al año, acudian á ellas los grandes y los preladados, y el pueblo estaba representado por los obispos. Adalardo, abad de Corbia y primo hermano de Carlo-Magno, escribió un tratado destinado á hacer conocer todos los elementos gubernativos de aquel tiempo ¹ que fué despues publicado por Hincmar, arzobispo de Reims, y en él se puede ver más que en parte alguna, la gran influencia que ejercia el clero en la legislacion, en cuyos códigos se establece que los reyes "redactaban las leyes por la inspiracion de Dios," y que despues de discutidas por la asamblea, "el príncipe decidía, según la sabiduría que habia recibido de Dios." Así era como el poder real se contenía y los pueblos no hacian oposicion á recibir las leyes, y todo estaba tranquilo. Así fué como el clero introdujo en los ordenamientos y en los códigos el espíritu de religion que garantizó la sociedad, salvó la civilizacion é hizo respetar la humanidad.

De estas asambleas salieron las *capitulares*, llamadas así porque estaban divididas en capítulos ²,

¹ Esta obra es la titulada *De ordine palatti*.

² Las capitulares son ciento cuarenta y seis: cinco de Pepino, sesenta y cinco de Carlo-Magno, veinte de Luis el Benigno, cincuenta y dos de Carlos el Calvo, tres de Luis el Tartamudo, Carloman y Carlos el Simple, una del rey Eudes, sin contar las de los reyes particulares de Germania, Lombardía y Aquitania.

y en ellas estaban comprendidas las antiguas leyes y las que han sido hechas, ya por los sínodos eclesiásticos, ya por legos ó por el emperador de su propia autoridad: algunos extractos de estos últimos, promulgados por lugares y en casos particulares, de las actas, de los concilios, de los fragmentos de jurisprudencia económica, de juicios y decretos sobre casos especiales, que despues pudieron servir como reglas de derecho; algunas capitulares no pasan de simples instrucciones dadas por el emperador á sus comisionados cuando salian á inspeccionar, ó respuestas á las dificultades que los funcionarios públicos y los obispos le consultaban. La primera coleccion de estas *capitulares* fué hecha por Ansegiso, abad de Fontenella; la segunda por Benito, sacerdote de Maguncia, y últimamente han sido publicadas por Baluzio. Sin más que leer este monumento legislativo de los Carlovingios, se ve el gran interes que el clero se tomó por la civilizacion y el modo justificado y recto con que queria que se administrase justicia; y fué tanto lo que trabajó para destruir las arbitrariedades, que no paró hasta conseguir que los emperadores tuviesen á su lado continuamente tres sabios á quienes consultar, y de aquí provienen esas indicaciones con el título de recuerdo acerca de las medidas de interes público que debian tomarse, y en las que se ven cosas de sumo interes para el buen régimen del Estado.

En estas capitulares no se encuentra, es verdad, un sistema bien organizado de legislacion; pero sí resplandece en ellas el sentimiento religioso, se ve en ellas el elemento cristiano, y por donde quiera que se abran sus páginas publican los trabajos del clero, sus desvelos por la civilizacion y la humanidad; así es, que en ellas no vemos al rey que manda por la fuerza, sino al padre que dirige por el afecto y por el amor, y que conducido por tan tiernas emociones, se cambia en moralista para definir los vicios y las virtudes y marcar los deberes; por eso leemos en ellas: *La avaricia es un vicio que consiste en desear lo que poseen los demas, en negarse á dar á otro alguna cosa de lo que poseemos*: así recomienda el ejercicio de la hospitalidad, y otras veces añade: *Vedaos con gran cuidado los hurtos, los matrimonios ilegítimos, los falsos testimonios, como os lo hemos exhortado con frecuencia y como la ley de Dios los prohíbe*. De modo, que las solas frases nos conducen al origen que las dictó, así como la simple vista del humo nos descubre la existencia del fuego; por eso un crítico severo, un lógico, un filósofo, ven en todas las páginas de la obra, en todos los renglones, en cada una de las palabras, la obra del clero; y por lo mismo á ellas apelamos nosotros para manifestar su influencia en la legislacion, y los bienes que esta influencia produjo á la sociedad por más que se la avoque como origen de males, ambiciones y si-

nuestras ideas de que el clero era incapaz, y contra cuyas palabras protestamos como calumniosas y gratuitas imputaciones que, á nombre de nuestros hermanos, rechazamos.

En comprobacion de que no en vano rechazamos esas acriminaciones, bastaria sin duda lo espuesto; pero aun queremos añadir algunas palabras por si acaso algun espíritu nimiamente delicado no se hallase satisfecho: para ello empezaremos preguntando: ¿Dónde están los códigos anteriores donde se enuncian esas ideas? ¿En cuál de ellos se halla semejante moral? ¿La hay en los códigos bárbaros? ¿Acaso en la legislacion perfeccionada de Roma? Responderemos por los detractores que enmudecen y no dudamos en decir que ni en unos ni en otra. Su fuente, su origen, su principio, es ese libro que para todo y en todo entraba en la edad media, y ese libro es la Biblia santa, él le ofreció el consejo mezclado á la prescripcion imperativa, la instruccion precediendo á la penalidad y la idea del deber presentada á los ojos de los hombres: Carlo Magno, pues, conoció todo lo que debia al clero, y cuánto podia esperar de su ciencia y rectitud, y desde entonces comprendió la necesidad de aliarse con la Iglesia, fuente de toda autoridad sobre la tierra, y así la tomó bajo su proteccion, y nada era mas justo que proteger el estado que le ponía en camino de gobernar con rectitud á sus súbditos, y que dictándole leyes

justas y basadas en la moral, le enseñaba los deberes de rey y de padre de sus pueblos, y el modo de hacerse amar y no temer de ellos. Así es que por los consejos del clero y bajo su inspiracion fué como alcanzó el nombre de legislador y pudo añadir á la corona de Marte la palma de Minerva y la balanza de Astrea.

Conociendo, ademas, el emperador, que no habia en sus dominios un estado más á propósito para dirigir los pueblos y hacer su felicidad, y á quien la multitud se prestase á obedecer más espontáneamente que al clero, á él recomendó la ejecucion de sus *capitulares*, que en virtud del carácter moral, ora de la legislacion, ora de su dignidad imperial, estaban publicando su procedencia de él. Fué, pues, en el emperador, una prudencia suma esta determinacion, pues bajo todos conceptos nadie mejor que el clero podia plantear un pensamiento que solo él habia concebido, y nadie mejor que él, tan prudente y justificado, podia gobernar sin violencias ni tropelías; en este concepto, el acto de Carlo Magno fué un tributo de justicia, y es en el dia una prueba justificativa que reduce á polvo las calumnias de los modernos filósofos, las sátiras de los críticos y las burlas de sus enemigos.

Bien pudiéramos demostrar estos asertos copiando el preámbulo con que dirige sus capitulares al clero, pero seria estender mucho este capí-

tulo, siendo así que pueden consultarle cuantos no estén satisfechos, y que nosotros necesitamos ocuparnos de otras materias, y tenemos poco espacio y menos tiempo, concretándonos con decir, que sin duda movido por los consejos del clero, fué por lo que se ocupó tanto acerca de las personas y de las relaciones entre ambos sexos, á fin de disminuir los matrimonios mal avenidos y el número de los divorcios, abuso no menos pernicioso á la moral pública que á la de las familias.

Hay capitulares sobre la predicacion contra las supersticiones; otras imponen la obligacion de mantener los pobres, y prohíbe la mendicidad. El comercio de esclavos, tan generalizado en aquellos tiempos, contra el cual tanto habia declamado la Iglesia y los pontífices, fué asimismo objeto del cuidado de Carlo Magno, quien decidió que no pudieran ser vendidos sino en el pleito provincial, en presencia del conde ó de los comisarios de la corona, pronunciando pena capital contra todo el que los vendiera á extranjeros y contra los que los mutilaran ¹; y viendo que ni aun esto era suficiente para cortar el mal, espulsó de las comarcas de Italia y de los Estados del papa, á los negociantes venecianos, que eran los que se dedicaban á tan detestable tráfico ². Habiendo establecido así el

¹ Carlo Magno, lib. V, 72, 73, 82.

² Cód. Carol. ep. 84.—Cap. Mantuanum de 781, cap. 7. Cap. Long. de 802, cap. 18.

código civil, se ocupó del criminal, y lo mismo en este que en aquel resplandecen los trabajos del clero. Las acusaciones eran públicas, y cualquiera podia denunciar un crimen y pedir su castigo, pero debia examinarse la conducta del acusador, y ni aun se le escuchaba si el delito no era constante, y solo los bandidos eran detenidos sin formacion de proceso, y todos estaban obligados á contribuir á su arresto, y el que daba fianza no podia ser detenido sino en los casos de violencia. Para ser condenados era necesario estar convictos, y en los casos dudosos se remitia á la justicia divina. Para prueba de un delito era requisito indispensable la confesion del culpable ó pruebas testimoniales, y los jueces, testigos y conjuradores no podian ser de clase inferior al acusado, marcándose setenta y dos testigos contra un obispo, cuarenta contra un sacerdote, y mas ó menos contra los legos, segun su categoría, bastando generalmente un juramento para hacer de él un inocente ó un culpado, y por eso los testigos debian ser gentes probas que viviesen en los alrededores, y debian declarar en ayunas. Prohibió los duelos judiciales, que nadie llevase armas en tiempo de paz; quiso que el juez supiese de memoria la ley, y que el conde no malgastase el tiempo en cacerías; que el perjurio y el falsario perdiesen la mano derecha, y que el vizconde que perdonase un condenado sufriese su pena. En cuanto al sis-

tema militar continuó como estaba, con algunas modificaciones, hijas de circunstancias especiales: así en las campañas se llamaban á las armas todos los hombres libres [*ahrimancs*], que era lo que llamaban la *landwehr*; en las expediciones particulares los condes reclutaban entre sus vasallos la juventud, y á su frente marchaban á campaña; pero Carlo Magno introdujo en esto un cambio notable, en virtud del cual el servicio fué personal y prestado por los grandes y pequeños propietarios. El que poseía un beneficio se presentaba con armas y caballo: el que no concurría al llamamiento tenía sus castigos, y el desertor el de pena de muerte. Los duques y grandes señores conducían sus vasallos á la guerra, y los de la iglesia eran mandados por los obispos ó abades, á lo cual puso coto Carlo Magno inspirado por el clero, al que parecía mal que el hombre de la paz y de Dios empapase sus manos en sangre, y para impedirlo acudió al pontífice Adriano que lo prohibió, siendo en lo sucesivo mandados los vasallos de las iglesias y monasterios por el porta-estandarte, los *vice-dominus* ó el *advocatus*.

No contento con esto, creó otras leyes sobre el precio de los comestibles, sobre la usura, y para el buen régimen económico del imperio: aconsejado por el clero, estendió su cuidado á todas partes, y se propuso y llevó á cabo mejoras de grandísima importancia, cuales fueron desaguar pan-

tanos, desmontar bosques y construir aldeas. El Kingan le debe sus viñas y la Alemania infinidad de ciudades, reparó los caminos y concibió el proyecto de unir por Rednitz y Altmuhl el Rhin y el Danubio, lo cual hubiera hecho comunicarse los mares Oceano y Negro. Sus ferias fueron concurridísimas, y protegió las artes hasta el extremo de ordenar que en sus casas de campo hubiese artesanos para todos los oficios, sin olvidar por esto la agricultura; de modo que todo prueba que el clero se desvelaba por cuanto interesaba á los pueblos, y que muy lejos de permanecer ociosos y consumir en la holgazanería sus caudales y talentos, aprovechándose de su influencia en pro de su egoismo, la utilizaron en favor de los demas, y á esto deben los pueblos su buena posicion, y esto fué el incremento de las ciencias y á lo que deben sus adelantos, y el estado en que las tenemos en el dia.

Pasando de estas á las demas ciencias, hallamos allí como aquí el influjo del clero, y vemos que en estas como en aquellas brillan sus trabajos. Si volvemos los ojos á Oriente, se presenta un Juan Damasceno, gran privado de Abd-el-Melik, á quien Leon el Isáurico, para vengarse de que habia defendido las santas imágenes, calumnió é hizo que el califa le mandase cortar la mano derecha, que le fué restituida por la santísima Virgen, pasando despues el resto de sus dias en el con-

vento de S. Sabas de Palestina, en union del monje Cosme, apellidado *Melodos* por los cánticos sagrados que compuso. Allí, en aquel monasterio, compuso diferentes obras, y especialmente la *Exposicion exacta de la fé ortodoxa*, en la que desenvolvió la filosofia peripatética, que habia superado al platonismo, y se aplicó á demostrar los dogmas católicos. El profundo juicio y la vasta erudicion que acredita, le hacen digno de figurar en primera línea, no solo en teología sino en filosofia, y hasta se le considera como uno de los fundadores de la escolástica.

Los *Paralelos sagrados* son extractos dogmáticos y morales de la sagrada Escritura, cotejados con pasajes sacados de autores eclesiásticos, entre los cuales se cuentan muchos cuyas obras no han llegado hasta nosotros. Sus *Capitulos filosóficos*, compuestos segun Aristóteles y Porfirio, son pura dialéctica. Este gran talento que absorbe toda la gloria oriental del siglo VIII, es considerado en Oriente como regla infalible de teología que despues de él no encontró en aquellas comarcas intérprete alguno digno; así es que despues de él solo figuran medianías entre aquellos custodios estériles de la antigua ciencia, que solo han hecho compilaciones de monótona y docta inutilidad, mientras en Occidente los escritores, por mas que aparezcan incultos en las formas y en las cosas, hacen aparecer ráfagas de originalidad en las

que aparece reflejado su tiempo precisamente cuando ni aun los grandes personajes sabian leer, costumbre que ha venido casi hasta nuestros dias, puesto que en el siglo XVI hallamos que tal personaje no ha firmado por no saber escribir *atendida su calidad de hidalgo*, y poco despues era casi indispensable que el caballero apenas supiese firmar.

Florecieron en tiempo de Carlo Magno Pedro de Pisa, que fué profesor en Pavía, y Pablo Warnefrido, historiador de los longobardos, al primero de los cuales confió el emperador la direccion de la escuela de palacio, que despues fué confiada al célebre Alcuino, hombre superior en mucho á su siglo por su actividad natural y por la fecundidad de su talento. En Inglaterra los monasterios que allí fundara el cristianismo vinieron á convertirse en focos de piedad, celo y erudicion. La escuela de York tenia una gran biblioteca que contaba entre el número de sus obras las de Aristóteles, y allí se aprendia gramática, retórica, poesia, jurisprudencia, historia natural, matemáticas, astronomía, cronología y las santas Escrituras. Alenino era inglés, nacido en York y allí educado. Encaminado á Roma para solicitar el palio de un nuevo arzobispo, conoció á Carlo Magno, protector entonces del saber, que le indujo á fijar en Francia su residencia, asignándole tres ricas abadías, haciéndole su consejero íntimo y

constituyéndole el reformador de las letras. Allí escribió comentarios sobre la sagrada Escritura, destinados á dar á conocer su sentido moral y sus alegorías; compuso tratados dogmáticos, y es esencialmente práctico el que versa *sobre los vicios y las virtudes*; en su testo se halla observada con seguridad la naturaleza humana. El de *Ratione animæ* solo contiene ideas sueltas sin carácter alguno filosófico. Su diálogo con Cárlos es una exposicion de los métodos de los antiguos retóricos y sofistas, en particular de la dialéctica y elocuencia forense; tambien escribió vidas de santos, la de Carlo Magno y algunas poesías. Su lenguaje es inculto, su estilo duro, argumenta como los teólogos, pero cuida poco de las formas, aunque siempre se eleva á la filosofía y literatura antigua, y en todas sus obras revela un profundo conocimiento de los Padres y de los autores profanos; supo cuanto en su tiempo se sabia, y consiguió reunir la literatura civil y religiosa, cuyo divorcio parecia absoluto. Nos quedan de él varios escritos y un sinnúmero de cartas, en las cuales, muy lejos de adular á Carlo Magno, trata de los puntos mas importantes de moral, política, religion y ciencias.

Fatigado de tanto trabajo pidió su retiro, y Carlo Magno le concedió irse á su abadía de S. Martin; y allí, entre sus veinte mil siervos y colonos, restableció la disciplina, hizo llevar libros de York

para aumentar las copias y dejó muy buenos discípulos. Allí corrigió los manuscritos alterados ó mutilados por las manos de torpes copistas, prestó singular atencion á los libros sagrados, recomendando la exactitud en comas y puntos, encontrando más mérito en copiar libros que en plantar vides. El mismo, por su mano, copió una Biblia con sumo cuidado y grande esmero, y la regaló á Carlo Magno como un tributo de su agradecimiento. A su ejemplo se multiplicaron los buenos copistas, y las bibliotecas de los monasterios se enriquecieron con manuscritos profanos. Se desterraron los caracteres teutónicos, y se adoptaron los hermosos romanos, reforma que empezó en la abadía de Fontenelle por los monjes Ovon y Hardovino, y que nos ha valido los escelentes manuscritos de los religiosos de Reims y Corvia. Por último, debilitado por los años, renunció en sus discípulos sus ricas abadías para ocuparse de la salvacion de su alma, y tal fué la ocupacion que tuvo hasta la muerte.

Al lado de varon tan eminente, resplandecieron otros varios, y á ellos debemos preciosos trabajos científicos; sin embargo, por no dilatar nuestro escrito no nos detendremos en el exámen de sus obras, pero sí referiremos sus trabajos. Leidrado, natural de Norica y bibliotecario de la academia de Carlo Magno, fué arzobispo de Lion, y convirtió millares de adopcianos; Smaragdo, abad de S.

Miguel, escribió sobre gramática, siguiendo á Donato, y compuso la *Via regia* para instruccion de los príncipes; de S. Benito de Aniano nos quedan excelentes trabajos; Adalardo, además de los estatutos de su abadía de Corvia, ha dejado excelentes cartas y un tratado del orden interior del palacio; el español Agobardo escribió cartas, poesías y obras teológicas; Tegano la vida de Luis el Benigno; Ravan Mauro, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, nos ha dejado cincuenta y una obras de teología, moral, filosofía y cronología; y no son despreciables los escritos del godo Teodolfo y el italiano Paulino; por manera, que cuantos hombres honran el mundo científico en esta época pertenecen á las filas del clero, y esto por sí solo prueba que el clero se ocupaba del bien de sus hermanos, y ni pasaba los dias en el ocio, ni los consumía en los vicios, ni los consagraba á su egoísmo como dicen sus enemigos, sino que el tiempo que dejaba de orar por los pecadores, por los reyes y los pueblos y de alabar al Señor, lo consagraba á las ciencias para ser útil á sus hermanos y mejorar la sociedad, llenando así el deber de su Estado y las funciones de su ministerio con todo el desprendimiento que ordena la caridad. Así es que nadie negará cuánto deben las ciencias y la humanidad al sacerdocio que se afanaba por esparcir aquella entre el pueblo como lo publican todas las historias y lo atestiguan mil sabios con-

temporáneos, que cualquiera que sean sus ideas, su religion, su patria, no pueden menos al investigar el origen de las ciencias, de encontrar los trabajos del clero por mejorarlas y propagarlas; pero si contra tantas y tan autorizadas pruebas se revela aún la calumnia y la maledicencia, nosotros les citaremos los lugares y los hombres que las cultivaron y mejoraron, y verán que todos, ó la mayor parte, son monjes ó clérigos, y las escuelas monasterios; nosotros los remitiremos á Pavía y allí hallarán el convento de S. Agustin, y al frente de aquella escuela al monje Juan Maillon, discípulo del venerable Beda; en el de Fulda verán á los monjes enseñando gramática y otras ciencias: los conventos de Reicherán, Hirsange y Osna-bruck tenían escuelas abiertas, y sus monjes se consagraban á la instruccion; Gregorio, discípulo de S. Bonifacio, esplicaba en Utrech; S. Anquero y Alberto fundaron la escuela de Corvia para civilizar la Sajonia; en España debemos á los monjes, entre otras mil cosas, la reforma de la letra, y los principales monasterios fueron por mucho tiempo las únicas escuelas donde la juventud recibía educacion, los únicos focos del saber; en Polonia, Alemania, Hungría, Portugal, en toda la Europa, en el mundo entero pertenece al clero esta honra, suya es la gloria; y por más que la maledicencia quiera privarle de esta corona, siempre reverdecerán sus flores en las sienes del sacerdo-

cio, y será su ornato más bello, su más hermoso timbre, su mejor panegírico; porque la calumnia, si oscurece por un momento la verdad, es solo para que se destaque más hermosa entre sus sombras, más resplandeciente, más incontrastable.

Bien pudiéramos confundir los detractores, y bien pudieran ellos evitarse esta vergüenza y nosotros este trabajo, si quisieran ser justos y tener la caridad de no perseguir al oprimido; pero nos insultan y nos retan, y así nos ponen en el caso de empuñar la pluma para defendernos; por esto queremos hacerlo en todos los terrenos que nos buscan, y á la nota de ignorantes que lanzan sobre nuestra frente, respondemos confundiendo su osadía y manifestando que nada sabrían hoy si el clero hubiera sido tan poco ilustrado como ellos en sus delirantes bascas pintan, y mucho menos si hubiera sido egoísta y ambicioso, puesto que entonces no se habría consagrado á ilustrar los que, envueltos en la ignorancia, podía mejor dominar; pero muy al contrario, el sacerdocio comprendió los deberes que la caridad le imponía y se consagró al bien de sus hermanos; comprendió que un pueblo no puede ser verdaderamente religioso sin ser verdaderamente ilustrado; y por eso se dedicó á ilustrarle y se puso al frente de los establecimientos de educación y se consagró á escribir libros de texto para los colegios y escuelas: lo primero se prueba por las actas y en los cánones de

los concilios, por la solicitud de los obispos y por sus determinaciones: bastará que en demostración de esto citemos la capitular de Teodulfo, obispo de Orleans; dice así: "Que los sacerdotes sostengan las escuelas hasta en las aldeas y en los campos; y si algun fiel quiere confiarles sus hijos para instruirles en las letras, que no se nieguen á ello, que los instruyan, por el contrario, con perfecta caridad, *sin exigir ningun precio*, escepto aquello que los padres les ofrezcan voluntariamente y por afecto ¹." Lo segundo está atestiguado con los nombres de los autores puestos en las portadas de las obras mismas; en ellas veremos los libros compuestos por Alcuino para uso de las escuelas, y la homiliaria de Pablo el diácono purgada de solecismos y locuciones viciosas, la gramática teutónica; y no paró aquí la solicitud del clero; pues conociendo los obispos que las homilias eran la esposición de la fé y de la moral, y por consiguiente necesario que estuviesen en el idioma que el pueblo comprendiera, las hicieron traducir en lengua romana y teutónica; y así, familiarizando los pueblos con las buenas doctrinas, no solo los civilizaron, sino que los moralizaron é hicieron útiles al Estado y á la sociedad.

En aquellos tiempos era la teología la primera de las ciencias, y su principal objeto la esplicacion

¹ Concil. Turon, año 813, cap. 17.

de las santas Escrituras; pero como la ciencia teológica exige otros conocimientos, el clero se los procuraba y los adquiría, viniendo así ellos á formar la corte de la ciencia de Dios. La division conocida de *trivium* y *quadrivium* de Casiodoro y Boecio, fué llevada de Italia á Inglaterra por Agustin, á España por Isidoro, y á Francia por Alcuino. Los teólogos se limitaban en la interpretacion de los libros santos á acumular las citas de los santos Padres, y es bien seguro que no pudieran hacerlo sin saber las lenguas originarias y la crítica histórica. Ateníase la dialéctica á Aristóteles, aunque sin adivinar su ingenio ni su atrevimiento; la aritmética se hallaba llena de trabas por la numeracion romana, y se suplía su insuficiencia con extravagantes cálculos por los dedos ¹. Esta ciencia se aplicaba á las fiestas movibles y revoluciones lunares; la geometría y astronomía daban repeticiones mezquinas sin crítica ni experimentos, y es por tanto, notable, hallar indicada en Beda la causa de las mareas como la indicó Newton posteriormente, y la forma esférica de la tierra con la existencia de los antípodas sostenida por el irlandés Virgilio, obispo de Salzburgo y discípulo de S. Colombano. Pasando á la historia hallamos á Cresconio en su expedicion á Africa del patricio Juan. Sobre el bautismo escribió el godo

1 Beda. De indigitatione.

Teodulfo, obispo de Orleans y abad de Fleury, y sobre el Espíritu Santo. A Paulino, á mas de sus poesías, debemos los decretos del concilio de Aquisgran. S. Julian de Toledo trató en su *Pronostici* de la vida futura y del estado de las almas antes de la resurreccion, estableciendo el dogma del purgatorio, y escribió la guerra del rey Wamba y el rebelde Pablo. Beda, educado en el convento de Viremont y en el de Jarow, se consagró á las ciencias y á la sagrada Escritura y escribió muchas obras sobre religion luego que recibió las órdenes sagradas, cultivando ademas astronomía y aritmética, escribiendo casi sobre todas las materias; sus mejores obras son la *Historia eclesiástica* y algunas vidas de santos. Habiendo concebido el proyecto de narrar los hechos de su patria, pidió noticias al abad Albino, versadísimo en esta materia, que se las mandó, como asimismo Nortelmo, sacerdote de Lóndres, con lo que, y las cartas que sacó del archivo de Roma, escribió cinco libros que empiezan desde el tiempo de Julio César y concluyen en el año 731, cuatro antes de su muerte, cuya obra es de grande estima. El abad Jorge, patriarca de Constantinopla, escribió un compendio de la Historia universal que empieza desde la creacion, que guarda el mismo orden, cuya obra fué continuada por el abad Teofano; en este trabajo encontramos estensas noticias eclesiásticas sobre el imperio de Oriente.

No encontramos otro historiador que haya escrito en griego; pero entre los latinos merece particular relato Pablo Warnefrido, diácono de Aquileya, autor de la historia de los longobardos, que escribió en el monasterio del Monte Casino. También escribió la historia *Miscella*, cuyos diez primeros libros son una amplificación de Eutropio. Llega el décimoctavo hasta el reinado de León el Isaurio; los otros seis que fueron añadidos en el siglo IX por Landolfo, canónigo de Chartres, condujeron la narración hasta Teofano. Su historia de los longobardos fué despues continuada por Eschemperto, en lo concerniente á los príncipes de Benevento.

Tales y tantos fueron los hombres eminentes que produjo el clero y se consagraron á las ciencias y á la ilustración de los demas; así comprendió el sacerdocio que debía ejercer la caridad, comunicando á sus hermanos la luz del saber, y poniéndose al frente de la sociedad para civilizarla; y no se diga que en los siglos posteriores el clero se apartó de esta senda que le trazaron sus predecesores, porque á esta calumnia responderán los siglos presentándonos al clero infatigable en su tarea, abrazando todas las ciencias, ejercitándose en ellas y en comunicarlas á los demas. En Oriente hallaremos á Teodoro Estudito, cuyos discursos, cartas y versos son admirables; veremos al arzobispo de Tesalónica al frente de la

escuela de los hijos de Teófilo; al patriarca Focio confeccionando en su *Nomacanon* los cánones y las leyes civiles que venian en su apoyo; y su biblioteca es el primer modelo de las obras críticas y bibliográficas. Volviendo la vista á Occidente, encontramos al monje Herico dirigiendo la escuela de S. German de Auxerrés; al concilio de Aquisgran ordenando que los canónigos sean instruidos en todos los ramos de la ciencia, y que uno de ellos, de una ciencia y virtud superiores, vigilara á los niños que frecuentaban la escuela catedral¹; Eugenio II recomienda en un concilio á obispos y párrocos instituir escuelas donde se instruya gratuitamente en las ciencias divinas y humanas; el obispo Bernardo de Hildesheim funda bibliotecas en su diócesis; los monjes huyendo de los húngaros, slavos y árabes que incendiaban y saqueaban sus conventos, llevan consigo en union de las reliquias de los santos los libros y los conocimientos de que eran guardadores; así fué que por todas partes y en todos los paises, el campo intelectual se esplotaba por el clero, y á él debemos el adelanto y progresos de las ciencias y los opimos y sazoados frutos de la ilustración.

Verdad es que hubo entre el clero hombres que se extraviaron del buen camino y se precipitaron

1. De los concilios españoles que tratan de la educación y ordenación dejamos hablado en otra parte de esta obra.

en el error, pero no es menos cierto que esto hizo que los ingenios entrasen en el terreno de la discusion para depurar la verdad, y de este modo, rebatiendo unos, y otros iniciando y sosteniendo los errores, pusieron á las ciencias en el estado de progreso que las va llevando á su perfeccion; de estos nos ocuparemos al tratar de las herejías y lo mismo de sus impugnadores; por eso en este capítulo hablamos solo del curso é incremento de las ciencias, y de aquellos teólogos que, firmes en el buen camino, jamas se apartaron de las sanas doctrinas, y sin separarse de la unidad católica, dieron curso á la libertad del pensamiento. Entre estos y en primera línea brilla el irlandés Juan Erigeno ó Escoto, que estuvo al frente de la escuela palatina de Cárlos el Calvo. Tradujo á muchos neoplatónicos de Alejandría, comentó á Aristóteles, y llama á Platon el mas insigne filósofo del mundo; sostuvo el libre albedrío en diez y nueve proposiciones; tradujo las obras de Dionisio Areopagita, hermana la filosofía y la teología, determina los límites en que debe contenerse la razon, y establece reglas para proceder de lo conocido á lo desconocido. Lanfranco de Pavía y Anselmo de Aosto debieron su elevacion á su gran sabiduría: el primero profesó en Abranches, luego en la abadía de Bec, y se aplicó á coleccionar los escritos del Testamento y de los Padres, y llegó á ser ministro de Guillermo el Con-

quistador. Aosto, su discípulo y sucesor en el profesorado, fué arzobispo de Cantorbery, gran pensador, trató todas las cuestiones de aquel tiempo y llegó en teología á querer probar por la razon los dogmas y misterios. En el tratado de la *Verdad* demostró que no nos engañan los sentidos sino los juicios que formamos. La escuela que fundaron estos varones insignes fué fecunda en ilustres discípulos.

Pedro Damiano, uno de los mas sabios y laboriosos prelados de aquella época, escribió cartas, opúsculos sobre disciplina eclesiástica, cuestiones exegéticas y teológicas, sermones y vidas de santos; Anselmo, obispo de Luca, trató de las inmunidades eclesiásticas y sobre las investiduras, recogiendo pasajes de la Escritura y de los decretos sobre esta materia. Gerberto (Silvestre II) atestigua en su correspondencia su vasta erudicion y buen criterio; se aplicó á reunir libros, y segun Ditmaro, colocó en Magdeburgo un reloj exactamente construido y que á traves de una caña observaba la estrella polar, y esta es sin duda la primera idea del telescopio. Asoció en las escuelas la dialéctica á las matemáticas para aumentar la fuerza y la penetracion del entendimiento. Ya tendremos lugar de ver que no estaban olvidadas las matemáticas cuando tratemos de la arquitectura. En la catedral de Florencia tenemos aún un monumento de astronomía, y este es un calenda-

rio de 813, con notables resultados de observaciones celestes, por los cuales el autor había notado la desigualdad de los puntos equinocciales posteriores al concilio de Nicea, ateniéndose al cómputo Juliano: Dimil, monje irlandés, publicó un libro *de mensura orbis terra*, en el cual se aprovechó de los trabajos de los antiguos, en especial de los que sirvieron para la tabla Teodosiana. Tenemos de otro clérigo de Rávena una descripción del mundo, á la cual puede servir de ilustración un mapa de 787 que posee la biblioteca de Turin en un comentario manuscrito del Apocalipsis, obras las dos de otro monje de aquel siglo.

El clero se había apoderado de todas las ciencias, las cultivaba, las propagaba, y á él deben todas su incremento; así es que hasta la medicina cayó bajo su jurisdicción, y á ella como á las demás se consagró con afán, resultando de esto que los monjes y los eclesiásticos la cultivaron, sin embargo de estarles prohibido por los cánones su ejercicio, especialmente en las operaciones que se ejecutan con el hierro é instrumentos cortantes. S. Benito mandó á los religiosos que estableció en el Monte Casino y en Salerno cuidar á los enfermos. S. Bertario abad, escribió un tratado de medicina, y por todas partes acudieron monjes á Salerno para instruirse en esta ciencia, y enfermos para ser allí asistidos. Constantino el Africano, después de haber corrido Bagdad, Egip-

to, y la India, visitando sus escuelas, juzgado y perseguido como mágico, dejó la corte por el claustro del Monte Casino, y allí se dedicó á traducir diferentes obras de médicos orientales, y dió nuevo renombre á aquel asilo de la humanidad; y así fué que de todas partes acudían á la escuela salernitana aumentándose diariamente la afluencia de peregrinos, á cuya curación contribuía no poco la saludable posición de la ciudad y la fé de los concurrentes en las reliquias de S. Mateo, santa Tecla, y santa Susana, y habiendo ido allí Enrique II para hacerse operar de la piedra, el mismo S. Benito se encargó de extraerla durante su sueño, puso la piedra en su mano y cicatrizó la úlcera¹.

En el siguiente siglo publicó aquella escuela, bajo la dirección de Juan de Milan, algunos preceptos de higiene en verso, que fueron tenidos como reglas y traducidos en todos los idiomas. El año de 1000 escribió Gorioponto el *Passionarius Galeni*, colección de remedios sacados de Teodoro Prisciano. Cofon una terapéutica general, según Hipócrates, Galeno y los médicos árabes, en quienes sin duda se vislumbra el sistema linfático. Romualdo, obispo de Salerno, mereció ser consultado por dos Guillemos de Sicilia y por el papa. También salió de aquella escuela para médico de

¹ Vita sancti Meinwerci.

Felipe Augusto, Epidio de Corbeil, que escribió sobre el pulso y la orina, y compuso un tratado ó comentario sobre el absurdo *antidotario* de Nicolás Prepósito. Es célebre el *Herbario* de la escuela de Salerno, compilado antes del siglo XII que se extendió por toda Europa, y en esta escuela se introdujeron diferentes grados académicos, llegando á tanto su fama, que Federico II mandó que nadie ejerciese medicina sin haber obtenido licencia de aquella escuela, para lo cual era necesario probar que se habia nacido de legítimo matrimonio y que se tenia veintiun años cumplidos, y empleado siete para aprender esta ciencia: el exámen se sufría esplicando el testo de Galeno, el primer libro de Avicena y un pasaje de los aforismos de Hipócrates. Además, para ser admitido se debia haber estudiado por espacio de tres años lógica y saber la cirugía, *considerada como una pequeña parte de la medicina*; despues de lo cual se veían precisados á practicar bajo la dirección de un médico experimentado. El candidato juraba seguir el tratamiento habitual, denunciar al farmacéutico que alterara los medicamentos; y prestar asistencia á los pobres sin retribucion. Se exigia de los cirujanos un año de estudio en Salerno y Nápoles y despues un exámen; luego se introdujeron prescripciones inútiles sobre las visitas y honorarios del médico, y se pusieron las boticas bajo tarifas, determinándose los lugares

donde debian establecerse y otras mil precauciones.

Consagrado así el clero á las ciencias y á su propagacion, y con bastante influencia con los poderosos, no contento con promover por todas partes la fundacion y establecimiento de las escuelas, concibió el proyecto de fundar universidades, y á él se debe la apertura é instalacion de esos focos del saber, de esos agentes poderosos de la civilizacion y de la cultura; y para comprobacion de esta verdad bastaríanos ver al convento de Monte Casino y al monje Constantino, africano, dando origen á la de Salerno, que la hizo célebre su escuela de medicina, así como lo fué en jurisprudencia la de Bolonia, ilustrada por el clérigo Irnerio, y la de París en filosofia, merced á las lecciones de eclesiásticos célebres: fundando la de Salamanca encontramos al clero; Alcalá jamas olvidará al cardenal Cisneros; lo mismo sucedió en Coimbra y Oxford, y así en todas las demas; regístrense los anales del mundo y apenas habrá un establecimiento científico que no deba su celebridad á los monjes, á los clérigos ó á los frailes; y no contentos con esto para estimular la juventud al estudio, enriquecieron estos establecimientos con privilegios que, ó dictaron ó aconsejaron, pero que de uno ú otro modo no puede negarse sin incurrir en una injusticia notoria, que son debidos á su solicitud y desvelos. Ábranse los proto-

colos y archivos de los colegios y universidades, y en todos ellos hallaremos grandes donativos hechos por el clero, grandes privilegios concedidos por él á los escolares, y magníficas garantías y recompensas acordadas á los profesores. Seria sobradamente prolijo engolfarnos en este abismo; y siendo tan sabido que apenas habrá quien lo ignore, teniendo ademas, otras materias de gran consideracion de que ocuparnos, nos parece dar por terminado este asunto y pasar á lo que nos interesa más y ofrece mayores peligros, más graves oposiciones.

En nuestros mismos dias los conventos y el clero han proporcionado carrera á brillantes talentos y los medios de seguirlas, sin cuyo amparo jamas hubieran sido otra cosa que artesanos, menestrales, labradores, y hubieran muerto confundidos con la multitud, girando alrededor de su círculo sin haber podido jamas salir de su esfera; y por si acaso no se quiere confesar esta verdad, á pesar de que todo lo hemos visto y tocado, nosotros desafiamos á los impugnadores á que con toda franqueza nos digan qué hubiera sido de muchos talentos sin la proteccion que el clero les prestara. Estamos bien seguros de recibir respuesta favorable; mas si por casualidad no fuera así, detrás de su pirronismo hay millones de almas, el mundo entero, que se levantará como un solo hombre y como una sola voz, á confundir su hipócrita des-

fachatez. No queremos insistir más sobre este particular, puesto que creemos de buena fé que todos, tirios y troyanos, amigos y enemigos le confiesan, pues de lo contrario citaríamos más de un hombre, más de un genio, tal vez más de un enemigo, que cuanto es lo debe á los mismos conventos que ha contribuido á demoler, á los mismos monjes que ha perseguido, al mismo clero que insulta, y sin lo cual no solo no hubiera brillado, sino que jamas hubiera salido de la clase trabajadora, labriega, artesana, proletaria quizás, y su orgullo hubiera tenido que encorvarse bajo el peso del azadon, ó á la esteva, ó á otros útiles, y jamas sus manos hubieran empuñado la pluma sino para trazar una mala firma al pié de un arrendamiento ó de un crédito; pero dejando estas reflexiones continuemos en el relato de los servicios prestados por el clero á las ciencias, y acabemos de trazar ese hermoso cuadro, donde tanto realzan los sacrificios hechos por el clero en favor de la sociedad y de los pueblos, de la civilizacion y de la humanidad.

¡Tanto se ha recriminado al clero! ¡Tan cansados estamos de oír calumniarle! Tan repetidos insultos se le prodigan, que apenas podemos creer que las palabras *ignorante*, *egoista*, *holgazan* y otras por el estilo con que se le califica, signifiquen otra cosa que *sabio*, *caritativo* y *laborioso*, visto que á quien así se califica esto es lo que real

y verdaderamente le distingue; así es, que bien por sí, bien por su mediación é influencia, se concedieron á los establecimientos científicos, y á cuantos se dedicaban al estudio, privilegios, honores y exenciones, que elevándolos de su categoría, los ponían al nivel de las corporaciones é individuos de más alta esfera y posición; y si hubo un día en que estos privilegios atrajeron la corrupción y el desorden; también es evidente que los pontífices, por medio de sus bulas ó enviando visitadores, delegados ó reformadores, pusieron término al abuso, como lo demuestran la historia y los breves pontificios espeditos con este objeto. Otra prueba de lo mucho que contribuyó el clero á esta obra es, que las de testo, que en las universidades se adoptaban en su mayor parte, eran confeccionadas por él, y todas por el revisador corregidas y censuradas; pero aquí oigo á nuestros adversarios esclamar contra la censura como un arma que ha cortado los vuelos al talento y contribuido al atraso de las ciencias, y esto no puede quedar sin respuesta, porque es arma que hace mucho tiempo viene utilizándose y esgrimiéndose contra el clero; y por lo mismo debemos embotarla é inutilizarla, oponiéndola, como en todo, el escudo de la razón y la armadura de los hechos, que son los que dan el triunfo á la verdad; pero como sea materia en que habremos de estendernos algo, siquiera lo más preciso, para que nues-

tros lectores queden satisfechos y los detractores convencidos, de aquí la necesidad de tratarla en capítulo separado, y por lo mismo de suspenderla en éste para continuar las materias que le están señaladas.

Fundadas así las universidades, merced á los desvelos del clero, bajo su dirección y con la aprobación del sumo pontífice, si bien al principio en ellas se enseñaba alguna que otra ciencia, bien pronto en todas hubo cátedras de todos los ramos del saber y profesores que enseñasen cuantas facultades constituyen la suma de los conocimientos humanos; y así fué que el derecho romano, que nunca había perecido del todo, que tal vez había seguido brillando en diferentes países, ora como ley positiva de los vencidos, ora como aplicación práctica, y en la vida civil, en el siglo XIII, se convierte en teoría, invade las escuelas y se eleva á la misma altura que la teología y la escolástica; pero esta legislación, demasiado sabia para los pueblos, que debía regir, necesitó de comentarios para armonizarla con el feudalismo que entonces dominaba. En el siglo XII se descubrió en Amalfi un ejemplar de las Pandectas, y metió tanto ruido en Europa, que no pudo menos de llamar la atención de los espíritus preparados ya por los sucesos, el curso de los tiempos y la civilización, á una legislación más sabia; legislación, cuyos cimientos el clero, y solo el clero echó, y cuyos ade-

lantos humanitarios le son debidos exclusivamente, sin que nadie legítimamente pueda disputárselos; porque solo él preparó el camino á las reformas que han salvado la sociedad y protegido los débiles, como en otro lugar dejamos superabundantemente probado; pero entrando en nuestro asunto, es lo cierto que este libro es el eje sobre que gira toda la legislación de entonces, y fué una antorcha que vino á iluminarla.

Los legistas se apoderaron de él y le hicieron la base de sus lecciones, siendo el primero que en Bolonia enseñó el derecho Irnerio, cuya novedad le atrajo numerosos discípulos de todas partes, para cuya instruccion compuso glosas y otras obras, en las que brilla la luz de su talento, atribuyéndole, además, las *Auténticas ó Extractos de las Novellas*, que si no todas, parece fuera de duda le son debidas la mayor parte de ellas, y que fueron continuadas por sus sucesores hasta Accurso que terminó su série. Sus discípulos más eminentes fueron Búlgaro, Martin, Jacobo y Hugo, y de éstos aprendieron Juan de Azo y Accurso, Rogero, que en su *Suma del Código* hizo el primer ensayo sistemático concerniente á la ciencia del derecho. Oton de Plasencia fundó la escuela de derecho en Montpellier. Juan Basiano es célebre por su precisa esposicion, y la afluencia de discípulos obligó á Alberico de Porta-Raveñana, á explicar en el salon del consejo. Teobaldo, arzobispo de Cantor-

bery, llevó á Inglaterra los libros de derecho. Rogero Vocario los enseñó en Oxford, aunque con oposicion de los estudiantes de escolástica, y Juan de Salisburg adquirió en esta misma escuela ese gran conocimiento en el derecho romano que atestiguan sus obras.

Accurso formó una glosa que mereció que los obispos decretasen que en justicia se atuviese á ella ó se fallara con sujecion á Dino. Jacobo de Ravanis, obispo de Verdum, hizo el primer diccionario de derecho, introduciendo en la jurisprudencia la dialéctica, y Raimundo Lulio la aplicó á su *Ars magna*: de este modo se fué desenvolviendo el estudio de la jurisprudencia, y las disputas y cuestiones de los siglos XII y XIII prueban la animacion que en ellos reinaba; y en medio de aquel choque, entre tanta discusion, no podemos menos de ver la cuna de la actual jurisprudencia europea; y así vemos que los antiguos glosadores, libres é independientes, con sus *glosas, sumas, especies, zumbas y volúmenes*, cedieron el puesto á otros tan hábiles en la dialéctica como desprovistos de ciencia, lo cual fué causa de la decadencia en que cayó el estudio del derecho. Entre este caos hubo genios que, sobreponiéndose á la decadencia general, se encumbraron sobre su siglo y han legado á la posteridad admirables producciones; citaremos algunos. Bartolo de Saxoferrato escribió obras que el mundo literario acogió con avi-

dez; Lúcas de Penua nos dejó sus comentarios sobre los *tres libri* que aventajan en método y estilo á sus contemporáneos; Baldo de Perma murió con la celebridad de eminente jurisconsulto, y así de unos en otros, hemos llegado hasta nuestros días levantándose este hermoso edificio de la actual legislación, merced á los trabajos del clero, á la altura, solidez y hermosura en que le admiró el mundo y nosotros le contemplamos.

Tan rápido y hermoso porvenir del derecho civil no podía menos de refluir en el canónico, y de él nos vamos á ocupar tomando las cosas desde muy al principio, para seguir el curso de esta ciencia desde su cuna. En el siglo IX Focio coleccionó las leyes eclesiásticas emanadas de los concilios y de los emperadores, y éste fué el cuerpo del derecho canónico oriental: si la Iglesia de Occidente le rechazó, Teodoro Balsamon comentó en el siglo XIII los cánones, indicando los que permanecían vigentes y los que estaban abolidos por el *Nomacanon* de Focio, estendiéndose asimismo sobre las demás partes del derecho canónico, tales como los cánones apostólicos, los de los siete concilios generales, del concilio de Cartago, de los cinco particulares y de las epístolas canónicas de los Padres; tales fueron las primeras fuentes del derecho canónico oriental. En este mismo tiempo tuvo origen el occidental, siendo el primero que le coleccionó Reginon, abad de Prum, por orden

de Rathodo, arzobispo de Tréveris, que metodizó en su trabajo todas las leyes eclesiásticas. En el siglo XI, Bukardo, obispo de Worms, hizo el *Bracardo*, llamado así de una corrupción del nombre del autor, en el cual indica las cuestiones de incierta solución. Siguióse Ivon de Chartres con su *Panormia*, que refundió despues con la colección de Rathodo, formando de las dos el *Decreto* de diez y siete libros¹. La reputación de tan ilustres compiladores fué eclipsada por la del benedictino Graciano de Chiusi, que en su *Concordancia entre los decretos*, ó mas bien *Decreto*, que publicó en 1152, dió un sistema completo de legislación canónica. Esta colección, que le acredita de uno de los hombres más sabios de su tiempo, comprende los cánones de los apóstoles, los de ciento cinco concilios, las decretales de los pontífices, incluso las del falso Isidoro, y numerosos pasajes sacados de los santos Padres, de los libros pontificales, del código Teodosiano y otros varios. El *Decreto* formó autoridad en el derecho canónico, y éste hizo que tuviese muchos comentadores, cuyas glosas reunió el obispo Halberstad Juan Semeca, y revisó Bartolomé de Brixen; pero los grandes trabajos que le han ilustrado, segregando de él lo apócrifo y alterado, estaba reservado á siglos más

1 Theiner no cree que Ivon fué el autor del *Decreto*. Savigny lo asegura.

ilustrados, y á otras manos y cabezas ayudadas por la crítica que entonces no se conocía apenas ¹.

Como no podia menos, los sucesos arrastraban los hechos, y de aquí nacieron nuevas causas no previstas y la necesidad de acudir á Roma, fuente de toda verdad, origen de autoridad en la tierra y única competente en la materia, consultando y buscando una decision que acallase los ánimos y tranquilizase las conciencias, y estas consultas son el origen de las decretales que las decidieron, cuyas principales colecciones son: la de Bernardo Circa, obispo de Faenza y Pavía, la de Juan Gales, la de Pedro de Benevento, otra anónima del siglo XIII y la de Honorio IV: sin embargo, todas estas colecciones eran incompletas, y en ellas se hallaban hasta decretos inciertos, por lo cual el pontífice Gregorio IX encargó á nuestro compatriota S. Ramon de Peñafort reunir las decretales posteriores al año 1150 en que concluye el decreto de Graciano, y de aquí resultó el segundo y principal cuerpo de derecho canónico ². Guiller-

¹ Despues de muchas tentativas hechas por los pontífices, se publicó en 1777 en Venecia la obra de Sebastian Berardi de Turin; *Gratiani canones genuini ab apocryphis disueti: corrupti ad emendatiorum codicum fidem exacti; difficiliore commoda interpretatione illustrati.*

² El asunto de sus cinco está indicado en el siguiente verso latino:

Judex, judicium, clerus, sponsalia, crimen.

mo de Evres, Berenguer de Bourges y Ricardo de Sienna formaron á fines del siglo XIII el libro llamado *Sesto* que contiene las decretales de Bonifacio VIII. Luego en el siglo XIV publicó Juan XXII las *Clementinas*, que son las decretales dadas ó coleccionadas por Clemente V. El dicho Juan XXII publicó sus *Estravagantes*, que son veinte constituciones que él mismo promulgó y que aumentadas despues con las *Estravagantes comunes de varios pontífices* constituyen la quinta parte de las decretales.

El derecho canónico fué una gran mejora, tanto en la legislacion como en la condicion de las clases ínfimas, y mas todavía bajo este último aspecto. No habia motivo para que se hiciera en los concilios ninguna ley inieua concerniente al órden de las sucesiones, á los matrimonios ú otros artículos de derecho compuestos de prelados de todos los paises; libres de toda clase de preocupaciones, de los odios feudales, formando una especie de areópago, tenian la ventaja de ser como extranjeros á los pueblos para quienes hacian las leyes. Como se tomaba mas bien por base la moral que la política, sus ordenanzas tenian cierto fondo natural de equidad; rarísima vez eran circunscritos los cánones á un pais solo. La caridad y el perdon de las injurias eran allí especialmente recomendadas en un tiempo que tenia por primer principio social la guerra de todos contra to-

dos. El derecho de asilo era la prueba de la tolerancia introducida en la justicia criminal por el espíritu religioso. En los tiempos de barbarie en que los códigos fueron redactados, siendo el sacerdote el único que tenía conocimientos, debió comunicar á la administracion de justicia las luces de que carecian los dominadores, que todos eran guerreros ignorantes.

Las jurisdicciones señoriales, constituidas feudalmente, vinieron á ser menos vejatorias en la mano de los abades y de los obispos que en la de los condes y barones, porque el sacerdote estaba obligado á algunas virtudes de que se consideraban exentos los seglares. Son mas suaves las penas del derecho canónico: el suplicio de la cruz estaba abolido en los tribunales eclesiásticos, así como le marca en la frente, porque la Iglesia no quiere desfigurar la imagen de Dios; jamas condena á muerte, y á menudo envia al criminal á hacer penitencia y á enmendarse en los claustros. Aprobado el tormento por el divino Augusto ¹ y conservado largo tiempo hasta entre los ingleses, tan adelantados en la práctica de la libertad, era ya rechazado por el derecho canónico. Nicolás I reprobaba su uso en una carta á los búlgaros, re-

¹ Cum capitalia et atrociora maleficia non aliter explorari possunt quam per servorum quæstiones, efficacissimas eas esse ad requirendam veritatem existimo, et habendas censeo. Lib. I, por D. Dequæst.

cientemente convertidos, como hubiera podido hacerlo Beccaria seis siglos mas tarde. "Sé que si un ladron es preso, le entregais á los tormentos hasta que confiesa su delito; pero no autoriza esto ninguna ley divina ni humana, porque la confesion debe venir espontáneamente y no ser arrancada por violencia, sino proferida de buen grado. ¿No os sonrojais si una vez aplicadas estas penas, descubris la inocencia del acusado? ¿No conocéis la iniquidad de vuestra sentencia? Y si no pudiendo resistir alguno á los tormentos se confiesa delincuente sin serlo, ¿sobre quién recae la impiedad sino sobre el que le obliga á confesar la mentira? Repudiad, pues, y execrad tales usos." ¡Cuántos siglos debian pasar antes de que la filosofia pregonara esta enseñanza! De este modo el clero cumplia su elevada mision, así este sacerdocio holgazan empleaba el tiempo, así ejercia su egoismo, de esta manera publicaba su ignorancia y hacia patentes sus instintos despóticos, inhumanos y crueles. ¿Cuánto va á que sus enemigos no presentan los títulos que le honran, los sacrificios que le ennoblecen, los hechos que le ilustran? Está visto que no entendemos las palabras ni su valor, ó el clero es todo lo contrario de lo que sus enemigos dicen, y que sus dictérios son títulos honoríficos; pero sigamos nuestra esplanacion.

No paraba en esto: desafecto el clero á las armas repudiaba las pruebas entonces generales del

desafío, é introducía en todas partes el juramento como prueba subsidiaria á falta de otras, y el exámen de testigos. Hacia luego mas regular la administracion de justicia, dictando resoluciones sobre las ventas, los contratos, los préstamos, las hipotecas, en atencion á que atraia á la jurisdiccion eclesiástica toda obligacion contraida bajo la fé del juramento. Inocencio II y el cuarto concilio de Letran instituyeron el procedimiento escrito, ordenando que en los juicios, tanto ordinarios como estraordinarios, estuviera asistido el juez por un notario público, si era posible, ó por dos personas capaces, á fin de que escribieran con exactitud las actas, á saber: las citaciones, las prórogas, las escepciones, peticiones, testimonios, respuestas, &c.; todo con indicacion de los lugares, de los tiempos, de las personas. De todo esto se debió trasladar copia á las partes, conservando la minuta para recurrir á ella en caso de duda ¹. El mismo derecho determinó la forma de las citaciones y la instancia del procedimiento, facilitó las vias reconventionales y los medios conciliatorios: en las apelaciones el derecho devolutivo fué distinguido del efecto suspensivo ². Los recursos al posesorio adquirieron la estension y el vigor de

¹ Cap. II de *Probation*, en las decretales de Gregorio IX.

² Véanse los títulos de *Judiciis et de libellis oblat.*—*De off. et post. ind. de leg.*—*De foro comp.* Rocco.—*Jus canonicum ad civilem jurisprudentiam perficiendam quid attulerit.* Palermo, 1839.

que carecian. En muchos pueblos el derecho canónico se fundió con el derecho comun, como aconteció en el *Fuero-juzgo*, que adoptado por el concilio de Toledo, rigió mucho tiempo en Castilla, y cuyo preámbulo establece axiomas generales á semejanza de las leyes de Zaleuco.

Así se mejoraba el poder legislativo ejercido por hombres de cordura, y la opinion se mejoraba más todavía. Por eso Montesquieu dice que somos deudores al cristianismo de cierto derecho de gentes en la guerra ¹; beneficio de que la humanidad nunca se mostrará sobradamente agradecida, porque á lo menos este derecho hace que entre nosotros la victoria deje á los vencidos la vida, la libertad, las leyes, la propiedad, la religion. Ya ven nuestros censores que esta no es cita de ningun santo Padre y que pueden tomarla en consideracion sin temor de que los recriminen y traten de poco ilustrados, de retrógrados, ni de supersticiosos, toda vez que el autor es de los que están á la órden del dia y mas en boga, como si dijéramos es *de moda* y uno de los que mas se admiran por los enemigos del sacerdocio; pero al mismo tiempo Montesquieu no era hombre que por no decir la verdad queria que se le pudiese llamar ignorante ó malicioso, y por esta razon creemos nosotros se vió precisado á estampar tan

¹ Espiritu de las leyes, XXIV, 3.

justo elogio sin tener en cuenta que sus amigos y discípulos acaso no lo tomaran á bien, y tal vez por ello le criticaran demasiado; nosotros, sin embargo, debemos confesar que al citar varon tan popular, lo hemos hecho de buena fe y sin pensar en lo que la crítica diria de él, sino en que así complaciamos á nuestros impugnadores que gustan más ser convencidos por un filósofo que por un santo Padre, y como nuestra caridad busca su bien que está en su conviccion, de aquí nace que á tal de conseguirla andemos siempre procurando y consultando el modo de complacerles; lo cual creemos que servirá de algo para que nos disimulen los malos ratos que nuestro indigesto y mal pergeñado escrito debe proporcionarles, que creemos serán algunos, y así compensamos unos con otros; pero volviendo á nuestro objeto, entremos en el exámen de las demas ciencias, pues nos urge presentar cuánto ha hecho en su beneficio el clero.

La filosofia se hallaba estremadamente atrasada, y el curso de los sucesos la habian conducido al borde de su ruina, sus progresos habian sido aislados, y á manera de meteoros habian iluminado con parcialidad, por lo cual vamos ahora que la encontramos mas adelantada á ocuparnos de ella con alguna detencion y tomando el punto de partida algunos siglos mas atras, para seguir su progreso. Los primeros padres del cristianismo

fundamentaron toda su ciencia en la sagrada Escritura, comentándola y esplicándola segun su propio sentimiento y el de la Iglesia. De este modo, como dejamos espresado, combatieron el dualismo de Simon Mago, de Bardasano y Manés, oponiéndoles la mitad de las leyes, la armonía de las causas y de las tendencias. Así impugnaron el panteismo trascendental de Valentin, presentándole en oposicion la concepcion pura de lo ideal y de la impenetrabilidad de la naturaleza divina; y así combatieron las nuevas dudas que se presentaron sobre las relaciones entre el Criador y la criatura en las discusiones sobre la gracia que suscitaron los pelagianos: pero faltaba determinar los fenómenos sobre el entendimiento y las operaciones de la lógica, la fuerza y el valor de las ideas, las bases del conocimiento, y por decirlo de una vez, fundar y establecer una metafisica.

La literatura cristiana tuvo su época de esplendor, y despues de ella, que puede llamarse su siglo de oro, vino la de estudiar á los mismos Padres, hacer extractos y colecciones de ellos para apoyarse si era necesario en sus asertos, de lo cual resultó una teología fundada en la autoridad, pero surgió otra escuela racionalista que aspiraba á hermanar la fé con la razon, y la ortodoxia con la dialéctica, y á esta se llamó escolástica, porque se formó en las escuelas que fundaron Carlo Magno y sus sucesores, y que llegaron á ser el foco de

las ciencias. Boecio, sacando de la filosofía griega y pagana cuanto podía sostener las ideas cristianas, dió á luz su *Organon*, en el cual, sin poner en peligro la fé, desenvolvió el raciocinio, de modo que puede llamársele el eslabon que une el pasado con el porvenir, las ciencias antiguas con las modernas, y por esto llegó á hacerse autor universal, y en medio de tanta ignorancia contribuyó á dar penetracion á los espíritus, flexibilidad y vigor, acostumbrándolos á una vigorosa argumentacion. Así nació la escolástica filosofía de forma, de método, de categorías, verdadera álgebra de la razon empleada al menos en el origen, al uso de la teología, para establecer la alianza entre la fé y la realidad objetiva de las verdades reveladas. De aquí resultó que el entendimiento quiso elevarse hasta el conocimiento de Dios: antes de estar preparado para ello no alegaba dudas acerca de las creencias, partiendo de verdades reveladas, y aunque entablaba discusion, estaba pronto á renunciar á ella cuando así lo mandaba la Iglesia; otros querian elevarse hasta la fuente de la ciencia por la intuicion en sus tranquilas meditaciones, sin aspirar demasiado á darse razon de ello; los primeros usaban incesantemente de la lógica y dialéctica hasta el extremo de embrollarlas, lo que puso en tan lastimoso estado la escolástica, que se la consideró como el arte de tener razon, á despecho del buen sentido, y así vemos

que la escolástica permaneció subordinada en su origen á la teología, luego marchó en union de ella, y por último se separó del todo: sin embargo, ilustran esta ciencia S. Agustin, Boecio, Casiodoro, Alcuino, Raban, Mauro, impugnador de Gotschalo, y otros muchos.

Todos estos escolásticos crearon escuelas, pero Juan Escoto, llamado Erigeno, fundó un sistema, y por lo mismo fué reputado como el mayor filósofo de su tiempo; consideró á la filosofía como inseparable de la teología, opinion que dió á conocer en su traduccion del falso Areopagita, y que con otras ideas le hubieran arrastrado al panteísmo si no le sostuviera la fé cristiana. Gerberto, despues Silvestre II, fué el verdadero restaurador de los estudios en Europa, produjo á Fulberto de Chartres, y éste á Berenger de Tours, que se extravió hasta negar el dogma de la Eucaristía; vienen luego S. Pedro Damiano y Lanfranco, que refutando la aplicacion de la dialéctica á la teología, la perfeccionaron, descubriendo la crítica la necesidad de refutar á Berenger y sus falsas citas. Discípulo de Lanfranco fué Anselmo de Aosta, prior de Bec y arzobispo de Cantorbery, reputado por el primer ingenio de su tiempo, cuyas doctrinas admiran y sorprenden, y cuyas obras descubren toda la profundidad de su talento, llegando en su *Proslogium* y *Monologium* á descubrir verdades que han hecho célebre á un filósofo de nues-

tros días por sus pruebas de la existencia de Dios; y en efecto, en sus obras citadas tenemos los dos argumentos que posteriormente desarrolló Descartes. ¿Y no es maravilloso que un monje del siglo IX hallara y espusiera con tanta precisión la única prueba completa y satisfactoria de la existencia de Dios, ¹ que elevara la conciencia hasta la noción del ser, y que no se propusiera nada menos que formar una teología doctrinal sobre una concepción de la razón?

Todas las objeciones que se hicieron á Descartes se encuentran en las que el monje Caunillon opuso á Anselmo. Poniendo en escena á un ignorante que busca la verdad solo con ayuda de la inteligencia, se pudiera creer que Anselmo tomó la delantera á las temeridades de Fichte al emancipar la razón; sin embargo, protesta que la fé no aspira á comprender sino á creer ², y que hay peligro en discutir contra ella. Solo se pregunta si la razón, lejos de rechazar las verdades de la fé, las prueba y quiere demostrar que así sucede. Tan eminente, aunque más claro y erudito, se mostró en la dialéctica Idelberto de Lavardin, arzobispo

¹ Bouchitté. Historia de las pruebas de la existencia de Dios. Paris, 1841.

² "Yo no aspiro á comprender las verdades para creerlas, sino que creo para comprender, sabiendo que si no creo no puedo comprender." Aquí tenemos en Anselmo el *Credimus ut comprehendamus* de S. Agustin.

de Tours, que en su *Tratado filosófico* y en la *Filosofía moral* ofrece el primer ensayo de sistema popular.

Boecio, comentando el Isagogo de Porfiro, dijo: "No investigaré si los géneros y las especies existen por sí propios ó solamente en la inteligencia, si son corporales ó incorpóreos, si distintos de los objetos sensibles ó comprendidos en ellos como parte." Y esto lo explotaron sus sucesores libres de escoger entre Aristóteles y Platon, Boecio y Porfiro, de donde el mundo intelectual se dividió en dos opuestos campos. La cuestión de los *universales* abordada ya por los filósofos antiguos, volvió á renacer por los alejandrinos y después por los de la edad media; y aunque muchos modernos se han burlado de ella, preciso es confesar que constituye el fundamento de la filosofía como se puede ver en esta sola pregunta. ¿Tiene todo su fundamento en la naturaleza de las cosas, ó no es mas que una simple combinación de nuestro espíritu por nosotros, y hecha para nuestro uso? El problema de la realidad objetiva vino después á dividir los ingenios en dos banderas, de las cuales una simboliza el empirismo y otra el sistema ideal, del cual resultó el realismo y el misticismo. El cristianismo, eminentemente ideal, impulsa el alma á creer y adorar lo invisible, por manera que la filosofía cristiana bien considerada, era en su esencia platónica, por mas que estuvie-

se adornada del peripatismo y fuese en la forma peripatética; pero la cuestion de los *nominales* tan agitada entonces, versaba sobre lo que hoy constituye la filosofia moderna; la Iglesia, reprobando los *nominales*, se inclinaba á los *realistas*, y así tenemos ya la ciencia en un nuevo camino y adelantando hácia su perfeccion, puesto que en estas escuelas rivales debia haber, como hubo, discusion encarnizada, y tanto que se desmenuzaban hasta las palabras mas insignificantes; y si bien es verdad que hubo hasta ridiculeces y no pocas en estas cuestiones, no lo es menos que el único modo de aclarar y establecer la verdad es discutir, y yo suplicaria á nuestros críticos que se burlan de estos esfuerzos del clero por llegar á lo verdadero, que me digan qué seria hoy, en qué estado se encontraría la ciencia sin ellos, y estoy seguro que entonces conocerán los trabajos del clero y aprenderán á estimarlos en lo que valen y le respetarán, lejos de censurarle, y en vez de reirse de esas cuestiones conocerán en ellas una verdad de suma importancia, y es, que el entendimiento humano es limitado y no hay hombre tan sabio que no se resienta de esta limitacion y pague tributo á la miseria de su ser; verdad que por sí sola nos conduce á otra que no quisiera yo que olvidasen amigos ni enemigos, cual es, que sin el temor de Dios no hay sabiduría, y que hay que abatir nuestro orgullo de sabios ante el conocimiento de lo instable de nuestro ser.

Así las cosas, apareció Juan Roscollin, canónigo de Compiègne; y á sus talentos se debe el que la cuestion entre los *realistas* y *nominales*, fuese planteada claramente; hasta él no se habia tratado á los universales mas que como abstracciones; pero él afirmó que no eran otra cosa que nombres, nada mas que los sonidos de una voz, con ayuda de los cuales indicamos las cualidades comunes observadas en los objetos individuales. Sin embargo, el nominalismo le precipitó en la herejía sobre la Santísima Trinidad, de la cual, aunque se retractó, no dejó de hostilizar al poder eclesiástico. Fueron sus impugnadores, como de Berenger, Anselmo y Lanfranco, sosteniendo que el universal preexiste á los individuos y la idea á la cosa. El primero habia adelantado la cuestion y dado la fórmula científica del realismo, diciendo que la idea de la unidad lógica es en otros términos la idea de la unidad real, y que esta perfeccion, esta verdad, es Dios. Berenger fué el primer adversario del realismo, y á su ejemplo los nominalistas no reconocian la existencia real de los géneros y de las especies, y tenian por nombres vanos el *ser*, el *género humano* y otras abstracciones semejantes, sosteniendo que nada era real mas que los individuos entre quienes no habia relacion alguna; pero esto no es el nominalismo de Hobbes que reduce la verdad á las palabras, y éstas á un convenio, haciendo así la ciencia subjec-

tiva verbal y hasta arbitraria; de esta manera fué como, impulsados por los estravios de Roscollin los realistas ortodoxos, se prepararon de los libres pensadores nominales. No obstante, creemos que pudieron muy bien hermanarse los dos sistemas, pues la diversidad de sus puntos de partida nada tenia de contradictorio; pero es preciso confesar que los dos podian traer consecuencias funestas y conducirnos hasta el materialismo; á pesar de esto el nominalismo fué condenado por el concilio de Soissons, y el realismo se elevó considerablemente en hombros de Eudes de Cambray, Anselmo de Laon, y mas que todos en los de Guillermo de Champeaux, si bien el campeón más vigoroso fué Abailardo, perfeccionado en las escuelas de París; enlazó en sus argumentos á Guillermo de Champeaux con Anselmo de Laon que á la sazón enseñaban en nuestra Señora de París y en la abadía S. Víctor, abrió luego su escuela en Milan y en Corbeil, viéndose siempre rodeado de innumerables discípulos, siendo su escuela de París la más concurrida; sin embargo, su propension es á la duda como lo demuestra en su tratado de *Sic et non*, y así es que con sus doctrinas minaba las bases del cristianismo. Sus doctrinas formaron la regla de su conducta que estaba reducida á buscar los recreos de la vida y el amor de las mujeres ¹, hasta que imposibilitado de estos goces abrazó, no por

¹ Lib. Calain. pág. 10.

vocacion sino por despecho, la vida religiosa haciéndose benedictino, pero sin dejar en el mundo sus malas doctrinas y dañosas costumbres.

Por fortuna el brazo poderoso que sostiene la Iglesia le suscitó un adversario que confundió su soberbia, y anonadó sus errores en el ilustre y melífluo Bernardo: árbitro de la Europa, celoso partidario de la ortodoxia católica, invencible paladin de la Iglesia, genio positivo, que ajeno á las sutilezas, repugnaba aplicar á la teología los raiocinios de una dialéctica insidiosa, no pudo llevar con paciencia que la fé estuviese comprometida por la cuestion gramatical y filosófica; y así volvió contra Abailardo aquella elocuencia con que habia sabido alarmar la Europa contra la media luna, y aquel ardor con que tan bien combatió las herejías, le arguyó en el concilio de Soissons y con tan concluyentes argumentos, que le obligó á retractarse con las lágrimas en los ojos y á quemar por su propia mano públicamente la *Summa de la ciencia santa*, destinada á explicar filosóficamente el misterio de la Santísima Trinidad, condenándole ademas, el concilio, á ser encerrado en S. Medardo; poco le duró esta conversion, pues volviendo á sus estravíos tuvo que huir á Champagna, en cuyos bosques fundó su célebre paracleto; allí le siguieron sus discípulos, y la soberbia le volvió á precipitar en nuevos errores, saliendo á predicar públicamente sobre la Trinidad,

la predestinacion y el libre albedrío ¹, escribiendo, ademas, libros sobre este asunto y componiendo para sus discípulos la *Teología cristiana*. S. Bernardo se apercibe de ello, ve el mal y se lanza de nuevo á combatirle, impugnando al dragon (son sus palabras) despues de haber vencido al leon, á la herejía despues del cisma y á Abailardo despues de Pedro Leon, declarándole de nuevo la guerra como á un espíritu mundano, segun aparecia en sus cartas. Tal era el carácter de este hombre audaz y tal su doctrina, que S. Bernardo, escribiendo al pontífice, dice despues de enumerar sus errores: "A fuerza de ingeniarse en probar (Abailardo) que Platon es cristiano, concluirá con hacerse pagano; si habla de la Trinidad, es Arrio; si de la gracia, Pelagio; si de la persona de Cristo, Nestorio ²."

Apoyada la soberbia del heresiarca en sus alumnos y en Arnaldo de Brescia, provocó una conferencia que S. Bernardo rehusó por largo tiempo, hasta que por último tuvo lugar en Sens, donde confundió de nuevo y redujo al silencio á su rival, que confesándose vencido ³ y prometiendo enmien-

1 S. Bernardo. Epíst. 332 y 337.

2 Id., epíst. 187, 188, 189, 190 y 191.

3 La carta del pontífice aprobando las actas de este concilio existe para responder á los filósofos que niegan la victoria de S. Bernardo; así como las cartas del mismo Abailardo al venerable Pedro. Véanse epístolas 189, 337 y 194.

da, fué hecho prior de Sainte-Gilde, en Bretaña, desde donde tuvo que trasladarse al monasterio de Cluni, donde acabó sus dias. Pero no con él concluyeron las consecuencias de sus malas doctrinas, sino que por el contrario, de su mala semilla brotaron los cornificianos que, participando de los realistas y de los nominales, reducian las doctrinas y las ideas á fórmulas, y comparándolas entre sí, hacian resaltar las contradicciones; lo que los conducia á un escepticismo que determinó á muchos de ellos á abandonar la filosofia por el claustro, y dedicarse allí á los estudios fisicos.

Tan perniciosas consecuencias y tan repetidos extravíos, hicieron que el nominalismo inspirara un gran temor, y en medio de este pánico aparece un hombre eminente, Pedro Lombardo; mantenido de caridad mientras siguió sus estudios, y despues elevado por su mérito á la silla de París, pensó volver las cuestiones escolásticas al punto en que las habian dejado los Padres. Adoptando un órden especial, compuso su *Liber sententiarum*, en donde recopiló diversas sentencias de los santos Padres, concernientes á los dogmas para formar un sistema completo de teología, sentar los principios generales de que no habia mas que sacar consecuencias, aducir á las cuestiones la autoridad de la Escritura y de los Padres, apelando al mismo tiempo á la razon para demostrar la exactitud y coherencia de estos principios. A pesar del gran

renombre que esta obra adquirió al autor, no debemos omitir que antes que él un ilustre español, Tione, arzobispo de Zaragoza, escribió por el mismo método cuatro *Libri sententiarum* que le abrieron el camino, y sobre los cuales escribió el suyo; por manera, que á éste pertenece el honor de la iniciativa, honor que reclamamos porque es nuestro, y como otras muchas cosas, nos quieren arrebatar los franceses. Sin embargo, el sistema de Lombardo no resolvía las cuestiones que esponía y abría un vasto campo á la discusión y á las sutilezas de la dialéctica, aun cuando llamara de continuo la atención hácia los estudios positivos y hácia los primitivos monumentos de la filosofía cristiana. A pesar de todo se admitió como texto en las escuelas, se hicieron de ella comentarios, y en los primeros tiempos de la imprenta numerosas ediciones, pudiendo muy bien decirse que en él y sobre él se ha basado el sistema teológico; y cuantos adelantos se han hecho en esta ciencia parten de allí, como veremos más adelante, así como fué un gran paso en la escolástica, que la puso en camino para ser lo que es y será más adelante la filosofía.

Las cruzadas suministraron un nuevo elemento á la filosofía cristiana escolástica, haciéndola conocer mejor los escritos de Aristóteles, así como la lengua griega, estableciendo relaciones más íntimas con los árabes. Estos, cuando se calmó el fu-

ror de su fanatismo recibieron la filosofía de algunos cristianos, como Juan Filopone, Mesua de Damasco, Honain y otros, que les hicieron conocer los escritos de Aristóteles comentados por los neoplatónicos, y á esto debieron también los musulmanes esa cultura que tantos encomios les ha merecido, y cuya instrucción, allí como á todas partes donde ha ido la ilustración fué importada por el clero, y tenemos tanto más gusto en manifestarlo, cuanto estamos dispuestos á no dejar en sienes extrañas ni una sola hoja de la hermosa é ilustre corona que ciñe las del sacerdocio, y porque queremos que se escriba de modo que todo el mundo lo lea; los amigos para consuelo, y los enemigos para confusión, y si puede ser enmienda, "que cuanta civilización tiene el mundo es debida á sus sacrificios" y que defienden una causa imposible de sostener honrosamente, cuantos quieren presentar al clero como enemigo de la cultura y un elemento disolvente, ó al menos contrario á todo lo que puede hacer el bien del particular y la prosperidad de los Estados; y decimos que es imposible de defender esta calumnia, porque los hechos la desmienten, y la historia pública lo contrario, y así para confundir á los detractores el clero no tiene otra cosa que hacer más que acudir á la historia y presentar los hechos, y una y otros labrarán su corona, que no podrá perderse ni por la calumnia ni por el sarcasmo de esas al-

mas bajas que á fuer de hacer la guerra á la religion, quisieran borrar del mundo hasta los nombres sacerdote, monje y fraile, en quienes siempre tendrán la impiedad y el error una oposicion que no se sofoca con dinero ni se acalla con honores, ni se mata con suplicios, porque saben muy bien las víctimas que *fueron enviados al mundo como corderos entre lobos*.

Las doctrinas filosóficas tuvieron, sin embargo, en Oriente diferentes alternativas, y allí, como en todas partes, el mundo intelectual se dividió; pero como consideremos inútil á nuestro propósito referir los nombres, escritos y opiniones de los filósofos árabes, nos contentaremos con decir solo aquello que cumple á nuestro objeto, y por lo mismo manifestaremos que en España tuvieron gran séquito las doctrinas de Averroes, y desde aquí fueron trasmitidas á toda Europa por los judíos que las aplicaron á la cabala y á los libros cabalísticos, de donde surgió otra nueva filosofía que del origen de sus adeptos se llamó judaica, y entre cuyos cultivadores figura en primera línea el gran cordobés Simon Maimonides, discípulo de Tophail y de Averroes, tan dedicado al estudio de Aristóteles, que sus correligionarios le acusaron de impiedad, por lo cual, abandonando su patria, buscó un asilo en el Cairo y allí ejerció la medicina bajo la proteccion del cadí. Su *Libro de los preceptos*, su *Mano fuerte*, su *Guía de los per-*

plexos son obras de reconocido mérito, y en las que se vislumbran muchas doctrinas modernas y se echan los cimientos, y aun esplanan otras que hoy dia usurpadas, forman algunas tristes celebridades como diremos al hablar del *socialismo*. Su última obra fué traducida á su presencia del árabe al hebreo; pero los israelitas vieron con disgusto que empleaba la religion con ayuda de la filosofía de Aristóteles, de lo cual resultó una cuestion que duró cuarenta años, pero aseguró el triunfo de los parciales de Maimonides, por lo cual fué proclamado como el hombre mas insigne que han tenido los hebreos despues de Moisés, y este honor, esta gloria como dejamos manifestado, es propia y exclusiva del clero, puesto que si bien es verdad que él aprendió de los árabes, tambien es fuera de duda que éstos fueron ilustrados é instruidos por el clero católico; y así, cuanto dijimos de los árabes podemos muy bien decir de los judíos, y concluir con que las ciencias modernas deben cuanto son al sacerdocio cristiano, que dedicado á su cultivo, á fuerza de vigilias, desvelos y sacrificios, las sacó de su rudeza, y colocándolas en el sendero progresivo, desenvolviéndolas poco á poco hasta el estado en que las vemos y que las ha de llevar á su perfeccion; y de este modo, ilustrando los pueblos, han civilizado el mundo y contribuido al bien de la humanidad y al esplendor de los Estados como ve-

remos en el curso de nuestra obra dedicada á este objeto justo y santo, porque justa y santa es siempre la causa de la verdad y el triunfo de la justicia. Mas dejando esto al juicio de nuestros lectores proseguiremos el curso de la escolástica.

Con estos elementos, al par que se modificaba la escolástica por el carácter particular de las diferentes naciones que dominaba, se desenvolvía ó alteraba; así vemos que en todos los países progresa en armonía con el carácter de sus habitantes, que se revela en las obras; los franceses é ingleses, si bien pensadores, aparecen sofistas y pirrónicos; los españoles discurren con rigidez y aplomo, y como los italianos son creyentes y se asemejan á los alemanes por una filosofía espiritual y elevada que revela las ideas platónicas. Sin embargo, en medio de todo, la filosofía escolástica había dado un gran paso merced á los esfuerzos del clero, y había fijado un método; conocemos que tenía sus defectos, los confesamos, pero decimos á nuestros impugnadores: ¿Dónde están las obras perfectas del hombre? ¿Qué hubiera sido hoy de la filosofía si á fuerza de conocer sus defectos no se hubiera corregido? ¿Y acaso la presente no los tiene? Seguramente, y así debemos agradecer á los escolásticos que la colocasen en el sendero de la ciencia, como nuestros hijos al enmendar los defectos de la nuestra, agradecerán seguramente nuestro trabajo por mas que sea imperfecto; y

decimos esto, porque nos consta que en este terreno se ataca al clero, tomándose acta de las imperfecciones de su trabajo y olvidando su mérito; y aunque este ataque bien entendido es un honor del sacerdocio, toda vez que al dirigirle los críticos, confiesan paladinamente que era el estado consagrado al saber, y por consiguiente, el único que sabía, y esta confesion nos honra; con todo, hacemos las preguntas indicadas, para que el hombre se convenza de su miseria y de lo limitado de su talento, y no se desvanezca creyendo que posee la ciencia, pues el título de sabio solo corresponde á Dios, que él es el que sabe la causa de las causas, y lo demas es vanidad, orgullo, mentira, sueños del hombre despierto que se desvanecen ante una triste realidad.

Surgieron los frailes mendicantes y dominicos, que no hallándose como los monjes acostumbrados á copiar manuscritos, ni muy familiarizados con la filosofía, se adhirieron al raciocinio y suplieron con la delicadeza de su ingenio y con la inteligencia su falta de erudicion; su estilo ardiente, técnico y geométrico, les daba un aire de concision; pero debemos confesar que eran prolijos, por la enojosa formalidad de las objeciones y de las respuestas. Con todo, es igualmente cierto, que en medio de la prodigiosa actividad de los ingenios, las novedades surgieron en tropel y las cuestiones vinieron á versar hasta sobre cosas ri-

dículas, empujando Raimundo Lulio la escolástica á uno de sus mayores extravíos; pero este gran movimiento prueba un exceso de vida en el mundo intelectual, y es bien sabido que cuando una cosa, sea cual fuere, se paraliza y estaciona, es porque no tiene fuerza para moverse, y entonces decae poco á poco y camina á su destruccion, como el enfermo que, agotadas sus fuerzas por la fiebre, no tiene otro término su mal que el sepulcro. A pesar de esto, no dejaba de haber espíritus juiciosos que imprimian á la ciencia una buena direccion y se oponian á sus extravíos. Los cornificianos dieron impulso á la lógica. Estéban, obispo de Tournay, se quejaba al pontífice de las extravagancias que envolvian la ciencia, y lo mismo Gualtero de S. Víctor; y Hugo de S. Víctor hizo una objecion científica á la lógica, que estaba infestada por el escepticismo de los cornificianos, á que Juan de Salisbury, obispo de Chartres, reparó con un escepticismo más sabio, que despues de combatir á *realistas* y *nominales*, viene á parar en la duda de los académicos, llevando la probabilidad hasta el punto que despues llegó Hume, minando la idea de la casualidad, la certidumbre de las ciencias y de la razon, pero no desprecia la lógica y combate el escepticismo *absoluto*, admitiendo en toda su fuerza la demostracion de la obediencia y declarando duda ilegítima y de mal género, la que no respeta al sentido comun.

Viendó la Iglesia al extremo que los talentos estraviados llevaban la ciencia, prohibió la enseñanza de la doctrina de Aristóteles, permitiéndola y vedándola despues alternativamente. De aquí provino que los filósofos distinguiesen la verdad religiosa de la filosófica, dejando á los santos Padres árbitros de la primera y discutiendo con sujecion á Aristóteles la segunda; de esto resultó la segunda escolástica, á la cual se asociaron la filosofia y la religion, y que segun todas las opiniones es debida á Alejandro de Halés, sobrenombrado *el doctor irrefragable*¹, que fué el primero en utilizar los trabajos de los escritores árabes. Es *realista*, pero admite con los *nominales* que la estension del conocimiento es más relativa á la facultad del sujeto, que á la naturaleza del objeto. Con él se asocian Vicente Beauvais, cuyos *espejos* son cuadros de cuanto entonces se sabia; Miguel Escoto, que puso en latin la Historia natural, el libro del Alma y los del Cielo y del Mundo, de Aristóteles; Alberto el Grande, eruditísimo compilador y argumentador sutil, si bien poco original, comentó casi todas las obras de Aristóteles, sacando gran partido de lo que habian producido los árabes y neoplatónicos, ensanchó las investigaciones de la lógica, metafisica, moral y teología, aunque se es-

¹ En aquel siglo cada doctor de crédito era señalado en la escuela por un adjetivo característico.

travía muchas veces por no conocer ni el griego, ni el árabe, y por falta de conocimientos históricos y literarios suficientes. Pero en sus obras de física, únicas originales, se encuentran verdades sorprendentes atendido su siglo; pues cuando Edrisi consideraba que solo era habitada la zona templada septentrional, Alberto no ponía en duda que fuera habitada hasta los cincuenta grados de latitud austral¹; por último, poseído de ideas religiosas abandonó la cátedra, después de haber hecho una confesión y protestado ante sus discípulos que se retractaba de algún error, si en él había incurrido, y que sometía su doctrina al fallo de la Iglesia, y murió en el retiro.

Por este mismo tiempo floreció S. Buenaventura, que dotado de gran ingenio, aspiró á poner en armonía la dialéctica de Aristóteles y la de los alejandrinos, y á sacar partido de sus doctrinas y de los trabajos de los árabes, no para ostentar argucias curiosas, sino para discutir problemas interesantes, con el objeto de aproximar opiniones divergentes. De estos trabajos sacó interesantísimas consecuencias para la ciencia, la experiencia, la fuerza de inteligencia, la primacía del *ser*, y se anticipó á Descartes y Malebranche, combinando el raciocinio con la intuición. Fué el primero en la organización de una enciclopedia, lo cual prue-

¹ Liber cosmographicus de nat. locorum.

ba que aquel fraile escolástico sabía contemplar la ciencia desde un punto elevado y nada mezquino. ¡Y se les llama por los actuales filósofos aprendices y charlatanes ligeros, *espíritus estrechos y mezquinos!* ¡Cuánto puede el despecho y la pasión de insultar!

Condiscípulo del anterior y muy íntimo amigo fué santo Tomás de Aquino; dotado de una verdadera inteligencia filosófica, de una erudición vastísima y de esa pasión por el estudio que conduce á los grandes resultados, pudo reunir todos los materiales, con los que dió á luz la *Suma Theologiae*, primer ensayo de un sistema teológico completo, que comprende también la moral general, según los doctores y según Aristóteles; es una enciclopedia donde la ciencia, la fé y toda la erudición de su tiempo, se hallan completamente desenvueltas. Creó además la psicología, la ontología, la moral, la política, según la fé; y con ayuda del método que estableció, pudo hacer aparecer las cosas que hallamos en el Evangelio como una razón, una ley y un derecho naturales¹. Distingue la causa material de la causa formal de las ideas; establece una diferencia entre la idea y el juicio; resuelve la cuestión de los *universales*, diciendo: que su materia existe solo en los individuos, y que la forma de la universalidad solo se obtiene ha-

¹ Quæstio 14. 95.

ciendo abstraccion de lo individual: distingue las criaturas en inmateriales, materiales y mistas, y hablando de las leyes humanas, las cree justas cuando llenan las condiciones de la justicia relativamente al fin que se propusieron, al autor de quien se derivan, á las formas que observan, esto es, al bien general, cuando no escede el legislador su poder, y cuando distribuyen de una manera equitativa las cargas que cada uno debe soportar para la ventaja de todos. Pueden ser injustas cuando se oponen al bien relativo del hombre, ó al bien absoluto que es Dios; luego se estiende sobre esta materia y forma un sistema legal que vino muy pronto á ser sistema de escuela. Alberto indicó las bases del derecho de gentes, y santo Tomás las estableció; á esto, pues, se debe, que los principios que rigen las naciones modernas entre sí sean diferentes del derecho mortífero de las naciones antiguas, y muchas doctrinas de que se gloria la sociedad moderna, se hallan en las obras de tan ilustre doctor que murió y fué colocado en el número de los santos por Juan XXII. Y aquí tienen los novadores otro fraile *estúpido é inútil*.

Las doctrinas de santo Tomas tuvieron un fuerte adversario en el franciscano Juan Duns Scoto, quien empleando una dialéctica sutil en el descubrimiento de la verdad, estableció como principio de certidumbre la revelacion demostrada, necesaria y verdadera. Perteneció á la escuela *realista*,

y como tal, aplicando sus opiniones á la teología, defendió la inmaculada concepcion de María Santísima, de un modo tan admirable, que le atrajo el respeto de todos. En el libro de sus sentencias hay doctrinas sorprendentes, y parece imposible que en aquel siglo hubiera ingenio bastante perspicaz para iniciar cuestiones que honran la moderna filosofia, y cuyo descubrimiento ha ceñido de laureles sienes que caminaron sobre lo que él dejó establecido; así pues, vemos que antes que los modernos admite el vacío ¹: asiente á la impenetrabilidad de los cuerpos antes que Newton, ni Keilio; establece la fuerza de inercia ²: inicia la cuestion sobre la atraccion y reconoce este atributo de los cuerpos ³: que la gravedad está en razon directa de la masa de los mismos ⁴: vislumbró el movimiento de la tierra y habló de él antes que Copérnico ⁵: reconoció que los cometas eran verdaderas estrellas ⁶: hablando de los meteoros se separó de la opinion de Alberto el Grande, á la sazón en boga, y estableció que eran refrac-

1 In 4 Phisyc. q. 2, 11, 13. q. 4.

2 La impenetrabilidad la establece en la Dict. 49, q. 16. La Inercia, lib. 2, sent. dict. 2, q. 10.

3 Lib. 7. Phisyc. Id., q. 1. Lib. 2, sent. dist. 14, q. 3.

4 Id. 2. Sent. q. 10.

5 Id., id. Phisyc. q. 2, lib. 1. Phisyc. q. 35, lib. 4, sent. dist. 1, q. 5.

6 Lib. 1. Meteor. q. 17, art. 2.

ciones de la luz que refractaban en las gotas de agua que caían¹: lo mismo que el iris de que dijo antes que Malebranche que no podía aparecer sino cuando hubiese sol ó luna, y que los colores lunares del iris son siempre más débiles que los solares, resolviendo con estremada delicadeza todos los fenómenos del iris, en armonía con las doctrinas de la moderna astronomía. Tratándose del origen de las fuentes y de los ríos, preparó el camino á los filósofos modernos² acerca de las plantas, en lo que se anticipó³ á Lewenockio, Malpighio, Vallisnerio y otros; en cuanto á la generacion de los animales es digno de notarse que siguió las doctrinas que hoy están reconocidas⁴; respecto á la naturaleza, leyes y fenómenos de la luz no estaba acorde con las doctrinas de su siglo, y antes se ve que profesaba las tesis de Newton,

1 Lib. 3. Meteor. q. 8 y 9.

2 Liber 1. Meteor. q. 25. art. 1. Mare, inquit, non est locus originis fontium, quia numquam aqua statuitur in loco altiori, quam sit locus suæ generationis, cum mare non sit locus altior montibus, unde procedunt fontes, inmo nec etiam planis terræ, quia omnis aqua decurrit ad ipsum, tamquam locum declivorem. Y ademas, sobre esta materia deben verse la cuestion 26 del mismo libro, y Element. de física q. 1239, y se le verá conforme con Malebranche.

3 Lib. 4. Meteor. cap. 4 q. 3. Lib. de Re. Princ. q. 8. Lib. 2. Phis. q. 10. Lib. 4. sent. dist. 44. q. 1. Lib. 4. Meteor. q. 2.

4 Lib. 2. sent. dist. 14. q. 3. Lib. 3. sent. dist. 4. q. misc.

Muschembrocche y otros¹, como igualmente respecto de los colores y su naturaleza², y fijó en el cerebro el asiento del alma como los modernos³; por manera que su gran talento puede decirse que penetró en el arcano de las ciencias, lo que ningun otro llegó á comprender y han sido necesarios algunos siglos para conocerlo los ilustrados *non plus ultra* que se llaman con la mayor *humildad* depositarios del saber.

Su escuela ha subsistido, es verdad, con escesivo calor, y sus discípulos y los tomistas se hicieron célebres por el encarnizamiento con que cada cual defendia su maestro; pero este era el curso de aquel siglo y su distintivo, y todas las escuelas con mas ó menos duracion tuvieron iguales defectos, pero estos, lejos de perjudicar la verdad, fueron su mejor amigo y mas poderoso auxiliar, y á ellas seguramente debemos el esclarecimiento de varios y algunas verdades notables, que tal vez sin ellas jamas hubiéramos sabido, y esta recomendacion merece seguramente alguna indul-

1 Metaph., lib. 10. Phis. 6, q. 6, lib. 1, sent. dist. 18, q. 4, lib. 4, sent. dist. 49, q. 15, lib. 2. Phis. q. 6, lib. 1, de Meteor. q. 11. Op. lib. 2, part. 3, prop. 10. Et q. 11. Elem. Phis. §. 815, lib. 3 Meteor. q. 5. Ibid. q. 3.

2 Carol. á S. Flor. lib. 2, sec. 4, art. 2. Meteor. q. 8, lib. 1. Meteor. q. 14. Ibid. q. 22. Ibid. q. 20.

3 Subt. D. q. 10 de Anima, lib. 4, sent. dist. 49, q. 14, lib. 1, sent. dist. 18, q. 4.

gencia y mas atenciones que las que se le guardan regalándola lindísimos epítetos capaces de poner colorados á cuantos los profieran y sepan lo que se dicen, lo cual no creemos sucederá á nuestros hermanos impugnadores.

Al lado de estas escuelas que dividian el mundo científico, se levantó la escuela contemplativa llamándose á la parte en el honor y en las penas: separándose del procedimiento lógico y de la exposicion árida, empleaban el lenguaje de la imaginacion, interpretando simbólicamente la naturaleza: fué su maestro Dionisio el Areopagita, y sus apóstoles los monjes benedictinos Hugo y Ricardo, á los que sucedió Pulleyn, que establece con la mayor claridad la relacion que existe entre los dogmas y las ideas racionales que se enlazan á ellos; á este siguió Alano de Rysel que hizo de ellas una aplicacion científica rigurosa: así fué que los frailes por medio de sus trabajos, por su laboriosidad y deseo del bien se atrajeron el odio de las universidades, y desde este tiempo datan los insultos que se les han prodigado, las burlas y las sátiras que contra ellos se han lanzado. ¡Tan antiguo es criticar el mérito y acudir al dicterio y sarcasmo para minar la reputacion que oscurece la del envidioso! La escuela mística produjo hombres tan eminentes como Juan Rusbrok que compuso apreciabilísimas obras: de este fué discípulo Juan Tauler, mejor teólogo, pero menos contem-

plativo que su maestro; pero esta escuela decayó tambien y una nueva debia salir á la palestra, y esta es la experimental. Roger Bacon, fraile franciscano, se apercibió de que las categorías lógicas estaban muy distantes de ofrecer la esplicacion real de los fenómenos físicos, y así reconoció la necesidad de consultar á la simple observacion y á la esperiencia; las matemáticas y el estudio de las lenguas le parecieron escelente base para establecer la filosofia, y á fuerza de experimentos adquirió esta reforma que en aquel siglo le valió la reputacion de mágico, lo cual le acarreó persecuciones que no impidieron su celebridad casi europea. Clemente IV le pidió sus obras y esta es la única coleccion que ha llegado hasta nosotros bajo el título de *Opus majus*, que contiene doctrinas que la mayor parte de los ilustrados quisieran haber establecido, y que sin embargo, le valieron una prision.

La division de escuelas hizo conocer que la autoridad del maestro no era infalible, y de aquí resultó que los talentos se aplicaron al estudio de la literatura antigua y el genio científico á la naturaleza y sus efectos; de aquí provino que unos criticaron francamente las opiniones de Aristóteles como Gotchals de Gante, otros filosofaron abriéndose paso por sí mismos como Egidio Colonna, arzobispo de Bourges, cuyo libro de *Regimine Principis* sirvió de modelo á la *República* de

Juan Bodin, que á su vez fué el tipo del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu. Guillermo Durando de S. Ponciano, fraile francisco, convertido de defensor en impugnador ardiente de los tomistas, batió en brecha su autoridad; luego Guillermo Ockam modificó el *nominalismo*; pero los *realistas* combatieron su doctrina, y un edicto de Luis XI condenó al destierro á sus discípulos; entre estos se hallaba Juan Buridan que tuvo que retirarse á Viena, cuya universidad fundó, y á esto debe el *nominalismo* su introduccion en Alemania donde duró hasta la reforma. Otro de los ockamistas mas célebres fué Gualtero Burleigh, autor de una historia de la filosofía que empieza en Tales y concluye en Séneca, y á éste debe Inglaterra la introduccion del *nominalismo* que en nuestros dias ha resucitado Stéwar, aunque de una manera menos sutil. El célebre Juan Charlier de Gerson que despues de haber sido espulsado de Paris murió en Lion, asoció al nominalismo el estudio de los antiguos, se inclinaba á las escuelas intuitiva y mística, y consideraba el método lógico como una preparacion á un género de conocimientos superiores. Algunos le atribuyen el libro de la *Imitacion de Jesucristo*, que es la obra mas notable de la escuela contemplativa, y donde las cuestiones teóricas son dejadas aparte para atenerse á la práctica, eco misterioso que revela el fondo de las almas sencillas y fervorosas.

La importancia de los estudios filosóficos acabó desde el momento en que la sociedad cesó de apoyarse en la religion. Pero al ver el culto tributado á Aristóteles no puede uno prescindir de reflexionar en el privilegio de eternidad que parece otorgado á los sistemas de lógica. Hace por lo menos veinte siglos que el *Nyaya* dura en la India, como Aristóteles entre nosotros; igualmente se aplica á todas las cosas, porque á semejanza de las matemáticas no es mas que un instrumento.

Lejos de imputar al cristianismo las ideas vacías de sentido, las vanas abstracciones, las fórmulas ininteligibles de la escolástica, diremos por el contrario, que estas faltas proceden de que no se conservó la ciencia bastante cristiana, y de que se siguió con demasiado respeto la huella de los paganos. Ya hemos deplorado locuras semejantes en Grecia, luego entre los neoplatónicos; ¿podemos decir que nuestra época y los países que se jactan de disfrutar mayor libertad de espíritu están completamente exentos de ellas? Es patrimonio de la razon delirar de esta suerte cuando le acontece apartarse de su sendero y pagarse de palabras. La discusion en las universidades á presencia de todo el mundo sabio, y en medio de una juventud que tomaba calorosamente partido en pro y en contra, producía la necesidad de recurrir á sutilezas, porque el mayor descalabro para un doctor hubiera sido *llevar capote* y no saber

desenredarse de un argumento expresivo. No se discutía, pues, para llegar á la verdad, sino para obtener un triunfo; y á semejanza de la teología tuvo también la filosofía sus mártires obstinados sucumbiendo por enigmas indescifrables.

En el campo intelectual corresponde la escolástica al feudalismo; en el campo político es un aislamiento en el cual el hombre fortifica su cabeza por la contemplación racional de lo infinito. Solo la escuela del encono pudo prevalecer de los extravíos de la escolástica para negarle el mérito de haber ejercitado y regulado el entendimiento, de haber ensanchado el campo de la metafísica dogmática, suministrando explicaciones ontológicas sumamente sagaces y anticipándose á Descartes, Malebranche, Hume, Montesquieu y Bacon de Verulamio.

Puede decirse con verdad que dió á las doctrinas de Aristóteles el único desarrollo de que eran capaces, solo que ella buscaba el principio de explicación en las concepciones lógicas, al paso que las otras no pueden proporcionar mas que medios de clasificación científica, reclamándolo además el concurso de la experiencia y de la historia. Pero en nuestro sentir fué una gran felicidad para la Europa haber tenido teólogos antes que físicos, y antes que académicos misioneros. Corregida así por los hábitos severos del raciocinio, vió á la lógica dominar en ella los entendimientos como la

intuición los había dominado entre los orientales.

Establecidas sólidamente por el cristianismo sobre las ruinas del ateísmo y del panteísmo, las dos nociones fundamentales del Criador y de la criatura fueron el estudio constante de los escolásticos que propendían á hallar y á esclarecer sus relaciones, fuente de toda moral, ó conciliar el dogma de la fé revelada, la pura razón y los fenómenos de la vida exterior, á fin de que sobre esta alianza de la fé, de la evidencia, de la certidumbre, se fundara una ciencia infinita. Esta unidad contribuyó á amoldar las inteligencias modernas á un modo de raciocinar ajustado, al orden y á la economía de las ideas, á un método constante; así pudieron desenvolver los pensamientos morales y metafísicos, cuyos gérmenes había sembrado la escolástica cambiando la forma al conservar el fondo.

La escolástica, pues, con todos sus defectos, contribuyó al desarrollo de las ciencias; y así vemos que todas ellas aparecen con sus formas; y por más que se critiquen los escolásticos y que sean objeto de la irrisión y del sarcasmo de los modernos, preciso es confesar, que las ciencias les son deudas de muchos adelantos, y que el mundo intelectual les debe mucho para olvidarlo con tanta ingratitud. Las cuestiones de escuela ejercitaron los ingenios, y de las pugnas del aula surgieron grandes ideas que hemos admirado, y aun hoy

veneramos como verdades científicas de grande importancia. Los hombres siempre somos los mismos; se alza una idea nueva, se proclama un nuevo principio; y como está necesariamente en oposición con lo antiguo, necesariamente este es su enemigo; y de aquí el combate, de aquí la oposición que encuentra el principio invasor: esto lo hicieron los frailes, los seglares, los filósofos, y esto lo repiten en el día, porque la humanidad es la misma hoy que fué ayer, y el hombre se decide tarde á honrar el mérito; por eso vemos que se persigue á los frailes, á los monjes, á los presbíteros y á los obispos, y sus perseguidores lo hacen con un cálculo egoísta; la persecucion es á su mérito que oscurece el de sus opresores; á la virtud que forma un gran contraste con el vicio de los acusadores; en una palabra, se les persigue porque no se les iguala, en lo cual prueban que el hombre no ha comprendido que hay una emulacion útil, virtuosa y santa, que consiste en procurar sobresalir en virtud y santidad; pero esta doctrina es de Jesucristo, la profesan los monjes, la practican los frailes y la enseña el clero; y por lo mismo, al sentir de nuestros adversarios, será una de tantas cosas absurdas, uno de tantos principios falsos que solo la *estupidez sacerdotal* observa, á lo cual solo contestaremos que, sea lo que quiera, es lo cierto que así lo ordena el Evangelio, cuya letra creemos, cuyo espíritu acatamos y en

cuyas doctrinas consideramos la suprema felicidad.

Yo quisiera que al catálogo de tantos nombres ilustres que enaltecieron la ciencia y salieron de las filas del clero á ilustrar el mundo, me opusieran los críticos otro de seglares que oscureciera su mérito; yo quisiera que me presentaran esos hombres *filantrópicos* y me los compararan con los hombres *caritativos*; que se pusieran de un lado los servicios que la filantropía ha hecho y los que ha hecho la caridad, y que me dijeran á quiénes debe más la sociedad, por quién se ha civilizado el mundo. Y creo que la respuesta no será dudosa por mucha parcialidad y afecciones que haya, con tal que haya erudicion y de buena fé se consulte la historia. Pero yo quisiera más, y es, que me confundan desmintiendo los hechos que refiero, recusando los hombres que presento y manifestando que no es verdad lo que digo; y si no pueden esto, que francamente confiesen que las palabras *egoísta, holgazan, inútil al Estado, perjudicial á la sociedad é ignorante* con que se denigra al clero, son otras tantas calumnias que gratuitamente se le infieren, pero que en odio á su estado, á su profesion ó á su instituto, se le lanzan; con lo cual quedaria satisfecho, porque consideraria la persecucion como un castigo con que el Señor me oprime, y á mi estado, y esto me consolaria, puesto que lo tendria como un aviso de la

misericordia infinita que me buscaba para apartarme del mal y procurar mi bien, y traeria á mi memoria que el Señor inspiró á David aquellas palabras con que endulzaba sus penitencias y aliviaba sus trabajos: "Tú me oprimiste y yo quedé instruido:" palabras que serian mi consuelo y el de mis hermanos, consuelo que todo el acíbar de los impugnadores no podria amenguar; pero volvamos á nuestro asunto, y veamos si solo el clero se dedicó á la escolástica, ó si en las demas ciencias prestó servicios.

Si de estas ciencias pasamos á las naturales y ocultas hallaremos que no han sido menores los esfuerzos del clero por elevarlas, y para comprobar este aserto empezaremos por la medicina: los árabes, en particular los españoles, habian adquirido gran celebridad en esta ciencia y habian hecho importantes obras, que si bien envueltas en las ideas del siglo, y con muchos defectos, no por esto dejan de tener un mérito reconocido, y son dignas de la consideracion del presente siglo y de todos. Bien pudiéramos citar aquí nombres ilustres; pero no es nuestra idea hacer mérito de una vana erudicion; y así solo aquellos que nos convenga espresaremos, manifestando, desde luego, que la medicina, como todas las ciencias, deben resentirse en la época á que nos referimos del estado intelectual del mundo, de los abusos de la dialéctica, de las fórmulas de las escuelas y del

escolasticismo entonces dueño casi absoluto del campo intelectual. Galeno dominaba en la escuela médica, y á Galeno seguian todos cuantos se dedicaban á esta carrera, hasta que Ebn-Zoar osó apartarse de él para seguir la filosofia histórica de las enfermedades, al mismo tiempo que otro español Abul Casi escribia la obra quirúrgica más apreciable de aquel tiempo.

No dejaba esta ciencia de contar entre los médicos árabes y judíos escelentes talentos; pero las universidades de Europa, en especial las de Nápoles, Salerno y Montpellier, eran las que poseian lo sublime de la ciencia. En este tiempo el movimiento religioso que arrastró la Europa á combatir en las orillas del Eufrates, hizo que las pestes fuesen más frecuentes; y los soldados de la cruz, comunicándose con los hijos del Islam, nos trajeron de aquellos climas enfermedades desconocidas. No es nuestro objeto entrar en detalles sobre las causas que en esto influyeron, ni menos dilucidar de parte de quién estuvo la culpa, y si se emplearon ó no los medios para evitarlo; y así solo nos concretaremos á explicar lo que conviene á nuestro propósito, para probar cuánto debe al clero la medicina.

Es, pues, el caso, que tan luego como apareció la lepra, el fuego de S. Antonio y algunas otras enfermedades, el clero se dedicó á su curacion; y al momento hubo almas prontas á sacrificarse por

el bien de sus hermanos, estableciéndose institutos religiosos al efecto; tal es el origen de los lardos, los aleginos, los cellitas, las bequinas ó beatas de Flandes, las hermanas negras y los frailes de S. Antonio, que se instituyeron para curarlas, y á los que debe la ciencia excelentes profesores que honran aquel siglo, y sobre cuyos trabajos ha caminado progresivamente la medicina. Abailardo persuadió á las religiosas del Parácleto que se dedicaran á ella, y santa Hildegarda, abadesa de Rupertsberg, era con mucha frecuencia consultada por altos personajes. A esta monja se debe la primera obra de materia médica que conocemos¹, que si bien llena de algunas supersticiones, no por eso deja de ser digna de aprecio.

Con las cruzadas vinieron á Europa conocimientos médicos del mayor interes, y vinieron porque los trajo el clero: tales son el uso de la caña fistola, el de las hojas de sen. La triaca, remedio favorito de la edad média, fué traída de Antioquía. Galeno afirma en una parte, que la humedad y el relajamiento son más naturales que la sequedad, y en otra asegura lo contrario, y Pedro de Abano aspiró á conciliarlas en su obra *Conciliator differentium*, dando así un paso más en la ciencia; Gilberto de Inglaterra describió la lepra mejor que otro alguno de sus contemporáneos; Pedro de España, que despues ocupó la tiara bajo el nom-

¹ Hildegardis.—Physica, Argentorati 1544.

bre de Juan XXI, escribió una porcion de recetas para todas las enfermedades, escluyendo los remedios supersticiosos y dando así un gran paso para el esclarecimiento de la verdad. Juan de S. Amando, canónigo de Tournay, dió una terapéutica superior á la de sus contemporáneos; á Gerardo de Cremona, que cursó en Toledo, debemos la traduccion de muchas obras árabes, y en sentir de muchos la invencion del *Speculum*; Roger del Palma recomendó la esponja de mar para las escrófulas; Lantfranco de Milán, huyendo de su patria, se refugió en Paris, donde estableció la primera cátedra de cirajunos seculares que hubo en Europa. Teodorico, obispo de Bitonto, observó por sí mismo y sustituyó las ligaduras con vendas de seda á los grandes aparatos de madera en el caso de fracturas de huesos, y un fraile compuso un libro sobre partos, que intituló *De rerum natura*, hecho con estremada habilidad, y en el que pone de relieve los males infinitos de que era causa la ignorancia de las parteras. El florentino Tadeo comentó á Hipócrates y á Galeno, y fué el primero que asoció la filosofia y la medicina: y Simon Corda en su *Clavis sanationis* se propuso desembrollar la confusion producida por la variedad de nomenclatura. Así el clero se dedicaba no solo á las ciencias teológicas y á las sutilezas de la dialéctica, sino á las ciencias naturales, y tantos y tan señalados servicios les tiene prestadas.

Entre estos trabajos y en un siglo donde todos los talentos aspiraban á brillar, era indispensable que hubiese muchas extravagancias, y á esto se debe el prestigio de la astrología que sus aficionados quieren hacer subir á una prodigiosa antigüedad. No estamos en el caso de ventilar esta cuestión, ni menos de dar una ojeada por la historia del mundo para probar si todos los pueblos han cultivado y venerado este absurdo; bástanos saber que efectivamente existió, y que uno de los primeros que se ilustraron en estas vanas elucubraciones fué Guy Bonato de Forly, de quien se dice que fabricó una estatua que pronunciaba oráculos. Pedro de Abano y Ceceo de Ascoli adquirieron asimismo, desgraciadamente para ellos, cierto renombre en esta materia: perseguido el primero, poco antes de morir "me he aplicado, dijo, á tres nobles ciencias: una de ellas me ha hecho sutil, otra rico, la tercera embustero; la filosofía, la medicina y la astrología." El segundo profesó en Bolonia; hizo un comentario sobre la esfera de Juan Sacrobosco, y dijo que existían en las esferas superiores, generaciones de espíritus malignos, que por medio de encantamientos se pueden sujetar á operar prodigios, lo cual, unido á otras locuras, atrajo sobre sí la sentencia de muerte. Andalon de Nero habló sobre la composición del astrolabio. Gerardo de Cremona tradujo el almagesto, el tratado de los crepúsculos, y

escribió su *Teoría planetarum*. Así los astrólogos fueron personajes indispensables, sin cuya consulta nada se hacía, y es sorprendente ver al cardenal Pedro de Ailly que propuso la reforma del calendario, sostener en el concilio de Constanza que los signos astrológicos indican la lucha del imperio con la Iglesia, y quieren concordar la astrología, teología, cronología é historia, y sería altamente reprehensible que nos detuviésemos en estos delirios, que sin embargo han sido siempre anatematizados por la Iglesia y combatidos por el clero, que conoció su descabellamiento.

Corria esta farsa por todas partes á despecho de las prohibiciones de la Iglesia, y el clero conociendo el mal y su causa se aprestó á combatirle. Pedro de Blois, arzobispo de Bath, se alzó contra estos errores y combatió la astrología y los mágicos en su *Ilusiones de la fortuna*. Sin embargo de esto la astrología llevó á todas partes su maléfico influjo, y de ellas se resintieron la medicina, la legislación, las matemáticas, llenándose las imaginaciones de falsas ideas, de groseras quimeras; de aquí los duendes, brujas, fantasmas, con toda esa inmensa comitiva de quimeras que ofuscaron los entendimientos y casi calificaron su época, y que sin las censuras de la Iglesia y las doctrinas y esfuerzos del clero hubieran concluido con las ciencias y dominado el mundo, llenándole de absurdas fantasmagorías.

Sin embargo, á ella se debe en gran parte el principio de la química por mas que algunos atribuyan su origen á Pitágoras, la quieran mejorar con el sistema molecular de Ocello, que le hagan cuna del atomista viniendo hasta las cualidades de Timeo de Locres, los elementos de Empedocles y Aristóteles, siempre resultará que el primero que regularizó la ciencia no fué uno de esos nombres tan queridos de los impugnadores, sino que iniciada por el fraile Raimundo Lulio, fué ordenada mas sistemáticamente por otro fraile su hermano Roger Bacon, que llegó hasta conocer y comprender las doctrinas modernas del calor central, y en la fundicion de los metales adelantó lo que ninguno de su tiempo, habiendo sido sin disputa alguna el primer químico y el regulador de esta ciencia. Así empleaban los frailes el tiempo, modo que no es seguramente la mejor prueba de su holgazanería, egoismo é ignorancia, y es digno de consideracion verle sentar como regla, que es necesario libertar los metales del principio sulfuroso por la *sublimacion*, por la *precipitacion*, por la *destilacion*, por la *calcination*; y hacerlos aptos para *transformarse* (fundirse) por la *fusion*, por la *coagulation*, por la *ceracion* y por la *solucion*.

Otro eclesiástico viene en auxilio de esta ciencia que siguió á su maestro Arnaldo de Villanueva, que impulsó los adelantos del arte de destilar y demostró su importancia. Se le debe el descu-

brimiento de la esencia de trementina, y quizá bien registradas sus obras se hallarian importantes descubrimientos si pudieran entenderse. Discípulo suyo Raimundo Lulio, hizo experimentos capaces de hacernos llegar á alguna generalizacion científica, se esforzó por encontrar la quinta esencia ontológica de los metales y vegetales; trabajo que puede considerarse como base del que actualmente ocupa la química terapéutica, investigando las esencias, las sales de la quinina y del opio (sulfatos) como arquetipo en que están contenidas sus mas eficaces propiedades. Tambien inicia y desarrolla otro pensamiento, objeto de las modernas investigaciones: dice, pues, que la forma es la cualidad mas esencial de la materia y que influye en la composicion química, lo cual equivale á la opinion de los fisiologistas del dia que afirma que el elemento de la forma tiene mas importancia que el de la composicion. No hay duda que tan importantes descubrimientos tienen sus lunares que, repetimos, eran una consecuencia necesaria de su siglo, y de lo cual se resienten todos los escritores de aquella época; pero bien pueden disimularse si se toma en consideracion lo que estos frailes hicieron en favor del progreso de las ciencias, tanto mas cuanto los *utopistas* de hoy tienen delirios mas criminales y punibles, que se los disimulan nuestros adversarios, sin embargo de no haber hecho bien alguno á las ciencias, ni

á la humanidad, al comercio ni á la agricultura, al particular ni al Estado; pero á eso dirán que al fin no son frailes, ni monjes, ni clérigos, ni obispos, contra los cuales la filosofía segun el siglo se ensaña, respuesta que si bien no puede convenernos, al menos nos hace saber que debemos humillarnos ante la voz poderosa del que dijo: *Vosotros lloraréis y el mundo se alegrará.*

Volviendo á nuestro objeto, seguiremos manifestando lo que nos hemos propuesto, y presentando esos grandes trabajos que honran al clero. Lulio habia depositado en su *Ars magna* los gérmenes de una enciclopédica clasificacion, y Arnaldo de Villanueva halló los ácidos *sulfúrico*, *muríático* y *nítrico*; hizo los primeros ensayos de destilacion que nos dieron por inmediato resultado el *alcohol* y posteriormente los *alcalis*. Alberto el Grande recibió al emperador en el rigor del invierno debajo de árboles cubiertos de hojas y frutos, y esto prueba cuánto trabajó en beneficio de la agricultura, y no creemos inconveniente afirmar, que fué el primer ensayo para esos invernáculos, merced á los cuales todas las plantas de unos paises pueden aclimatarse en otros; asimismo construyó su Androsde¹, lo cual prueba grandes trabajos en la mecánica. Paracelso, en medio

1 Era un autómeta que se movia y pronunciaba algunas palabras; y era tanto lo que charlaba, que santo Tomás lo rompió por librarse de esta molestia.

de sus delirios, dió un grande impulso á la medicina, é introdujo las preparaciones *antimoniales*, *salinas* y *ferruginosas*. Brandt halló el fósforo, Rodolfo Glauber el sulfato de sosa, Miguel Escoto trazó las primeras líneas de frenología¹. Otro monje hizo el descubrimiento de la pólvora. Basilio Valentin indica las preparaciones de antimonio y álcali volátil ó sal amoniaco, y varios procedimientos para obtener el bismuto y la flor del azufre, el azúcar de Saturno, el ácido nítrico, el sulfúrico, el agua real y el tártaro vitriolado. Cardan inició en sus obras, la fórmula que lleva su nombre, encontró las propiedades de los números, como el caso irreductible, indicó la multiplicidad de ecuaciones, el grado superior, la existencia de las raíces negativas, y trató de aplicar la geometría á la física; y á ellos se deben otras mil cosas tan útiles, que hacen estimables sus delirios y disculpables sus faltas á cuantos sepan que el entendimiento humano es limitado y su patrimonio el error, y que en las ciencias, entre mil errores, se halla una verdad, ¡y dichoso el que la encuentra!

Aun nos permitirán nuestros lectores que nos ocupemos del sabio naturalista de aquel siglo, del fraile que asombró el mundo con sus inventos, del hombre eminente, cuya memoria nuestro siglo res-

2 Miguel Scoti libellus de secretis naturæ.

peta, y que brilló en el suyo de un modo tal, que solo la maldad podrá negarle el primer lugar. Después de este preámbulo no cabe duda que hablamos del franciscano Roger Bacon, y después de pronunciado su nombre parece que nada queda que decir en su elogio, así es efectivamente; pero nosotros hemos tomado sobre nuestros hombros una gran responsabilidad y debemos llenarla, por lo cual tenemos obligación de enumerar los descubrimientos que hizo para que nuestros enemigos á su vista juzguen si fué fraile inútil y holgazán ó no. Así, pues, empezaremos por proclamarle el fundador de la escuela experimental ¹; aplicándolo á la óptica, señaló fenómenos todavía no observados sobre la estructura del ojo ², sobre el aumento producido por el lente ³, lo que le hizo adivinar el telescopio ⁴, sobre la causa que hace centellear las estrellas y no los planetas ⁵, sobre los fenómenos del arcoiris de las zonas colocadas en rededor del sol, sobre los diversos matices de que se cubren las nubes, sobre el paso de los rayos del sol al través del cristal, sobre el orden de colores producido en las superficies estriadas ⁶, y también

1 Opus majus, p. VI. c. 1.

2 Ibid, p. 263.

3 Ibid, p. 331.

4 Ibid, p. 352.

5 Ibid, p. 357.

6 Ibid, p. 288 á 404.

supo lo que era la detonacion producida por una mezcla en que entra el nitrato de potasa, lo que prueba que conoció la pólvora siglo y medio antes que Schwartz, aunque no se le considere su inventor. Tal vez este conocimiento le adquiria en los libros árabes, quizá seria suyo original; esto importa poco, si bien es cierto que dejó una receta para hacerla en enigma ¹, aunque luego dice claramente: "Si tomando como una pulgada de esta sustancia se produce más claridad y estruendo que el rayo, ¿qué seria si se supiera emplear en cantidad y materia diferente?"

Este gran talento también rinde culto al espíritu del siglo en que vivió. ¿Y quién podrá llamarse exento de las preocupaciones ó extravíos que dominan en la época en que se vive? Echemos una mirada sobre nuestro siglo, y apenas habrá una cabeza que no esté volcanizada con las ideas que en él pululan. Tirios y troyanos se disputan el campo, y en sus banderas se afilia la humanidad; todos creemos tener razón, y los siglos que nos han de juzgar nos condenarán confundidos, porque en los unos y en los otros hallarán los mismos defec-

1 Sed tamen salis petræ LURU VOPO CAN ULRIET sulphuris et sic facies tonitrum, et coruscationem, si scias artificium. Las palabras que van en letras mayúsculas significan ceniza de carbon; pero sin embargo, afirma que estos sonidos y fuegos, son más terribles y mayores en la atmósfera, aunque por la mano del hombre se pondrán hacer en mayor ó menor escala, según la cantidad que en su confeccion se emplee.

tos; mucha pasión y poca justicia; proclamación de unos principios y negación de ellos; palabras y hechos que las contradicen; en fin, miseria y aberraciones, porque el patrimonio del hombre es el error; pero Bacon, en medio de estas aberraciones descubre verdades de algún interés que son dignas de la consideración del hombre; él habla de máquinas para que los buques puedan navegar los mares y los ríos con economía de brazos; de carros que sin auxilio de animales puedan correr con una velocidad incommensurable; del viaje aéreo de los hombres; nos anuncia en estática que con el auxilio de una palanca se pueden levantar grandes pesos y las poleas para hacerlos subir á grande altura; imagina aparatos para andar sin peligro por el fondo del mar y de los ríos; nos anuncia puentes que crucen los más anchos ríos sin pilares ni apoyos intermedios; nos habla de sorprendentes juegos de luz; de la posibilidad de hacer aparecer dos ó tres lunas, puesto que los vapores, dice, esparcidos por el aire, se disponen algunas veces de modo que duplican y hasta triplican por una reflexión extraña de la luz el disco de estos astros;" y por último, asegura que los rayos solares conducidos y reunidos en haces por efecto de la refracción, pueden inflamar, á distancia proporcionada, los objetos sometidos á su actividad ¹.

¹ De secretis operibus artis et naturæ in nullitate magiæ, cap. I, 8.

Yo quisiera que los enemigos del clero y sus acusadores me dijeran si no es cierto que admira encontrar un fraile del siglo XIII con mejor criterio, con más talento, con más ciencia mecánica y mejores conocimientos en las naturales que sus favoritos Ninon, Tartarotti y Napoleon. ¡Napoleon! Ese gran genio del siglo XIX no vislumbra estos descubrimientos, no los comprende, se burla de ellos, y sin embargo habían de cambiar en su mismo siglo la faz del comercio y de los reinos, y seis siglos antes, un *fraile ignorante* los anuncia. ¿Quién fué más útil á las ciencias? ¿Quién más pensador? ¿El hombre cuya gloria, según sus afiliados y admiradores, ha llenado el mundo? No. El filósofo cuya celda, cuyo hábito, cuyo cordón prestan objeto á la sátira, ese es el hombre del pensamiento, de las ciencias, de las artes, de la humanidad. Destruyan las consecuencias que se desprenden del paralelo, si pueden, nosotros los retamos á ello, y entonces confesaremos que tienen razón... Pero procedamos, que aun no paran aquí los descubrimientos. Los fenómenos de la afinidad, objeto hoy de toda la atención de los químicos, no se escaparon á la penetración del hijo de S. Francisco, puesto que reconoció en los metales la atracción del imán para el hierro; luego la de los ácidos para sus bases, y la de las plantas entre sí. ¿Quién sabe lo que hubiera adelantado la ciencia si en la época de la reforma el fanatismo de los

reformadores no hubiera quemado sus manuscritos creyéndolos contrarios á la libertad que proclamaban, porque su autor era un fraile? Así obran nuestros enemigos; el mal lo tenemos en el hábito, el anatema suyo contra nosotros es nuestra profesion, nuestro estado; mas sigamos, que aun hay mas: este mismo Bacon se adelantó á Verulamio en combatir la autoridad del maestro, y recomienda de continuo el exámen, la observacion y la esperiencia ¹. Tambien le aventajó en su punto favorito la creencia en el progreso continuo de la especie humana ², y nos manda, no despreciar las opiniones de los antiguos, sino examinarlas para añadir donde falta y corregir las equivocaciones, y esto siempre con modestia ³. Así, ni más ni menos, se portan los enemigos del clero, *con modestia*; pero él era un sabio que conocia y respetaba los errores del hombre, y ellos unos charlatanes que solo piensan insultar y ser injustos, porque las glorias de otros hacen sombra á los envidiosos que no pueden igualarlas y que por lo mismo las menoscaban. ¡Volter hizo su elogio!

Tambien las matemáticas fueron cultivadas en

1 Exámen crítico de la historia de la geografia del nuevo continente, por Alex. de Humboldt, tom 2 al fin. Disertacion sobre Roger Bacon.

2 De secretis operibus, &c., cap. 7.

3 Opus majus, cap. 7. Volter en su Diccionario filosófico hace el elogio de Bacon.

estos siglos, y el clero se adhirió á ellas con el mayor entusiasmo. Bacon las declaraba el instrumento mas poderoso para penetrar en las ciencias, la que precede y nos dispone á comprender las demas. Santo Tomas las poseia á fondo como lo prueban sus obras sobre acueductos y máquinas hidráulicas; Campano comentó á Euclides, el monje de Bath Adlardo le tradujo y Hildeberto escribió un poema titulado *El matemático*. Pedro el Abaco era sobresaliente en aritmética, geometría y en mecánica, y tanto, que con ayuda de máquinas representó todos los movimientos de los astros. El abad de S. Galo hizo un globo celeste, y el clero, por último, asistió á la confeccion de las Tablas de Alfonso el Sabio, rey de Castilla, donde se ven revelados principios hoy acatados. El clero, para animar la fé de los peregrinos, compuso itinerarios que sirvieron de mucho á la geografia de Alberto de Lila; el monje Alberico y otros mil sobresalieron en ella, y aunque entre errores, echaron los cimientos á lo que hoy existe, y son los iniciadores de lo que sabemos, y esto basta; con todo, no podemos menos de hacer una advertencia que prueba cuánto debe al clero la geografia, y es que todo el mundo sabe que en las misiones solo, y exclusivamente solo, se ocupó el clero, que atravesó mares y desiertos, y que escribió lo que veia con las observaciones filosóficas que le parecia hacer, y á esto debe su fun-

damento sin disputa alguna la ciencia que nos ocupa.

Si de aquí recorremos todo el campo intelectual, veremos al monje Espina inventando los anteojos, al obispo de Ferrara Ugocione confeccionando el Diccionario, á Buon Compagno escribiendo sobre la ordenanza artificial y natural de él. Si se trata de oratoria, el púlpito es el creador de la moderna, y pudiéramos citar nombres ilustres de todos los pueblos, y de todas las naciones, y de todos los tiempos. Así es que, eliminadas de las librerías las obras compuestas por el clero, muy poco quedaria de provecho, y á los nombres citados en el curso de este capítulo pudiéramos añadir un catálogo infinito; pero no obstante, no lo concluiremos sin enumerar algunos, tales como el comentador Lira y el barcelonés Sebonda que sostuvo la revelacion en la teología natural, y siguiendo las huellas de santo Tomas se anticipó en la existencia de Dios á Fenelon, y á los libros de Clarke y Paley, mereciendo que Montagne le tradujese, y no puede negarse que en filosofía y teología adquirió ideas tan elevadas como Bossuet, Leibnitz, Pascal y Bacon. Al lado de estos vienen Eneas, Silvio, Gerson, el abad de Vercelli que brillaron en el concilio de Constanza de un modo admirable.

Los griegos, procedentes de Constantinopla quisieron sostener el platonismo, pero no les fué

posible y contra ellos se levantaron todos los sabios de Europa; pero no por esto el clero se olvidaba de las ciencias; así es que el cardinal Nicolas de Pusa inició el camino que debia seguir la nueva filosofia, declarándose en favor de las matemáticas y tomándolas por base de ellas; Egidio, obispo de Bourges, escribió un directorio de conciencia para los príncipes y un tratado de derecho público; el cardinal Besarion, haciendo á Purbach conocer los libros griegos, le hizo adelantar admirablemente en matemáticas, y él mismo fué un gran geómetra. La historia de todos los pueblos, si se consideran las crónicas, hallaremos que si la tienen es porque el clero se las escribió, pues apenas se halla una escrita que no sea su autor un clérigo, un fraile, un monje ó un obispo. En España podemos citar entre otros muchos nombres respetados en las ciencias, el cardenal Albornoz, el monje Albelda, el Cronicon de Cardaña escrito por monjes, el arzobispo D. Rodrigo, Lucas de Tuy, el pacense Bernardo de Compostela, S. Antonio, S. Vicente Ferrer, Alfonso, arzobispo de Sevilla, Juan XXI, Francisco Zimen, Juan de Segovia, Pablo y Alfonso de Burgos, el Tostado y Juan de Gerona. Adelantando un poco mas hallaremos los ilustres nombres de los coroneles Montanos, no debiendo omitir que el primero que escribió sobre el derecho de gentes fué el dominico Suarez, en pos del cual vie-

nen otros dignos antecesores de los no menos célebres Cano, Covarrubias, Cervantes, Cerda, Sotomayor, Salazar, Maldonado, Granada, Vives, Reina, Muñoz, Siliceo, Aspilcueta, Salgado, Feijóo, Rodríguez, Buriel, Flores, Mariana, Sarmiento, Isla, Climent, Beltran, Bocanegra, Gallo, Moezano, Rico, Merino, Risco, Marina, Masden, Andrés y otros mil.

Entre los descubrimientos el de la brújula se ve iniciado por Alberto el Grande, y el cardenal Jacobo de Vitry¹ nos la esplana mas con sus esplicaciones; un fraile dominico de Granada fué el primero que en su moral comprendió el derecho de guerra, y en todos tiempos los conventos han sido el asilo del saber; en nuestra misma época los establecimientos científicos son, y han sido, el objeto de los desvelos del clero, y en los conventos y monasterios hallaban los pobres medios de sobreponerse á su nacimiento, y consagrándose al estudio llegar á los primeros destinos del Estado; allí se cultivaban las ciencias y se comunicaban sin interes; allí se hallaban unas puertas que recibian á cuantos se inclinaban al estudio, y los enseñaban los frailes ignorantes y los monjes egoistas, y los admitian en su seno, y libres de preocupaciones los igualaban y elevaban hasta sí porque la caridad se lo ordenaba, conducta bien

¹ Speculum doctrinae, XVI, cap. 134.

diferente de la de nuestros impugnadores que solo piensan, bajo el nombre de igualdad, engañar al pueblo para despotizarle, y atropellar al pobre para oprimirle mas y mas, y esplotar su sudor y su sangre. ¡Así entienden la filantropía, contra el modo como los frailes la caridad! Que hable el pueblo, que se le dé á elegir.



CAPITULO V.

AUXILIO QUE PRESTÓ EL CLERO A LAS BELLAS ARTES.

Solícito siempre el clero del bien de sus semejantes, del esplendor de los Estados, de la prosperidad pública y del progreso de todos los elementos sociales, con el mismo afán que se dedicó á las ciencias tendió su mano protectora á las artes, que no solo cultivó, sino que para hacerlas florecer empleó sumas inmensas en un tiempo en que los grandes del siglo consumían sus rentas y patrimonios en festines, en orgías, en guerras empezadas por el capricho y sostenidas por la vanidad, y en otros elementos tan contrarios á la humanidad como enemigos de la civilización.

Nadie ignora los males que la irrupción de los pueblos del Norte causó en Europa, y todos con-

fiesan que su planta destructora llevaba á todas partes el incendio y la desolación. Leemos las historias y horroriza ver á cada paso entregados á las llamas ó reducidos á escombros aquellos monumentos, gloria de las artes, que en todas partes levantara la munificencia romana. Palacios, termas, arcos triunfales, puentes, todo caía al golpe de su hacha destructora. La piedad romana había erigido en templos cristianos muchos templos gentiles y otros monumentos notables, como teatros, &c; y esto valió para que algunos se salvaran de la general ruina, viniendo á suceder que la religión cristiana fuese el único escudo de la Europa monumental que encontró en la Iglesia la tabla de salvación en tan terrible naufragio. Hizo más: inspiró á los reyes bárbaros apego á las artes impulsándolos, no solo á conservar los monumentos, sino á levantar otros en los que conservó los restos antiguos; así es que vemos en la fachada del convento de Franciscos de Rávena, un resto del palacio de Teodorico, y éste mismo erige allí una iglesia y un bautisterio. Amalasunta levanta un mausoleo á su padre, que vino con el tiempo á ser iglesia, y es la de santa María de la Rotonda; en España tenemos la basílica de S. Vicente de Avila. Nace luego el gusto por las cúpulas; santa Sofía, S. Márcos de Venecia y santa María de Florencia y otros mil en toda Europa, atestiguan su dominio.

Nada probaria esto á nuestro asunto, por más que haya constituido un género de arquitectura y hecho un adelanto en la ciencia, si no hubiera sido la obra del clero; mas como quiera que solo él haya inspirado estas ideas, aconsejándolas y puéstose al frente de las obras para dirigir las; como quiera que para conservar lo antiguo haya trabajado, bien para erigir en templos modernos aquellos monumentos, bien para aprovechar sus pilastras, basamentos y columnas en las nuevas construcciones, es lo cierto que la gloria de haber conservado y protegido las artes es tan suya, como la de haber conservado y protegido las ciencias, puesto que el mismo empeño y celo con que copió y conservó los manuscritos, empleó en conservar y custodiar los monumentos. De lo primero dan prueba el monumento de Gala Placidia, convertido en templo de S. Nazario y S. Celso; el templo de Marte, en Mérida, en templo de santa Eulalia; de lo segundo S. Apolinario, y de uno y otro innumerables iglesias en todos los reinos de Europa, para cuyo relato no bastarian muchos volúmenes. Tambien la piedad destinó para iglesias ó monasterios las casas y palacios senatoriales, y así pudo preservarlos de su ruina; lo mismo que las termas, el clero las pedia á los poderosos, y estos sacrificaban su gusto en aras de la religion, y de este modo los talentos se desarrollaron admirablemente y se dedicaron al cultivo de las ar-

tes y á hacerlas florecer. No creo necesitemos enumerar los conventos é iglesias edificadas sobre las ruinas paganas, porque no hay persona que no confiese que esto es así, y basta estudiar los mismos monumentos para convencerse de esta verdad, que publican más altamente que la mejor elocuencia; pero lo decimos como preliminar de lo que vamos á continuar, y para que se sepa que en todos tiempos el clero, muy lejos de ser enemigo de los elementos civilizadores de los Estados, siempre los ha protegido, y de un modo tal, cual ningun otro brazo de la sociedad lo ha hecho, y menos los que lo insultan, que no han sabido mas que destruir.

Pasando de los siglos anteriores al de Carlo Magno, vemos al clero impulsando á este soberano á la arquitectura; y á sus consejos, y aun á su estudio, debemos los monumentos que de este tiempo nos quedan, y entre los cuales merecen especial mencion el templo de los santos Apóstoles en Florencia, el de S. Miguel en Roma, un puente en Maguncia, los palacios de Noruega, Francfort y Ratisbona, y sobre todos el de Aquisgran, con su célebre capilla de la Virgen, obras todas del arquitecto Ausegiso, abad del monasterio de Fontenelle, quien aprovechó esta ocasion para embellecer sus obras con los mosaicos y columnas que hizo traer de Roma y Rávena, conservando así á la posteridad estas preciosas joyas del arte. Tam-

bien construyó unas termas notables por su belleza. En los siglos posteriores el clero continuó favoreciendo y dedicándose á las artes, como lo prueban los trabajos de Alberto el Grande, Raimundo Lulio, Bacon y otros en mecánica, y muy particularmente los estudios matemáticos á que se consagró el clero, y los desvelos con que fué desenvolviendo y mejorando esta ciencia que tan poderosamente influye en las artes liberales, sobre todo en la arquitectura; y estos clérigos inútiles los vemos figurar en todas partes y donde se erigen grandes monumentos, ya dirigiéndolos como arquitectos, ya mandándolos levantar como particulares. En tiempo de Leon III se erigieron en Roma numerosas construcciones, y el mismo pontífice cubrió de oro el pavimento de la confesion de S. Pedro, hizo una balaustrada de plata y levantó el bautisterio de S. Andrés, de figura redonda, con las pilas en medio rodeadas de columnas de pórfido. Además, los primeros vidrios de colores, de que se hace mención, los colocó en la basílica de Letran, y cuando así edificaba, no se olvidaba adornar con los despojos de los antiguos templos otras iglesias, como santa Cecilia, santa Catalina, S. Jorge, S. Juan Anteportam-Latinam, S. Pedro Advíncula y otros; y para no cansarnos, debiéramos concluir, asentando, que no hay un solo pontífice á quien Roma no deba algun monumento notable como veremos en este capítulo, su-

ministrando así á las bellas artes un alimento que en todas partes les negaba el egoismo, la codicia y la barbarie de los que tanto encomian nuestros acusadores.

Aun se enseñan pinturas y mosaicos de aquel tiempo; es verdad que son obras groseras que ofrecen, como los sellos y medallas del mismo tiempo, personajes con ojos foscos, manos flacas, piés puntiagudos y en actitudes faltas totalmente de soltura: ¿eran obras de artistas del país ó productos griegos? Varian los pareceres en este punto, y es sumamente difícil decidirlo, porque los que trabajaban en ellas modificaban por imitación su estilo propio, y á menudo se consideraban como obligados á seguir ciertos tipos invariables. Hacia el año de 1000, Leon de Ostia escribe que Didiero, abad del Monte Casino, hizo venir de la Lombardía, así como de Amalfi y hasta de Constantinopla, hábiles operarios para trabajar el mármol, el oro, la plata, el hierro, la madera, el yeso, el marfil: añade que el arte latino que habia descuidado hacia cinco siglos la *musicaria* y la *cuadrataria*, los recuperó por medio de numerosos niños agregados á aquel monasterio y que se acostumbraban á practicarlos. Sea como quiera, se hallan pinturas de esta época en las iglesias de la Cava, de Casuaría, de Subiaco y del Monte Casino, y existe un tratado de Teófilo, monje del siglo X, quizá italiano, y de seguro habitante de la Lom-

bardía, en el cual se enseñan diversos métodos para pintar, entre otros el de la pintura al óleo, que el silencio de Plinio nos autoriza á creer ignorada de los antiguos. Teófilo aprende á desleir los colores con aceite de lino para pintar las casas y las puertas. Como el aceite de lino tarda mucho en secarse, ofrecia grande dificultad, sin duda, sobreponer diferentes colores; en su consecuercia podria suceder que el descubrimiento con que se honra á Juan de Brujes, no consistiera mas que en la sustitucion del aceite de nueces ó de adormideras, ó bien con la agregacion de un secante.

El ante altar de S. Ambrosio, de Milan, es un monumento notable de las artes en aquel tiempo. Fué encargado por el arzobispo Ausperto. Sin embargo, se pretende que los alemanes aventajaban á los italianos en este arte, y que nada hay entre éstos que pueda sostener el cotejo con los vasos regalados por Enrique II á la catedral de Bamberg, y que se admiraban en Munich actualmente. La gran habilidad de S. Eloy en platina, es una prueba de que todas las artes que de ella se desprenden se cultivaban en este tiempo, y de que el clero continuaba dándolas impulso y prestándoles su proteccion. Otra prueba mas es la que nos suministra el arte de fundidor empleado solamente en las campanas, lo cual por sí mismo dice la gran proteccion que recibian de este estado. Baldrico, duque de Iriuli, habia presentado á Luis

el Benigno un sacerdote veneciano llamado Jorge, que propuso construir órganos é hizo uso en Aquisgran. Este arte hizo tantos progresos en aquella ciudad, que Juan VIII rogaba á Hannon, obispo de Fressingue, que le enviara uno de aquellos instrumentos de la mayor perfeccion con un hábil organista.

La arquitectura se ocupaba no solo en la construccion de los castillos, al abrigo de los cuales se ejercia la tiranía, sino tambien en los trabajos de embellecimiento. Es de hermosa construccion el atrio de S. Ambrosio de Milan que hizo construir el obispo Ausperto. Arrancan los botareles de los pilares, y se encuentra allí majestad ya que no la elegancia romana.

Estamos en el siglo X y con asombro vemos ir renaciendo las artes, contribuyendo á ello el deseo de honrar las reliquias, la tranquilidad que se disfrutaba y la quietud de los ánimos, y sobre todo las nuevas ciudades que se levantaban: entonces se pusieron las primeras piedras á la abadía de S. Juan, á la cátedra de Espira, y en pos vienen infinitos templos y catedrales cuya suntuosidad asombra, tales como las de Estrasburgo; la reedificacion de otras iglesias no menos célebres como la de Cluny, en todas las cuales se reservaba la bóveda para la pintura, y de este modo protegian este arte, en el cual vemos á Ricardo, abad de Viena, representando á S. Enrique solicitando

el hábito de monje. Lo demás de las iglesias se cubría de tapicería, y aquí hay otro arte protegido al mismo tiempo que el comercio, como se revela en las numerosas edificaciones de este siglo, entre las cuales figura la iglesia de S. Miniato del Monte mandada construir por el obispo Hildebrando, la catedral de Fiesola por el obispo Jacobo Bávaro, adornada con columnas y capiteles de edificios romanos, la de Arrezzo, edificada con los despojos del teatro y otros edificios antiguos; la casa de Dios de Luca, del obispo Anselmo de Bagio, y otras mil que omitimos en gracia á la brevedad. Mas porque no se diga que esto era en este ó aquel pueblo, en tal ó cual reino, diremos que Venecia cuenta á santa María de Torcello edificada por el obispo Orso Orseolo; Génova su S. Lorenzo, templo digno, erigido por la piedad, para mausoleo de las reliquias de S. Juan Bautista. Pisa su magnífica catedral, honor y gloria de Buscheto que acumuló en ella los restos de los edificios romanos y las columnas traídas de Oriente, que mereció ser consagrada por el papa Gelasio. También los regulares protegieron la arquitectura, como lo atestiguan la abadía de Vallumbroso, las camaldulas de Casentino, el convento del monte Aubernio, retiro piadoso de mi S. P. S. Francisco. En España nos quedan monumentos religiosos que atestiguan el grande apoyo que el clero prestó á la arquitectura: Oviedo, Gijón y otros

pueblos de Asturias y Leon nos demuestran esta verdad. El órden que estos monumentos guardan nos recuerda el género peculiar de los antiguos godos; en escultura tenemos los sepulcros de los antiguos reyes de Leon, y la hermosa cruz que á su catedral regaló Alfonso el Casto, manifiesta no solo su gusto arquitectónico, sino tambien que se sabia fundir: en las demás artes no éramos tan felices, pero á nuestro asunto basta lo espuesto para comprobacion de nuestra idea, y manifestar al mundo lo que debe al clero fanático, egoista y holgazan. En lo que nos queda de este capítulo manifestaremos con mas latitud esta verdad, y veremos los adelantos de las artes, bajo la influencia y proteccion de ese clero que tanto se deprime, escarnece é insulta.

Los monumentos son la escritura de los pueblos: ahora bien, el cambio en la arquitectura indica tambien el cambio en la civilizacion; si la originalidad falta á una construccion, es una señal de que las ideas del tiempo faltan asimismo. Lo que hemos dicho de los siglos precedentes nos dispensa de demostrar que los godos no introdujeron ninguna especie de arquitectura, y que por consiguiente con mucha impropiedad se ha dado el nombre de gótico al órden que tiene por carácter el ángulo agudo, ó mas bien el conjunto piramidal del edificio. Nos espresamos de esta manera porque existen en Italia y se encuentran

también con frecuencia entre los bizantinos, arcos que rematan en punta entre las construcciones de otro carácter, y modelados según la basílica de la última época romana. Puede también decirse que este género predominó en Italia, donde después se adoptó la verdadera forma gótica, cuando la majestad del plan era ya descuidada por la variedad de detalles, como se puede observar en S. Andrés de Vercelí, en santa Petronila de Bolonia y en la catedral de Milan. Algunos autores han querido con este motivo llamar lombarda esta arquitectura local, derivada del estilo romano bizantino, lo cual se conformó al gusto de los pueblos entre quienes se empleó; encuéntrase ejemplos en S. Ambrosio de Milan, en las catedrales de Milan, Plasencia, Módena, S. Marcos de Venecia, S. Miguel de Pavía, santa Fosca de Torcelo.

Algunos otros escritores le quisieran oriental y llevado por las cruzadas; otros también originario de Oriente, pero introducido ya en España, de donde hubiera pasado á Occidente; otros, en fin, lo sostienen como nacido en Europa. Wittington hace venir de Oriente el estilo gótico, y Aberdeen, su editor, dice que se encuentran muchos monumentos de este estilo en el Asia menor, en la Arabia, en Persia, en las orillas del mar Caspio y hasta en los desiertos de la Tartaria. Haggit pretende que existen sobre ciertos arcos agu-

dos, inscripciones cúficas, escritura abandonada en el siglo X, de lo cual encontró Hiltorf pruebas en Sicilia, en Zisa por ejemplo. Bentham supone el arco agudo nacido del crecimiento de los arcos semicirculares, tesis sostenida por Milner, quien declara que la época de los edificios citados por Aberdeen es demasiado incierta para que se pueda deducir nada, y que los de España son posteriores á la introducción de lo gótico entre nosotros.

De seguro el arco de cimbra aguda es de fecha muy antigua; la idea fué naturalmente sugerida por las grutas y fué imitada, en las que el arte ejecutó para substrucciones ó acueductos. Es verdad que los occidentales podían haber visto ya de estos ejemplos en Oriente, en las peregrinaciones, frecuentes entonces, ó bien en España, donde se había introducido un género de arquitectura particular, es decir, el estilo morisco, notable sobre todo por la profusión de adornos, copiados de las ricas telas de Oriente. El gracioso aspecto que sorprende en estos monumentos á primera vista, se aproxima á la afectación, y admirando su atrevimiento, su variedad, rica ornamentación, sus formas fantásticas, se conoce que les falta grandeza. Son obras de paciencia más bien que de genio.

Los arcos agudos están alternados con los arcos en forma de herradura en la catedral de Cór-

doba, construida por Abderramen I y terminada por su hijo en 800; todos son cimbrados en punta en la alhambra de Granada, no construida hasta 1273; pero no hemos hecho consistir la ciencia de lo gótico en el arco roto. Habiendo por otra parte dominado los godos en España, esto no escluiría el origen septentrional.

En Italia no vemos monumentos góticos, sino el pais sujeto al imperio, y muy particularmente á los normandos; y en Alemania es donde se encuentran los principales edificios de este género en las catedrales de Colonia, Ratisbona, Estrasburgo, Ulma y las de la Viena, lo cual prueba que la invencion de este género es enteramente alemana. Sin embargo de confesar que no hace á nuestro intento ventilar si el estilo gótico tuvo aquí ó allí su origen, que bastaria decir que aun no se ha formado y que existe enteramente en la unidad, unidad que, al ver un edificio, nos hace esclamar *es gótico*; porque tiene un pensamiento armónico que conduce las diferentes partes hácia un fin comun é inevitable, no podemos menos de hablar de él como tal, porque así está recibido, y manifestar cuánto trabajó el clero para elevarle. Si vamos á referir los primeros arquitectos, seguramente nos hallariamos sin poderlo conseguir, porque sus nombres los calla la historia; pero en comprobacion de lo que nos proponemos, vienen los escritos de Pedro el Cantor y de Roberto de

Flamesburgo, penitenciario de la abadía de S. Víctor de París, que nos cuentan que los confesores sustituian á veces á las penitencias una limosna para construir puentes ó para el entretenimiento de los caminos y para las catedrales: de este modo favorecian las artes, y así se levantaron esos monumentos que hoy son su gloria y nuestra admiracion, y así se protegió el talento del artista.

En sentir de todos el monumento gótico más antiguo de Italia, es el convento de S. Francisco de Asís; pero el arco ojivo se habia empleado antes en las celdas que rodean la gruta de S. Benito en Subiaco, que fueron reedificadas por el abad Pedro, y muy particularmente la capilla consagrada á S. Silvestre por Leon IV. Encima comenzó en el siglo XI, el abad Humberto, un verdadero cuerpo de iglesia, y despues el abad Juan lo hizo servir como confesonario al templo que allí fué erigido. Del mismo género son las iglesias de Chiaravalle, de S. Leo de Urbino, la de S. Flavio, erigida por Urbano IV, la capilla de la Porciúncula; sobresaliendo entre todos el templo que edificó Fr. Elías á N. S. P. S. Francisco en Asís. En Sicilia tenemos la capilla de S. Pedro en el palacio de Palermo, la catedral de Cefalu, la basílica de Montreal y otras mil. En Pisa tenemos la iglesia de S. Antonio de Padua, para cuya construccion contribuyó toda la cristiandad, invitada por Alejandro IV, y

la catedral de Orbiato. Ya en el siglo XIV aparecen la cúpula de Milan y la cartuja de Pavía; la primera se aparta algun tanto de este estilo en sus formas neogriegas, y se aproxima al tipo de Estrasburgo; y es tal la riqueza de sus adornos, que por mucho tiempo fué una escuela nacional para las artes, por lo cual la enriquecieron con obras muy superiores á la de S. Bartolomé de Argati eminentes artistas.

Del mismo modo la Alemania debe al clero su arquitectura y las demas artes. La iglesia de Friburgo, de construccion gótica, se hizo por las predicaciones religiosas que alcanzaron que cada habitante diera para construirla el mejor traje que poseia. La catedral de Colonia se empezó en el siglo XIII, como igualmente la de Ulma; pero la obra de este siglo y de este género que mas admira en este pais es la de Estrasburgo: en ella, es verdad, se halla mezclado el estilo sajón con el gótico, y llevado á toda su perfeccion el sistema piramidal en medio de una sorprendente profusion de esculturas, aumentando la reputacion de sus constructores el campanario, hasta el extremo que de todas partes se les solicitara á porfia para trabajar. Siguiéronse la catedral de Espira, la torre de S. Estéban de Viena y otras mil.

Empezó en Francia el abate Suger á introducir este género de arquitectura, haciendo restaurar la fachada de S. Dionisio; siguió luego la ca-

tedral de Cambray, la capilla de Dijon. Habiendo llevado S. Luis á Oriente varios ingenieros, se ocupó en construir á su vuelta edificios que se admiran por su ligereza de estilo, entre los cuales se hacen notar la santa Capilla y otros monumentos de París, la iglesia de Royaumont, las catedrales de Amiens, Beaubais, Chartres y Orleans. Nuestra Señora de París, cuya primera piedra se puso reinando Luis VII, la fachada que adornan las efigies de los reyes de Francia, es del tiempo de Felipe Augusto; el lienzo del Mediodía de S. Luis, y el del Norte de Felipe el Hermoso; pero donde se hallan las obras maestras del arte es en Normandía, llegando á tanto, que ha hecho sostener á muchos autores que habia nacido allí el estilo gótico, y que fué trasladado por los conquistadores á Inglaterra¹. El abad Dargent levantó el Saint-Oven de Roven. Este estilo se revela en santa María de Cambridge, en S. Pedro de York, en santa María de Oxford, en la abadía de Westminster, en la catedral de Cantorbéry con sus célebres y numerosas esculturas, la Exeter, Durham, Salisbury y otros muchos edificios de Inglaterra.

En nuestra patria dominaba el estilo morisco, de cuyos primores nos quedan la catedral de Córdoba (mezquita levantada por Abderramen I) con sus numerosas columnas de preciosos mármoles,

¹ Guillermo de Malmesbury. De regibus anglice, p. 102.

sus arcos de herradura y su chata bóveda, la alhambra de Granada, la giralda de Sevilla, y otros muchos edificios dignos de la admiracion de los viajeros, y cuyos triunfos vino á cortar el estilo gótico de que son preciosos monumentos las catedrales de Barcelona, Sevilla, Tarragona y Segovia, la de Batalha en Portugal, la de Burgos con sus hermosos calados, con sus numerosas ventanas, agujas, dentellones y festones de piedra, que aproximándola al estilo morisco, la hacen aparecer como el punto de transicion de uno á otro; luego vienen las de Toledo, Jaen, y otras muchas, con varios monasterios y conventos, y algunas parroquias que denotan por todas partes el triunfo de aquel estilo que nos ha dejado como buenos modelos la basílica de S. Vicente en Avila y la catedral de Leon, restaurada y perfeccionada en este siglo por el monje benedictino esclaustrado Echano.

Esto debe la arquitectura al clero regular y secular, á ese clero que se pinta por sus enemigos con tan negros colores y que se quiere hacer pasar como el enemigo de cuanto sea saber, de cuanto diga ciencia, de cuanto signifique ilustracion. Yo desafio á nuestros detractores á que me presenten en sus filas, entre los humanistas, entre los filósofos, hombres parecidos al clero, que hayan hecho, no tanto, sino alguna parte de lo que él hizo por las artes, de lo que hace, á pesar de su estado actual, y entonces les concederé cuantos

títulos gusten para esa idolatría que pretenden que tribute el pueblo á su saber, á su ilustracion, á sus utopias; porque nosotros sabemos que los pueblos se ilustran y engrandecen por las artes, y que los monumentos de las artes son una de sus mejores glorias, por eso los invitamos; y contrayéndonos á nuestra patria, quisiéramos que ya que nos espulsaron de nuestros conventos, porque segun ellos éramos tan malos que al triste contacto de nuestro aliento se secaban las mas hermosas flores del saber, los mas frondosos tallos de la civilizacion, quisiéramos que esas riquezas que arrebataron á los monacales fueran tan útiles en sus manos como fueron en las de aquellos; que contribuyeran al bien del particular y del Estado como contribuian; que se emplearan en la proteccion de las artes y de la agricultura como aquellos las emplearon, y que tantos yerbos como aun tiene nuestra patria los veamos bajo las manos de los filántropos que hoy las poseen convertidos en hermosos viñedos, en amenos campos y bien cultivados que den opimos frutos, que hagan la felicidad de nuestra nacion; pero no será así, y á considerar lo que en el tiempo trascurrido han hecho, mucho tememos que, más que de proteccion, sirvan de ruina de la agricultura y del pobre labrador á quien, muy lejos de proteger, abruman con rentas cuantiosas cobradas sin consideracion á los tiempos y circunstancias, como hacia ese clero que

llaman egoista y cruel; y si atendemos á las artes, quisiéramos que se nos señalara un edificio de mérito sobresaliente, ó una obra maestra del genio erigida en estos tiempos en compensacion de las infinitas que el clero levantó y ellos han arruinado; que el clero costeó y ellos han arrojado de nuestra patria para que vayan á embellecer los museos extranjeros; que el clero recogió para que con la mayor independencia ellos hayan, ó proporcionado, ó contribuido, ó permitido su estraccion para gloria de otros países y oprobio y vilipendio de los que, bajo los mentidos nombres de patriotas, patriotismo y amigos del honor de la patria, así la han privado de uno de los florones que más honraban la corona de S. Fernando. Nos dirán que somos un tanto duros en nuestras frases, y nosotros respondemos que la verdad siempre lo es para quien no funda en ella su razon, y que nos hallamos con derecho á ello entretanto que los viajeros no digan hoy: "Las artes en España deben buscarse en los palacios de los opulentos banqueros, de los ilustres patricios que, arrojando de sus conventos los regulares convirtieron sus bienes en focos de prosperidad para el Estado;" y no exageren la pretension, puesto que los escritores y viajeros decian otro tiempo de nuestra patria: "Para buscar los milagros del arte en España es necesario visitar los conventos, monasterios, iglesias y catedrales." Espresiones que por sí so-

las, sin episodios ni comentarios, bastan para hacer la apología artística del clero español á quien tanto se deprime.

Oigo, sin embargo, esclamar algun crítico descontentadizo, que solo en eso daban ocupacion á las artes, y yo digo: en primer lugar, que al fin se la daban, y era una proteccion que siempre es mejor que no darles ninguna como hacen ellos, con lo cual habria respondido á la objecion cumplidamente; pero me debo algo á mí mismo, algo más todavía al clero que hoy defiendo, y sobre todo algo al público que guste honrar este escrito, dedicando algun rato á su lectura, y es preciso cumplir con algo mas que lo dicho: á bien que en el jardin bien cultivado jamas faltan flores, por muchas que se corten, y son tantas las que el clero ha sembrado, que aun le quedan muchas con que adornarse, y cuyos colores deslumbren á sus enemigos, y cuya fragancia trastorne sus pobres cabezas, débiles ya, y muy débiles á fuerza de mentir y de engañar, y hasta, si les place, de pensar en utopias tan irrealizables como las del loco; y así de ellas recogeremos lo bastante para hacer callar sus lenguas y anonadar sus argumentos; y las recogeremos porque ellas demostrarán que el clero fué el amigo de las artes, el protector de los ingenios y el que mas hizo por la civilizacion, puesto que su norte principal fué, ha sido, es y será el bien de la humanidad en razon á que, de-

biendo enseñar religion á los demas y presentársela como el mayor bien del mundo, porque nos lleva á la suprema felicidad, ésta escribe al principio de su santo código: ¡caridad! y caridad es mirar á los hombres, y tratarlos, y protegerlos, y ampararlos como á hermanos, porque lo somos todos en el Señor.

En estos suntuosos edificios no se ve solo la proteccion á un arte, sino que todos tienen allí entrada; así es que la escultura se ve resplandecer en las estatuas que adornan las fachadas, y á veces los capiteles; las columnas se ven cubiertas de mosaicos como en los claustros del monasterio de benedictinos de Montreal en Palermo, el de S. Pablo de Roma y otros muchos. En estos edificios el arte de vidriería adquirió un nuevo esplendor por medio de los vidrios de colores, con los cuales se adornaban las catedrales é iglesias góticas, y como el ingenio del hombre se espacia y ensancha cuando halla recompensa, de aquí sucedió que muy pronto los vidrios de colores fueron un hermoso panorama donde el ingenio del artista trasladó paisajes, cuadros, dibujos y figuras de todas clases, pasando así á ser una especie de mosaicos transparentes, en los que por lo general figuraban asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, milagros de santos, lo cual era como un libro que hiriendo la vista del pueblo le facilitaba y disponia á oír la voz del sacerdote, y así era un

nuevo medio empleado por la Iglesia para dirigirse á la vez al corazon y al entendimiento por la imaginacion y la vista, puesto que allí, en aquellos vidrios se contemplaban escenas que nos ayudaban á sobrellevar los trabajos de la vida, y nos elevaban á las grandezas de Dios. Desde que se contemplan bajo este punto de vista no puede menos el entendimiento de elevarse á una altura incommensurable considerando la grandeza de esta religion divina, á cuyos fines tambien contribuyen las artes, y ya no admira oír al historiador decir de Godofredo de Bouillon: "que fué un héroe perfecto, tan terrible á los enemigos como amado de cuantos le rodeaban, los cuales le censuraban un solo defecto, el de olvidarse de la hora de comer cuando estaba en las iglesias contemplando los hermosos vidrios de colores." Así fué perfeccionándose poco á poco, merced á la proteccion que el clero le dispensó, este arte, hasta que llegó á su apogeo en el siglo XVI á impulsos de Cousin y Lucas de Leyda y gracias á la proteccion del clero egoísta.

Digan cuanto gusten los enemigos del clero respecto á las artes, motégenos como les plazca; á sus insultos, á sus improperios, á sus diatribas responderemos mostrándoles nuestros templos para que en ellos admiren los prodigios de la arquitectura, y llevándolos por la mano recorreremos con ellos las iglesias y los claustros, y sin hablarles

una palabra los llevaremos á contemplar las obras de Carrara, las de Rafael y Miguel Angel, les presentaremos sepulcros llenos de estatuas, lienzos con admirables pinturas, grandes mosaicos, y en los ornamentos del culto lo mas selecto y admirable en platería, tejidos y bordados; nosotros enmudeceremos porque nos abonan los hechos; ellos enmudecerán porque la vergüenza los oprime; nosotros callaremos por caridad, ellos por despecho, ó hablarán para confesar su injusticia y su error, y nosotros nos daremos por satisfechos con su confesion, y jamas se la echaremos en cara porque así nos lo ordena la caridad.

Algo mas tenemos que decir acerca de la proteccion que prestaba el clero á las artes y es, que no tan solo empleaba sus fondos sino que hacia contribuir á los demas, y así era que á veces la predicacion de un fraile escitaba á cada cual á consagrar á este objeto sumas proporcionadas á sus fortunas; en las iglesias habia un cepillo donde cada cual echaba la cantidad que podia, y así contribuia á la construccion desde el mas infeliz con su óbolo hasta el mas opulento, unos con su trabajo y hasta el sacerdote conducia las piedras y demas elementos para su construccion: otras veces se concedian indulgencias; otras se exigian como el cumplimiento de una penitencia ó la relajacion de un voto, y así por estos medios, sin el concurso aislado de príncipes ni poderosos, se le-

vantaron esos templos suntuosos, morada de las artes, y se enriquecieron con pinturas, esculturas y ornamentos de un inmenso valor, y que han desaparecido merced á la filantrópica cultura de nuestros humanistas filósofos. Y para probar nuestro aserto bastará trascribir las palabras del arzobispo de Rouen. "Muchos habitantes, dice, concurrieron á la construccion de su iglesia acarreando materiales; y Dios recompensó su celo con milagros, que escitaron á los normandos á imitar la piedad de sus vecinos. Por consecuencia, los fieles de nuestra diócesis y las vecinas han formado asociaciones con el mismo objeto, en las que no admitian mas que á aquellos que se habian confederado, y que habiendo renunciado á las enemistades y á las venganzas se habian reconciliado con sus enemigos. Hecho esto eligen un gefe bajo cuyas órdenes tiran de los carros en silencio y con humildad." Tal era en efecto el modo como en aquellos tiempos el clero hacia prosperar las artes, y contribuir al pueblo á este objeto. Así fué cómo enriqueció los Estados de esos monumentos, para que una mano asoladora los destruyera sin piedad, y la posteridad al leer los viajes de Pons y el sagrado de Villanueva, pregunte por muchas preciosidades que á no dudarlo echará de menos, y solo se le puede responder que han sido incendiadas ó destruidas, ó mal vendidas al extranjero, como sucedió, entre otras mil preciosi-

dades artísticas, con las puertas de la sacristía de la Cartuja de Jerez, monumento de admirable escultura vendidas á Gibraltar por la insignificante cantidad de trescientos veinte reales y con otras mil obras de Berruguete, Becerra, Zurbaran, Morales, el Ticiano, Rafael y demas artistas eminentes costeadas por los monjes, los frailes, curas y los obispos para adornar sus templos, y sirviendo hoy al esplendor de estrañas naciones que en esto como en todo, se enriquecieron á costa de nuestro abandono, de nuestra incuria, de nuestra falta de patriotismo y de orgullo nacional: á bien que en la época presente no podrá atribuirse á esto último, puesto que se llaman y envanecen con el nombre de patriotas los que tal hicieron, y que á juzgar los hechos aparece lo contrario á lo que dicen, lo cual prueba que en ellos todo es al revés, y su diccionario el *vice versa* de el que los demas hemos aprendido.

Mas prosigamos, que aun tenemos mucho más que decir para honra del clero. No contento con estimular las artes y protegerlas en la ereccion y adorno de los edificios religiosos, las estimuló hasta en los de pública utilidad, exceptuándose, por supuesto, los teatros y las plazas de toros; así es, que si encontramos caminos y puentes y otros monumentos artísticos levantados á espensas del clero, ó por su influencia muchos á muy elevada escala, por medio de los cuales se daba proteccion

á las artes, al comercio, á la agricultura y á las ciencias; si encontramos universidades, colegios y hospitales donde se ilustre el entendimiento, florezca el saber, se protejan los ingenios y se dé asilo á la humanidad, no vemos que tendiese su mano protectora y levantase teatros donde se perverta, ó por lo menos se precipite la juventud, donde la moral pública peligre y la sociedad se corrompa, ni plazas de toros para que el corazon, acostumbándose á escenas de sangre y de horror, pierda hasta el último átomo de amor á la humanidad, hasta el último vislumbre de sensibilidad; y esto sin duda prueba, que su ilustracion y la de los hombres del dia, son diametralmente opuestas; pero yo apelo á ellos mismos que me digan cuál es la mejor entendida, la más útil á la sociedad, y que puede reportar al Estado más beneficios; y no quiero más juez de su propia causa que su mismo corazon, su misma lengua; por que sé que, aunque seamos malos, ninguno queremos parecerlo, ni llega el cinismo á tanto que hagamos gala de confesarlo; y aunque faltando buenos puentes, que hacen muchas víctimas anualmente, y buenos caminos que, facilitando las comunicaciones, contribuyan á la prosperidad del Estado, y cuya construccion seria un bien incalculable á la humanidad y á la patria, por más que en lugar de levantarlos, aquellos fondos se empleen en levantar teatros con escándalo del pueblo sensato y á

costa de las lágrimas del contribuyente, repito que no se atraverán á decir, por más que lo hayan hecho, que son de más utilidad y más filantrópico objeto los segundos que los primeros; y se contentarán con las tan manoseadas escusas de esplendor de la corte y necesidad social, escusas que á nosotros no nos pueden convencer, porque no conocemos más esplendor que el de las buenas obras ni más necesidades sociales que las de la caridad, lo cual será una de tantas frailadas, uno de tantos resabios del claustro que aun no hemos podido olvidar, ni quiera Dios olvidemos, puesto que en ellos vemos el cumplimiento de su santa ley.

En aquellos tiempos en que el clero tenia influencia, no se hacian asociaciones de especulacion mercantil, ni basadas en la usura ni con objeto de esplotar al pobre, de comer de su trabajo ni mantenerse de su sudor, pero se hacian con un fin caritativo y honesto; no se hacian para bailes de máscaras ni deshonestas y lúbricas diversiones, sino con un objeto piadoso; no se hacian para sostener casinos, sino para dar culto á algun santo y proteger algun arte; así que los artistas se reunian para un fin santo y no para malgastar el fruto de su trabajo en perjuicio de sus familias, de la sociedad, y tal vez de ellos mismos, y bajo aquella bandera los de un arte se protegian y miraban como hermanos, y hoy se miran y acometen como enemigos; así es que entonces como la religion

presidia todo, denotaba su influencia santa, humanitaria y civilizadora. S. Benezeto fundó la piadosa cofradía de los *pontífices* (constructores de puentes), y á ella se debe el de Aviñon, obra maravillosa, atendido el siglo en que se levantó: en seguida se derramó por todas partes ofreciendo sus servicios para este género de trabajos, así como para la restauracion de las iglesias: compárese esta corporacion con las que hoy se furdan bajo la influencia de la filantropía y de sus panegiristas, y señálemé una obra humanitaria, social ó religiosa que la abone. ¡Obras! Palabras tal vez: los hechos no son de este siglo, es decir, los hechos que tengan un fin laudable, esos propios de los tiempos de antaño y de las preocupaciones rancias; la ilustracion tiene otra filosofia y otro modo de arreglar las cosas; arreglarlas así es propio del egoismo fraileesco y de su embrutecido fanatismo: á lo cual respondo como siempre, que estoy por los hechos, y que es lo cierto que éstos abonan al clero y que de ellos aparece que su influjo fué, como no podia menos de ser, útil á la religion y al Estado, y esto hace su apología; veremos sobre qué hechos gira la de sus detractores, y en tanto no oscurezca la del clero, tendremos derecho para decir que éste es mejor, y que con fanatismo, con egoismo, con mala intencion, con cuantos dictorios gusten, es lo cierto que ha sido más útil al Estado que ellos, y que á los pue-

blos reportó y á las artes, mejoras y beneficios que hoy les hacen suma falta, y cuya pérdida lloran por más que se propale lo contrario por sus enemigos.

No creemos satisfechos aún á los enemigos del clero con lo espuesto, si bien conocemos que debieran estarlo; pero como no queremos dejar en este particular nada por satisfacer, ni aun los caprichos, presumiendo que ellos, tenaces en su propósito de acusacion, y no satisfechos con que el clero protegiera las artes empleándolas en embellecer los templos, por más que en parte alguna estén mejor empleadas que en el culto y casa del Rey de reyes y Señor de cuanto existe, sino que quisieran verlas en todas partes, aun en los sitios más profanos; nosotros, por darles gusto y que no nos quede ni aun este remordimiento, les diremos, que el clero, dando este ejemplo en sus monumentos, avivó el gusto de los grandes, que llevaron este lujo arquitectónico á sus palacios, lo cual estimuló á los comunes que le emplearon en embellecer sus casas consistoriales y levantar otros edificios de adorno en las ciudades; y así fué como, al frente el clero de las artes, les dispensó por esta série de encadenados sucesos, una proteccion que, sin su ejemplo, jamas hubieran tenido; pudiendo decirse, sin temor de ser desmentidos, que él solo fué quien esplotó las artes y las cultivó, como habia esplotado y cultivado las ciencias; que

solo él las protegió é impulsó, como habia protegido é impulsado aquellas; y en una palabra, que el mundo artístico fué suyo como el científico, y que en esto, como en aquello, ese clero tan deprimido marchó al frente de la civilizacion, que sin él hubiera permanecido estacionaria y la humanidad ocupada en destruirse, los hombres en tiranizarse, oprimirse y matarse, y las ciudades aparecieran como otros tantos bosques poblados de fieras carnívoras, sin más instintos que el furor, sin más ley que la fuerza, sin otra religion que la de sus pasiones, á las cuales obedecerian sin miramiento y seguirian desenfrenadamente.

Alguno acaso creerá que domina la pasion nuestras palabras y no le negaremos que en ello haya algo de verdad, pero en cambio diremos que nos cite en qué no somos verídicos, pues si lo somos, si los hechos nos abonan, creemos que el exceso es disculpable en medio del descomedimiento é insulto con que nos tratan; así pues, nosotros que repasamos los grandes monumentos y en ellos hallamos la mano activa ó impulsiva del clero regular ó secular, cuando oimos á sus enemigos proferir las más calumniosas invectivas contra uno y otro, á fuer, no de frailes, sino de hombres honrados, no podemos llevarlo con paciencia, y sin querer nos exaltamos hasta contra nuestra educacion y temperamento. ¿Y á quién no le sucederia en nuestro caso? Oimos declamar contra el cle-

ro como enemigo de las artes, y contemplamos el bello orden y el hermoso artificio óptico con que están dispuestas las naves del interior de santa María la Nueva, disminuyendo por grados el desarrollo de los arcos del mismo modo y con igual éxito que se haría en perspectiva, y al momento viene á nuestra imaginacion Fr. Jacobo Tolenti de Nipozano y sus dos compañeros, hijos ilustres de la esclarecida órden de Santo Domingo, sus arquitectos: contemplamos la media naranja de S. Francisco el Grande, y otro fraile de la órden se presenta para dirigir su conclusion; traemos á la memoria el magnífico puente de Almaraz sobre el Tajo, y descendemos á su primitiva construccion, y hallamos que el arquitecto es un fraile dominico, y su reparador, con asombro de la Europa, un jesuita; más abajo el puente del cardenal, y más arriba el del arzobispo sobre el mismo rio, publican los nombres de los que los mandaron edificar, que así como el de Jaraicejo sobre el Almonte, son obra del cardenal Carbajal y de un arzobispo de Toledo, y á este tenor otros mil. Las monjas, esas hijas de Dios escogidas, tan vilipendiadas por los galantes filósofos de nuestros dias que ni han perdonado su debilidad, ni sus dotes, ni su triste abnegacion; pues no contentos con haberlas arrebatado cuanto sus padres les dieran para proporcionarse un asiento en el refectorio, una celda, un hábito y un sepulcro, se han ensañado

con el mayor encarnizamiento en ellas del modo mas cruel, y desde holgazanes hasta cuanto hay que decir depresivo todo se lo han prodigado ¿Qué de primores no han hecho? ¿Cuántos bordados, milagros del arte, no han salido de sus manos? ¿Qué de tejidos primorosos no han dado para admiracion del mundo? Citaremos uno que ha sido el pasmo, el asombro de cuantos inteligentes le vieron. ¡Joya hermosa que en la campaña de la independencia perdimos como tantas otras preciosidades, y de que nos queda como precioso recuerdo y reservado sin duda por la divina Providencia para confundir los detractores, un triste manípulo!!! Como se deja comprender, era un terno completo, tejido para el real monasterio del Escorial por las religiosas de un convento de santa Clara de Estremadura, que en la guerra de 1808 fué destruido, y de que solo se salvó el referido manípulo; pero de trabajo tal, que ha hecho hasta tres viajes un fabricante francés de Lion por ver si podría imitarle, y viendo que no lo conseguia trató de comprarle, para lo cual daba cuanto le pidiesen. Otras muchas obras pudiéramos citar que han salido de los conventos de monjas; pero nos abstenemos de ello porque seria dilatar este capítulo demasiado y aun tenemos mucho que decir de las bellas artes, que deben ocupar en él el primer lugar, sin embargo que sabemos que mas pueblos ha civilizado la aguja que la pluma, por-

que las artes domésticas son los mejores elementos de civilización.

Durante los furores feudales, la necesidad de rechazar la guerra privada ó de trasladarla al país vecino, había obligado á construir sobre todas las alturas torres y castillos fuertes. Especialmente Inglaterra se vió erizada de ellos despues del desembarco de los normandos, y en estas ciudadelas se halla el carácter gótico á merudo. Mas tarde se vieron obligados los comunes á ponerse al abrigo detras de buenas murallas, y al mismo tiempo á hermosearse en lo interior con palacios. En el primer momento en que la población sierva de los campos había acudido á la ciudad emancipada, se habían contentado con construir á toda prisa; eran casas con paredes de madera mezclada de arcilla amasada con cañas y con paja, cubiertas con techos de bálago: frecuentemente, en vez de los números modernos, servían para distinguirlos un proverbio ó un santo colocado sobre la puerta. En su mayor parte eran estrechas las calles, á fin de no estender el recinto de la ciudad demasiado, y porque no había necesidad de que tuvieran mas anchura, haciéndose los trasportes sobre el lomo de las mulas; además, eran tortuosas y sin corresponderse unas con otras, en atención á que el capricho particular tenía allí libre curso. Los pórticos, frecuentes en Italia, hacían oscuras las habitaciones de los pisos bajos, pero ofrecían un punto

de reunión al pueblo; por eso los señores y los ricos vecinos construían aposentos ó sotechados contiguos á su morada.

Entonces se multiplicó también la comodidad de las hospederías ú hospitales para los peregrinos y los enfermos: cada comun tuvo su casa de ayuntamiento con vastos salones para las asambleas del pueblo, y la torre de la campana del consejo para convocarlos. Fr. Juan, ermitaño, ingeniero de la ciudad de Padua, delineó la techumbre del salón de la *Ragione*, el mas espacioso de Italia: Fr. Riston y Fr. Sixto, ambos florentinos, construyeron en su ciudad natal los puentes sobre el Arno, y muchas bóvedas del palacio comunal. En nuestra España tenemos infinitos artistas de reconocido mérito de los que nos ocuparemos mas adelante, y por lo mismo suprimimos hacerlo en este lugar. El clero secular y regular de nuestra patria tiene los mismos y aun mas honrosos títulos á la gratitud de las artes que el de los demas países del mundo, y su gloria y su nombre va unido con la gloria y el nombre de lo mas ilustre de las artes; pero nosotros, como asunto que tan de cerca nos toca, habremos de tratarle en lugar separado, y así hecha ya la reseña de la arquitectura de estos tiempos, que es la gótica, nos permitirán nuestros lectores suspender este punto y que pasemos á ocuparnos de la protección que dió el clero á las demas artes, que des-

pues seguiremos con la última época de todas, encabezándola por la arquitectura.

La historia nos revela que el clero dispensó á todas las artes sin distincion un auxilio tan eficaz cual ningun otro brazo del Estado dispensó jamas; y si le hemos visto elevar la arquitectura, contribuir á su fomento, y llevarla á la altura en que la hemos visto en este capítulo, justo es que le presentemos ahora respecto á las demas artes desempeñando los mismos deberes, y contribuyendo á su prosperidad y adelantos. Ya hemos dicho que una vez erigiendo suntuosos edificios estuvo en el caso de adornarlos, y para ello tuvo necesidad de hacerlo con esculturas, pinturas y mosaicos; tuvo necesidad de dar al Señor un culto suntuoso, y al efecto ejercitó el talento de los plateros, fundidores, bordadores, tejedores y otros artistas, y así fué que poblaron las iglesias de lámparas, candelabros, ciriales y otros útiles, resonó bajo las bóvedas el órgano, y los cánticos sagrados dieron inspiracion á la música; los ornamentos fueron un hermoso campo donde todas las artes rindieron tributo, y de este modo rivalizaron á porfia monasterios, conventos, iglesias y catedrales, y el culto se dió al Dios de las alturas con una magnificencia, si no digna de su grandeza, al menos á propósito para cautivar las imaginaciones y elevar el alma á su Hacedor.

Bien sabemos que los ilustrados llaman este

culto fanatismo, y que no es este el lugar de rebatir esa impiedad; pero como quiera que necesite una respuesta en armonía cen nuestro asunto, diremos: que siendo todo de Dios, á Dios le es debido, y así que para su culto todo es poco, puesto que nada puede competir con él; mas tratando este particular con relacion al fin de nuestro asunto, y dejando para la teología el cargo de rebatir la impiedad, procederemos á rechazar la calumnia que se infiere al clero, echándole en cara el negro borron de enemigo de las artes: borron tanto mas negro cuanto mas injusto, y tanto mas digno de respuesta cuanto mas denigra una clase que, por todos los medios y por cualquier lado que se mire, fué su mejor y mas constante protectora, á la que mas deben, la que mas las enaltecíó, y en una palabra, la que no á una sola, sino á todas tendió su mano benéfica, su influjo, su auxilio, su proteccion, sacándolas de la mísera postracion en que yacian para elevarlas al esplendor en que las vemos, y la sublimidad en que están.

Tan hermosos edificios á mas de los cristales de colores de que dejamos hecho mérito, estaban adornados con pinturas al fresco, aplicadas ya con yema de huevo, ya con cola. Para imitar los mosaicos de las construcciones bizantinas se cubrieron las paredes y pilastras de decoraciones pintadas, donde campeaban á porfia el oro, el azul de ultramar y el verde, colores vivos dispuestos en

forma de tableros, de haces ó de rosetones, destacándose de un modo mas adecuado á herir la vista que á encantarla. De aquí resultó el sobrenombre que se dió á ciertos edificios, y por esto se llamaron S. Pedro *del cielo de oro* en Pavía, y S. German *el dorado* en Paris, con otros muchos que seria prolijo enumerar, pero que son una prueba indestructible del amor del clero á las artes, de la proteccion que dispensó á todas, de lo mucho que contribuyó á su engrandecimiento, y de cuanto hizo porque progresase esta parte del saber, de que tanta utilidad habia de reportar el mundo, y tan buenos resultados los pueblos y la civilizacion.

Para la pintura eran indispensables otros conocimientos que fué preciso adquirir; y la tarea más noble del arte, la de delinear la fisonomía del hombre, se continuaba en los iluminados ó miniaturas para adorno de los manuscritos, especialmente en los libros de lujo; y como la piedad todo lo encontraba escaso para los objetos de culto y del servicio del Señor, allí tambien llevó esta parte del arte, y los salterios, bendicionarios y demas libros de coro, altar y servicio de los templos, fueron adornados con estos primores. Monjes piadosos ejercitaron en sus soledades este arte. Solo ellos se ocupaban en copiar los manuscritos; solo ellos escribian, como hemos visto, las historias; solo ellos se espaciaban por el campo del

saber, y solo ellos habian emprendido la noble, útil y provechosa tarea de copiar obras para formar bibliotecas; y así es, que no podian descuidar copiar los libros en que estaba su principal ejercicio, cuales eran los del rezo: como su espíritu era contemplativo y su principal objeto la oracion, ponian un cuidado especial en cuanto á ella se referia, y tenian sus delicias en los útiles que en ella ejercitaban, en los instrumentos que para ella servian, por lo cual su mayor cuidado, su más delicado esmero, lo ponian en estos libros, que miraban como el avaro su tesoro, y que adornaban y cuidaban como la mujer presumida los adornos de su belleza. Así es, que los monjes consagraban toda su atencion á embellecer estos objetos predilectos de sus insomnios, estos elementos de su cuidado; y aunque ajenos á los antiguos modelos, como los impulsaba el amor, y éste sea tan ingenioso para embellecer el objeto amado, suplía con mucho esa falta; y por eso vemos que sus obras no carecen de expresion ni de movimiento, porque se la daba el amor, y suplía el corazon y la imaginacion la falta de ciencia en tanta abundancia, que era prodigioso contemplarlos, y no podia uno al hacerlo, sino conocer el mágico poder que si crea fantasmas en las almas disipadas, en los espíritus elevados y de grandes pasiones, hace prodigios. D'Agincourt recogió con inmensa paciencia estos fragmentos, que prueban nuestro aserto

y el grande error de los retóricos que nos pintan las artes subsistiendo en los siglos más oscuros, contra lo cual depone el magnífico manuscrito de las cartas de S. Gerónimo, que las señoras de Módena hicieron ejecutar en 1147. Y no era solo en Italia donde los monjes se ejercitaban en este arte, sino también en Francia, Inglaterra, Alemania, quizá más que en otras partes, en S. Galo; y en nuestra España podríamos aún presentar algunos que admiran, conservándose en las iglesias catedrales preciosos recuerdos de estos manuscritos, sin los infinitos que de los monasterios y conventos han desaparecido, testimonio de la cultura y laboriosidad de los frailes holgazanes, y borron ignominioso de la incivilización y barbarie de sus detractores. En la real biblioteca hay, entre otras preciosidades, los devocionarios del Gran Capitan y de la reina Isabel la católica; y en el Escorial sus magníficos libros de coro, obras todas de eclesiásticos que encantan y prueban lo contrario á lo que de ellos se dice, y que las artes nunca fueron más pobres y mezquinas en nuestra nación, que bajo el imperio de la ponderada cultura de los utopistas, y que nunca estuvieron en desnivel con las demas naciones, sino cuando ellos establecieron su imperio de ilustres ruinas sobre el de los frailes de fanáticos conventos, que supieron erigir templos á las artes que ellos arruinaron para oprobio de su dominacion. Se nota, sin em-

bargo, una cosa que no debemos dejar en silencio, y es que los artistas se muestran más libres de imitacion á este lado de los Alpes, y que aquí el talento camina más desembarazado, y por lo mismo las obras tienen más originalidad que de los Alpes allá; pero aquí, como allí, la escritura era una ciencia, los monjes y los frailes los más ejercitados en ellas; y por lo mismo á ellos es debido cuanto con ella dice relacion, y sus trabajos son la base sobre que descansa este género de pintura.

A estos principios siguieron, como no podia ser otra cosa, ensayos más atrevidos: el hombre, que se lanza al trabajo alentado por la recompensa ó con la idea de adquirir un lugar distinguido en la historia, halló que las artes también se lo proporcionan, y que trabajando puede hacerse ilustre; halló que podia, con su talento, adquirirse medios de una decente sustentacion; y como era natural, estimuló su deseo y se lanzó al trabajo: los monjes conocieron que por medio de esta proteccion, al par que prestaban á la sociedad un elemento de órden, protegían á sus hermanos y ejercían con ellos por este medio la caridad, al mismo tiempo que satisfacían su piedad y su devocion, que queria todo lo mejor destinarlo al servicio del Señor, y de este modo fueron útiles á sí y á sus hermanos, cumpliendo con el precepto del Evangelio *Non sibi soli vivere*, y tales fueron las causas que

influyeron en sus almas para dispensar proteccion á las artes; causas justísimas, á las que deben su elevacion, su desarrollo y su principio; y de este modo fueron religiosos y sociales, y civilizaron el mundo, al par que le moralizaron é hicieron religioso, enseñándole hasta con el ejemplo; y no contentándose solo con proteger los artistas, ellos mismos se dedicaron á las artes y las cultivaron. Así fué como de estos ensayos de pinturas se pasó á obras de más elevada esfera, y la cúpula de la abadía de Cluny es el más antiguo fresco que poseyó la Francia. S. Bernardo, obispo de Hildesheim, pintó las bóvedas de su iglesia; y fué tanto lo que se prodigaron las pinturas en los templos, que se llevaron al esceso de representar en los claustros cazas, centauros y arabescos profanos, como lo atestigua el santo de Clairvaux en el modo como declama contra esta corrupcion; así fué como la pintura al fresco se estendió por toda Europa, y su prodigalidad en los conventos, iglesias y catedrales testifica contra los acusadores del clero que aquella fué su cuna, su asilo y su trono, y tanto, que hasta mereció que el concilio de Arras se pronunciara en su favor, "con el objeto, dice, de que los que carecen de instruccion para estudiar la escritura, encuentren modo de contemplarla en la pintura."

Es, pues, una clasificacion de escuela, la de querer llamar bizantinas á todas las obras anteriores

al siglo XII. La profesion de oro que formaba el vasto fondo, sobre el cual se destacan el Creador ó Redentor, los crucifijos que se asemejan á momias con los piés separados, y heridas de donde brotan torrentes de sangre verdosa, las vírgenes negras y asustadas con los dedos largos y delgados, con los ojos redondos, con un niño gordo en el regazo, y en general, las caras largas y las cabezas vulgares sin ninguna expresion, son los caracteres distintivos de los bizantinos; pero esto no impide que en aquella época lo hiciesen alguna vez mejor, ó que los maestros no siguiesen el mismo método. El mecanismo del arte se habia conservado mejor entre ellos, vistas las numerosas copias hechas por los monjes; pero precisamente resultaba que no estudiaban la naturaleza y se atenián á ciertos tipos invariables.

La cruzada de Constantinopla enseñó probablemente el uso de sustancias ó instrumentos que mejoraron la habilidad técnica del colorido, como introdujo tambien la imitacion de algunas formas griegas. Los monumentos mas antiguos de este estilo neogriego son una pintura en la iglesia de Spoleto de 1207, y un frente de altar de 1215 en la galería de Siena, ciudad donde la nueva pintura dejó ver sus primeros resplandores. Se ve en la iglesia de los dominicos una vírgen de 1221, de Guido de Siena, pintor de maravilloso talento. En la misma época, Buonamico, Parabuo y Dioti-

salvy, adornaban con pinturas los libros del camarlengo; despues, hácia fines del siglo, Duccio ejecutaba el gran cuadro de la catedral, en el cual, renaciendo la tiranía de los tipos, no buscó mas que la dignidad, juntamente con la dulzura. Aun se conserva el Cristo que los sieneses llevaron á la batalla de Monteaperto. Habian hecho voto, si eran vencedores, de dedicar su ciudad á María; en consecuencia, para cumplir su promesa, hicieron pintar á la Virgen por Mino de Simone, su conciudadano (1287), que se separó mucho en esta obra de la dureza bizantina. Simon Memmi, Ambrosio y Pedro de Lorenzo, inspirados por la religion y la patria, continuaron esta escuela, que tiene más númen que la de Florencia, y cuyas obras maestras no existen en galerías, sino que adornan aún las iglesias; lo que hace que, al visitar esta ciudad se incline uno á creerla superior á las demas en el cultivo de las bellas artes.

Desde 1202 Giunta de Pisa lleva el título de pintor, y el Cristo de Asís, atribuido falsamente á Margaritone, es hecho de su mano; se le deben tambien tal vez las pinturas de la tribuna, como tambien otro Cristo en la pequeña iglesia de S. Reniero en Pisa. El altar de S. Juan de Florencia fué adornado por Jacobo Francescano. Hay, ademas, otras obras, cuya fecha es incierta. Con todo, tantos y tales esfuerzos hizo el genio, tal proteccion y tanta prestó el clero á los artistas que

la pintura llegó á elevarse á una altura de esplendor, que en casi todas las naciones de Europa se vieron pintores de un mérito sobresaliente, cuyas obras son su mejor apología y prueban que en este arte, como en la arquitectura, el clero dió el ejemplo, y los grandes señores y los pueblos le siguieron; por manera que todo viene á ser suyo, porque solo él impulsó á los demas al camino que debian seguir, y por su consejo y ejemplo todos protegieron los artistas é hicieron florecer las artes que habia casi arruinado la barbarie y la guerra.

Si de aquí descendemos á los mosaicos hallamos que siempre subsistió este arte, y para probarlo basta solo contemplar las antigüedades romanas; pero tampoco tiene duda que en esta época se mejoraron, y que como cuanto está sujeto á la mano del hombre fué de dia en dia desenvolviéndose y perfeccionándose á medida que se le dispensó proteccion, y esta es precisamente la causa en que fundamos que sus adelantos son debidos al clero que fué su único patrono, como lo demuestra que todos, ó la mayor parte, se hallan, así como las pinturas, en los templos y edificios eclesiásticos; y para comprobar esta verdad nos bastará decir por siglos los mas eminentes que se levantaron. En el IX vemos el gran arco y la tribuna de Santa Prajedes; en el XIII, la Anunciacion de santa María Transtevere, en el XII, los

hermosas mosaicos de la tribuna de dicha iglesia; el concilio de Nicea nos habla de las historias del Antiguo Testamento, ejecutadas en mosaico en tiempo de Sixto III en la Liberania; pero debemos confesar que Jacobo y Mino Torrita las aumentaron con otras originales; en la época de que hablamos hizo el último y Jacobo de Camerino la de la nave transversal de Letran, que fué concluida en el siglo XIII por Gaddo Gaddi. Del siglo XIII hay en la fachada de la catedral de Spoleto un mosaico; y aunque el de la *Madonna del Principio* de santa Restituta de Nápoles se quiere remontar á los tiempos de Constantino, es indudablemente de este siglo segun lo demuestra la inscripcion que en él se lee. En S. Juan de las Fuentes hay pinturas que datan del año 550. Con todo, en la época que nos ocupa hallamos á Florentino Tafi, célebre en este género de obras, estando reservado á Giotto el honor de dar nueva forma y giro, más gracia y perfeccion á los mosaicos, y de él es la presente escuela, y de él son discípulos cuantos en el dia se dedican á este arte, que como en sus principios se emplea más que en parte alguna en hermosear los templos, y por consiguiente hoy, como antes, debe al clero su principal protección, y hoy, como antes, prueba que el clero siempre fué el mejor amigo de las artes, y no como quieren los impugnadores, su enemigo, su destructor, su asesino.

Igualmente la escultura debe al clero sus progresos y su elevacion, y solo el clero la cultivó y encumbró, ya empleándola en los templos y monasterios, ya escitando á los poderosos á darla ocupacion para hermosear sus palacios, jardines y casas de recreo, y así habremos de decir alguna cosa acerca de este arte. En todos tiempos se habian empleado los bajorelieves, y á pesar de no conocer el cincel, es lo cierto que se ven en los primeros monumentos del cristianismo obras de escultura, toscas, sí, pero que revelan desde la misma cuna del clero su amor á las bellas artes; así es que, si bien de un modo imperfecto, se representaba en las fachadas de las catedrales, en el frente de las puertas con especialidad, á la Divinidad con diferentes atributos, á Jesucristo sobre un trono con traje talar, levantada la mano para bendecir, teniendo á su alrededor ángeles ó animales simbólicos; alguna vez tambien figuraba allí la Santísima Virgen reuniendo las almas devotas bajo los pliegues de su manto. Otras fachadas tenian los signos del Zodiaco, acompañados alguna vez de figuras que recordaban las labores del campo, propias de cada mes. Llegó el siglo XII y las columnas que en él se elaboraban aparecen mejor trabajadas, si bien los capiteles son extravagantes y muy tallados; los arabescos y las entalladuras introducidas en las iglesias romanas adquieren ya finura, y una elegancia que en vano

se busca en las épocas anteriores; las estatuas de santos y reyes se reproducen allí de un modo mas bien combinado, y con cierta gallardía que revela gusto en los artistas, aunque no tanto que no destaquen lunares que las afean, tales como la uniformidad en fisonomía, vestidos y adornos de las cabezas, si bien, aunque carecen de vida y movimiento, se nota en algunas que comienzan á cubrirse con elegancia y atrevimiento; pero hasta lo bello se diferencia de lo bello antiguo, y si este revela la fuerza física, en aquel se lee el sentimiento religioso, lo cual prueba mas que nuestras palabras, la influencia en él de ese clero que tanto se deprime, y los auxilios que le ha prestado, y á que mas que á otra cosa alguna se debe su encumbramiento.

Para probar esta proteccion y la injusticia de los que nos deprimen, referiremos los monumentos de escultura de esta época, y los veremos todos en los templos; ellos nos dirán con una elocuencia muda, pero irresistible, la mano que los erigió, el brazo del Estado que fué su apoyo, y contra tan incontrastable argumento creemos no tendrá la maledicencia que oponer. En Parma se encuentra un descendimiento en bajorelieve del siglo XII; del XIII tenemos en la iglesia de Bolonia el sepulcro de los Foscherari con relieves y el de Tadeo Pepoli, representado en el acto de administrar justicia; en la catedral de Sesa un

grandioso facistol sostenido por seis columnas de granito con hermosos capiteles y adornado de mosaicos como los de Salerno, y un candelabro que se atribuye á un monje. En Pisa se admiran las esculturas del púlpito de S. Juan: en Siena un púlpito octógono con figuras, leones, y sobre todo un juicio final todo de esculturas, que es el primero que se ve tratado con estension; en S. Martin de Luca un magnífico descendimiento; en Bolonia el monumento de Santo Domingo; luego vienen las esculturas de la catedral de Orvieto, las de S. Pedro de Roma, las del convento de S. Francisco de Florencia y S. Antonio de Padua; en España tenemos las de los sepulcros del rey D. Juan el II; diferentes bustos de personajes célebres como el Tostado en Avila, con los bajorelieves que le acompañan, la estatua de S. Segundo de dicha ciudad, y otras muchas que á cada paso se encuentran en las iglesias y monasterios. Asimismo no debemos omitir los altares de piedra, y las sillerías y facistoles de nuestros templos, monumentos del arte que abonan la solicitud del clero por su prosperidad, y son un eterno mentís de sus detractores; nosotros quisiéramos que cuantos nos acusan leyeran los viajeros, se tomaran el trabajo de visitar nuestros templos y que despues nos reprendieran, y si tenían el atrevimiento nos acusaran; nosotros entonces preguntariamos por los monumentos que los abonaban, y si querian

que nos defendiéramos, los llevaríamos á los templos que han convertido en ruinas y les oiríamos; aquí el clero conservaba esta preciosidad artística, aquí aquella, allí hubo un magnífico sepulcro, en esta parte una admirable estatua, y en aquella una pintura notable. ¿Dónde están? ¿qué hicisteis de ellas? ¿lo ignorais? ¿queréis que os lo digamos? Pues bien: por utilizaros de un poco de oro mandasteis al fuego altares que eran primores de escultura: por no cuidar como se debían esta sillería, este facistol, este templo, se han roto, se han mutilado sus adornos, sus relieves, sus figuras, y en una palabra, por borrar de los pueblos hasta nuestro nombre, porque era ignominia de vuestros hechos, grabasteis sobre nuestras casas y nuestros templos, creyendo presentarnos á la pública execración y como un padron de ignorancia el oprobioso *aquí fue*; pero el oprobio no fué para nosotros, sino para los que tan negra lápida erigieron, pues desde el momento en que se cebaron en destruir, manifestaron al mundo civilizado su espíritu y sus instintos salvajes que no eran capaces de edificar, y su odio á la religion se manifestó con todas sus consecuencias, su odio á todo lo bueno, humanitario y civilizador. Desde entonces estamos vengados; en su obra misma que creyeron nos deprimiría nos exaltaron. Veneremos los juicios de Dios, y perdonando los extravíos de nuestros enemigos, perdonémoslos

porque "no perdona Dios al que á otro no perdona," y prosigamos con las demas artes, y lo que deben al clero, y lo que á nuestros enemigos tan protectores de... *su destruccion.*

Pasando de la escultura al arte de fundir, encontramos al abad Didier del Monte Casino, que en el siglo XI, viendo fundir las puertas de Amalfi, nos trajo la aficion á las fundiciones que, como los demas artes, se hicieron patrimonio de los templos y monasterios; y así vemos que Pantaleon de Viaretta hace en el mismo siglo construir en Atrany las de S. Salvador; Rovertó Eniscardo coloca las de la catedral de Palermo, muy semejantes á las que se quemaron poco hace en S. Pablo de Roma; las de la catedral de Troyes datan del siglo XII; las de S. Bartolomé de Benevento son del mismo siglo, como igualmente las de Ravelto y Trany, las de la iglesia primada de Pisa y las de Montreal. Del mismo tiempo son las que el abad Gibel hizo colocar en S. Clemente de Rieti, las de la capilla de S. Juan de Letran, S. Pedro de Bolonia, S. Pedro mártir en Luca. En el siglo XII la de Novogorod, en el XIV las de S. Juan de Florencia con sus admirables cuadros. Hay del siglo XI, en Civitta de Castello, un frente de altar de plata cincelado, regalo de Celestino II, y los bajorelieves de las puertas de la catedral de Pistoia. En España tenemos preciosidades artísticas de este género y de estos siglos; no hay mas

que recorrer nuestras catedrales, y hallaremos obras admirables: la custodia de la catedral de Avila, la de Sevilla, en Toledo y Zaragoza, en el Escorial y Guadalupe, en todas nuestras catedrales, conventos y monasterios, hay pruebas inequívocas de esta verdad, de esta proteccion, que siempre dispensó el clero á las artes; y por lo mismo se molestan inútilmente cuantos quieren despojarle del honroso título de protector de ellas, cuantos dicen que nada le deben y cuantos le deprimen lanzando sobre su frente el calumnioso borron de enemigo de las luces, de las artes y de la civilizacion, ejes sobre que gira principalmente toda la máquina social, y la prosperidad y grandeza, el lustre y esplendor de los Estados.

Pasando de este arte al de la escritura, hallamos, que debe al clero sus progresos, sus adelantos y su perfeccion, y que solo él lo elevó, cultivándole hasta el punto de ser una carrera tan útil como esplendorosa y lucrativa: para demostrar este aserto acudiremos, como en todo, á la historia; y tomando las cosas desde el principio espondremos los hechos que publican esta proteccion, y prosiguiendo en el relato llegaremos, como no puede menos, al arte de la imprenta; y así podemos considerar, que hijo el uno del otro, los dos deben al clero cuanto son; y como estos dos artes hayan contribuido tan poderosamente á la civilizacion del mundo, tendremos, en resúmen, que el

único estado, la única clase de la sociedad que ha hecho esfuerzos por la civilizacion es el clero; y que tanto regulares como seculares, los sacerdotes son los hombres de la humanidad y de la civilizacion, y no como suponen sus detractores, los enemigos de ella, y todo esto lo veremos en los hechos siguientes.

Con el cristianismo el arte de la escritura pasó de los esclavos á los monjes, á consecuencia de la necesidad en que se encontraron de propagar los escritos, las discusiones y las homilías. Constantinopla, las islas del mar Egeo, el monte Athos, vinieron á ser otros tantos talleres donde se multiplicaron los libros. S. Benito impuso por obligacion á los religiosos de su orden, que se ocuparan en copiarlos: tambien se ejercitaron las religiosas en este trabajo. Guines, prior de la gran Cartuja, decia en sus estatutos: "Inmortal es la obra de copista, la trascripcion de los manuscritos es la tarea que más conviene á religiosos letrados;" y añade: "Enseñamos á leer á todos los que recibimos entre nosotros, por el anhelo que tenemos de conservar los libros, como eterno pasto del alma." A menudo solicitaban los monjes el derecho de caza, á fin de proporcionarse pieles para la encuadernacion de los libros. Abbon de S. Benito, junto al Loira, contaba unos cinco mil escolares y exigia dos volúmenes de cada uno de ellos. En 855, S. Lupo, abad de Ferrieres, envió á Italia

dos monjes para copiar el tratado *De oratore*; Alfredo el Grande, hallaba tiempo para transcribir un gran número de obras. Boccacio copió de su puño la *Divina Comedia*, que regaló á Petrarca; después copió un Tito Livio.

Cuanto poseia la antigüedad nos ha llegado casi esclusivamente por conducto de los monjes. Habría, pues, tanta ingratitud como injusticia, en lamentarse de que se complacieran en copiar á los santos Padres y las obras teológicas, con preferencia á los autores clásicos. Sea como quiera, no cabe duda en que entre los escritores encomiados por más eminentes de los antiguos, quizá no nos falta ninguno, y poseemos lo mejor que salió de sus plumas. Cierta es también, que desde antes de la caída del imperio de Occidente, algunos de ellos se habían hecho ya muy raros: tal fué Aristóteles, por ejemplo, de cuyas obras quedó un ejemplar únicamente; tal fué asimismo Tito Livio y otros varios. Se consideraba como un trabajo muy meritorio hacer de ellos extractos y compendios, á ejemplo de Floro, de Justino, de Plinio y de otros compiladores; pero la facilidad que proporcionaba este género de obras, tuvo por efecto que se cuidara menos de los originales, de que se había sacado lo bueno y más excelente: de aquí resultó que se perdieron muchos de ellos.

Sin duda la ruina de los autores clásicos empezó mucho antes de los bárbaros, quienes con sus

guerras y sus incendios, aumentaron el número de estas pérdidas; luego el celo de ciertos sacerdotes por las buenas costumbres les indujo á aniquilar algunas obras escandalosas é inmorales, cuya desaparición no sabemos hasta qué punto sea lamentable.

Si la dificultad de las comunicaciones no permitía sacar papiro de Egipto, sino con gran trabajo, se hizo de todo punto imposible cuando los árabes ocuparon aquel territorio. El pergamino, cuyo precio era muy subido, se encareció excesivamente¹. Entonces se recurrió á un espediente conocido por los antiguos, y fué el de borrar los caracteres anteriormente trazados para sustituirlos con otros nuevos². Un buen monje, para quien un antifonario, una colección de oraciones, un tratado de la confesión, tenían estremada importancia, no vacilaba en proporcionarse pergamino y en borrar de allí, ora la *República* de Ciceron, ora el código Teodosiano para escribir otras cosas, y

1 Se continuó inscribiendo las actas públicas en papiro, mientras duró la posibilidad de proporcionárselo. La más antigua acta en pergamino que existe en Italia es la de 784, por la cual Félix, obispo de Luca, confirma al monasterio de S. Fridiano en esta ciudad la donación de Faulone.

2 Se les llama palimpsestos [*palimpsestos*, borrados de nuevo]. Anteriormente hemos establecido que ya los antiguos practicaban este procedimiento. El primer palimpsesto fué publicado en Francia, en la biblioteca del rey, en 1692; era un manuscrito de las obras de S. Ephrem.

esto con tanto derecho, como el que nos asiste para hacer lo contrario.

Ya en tiempo del imperio los caracteres habian tomado en las inscripciones una forma oblonga y sin elegancia, como puede verse en los muros de Pompeya y en otras partes: todavía son más defectuosos en las catacumbas cristianas y en las inscripciones de la edad média. Sin embargo, se continuó empleando hasta el siglo XII las letras redondas, aunque desfiguradas; pero al mismo tiempo que el gusto gótico se introducía en la arquitectura, los caracteres contraían los contornos angulosos de las letras alemanas; luego se les cargó de florones, uso que duró hasta fines del siglo XV. Entonces fué cuando cobró fama la buena caligrafía; y cuando una gran variedad de caracteres nos ha sido indicada por su nomenclatura¹. Posteriormente, en el año 1300, D. Jacobo de Flo-

1. En el catálogo de los libros dejados por el cardenal Gaula, en el monasterio de S. Andres de Verceli, encontramos una biblioteca (es decir, una biblioteca completa) en letras parisienses, cubierta de púrpura y adornada con flores de oro, con iniciales de oro igualmente; otra en letras boloñesas cubierta de un cuero rojo; una en letras inglesas; otra pequeña de inmenso valor en letras parisienses con mayúsculas de oro y adornos de color de púrpura; el Exodo y el Levítico en letras antiguas; los Doce Profetas, en un tomo, en letras lombardas; las obras morales del bienaventurado Gregorio, en buenas letras aretinas antiguas, &c. Fauva, Gualde, Bicherii Card. Vita, p. 175.

rencia, monje camaldulense, es citado como el mejor escritor en letras romanas que ha existido antes ni despues, de tal manera que fué conservada en un tabernáculo su mano. Fr. Silvestre no fué menos hábil en iluminar los libros que Jacobo en copiarlos. El estudio de los iluminados es indispensable para los que quieren profundizar la historia de las artes. El lujo de las miniaturas empezó en el curso del siglo IX, é hizo tantos progresos que un libro vino á ser un resumen de todas las bellas artes: poesía para componerlo, caligrafía para copiarlo, pintura para iluminarlo con carmin y azul de ultramar, peletería para preparar su cubierta, cinceladura para adornarlo, orfebrería para engastar allí piedras; por último, dorado para pulir los cortes.

Escritos los libros á mano tuvieron un costo excesivo, y adornados con tantos primores vinieron á ser objetos de lujo, tanto mas, cuanto que los normandos los destruyeron en Francia en casi su totalidad, lo cual hizo que su precio encareciera extraordinariamente y fuesen reputados como objetos solamente dignos de los altos personajes y ricos próceres; de aquí resultan esa porcion de anécdotas de este tiempo referentes á compras de libros que en el dia nos parecen imposibles, y meras consejas forjadas por el capricho de imaginaciones acaloradas impresionables á cuanto aparece maravilloso. En comprobacion citaremos algu-

nas de estas ventas. Inés, mujer del conde de Anjou, compró en el siglo XIII al obispo Martin una colección de homilías en la enorme cantidad de cien carneros, un Mayo de trigo, otro de centeno, otro de miel, cien carneros mas, algunas pieles de marta y dos libras de plata. El clérigo Godofredo de S. Legero, librero del siglo XIV, declara haber vendido con escritura de fianza hasta de su cuerpo al Sr. Gerardo de Monteagudo, en el precio de cuarenta libras, el *Speculum historiale consuetudinis parisiensis*, y en el mismo siglo Alazaria de Blevis legaba á su hija á título de dote ciertos libros que contenian el *Corpus juris* en hermosos caracteres, y la recomendaba que solo se casara con un letrado que supiese apreciar aquel rico y magnífico tesoro.

De este modo aparece claramente la causa de la pobreza de las bibliotecas de aquellos tiempos, puesto que siendo las obras manuscritas, necesariamente habian de ser menos los libros y mas costosos que en el dia; y así se ve que hoy cualquier estudiante, por escasos que sean los recursos con que cuente, tiene mas libros que entonces una universidad ó un potentado, incluso los monarcas y pontífices. Sin embargo, se ve que algunas personas llegaron á reunir bibliotecas bastante bien provistas, pero debemos notar que estas se hallaban en los monasterios y conventos, y la razon es, que en esos establecimientos, hombres

ajenos al mundo y á sus encantos pasaban los dias y las noches copiando obras, y así atesoraban esos emporios del saber, y legaban al mundo que hoy los desprecia, una civilización que, sin su trabajo, jamas hubiera conocido; para prueba de esta verdad solo acudiremos á la historia, que ella con su luz esplendente vendrá en nuestro auxilio y demostrará cuánto adelantaron los monjes en el arte de escribir copiando estas obras, y cuánta utilidad reportaron con este ímprobo trabajo á las letras. En las memorias de la academia de Goettingue se encuentra una carta de Tichsen encontrada en los archivos de Hildburghausem, que acredita que el obispo Bruno regaló en el siglo XII á aquella abadía, una porcion de libros, casi todos ascéticos. En Roma se hallaban en su mayor parte, y á Italia acudian las personas estudiosas para proveerse de obras en los conventos y monasterios célebres, tales como la Novalesa, la Cava y el Monte Casino, monasterios donde se escribieron y copiaron las obras mas eminentes de la antigüedad por aquellos monjes tan laboriosos como santos, y que nuestro siglo habia tan injustamente de acusar de holgazanes, bribones y fanáticos, solo aptos para el mal.

Sin embargo, las bibliotecas célebres de aquellos tiempos, manantial de donde brotaron las obras que hoy nos enriquecen, y á las que debe el mundo su ilustración, no se hallaban en los cir-

cos ni en los teatros, ni en los palacios de los poderosos, sino en las iglesias y conventos: no eran debidas las artes á los reyes sino á los clérigos, ni se empleaban en copiar y mejorar la escritura los filósofos y magnates sino los monjes; así es que las bibliotecas que se citan con orgullo, y como las mas celebradas son: en Valais, la de S. Mauricio, en Fontenelle, la de S. Vandrilo, la de S. Dionisio, la de la isla de Barbe, la de la abadía de Ferrieres, las de Cluny y Monte Casino: en España, la de S. Juan de la Peña, Cardeña, Huertas, el Escorial y otras mil, Santo Domingo de Silos y las Cartujas. Los Aforismos de Hipócrates se hallaron en la abadía de Bec, y en las nuestras ¿cuántas preciosidades no han perecido? Dolor da recordarlo, pero no ha sido la culpa de los frailes y monjes fanáticos, sino de sus ilustrados enemigos. Llegó el siglo XII y las bibliotecas fueron mas numerosas, como puede verse en los catálogos de la de S. Luis y la Sorbona, Enrique V de Inglaterra y la abadía de Glastombury; y en nuestra patria las de los monasterios y catedrales, pero en todas partes se levantaba un clamor general contra la falta de corrección de las copias, y este clamor era hijo de la afición y gusto á la lectura que se iba desarrollando, y de aquí nació que los copistas y hombres de letras pensasen en sustituir los pergaminos con otra sustancia que fuera de mas fácil adquisición, y se encontró en el pa-

pel, industria, segun unos, que empezó en la China, y que se debe, segun otros, á los árabes, lo cual no hace á nuestro asunto, por mas que en España fuese donde primero se elaboró en Europa, y que los españoles cristianos adaptasen á ella los molinos de agua, inventando las rejillas para que la pasta escurriese con mas prontitud el agua, y que el primer papel, salido de las fábricas de Valencia, Játiva y Toledo, se llamase *pergamino de paño*, pero sí hace que el primer manuscrito sobre este papel sean los Aforismos de Hipócrates: *Codex anno Chr. 11,000 chartacens*, que se encuentran en el monasterio del Escorial de España en su rica biblioteca con el número 787, segun Casiri, porque al fin esta preciosidad se conserva por los monjes y se custodia en uno de esos monasterios que llaman nuestros enemigos *asilos de la ignorancia y de la holgazanería*.

Dejando para otras obras y otros ingenios investigar los progresos de perfeccionamiento é invención del papel, diremos nosotros de él lo que atañe á nuestro asunto y lo que contribuyó á la perfección de la escritura. Esta clase de papel es mas propio para la letra cursiva que para los caracteres cuadrados, lo cual fué causa de que la caligrafía decayese, al mismo tiempo que tuvo la ventaja inapreciable de facilitar las copias; pero como quiera que en un principio se emplease solamente para las cartas misivas y para las actas, solo

en el siglo XIV, contribuyó á la difusion de la ciencia, que fué el siglo en que se empleó ya para copiar los libros. Hemos referido todo esto para venir á nuestro objeto; y como no puede hablarse de la escritura sin hablar del papel como uno de los útiles que la son necesarios, hemos tenido que hacerlo para descender á lo que contribuyó para la perfeccion de la escritura, arte que estaba entregado casi á los monjes y clérigos, que eran los únicos que escribian las historias contemporáneas, se dedicaban á la literatura y á las ciencias, como dejamos manifestado, escribian libros ascéticos y del rezo, comentarios sobre la filosofia, santos Padres y libros sagrados, y cuidaron de copiar cuantos monumentos del saber y civilizacion de los antiguos talentos llegaban á sus manos; así fué, que á ellos se deben los clásicos que conservamos y cuantas obras tenemos de los antiguos, puesto que todos los monjes, así benedictinos como premostratenses, del Cister como cartujos, así los del monte Casino como los de Cluny y el monté Athos, todos se dedicaron á la tarea de copiar libros, que es uno de los capítulos de sus estatutos y una de las obligaciones que sus fundadores les impusieron, y de este modo conservaron las obras y mejoraron el arte de escribir; porque es bien sabido que el ejercicio hace maestros, ayudando así á los talentos y creando en ellos el deseo de saber, poniéndolos de este modo en la senda de la civiliza-

cion estos hombres que hoy se acusan de sus enemigos, y se injurian sus institutos, albergues siempre de la ciencia, de focos de una ignorancia, cuyas tinieblas disiparon, y de una estupidez que solo ellos combatieron.

Despertada así en el hombre la aficion á la lectura por el ejemplo, trabajo y lecciones de los monjes y clérigos, se aumentó en él la sed de conocimientos, y bien pronto el genio que ellos, y solo ellos habian puesto en ejercicio, descubrió la imprenta, y en ella la más poderosa palanca de la civilizacion. El invento de este arte no pertenece á los claustros, ni al clero, pero sí su proteccion, y sin ellos hubiera muerto en su nacimiento, ó á lo menos hubiera permanecido estacionado y sin progresar; y para que jamas se nos acuse de hacer concesiones gratuitas á nuestra causa, ni menos de una parcialidad que ni queremos, ni necesitamos, porque nos sobran pruebas para defender honrosamente nuestro estado, vamos á referir los hechos que nos hacen manifestar que al clero regular y secular corresponde esta gloria, y los vamos á referir con el mayor laconismo posible; y solo cuanto haga al caso para patentizar esta verdad, tomando de la historia de las naciones lo suficiente y nada más para nuestro propósito, y demostrar al mundo que, tanto las ciencias como las artes, deben al clero y á los monjes, que hoy la malevolencia llama sus enemigos, cuanto

son, cuanto fueron, y por consiguiente cuanto serán; lo cual dice con una elocuencia mayor que las más escogidas frases, de cuánta utilidad fueron y han sido á la civilizacion del mundo esas puertas que hoy habeis cerrado como inútiles y que echarán menos los siglos venideros y hoy ya los artistas, que siempre en ellas encontraron una mano pronta á tender proteccion á los ingenios, que hoy los capitalistas les niegan, porque no conocen más Dios, más gloria, más pasion, que la de atesorar un dinero que los clérigos y monjes creian que debia emplearse como ordena el Evangelio, en obras de caridad, entre cuyo número se cuenta en lugar preferente cuanto atañe al bien público, y las artes atañen al bien público y al honor nacional; y héme aquí probando, que los clérigos y monjes son los verdaderos ilustrados, los mejores patriotas, mucho más que cuantos los deprimen y ultrajan.

Veamos, pues, los hechos que prueban que sus progresos y encumbramiento los debe la imprenta á los monjes y clérigos, que es lo que ha de publicar más que nuestros pobres comentarios la injusticia de los detractores, para oprobio y confusion de sus diatribas y acusaciones. Inventada la imprenta por Guttemberg, y puesta por el platero Fusto ó Fausto, con las mejoras que éste introdujo, de nada ó muy poco hubiera servido si no se hubiera dado ocupacion á su invento, y es-

to fué lo que proporcionó el clero y los monjes; y por esta razon reclamamos para ellos el honor de haberla elevado al rango en que hoy la tenemos: que ellos fueron los que se encargaron de hacerla prosperar, lo manifiestan la clase de obras que primero se publicaron, todas las cuales son religiosas, al menos de las que tenemos noticia; y la misma crítica que nos patentiza que el campo intelectual era del dominio del sacerdote, nos dice que las obras del entendimiento eran exclusivamente suyas; ademas, si ellos copiando no hubieran conservado las obras de los antiguos, ni se hubieran impreso, ni menos llegado á nuestras manos; y de todo resulta, que si tuvo ocupacion la imprenta, fué debido al clero y á los monjes, como les debemos los demas elementos de civilizacion segun queda demostrado; y así, la acusacion no puede ser más injusta y calumniosa, ni quedar más completamente desvanecida, como veremos en los capítulos sucesivos; pero volviendo á la materia que nos ocupa, con la brevedad posible demostraremos todo lo que el arte de imprimir debe al sacerdocio, y se verá que sin él muy poco ó nada hubiera progresado, y hubiera muerto acaso sin conocerse, como tantos otros descubrimientos utilísimos tal vez mueren en su cuna por falta de proteccion, desde que los conventos se cerraron, cuyas puertas siempre estuvieron abiertas á la desgracia, á las ciencias y á las artes.

Nada hubiéramos hecho si no refiriéramos los hechos que demuestran esa proteccion que el sacerdocio dispensó á la prensa; y como sabemos esto, no queremos pasar adelante sin poner remedio al mal y cerrar las bocas maldicientes de los acusadores, siquiera se enmienden y reparen su injusticia, que es nuestro deseo principal en esta defensa, el cual, conseguido, daremos gracias al Señor que nos habrá iluminado y á quien se debe cuanto bueno hacemos y escribimos. La Biblia llamada Mazarina, parece ser el primer libro impreso con caracteres movibles, y su impresion data de 1450 á 1455: algunos ejemplares están en pergamino, la tinta es hermosa, y los caracteres, si bien desiguales, de buena forma. Luego viene una exhortacion á la guerra contra los turcos y los indultos de Nicolás VI. Más perfeccionada la imprenta, aparece un Salterio en pergamino, cuyos primeros textos pasaron por manuscritos con grande admiracion de los que encontraban los ejemplares enteramente conformes unos con otros. En esto ocurrió la toma de Maguncia, y dispersándose los obreros, pusieron en diversas ciudades imprentas, y á esto se debe su propagacion por Europa; pero allí, donde llevaron su arte, hallaron un clero y unos monjes dispuestos, como los de Maguncia, á protegerlos. En Bamberg se imprime una Biblia latina. En Subiaco se hizo una edicion de Lactancio: en Regio los comentarios de

Yarchi sobre el Pentateuco; este libro en Soncino, y luego la Biblia entera. Caxton imprimió en Inglaterra libros devotos. En Paris la Sorbona protegió el arte y publicó varios libros clásicos y de religion. En España se inauguró la imprenta con una coleccion de treinta y seis autores sobre la Inmaculada Concepcion de María Santísima nuestra señora, impresa en Valencia año 1474; y esto, aunque sea dicho de paso, prueba la gran piedad de nuestros padres y la devocion á tan soberana reina, que así quisieron rendirla el homenaje de su cariño poniendo bajo su proteccion un arte que se iniciaba en defensa de tan augusta causa. En Venecia se hizo una version de la Biblia á la que siguieron en toda Europa otras catorce que vieron la luz pública antes de espirar el siglo; una en aleman, otra en español, el Nuevo Testamento en bohemio, y despues en frances, llegando el número de ediciones de la Vulgata en este siglo á noventa y una. En Oxford se imprimió la Exposicion de S. Gerónimo, y de otros santos Padres se hicieron varias que sería enojoso referir, tanto mas cuanto creemos bastante lo dicho para demostracion de la proteccion que el clero dió á la imprenta de quien se le acusa enemigo.

Este arte los tuvo, pero no en el clero ni en los monjes, que no copiaban por ganarse un alimento, sino en los copistas que él habia enseñado y

que así se procuraban su sustento; estos, reducidos á la ociosidad, levantaron la voz contra un arte que, según ellos, arruinaba innumerables familias y colocaba las obras de talento en manos mecánicas, arrebatándolas á los eruditos. Los iluminadores se encontraron despreciados, los dueños de bibliotecas vieron lo que tanto les costara reducido á un valor casi insignificante; y todos éstos eran otros tantos enemigos que acusaban este arte, que esparcían contra él siniestras voces para desconceptuarlo, llegando hasta el extremo de acusarle de magia y de facilitar la corrupción, llegando hasta el extremo la corporación de copistas de Génova, de dirigir á la señoría una esposición pidiendo su prohibición, la cual fué atendida, así como el parlamento de París secuestró los primeros libros que en aquella capital se imprimieron, si bien el consejo de Estado acordó su devolución: en tal y tan deshecha borrasca, hubiera perecido el arte si el clero, con su poder é influencia, se hubiera puesto de parte de los acusadores ó hubiera sido de su número; pero muy lejos de ser así, se dedicó á su defensa, y amigo leal de la verdadera ilustración, siguió prestando su apoyo á un arte que tanto había de contribuir á ella, y á esto debe la imprenta su vida y progresos; sépanlo nuestros enemigos, y por eso llamamos al sacerdocio el protector de la imprenta, título bien diferente del que ellos tan injustamente le prodi-

gan, debiendo tener entendido que el clero, ni los monjes, ni los frailes jamás se oponen ni han opuesto á la verdadera ilustración, menos á la civilización ni á nada beneficioso á la humanidad; á lo que se opone es á cuanto la perjudica, á cuanto la daña, á cuanto la es nocivo, en lo cual hace muy bien, y ellos mismos le darán las gracias, aunque sea de mala gana, siquiera por no incurrir en el anatema de los hombres sensatos, de los ciudadanos honrados, de los hombres de bien.

Debemos confesar que no todos los copistas se entregaron á vanas declamaciones; entre ellos los más sensatos conocieron que sería inútil toda tentativa, y se dedicaron á tipografía, y otros continuaron iluminando y dibujando las iniciales, ó reproduciendo caracteres extranjeros, hasta que los adelantos de la imprenta los hicieron inútiles en cuanto á este último ramo. En la escritura hemos visto cuánto trabajó el clero por elevarla, y si tomamos de nuestra patria modelo, hallaremos que los monjes de Cluny que á ella vinieron en el reinado de Alfonso VI la reformaron, sustituyendo los caracteres franceses á los góticos, y que, merced á esto, logramos elevarnos en este arte á la perfección que manifiestan los devocionarios de la reina Isabel la Católica y el Gran Capitán, que se conservan en la biblioteca nacional, y los libros de coro del Escorial; obras, ésta de dos monjes gerónimos y aquellas de otros eclesiásticos de su

época; unas y otras abundan en excelentes iluminaciones, y así preciso será que tratemos de los progresos de este arte y manifestemos cuánto debe al clero, para que se vea que en todos los de utilidad se ejercitó, que á todos protegió, y que cuanto hay en el mundo artístico es suyo, bien porque él protegió las artes, bien porque las ejercitó, y consagrándose á ellas las enalteció, contribuyendo así á la civilización de los pueblos y al lustre y esplendor de las naciones.

Dedicados los copistas al iluminado, no se contentó el genio con los adornos, sino que pasó á hacer figuras y otros grabados, siendo de notar que la primer obra que salió de la imprenta con estos nuevos adornos fuese las *Meditaciones* del cardenal Torrecremata, con grabados sobre madera, iluminados despues de estampados: siguió luego el *Diálogus moralizatus*, viniendo despues los grabados sobre el metal en la edicion florentina del *Monte santo di Dio*. En los misales, antifonarios, salterios y demas libros del rezo de aquel tiempo, podemos estudiar sin mucho trabajo cuánta fué la proteccion que el sacerdocio dispensó á estas artes, y cuánto hizo por elevarlas; mas como quiera que el clero se haya dedicado á ellas y que muchos de sus individuos las hayan elevado con su talento, no queremos omitir estos nombres, á quienes tanto debe el mundo artístico, y vamos á ocuparnos de ellos algun tanto para que los de-

tractores vean lo que ha sido el clero que denigran, y nuestros lectores hagan justicia al perseguido sacerdocio, que es lo que anhelamos, pedimos y deseamos; y ya que nos persigan, al menos sepamos y el mundo entero, que es sin razon ni justicia, sino porque así place al mundo y á sus adoradores, y nosotros nos resignaremos á sufrir y sufriremos en silencio.

Consagrado el clero á la escritura y á la iluminación, procuró perfeccionar estos artes como habia hecho en cuanto habia emprendido, y admirar el vuelo que uno y otro tomaron, y la rapidez con que se elevaron á su perfeccion. Entre los pendolistas los hubo tan eminentes como lo publican sus obras, y los iluminadores se elevaron á una altura que causa admiracion en el dia, y fué tal, que llegaron á perfeccionar el arte en las miniaturas de los manuscritos, y tanto, que causa un profundo sentimiento que no nos haya quedado cosa alguna de las obras de Fr. Oderiso de Agubio, cuyas obras, como las de Franco de Bolonia, agradaban aun mas á la vista. En los archivos de Siena hay miniaturas y adornos de la primera mitad del siglo XIV, y muy especialmente en los libros de coro de varias iglesias, que llenan de asombro. En el Monte Casino y Ferrara hay obras de aquellos monjes laboriosos que hoy se insultan y deprimen, preciosidades verdaderamente artísticas que nada dejan que desear. En

la biblioteca lauretana hay un breviario, obra de los camaldulenses de los Angeles, que es una de las obras mas preciosas de su género; pero entre tanto artista y tan ilustres nombres estaba reservado el honor de crear una escuela nueva á otro fraile, de la cual habian de salir las obras mas acabadas de este arte, y este fraile era Lorenzo de los Angeles; nombre ilustre que por sí solo vale mas que el de cuantos acusan de incivil y egoista, de holgazan y enemigo de las artes al clero regular y secular; nombre que pronuncian y pronunciarán con respeto los siglos, y que en vano la calumnia se obstinará en oscurecer; sus iluminaciones merecieron tal aprecio en su siglo, que se buscaban á toda costa, y fueron tan admirables, que sus hermanos conservaron su mano como una reliquia. El breviario de Ca-Grimani que se conserva en la biblioteca veneciana, es admirable, y á su lado pudiéramos citar otras mil obras de tan reconocido mérito, que hoy mismo se pagarían á cualquier precio, y en las cuales, si no brilla la verdadera imitación, se ve y aparece esa inspiración religiosa, obra de aquel siglo que demuestra la piedad de las manos que las hicieron, y que contra lo que quisieran los detractores publica cuánto debén las artes al clero. Dedicados á este arte, llevó á su perfeccion el parecido Fr. Angélico de Fiesola, teniendo el honor de haber sido el primero que se dedicó á esta clase de pin-

tura, que estudió cuidadosamente, y tal era su piedad y religiosa veneración, que siempre que pintaba á Cristo derramaba abundantes lágrimas. Habiendo conseguido una exactitud cuidadosa con la costumbre de la miniatura, imitó correctamente y estudió lo íntimo del hombre para traducirlo á la variedad de actos y fisonomías, y llegó á conseguir tanto, que la suavidad de sus cabezas hace amar al pintor. Sus mártires en medio de los tormentos conservan una dignidad que revela aquella paz que el mundo no puede dar. Como recuerdo de sus glorias nos quedan los frescos del convento S. Marcos, haciéndose superior asimismo en las historias de S. Estéban y S. Lorenzo que adornan el Vaticano. Este humilde hijo de S. Francisco rehusó el arzobispado de Florencia que el pontífice le ofreció como recompensa de su trabajo por abrazarse con la pobreza de su convento que habia profesado; ejemplo que no imitan sus acusadores, y que no suele ser comun entre los artistas seculares, pero que nos complacemos en narrar á despecho de que nos llamen frailes apegados á costumbres que hoy condena el mundo ilustrado que nos desprecia y persigue.

Tenemos, pues, que el clero se consagró á todas las artes, que á él son debidos sus progresos y adelantos, que él las protegió, y que sus obras son las obras maestras en todas las artes. Así vemos que el fraile Teófilo enseña la pintura al óleo

en su manuscrito *De coloribus et de arte colorandi vitra*; que el arte de la escritura fué por los monjes perfeccionado, así como el iluminado, el grabado y la miniatura que se emplearon en las letras de los libros, abundando muy especialmente en los de iglesia y rezo; que la miniatura y la pintura tuvieron sus mejores intérpretes en los claustros, y al lado de Angélico no desmerece su discípulo Fr. Felipe Lippi; que la escuela de Rosselli tiene un excelente alumno en otro Fr. Felipe, uno de los colaboradores de la capilla Sixtina, y en S. Ambrosio de Florencia, que tiene grupos que no desmerecen al lado de los de Rafael. El clero llevó á todas partes las artes, y en todas las hizo florecer: á España trajo la escritura, el grabado, el dibujo, el iluminado; y en Alemania los misioneros introdujeron la pintura, llevando cuadros místicos para que ayudasen sus palabras en santa Isabel y santa Bárbara de Breslau, así como en los Bernardinos se ven pinturas de una prodigiosa antigüedad; el claustro de Heisbroun fué decorado en tiempo de S. Othon, y puede decirse que cada abadía y cada monasterio ofrece felices ensayos del arte, especialmente en las vidrieras, miniaturas y bordados. En Bohemia se hizo célebre la cofradía de los artistas; las esculturas de la catedral de Estrasburgo son admirables, y por decirlo de una vez, si queremos buscar los milagros del arte y queremos obrar con imparcialidad, pre-

ciso es buscarlos en los claustros ó en las iglesias, y ver en ellos la mano del clero que los impulsaba al buen camino, protegía su desarrollo y aligeraba su perfeccion.

Así vemos, que todas las artes deben al clero una proteccion que en vano se busca en los seglares: la arquitectura le debe sus adelantos, la escultura sus estatuas, la pintura sus mejores obras; en los monasterios, iglesias y catedrales, se hallaba reunido cuanto creaba el talento; allí bordados de sobresaliente mérito, allí pinturas y esculturas que asombraban, allí misales, antifonarios, salterios y otros libros llenos de adornos y miniaturas que admiran, allí custodias, candeleros y otros útiles de plata y oro, con pedrería, cuya riqueza y mérito artístico era indisputable; allí, en fin, la música inspiraba, y la dulce poesía de la religion se hacía sentir en el alma del artista y le inspiraba esas obras admirables del genio, que solo la religion puede crear. Así vemos, que los monjes y los clérigos consagrados al altar, no se desdijeron ocuparse de las artes; los hemos seguido en todos los climas, los hemos admirado en todos los pueblos, los hemos visto en todas las naciones, y siempre haciendo florecer las artes, siempre difundiéndonlas, siempre cultivándolas ó protegiéndolas. ¡Loor á ellos que tan bien supieron contribuir á la civilizacion del mundo! ¡Loor á ellos que tan bien supieron conducir las sociedades á su per-

feccion! ¿Qué responderán sus enemigos? ¿Presentarán títulos tan honoríficos á su gratitud? ¿Se creerán semejantes á los que deprimen, acusan é insultan? No lo creemos, porque sabemos que el cinismo no llega á tanto, ni es tan procaz el desearo; pero si acaso nos equivocamos en este particular, cerraremos este artículo con el catálogo de los hombres ilustres del clero regular y secular que en nuestra propia patria han cultivado y hecho florecer las artes, para que, á su vista, enmudezcan y se confundan sus detractores, y sus enemigos se avergüecen pensando que los nombres que narramos han salido de las filas del clero que insultan y llaman estúpido, egoísta y enemigo de la civilización, que más que clase alguna protegieron y encumbraron.

Empecemos con nuestro trabajo y presentemos esos hombres ignorantes y ociosos que la maldad insulta, y que dedicados á las artes desde los tiempos más remotos, las han cultivado con tanto esmero y aplicación, y veamos si al leer sus nombres y al ver sus obras, ratifican la mala opinión que, por su sugestión ó malicia, han formado del clero; pero si su terquedad les hiciese desconocer la luz en medio del día, entonces los compadeceremos y perdonaremos siquiera sea por ejercer con ellos un acto de caridad. En la arquitectura encontramos al presbítero Sagredo dando preceptos y amaestrando á Diego de Siloe, para que inmor-

talizase su nombre en el famoso edificio de S. Juan de los reyes de Toledo. Pertenecientes al mismo siglo, son los dos monjes Gerónimos Fr. Juan de Sevilla y Fr. Juan de Toledo; en el XVI brillan los dominicos Fr. Martin de Santiago, dominico; Fr. Juan de Ezguerra, dominico; el hermano Juan de Tolosa, jesuita; Fr. Miguel de Arámburu, famoso arquitecto de Guipúzcoa; Fr. Antonio de Herrera, lego agustino calzado; Fr. Antonio de Villacastin, Gerónimo, obrero principal de la fábrica del Escorial. Hizo el aposento y celda de Carlos V, en el monasterio de Yuste. Brillan en el XVII Fr. Bartolomé Calzadilla y Fr. Felipe de Moron; D. Fr. Angel Manrique, obispo de Badajoz; el P. Fr. Alberto de la Madre de Dios, carmelita descalzo; Fr. Pedro Sanchez, benedictino; el hermano Alonso Matías, jesuita; Fr. Antonio Ortiz, cartujo lego, valenciano; el P. Pablo Albiniano de Rajas, jesuita; el P. Fr. Gaspar de Sant Martí, carmelita calzado de Valencia, arquitecto y escultor; Fr. Juan de nuestra Señora de la O, y Fr. Lorenzo de S. Nicolás, padre é hijo, autor el último del arte y uso de arquitectura que imprimió en dos volúmenes en folio, maestro de obras y arquitecto de Madrid. Los dos fueron religiosos recoletos de S. Agustin. Fr. Pedro de S. Nicolás, discípulo de Fr. Lorenzo de S. Nicolás y de una misma orden; el jesuita Francisco de Essasi, ingeniero y arquitecto; Fr. Diego, de Ma-

drid; el P. Fr. Luis, de Barcelona; Fr. José de la Concepcion, carmelita descalzo; el P. Fr. Antonio de la Concepcion, mercenario descalzo y arquitecto de Carlos II. Ilustran con sus obras el XVIII, Fr. Manuel Ramos, portugués, religioso sacerdote de la V. O. T. de S. Francisco de Sevilla; el P. D. Tomás Vicente Tosca, presbítero del oratorio de S. Felipe de Neri en Valencia; Fr. Marcos de santa Teresa, carmelita descalzo; Fr. Juan de Ascondo, benedictino; Fr. Atanasio de Aznar, lego francisco y académico de la real de S. Fernando de Madrid; el padre Cristiano Rieger, jesuita, cosmógrafo mayor de S. M. y de su consejo en el real y supremo de Indias, maestro de matemáticas en el colegio imperial, autor de un tratado latino de arquitectura, que tradujo al castellano el padre Miguel Benavente, también jesuita y maestro de matemáticas en el mismo colegio imperial, con el título de *Elementos de toda la arquitectura civil*, un volumen en folio; Fr. Francisco de santa Bárbara, lego gerónimo; Fr. Francisco de las Cabezas, lego francisco; Fr. Antonio de S. José Pontones, gerónimo, y el palacio nuevo de Madrid atestiguará con su diseño el buen gusto y sobresalientes conocimientos arquitectónicos del abate italiano. En el XIX nos presenta la ilustre orden de S. Benito á Fr. Pedro Martinez, maestro mayor de la catedral de Burgos; á Fr. Hilarion, arquitecto y constructor del monasterio de

Corias; á Fr. Gregorio, que lo fué del de la fachada y cámara del de Celanova, siendo el blason del monje Echano el gran puente de Villarente, así como el de Almaraz lo es del jesuita Ibañez.

En pintura tenemos en todos los siglos nombres no menos ilustres que la profesaron; el siglo XV recordará con orgullo á Céspedes, arquitecto, pintor y escultor de reconocido mérito; el XVI nos presenta á Fr. Vicente de santo Domingo y Fr. Pedro de Montoya; en el XVII encontramos al P. D. Martin Galindez, cartujo del Paular; Fr. Nicolás Borrás, Fr. Arsenio Mascagio, el cartujo Gaudin, Cotan, Fr. Juan de la Miseria, Magno, Fr. Cristóbal de Vega, Leonardo, el carmelita Adriano, los cartujos Berenguer, Leiba y Ferrado, Fr. Vicente Guirri, el hermano Ignacio Baeth, Cervera, Fr. Juan del Santísimo Sacramento, Melgarejo, Clarós, Rodriguez, Rici, Molina, Hispano, Bárcena, Benet, Fr. Cristóbal del Biso, Martinez y el celebrado Cohego. Llegó el XVIII y florecen los PP. Diaz, Huerta, Juncosa y Morales; la religiosa cisterciense D^a María de Valdés, Miñana, Barambio, Valencia, Irala-Yuso, Posadas, Iluveda, Villanueva, Piguatelia y Fr. Bartolomé de S. Antonio. De estos célebres artistas hay algunos de un mérito reconocido, y de Magno y de Rici varios cuadros en el museo de pinturas.

Si se trata de escultura, hallamos en el siglo XI á Didiero, abad del Monte Casino, haciendo

venir de Lombardía, de Amalfi, de Constantino-
pla, artistas para trabajar el mármol, oro, plata,
hierro, madera, yeso y marfil. En España tene-
mos en los siglos XII, XIII, XIV y XV, escelen-
tes escultores, como lo prueban las molduras y
estatuas que se encuentran en nuestros templos,
pertenecientes á estas épocas; pero el que sobre-
sale entre todas es el ya nombrado Céspedes, cu-
ya cabeza de Séneca, hecha en Roma por él para
completar una estatua mutilada de aquel sabio
cordobés, fué reputada al hallarse la primitiva,
por mucho mejor; y ella sola es, por su belleza,
capaz de formar la reputación del artista más en-
tendido. Viene el siglo XVI, y nos presenta á los
benedictinos de Cardeña y á los religiosos, Prado,
Beltran y Ruiz. El XVII tenemos al cartujo Ga-
lindez, á Fr. Gaspar de S. Martin y á Fr. Jaime
Ribot. Ilustran el XVIII Fr. Francisco Capuz, los
cartujos Illa, Descaladei y Vazquez de Granada,
viniendo luego á completar este cuadro Fr. Ma-
nuel Ramirez Venavides. El siglo XV nos presen-
ta al célebre platero Fr. Juan de Segovia, y el
XVII, á Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la
Concepcion, los tres monjes gerónimos. Si se tra-
ta de relojeros, el siglo XVI nos presentará á los
gerónimos Salamanca, Avila y Sevilla, y al do-
minicano Fr. Francisco de Salamanca; y en el
XVIII el artista de más mérito en esta clase fué
Fr. José Cordero. Pasando al grabado, son ilus-

tres en el siglo XVII los nombres de Bejarano,
los Arcos y Cárdenas; y en el XVIII Fr. Angel
Iluesca y Fr. Marías Irala. Como iluminadores ó
pintores de miniaturas, hallamos en el siglo XVI
á Fr. Felipe de Toledo, Fr. Diego del Salto y el
benedictino Palencia, publicando los libros de co-
ro del monasterio del Escorial con su hermosa le-
tra y magníficos iluminados, los nombres de sus
autores Fr. Andrés de Leon y Fr. Julian de Fuen-
telsaz. En el XVII floreció el cartujo Galeas. En
el XVIII, Fr. Manuel de la Huerta, mosent Eli-
seo Bononal y la ya referida D.^a María de Valdes;
y por lo que respecta á la escritura, dejamos ya
manifestado cuánto la enaltecieron y perfecciona-
ron los monjes del monte Athos, monte Casino,
y que á los de Cluny que vinieron á España en
tiempo de Alfonso VI debemos la reforma de la
nuestra, pudiendo presentar en música á Gui de
Arrezo, el monje aleman Hecald, y á Francon de
la Colonia.

Tales y tan gloriosos son los títulos con que
proclamamos al clero regular y secular protector
de las artes, y estas son las pruebas en que apo-
yamos nuestros asertos; á vosotros toca destruir-
las, á vosotros, si no es verdad lo que decimos,
confundirnos y humillarnos; pero si es verdad, si
tenemos razon en cuanto aseguramos, os pedimos
imparcialidad y justicia. Persígase si así os place
y Dios lo permite por sus altos juicios que vene-

ramos, un instituto, una corporacion, un individuo, pero no se le insulte, no se le deprima; la imparcialidad, principal atributo de la justicia, pide que se premie lo bueno y se castigue lo malo; que se alabe lo digno de elogio y se repruebe lo que merezca vituperio; y como el clero no lo haya merecido, pedimos y exigimos de nuestros lectores, de nuestros enemigos mismos, la reparacion de las injurias que nos han inferido; y no las pedimos por lo que dice relacion á nuestras personas, puesto que, esas las tenemos perdonadas, sino por lo que dice relacion á institutos venerandos que en todos tiempos y en todas ocasiones, en cumplimiento de su deber trabajaron en pro de la humanidad y de la religion, llevando las luces del saber y los gérmenes de la civilizacion á todos los pueblos del mundo, como los que, al abrazar la vida religiosa, habian jurado una bandera evangélica en cuyo campo ondeaba el hermoso lema: *Non sibi soli vivere, sed aliis proficere*; lema que todo es menos la expresion de ese egoismo que sus enemigos pregonan y les imputan, y que ellos jamas tuvieron, como lo publican los mismos hechos, puesto que de haberle tenido y elegido por divisa, la suerte del mundo seria bien diferente de lo que vemos.

Quede, pues, sentado, que el clero regular y secular fué y es el mejor amigo de las artes; que es una injusticia presentarle como su destructor;

que las protegió siempre de cuantos modos puede protegerse, y que las cultivó con esmero; que estos asertos se demuestran por las indestructibles pruebas de los hechos, que nadie puede contrariar, y que decir lo contrario es un absurdo que repugna hasta al buen sentido, y por consiguiente, impropio de todo hombre de sano juicio y recto criterio. Nosotros, que consideramos al clero altamente civilizador y humanitario, nosotros, que con la historia en la mano le hemos seguido al traves de los siglos y de los sucesos, cumpliendo siempre con este deber sagrado, no podiamos dejar pasar sin correctivo la injuriosa calificacion de enemigo de las artes y se la hemos aplicado; quizá en el modo háyamos sido algo duros y en el lenguaje no todo lo comedidos que quisiéramos, y cumpla á nuestro estado; si fuese así, ó se interpretase, suplicamos indulgencia, protestando que nuestro ánimo, si bien es el esclarecimiento de la verdad y el triunfo de la inocencia, nunca es, ni puede ser, el insultar, ni herir reputacion, ni susceptibilidad alguna, porque amamos en Jesucristo á todos los hombres, hasta á nuestros enemigos. Sin embargo, debemos advertir, que no podemos mirar con indiferencia ciertas palabras que se nos prodigan por hombres que no tienen otro título á la gratitud y prosperidad de las artes, que el de haber destruido lo que nosotros habiamos edificado, haciendo que solo pertenezcan ya á la his-

toria aquellos magníficos templos que presentábamos á la admiracion de los viajeros y de los que solo queda el sitio dismantelado y sombrío como acusador de una conducta que solo puede calificarse de *barbarie* y falta de civilizacion. Nosotros sabemos de edificios notables que no existen; conocimos un S. Felipe Neri, y hoy conocemos el sitio que ocupó; cuando templo fué visitado por los sabios y viajeros, hoy por nadie; era una obra admirable del renacimiento, y se perdió. Sabemos del convento de S. Francisco de Monforte de Lemus, y que fué levantado en cumplimiento de una sentencia; él era un monumento notable del estilo gótico, y que se admiraba con justicia, hoy no existe; aquellas molduras, aquellos adornos, aquellas estatuas, han desaparecido. ¿Y saben nuestros lectores dónde están sus mutilados restos? En el relleno del puente de Rivas altas. ¡Ni aun siquiera donde se admiren y vean! Esto hace mal, abruma, irrita. . . . esto no se puede sufrir. ¿Cómo los que destruyeron los monumentos nos llaman á nosotros, que los levantamos, enemigos de las artes? Esta sí que es injusticia.

Pudiéramos citar otras muchas obras de los Hererras, Toledos, Céspedes, Morales, Berruguetes y demas eminentes artistas nacionales y extranjeros que han dejado de existir, al menos para España, cuyo orgullo y gloria eran, pero nos abstenemos de ello, porque solo su catálogo ocuparia muchas

páginas depresivas del honor nacional, y harto nos rebajan los extranjeros para que háyamos de suministrarles tan abundantes armas; así pues, vamos á concluir nuestro capítulo esperanzados que hemos probado lo que nos propusimos, y que él podrá servir de desengaño á los ilusionados, y de enmienda á los detractores; si lo hemos conseguido, nuestros deseos están completamente satisfechos, y si hemos podido inspirar una idea que contribuya al arrepentimiento, entonces, no solo nos damos por satisfechos, sino que alabaremos al Señor, que se vale de los más débiles instrumentos para sus fines gloriosos, y besaremos su mano protectora que provee al remedio en tiempo oportuno, y jamas abandona la causa del inocente.



INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TERCER TOMO.

	PAGS.
<i>Capítulo I.</i> —Cuadro social: interesante papel que en él representó el clero.....	5
<i>Capítulo II.</i> —Celibato clerical.....	55
<i>Capítulo III.</i> —Impulso dado por el clero á la literatura..	95
<i>Capítulo IV.</i> —Incremento que dió el clero á las ciencias y bellas artes.....	183
<i>Capítulo V.</i> —Auxilio que prestó el clero á las bellas artes.....	294

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEV
BIBLIOTECA